

León Trostky

LA
REVOLUCION
ESPAÑOLA
(1930-1940)

Volumen I. 1930-1936

Edición, prólogo y notas de
PIERRE BROUÉ

LIBROS DE CONFRONTACION
historia, 3

 Barcelona, 1977

ADVERTENCIA

Traducido al castellano por
Jaime Pons,
del original francés
La Révolution Espagnole (1930-1940),
publicado por
Les Éditions de Minuit,
París. Francia.

© by *Les Éditions de Minuit*, 1975.

Revisión y notas a la edición
española: *Fernando Barbero*

© de la presente edición
EDITORIAL FONTANELLA, S. A.
Escorial, 50. Barcelona-12. 1977.

Primera edición: abril 1977

*Cubierta de Mercedes Azua y
N. T. Lawrence*

Printed in Spain-Impreso en España
por Tipografía Emporium, S. A. - Ferlandina, 9-11
Barcelona-1

Depósito legal: B. 17.750-1977

ISBN 84-244-0418-1 Obra completa

ISBN 84-244-0419-X Volumen I.

Esta obra, colección de textos, folletos, artículos, cartas y resoluciones, consagradas por Trotsky a la revolución española entre 1930 y 1940, nos ha parecido necesaria por diversas razones.

La primera es que el militante o el investigador no tenía a su disposición más que la primera parte del tomo III de los Escritos, muy insuficiente, ya que no recogía más que una parte de los textos escritos y firmados por Trotsky, y sobre todo omitía los artículos correspondientes al período de la guerra civil, firmados con seudónimo o no firmados, precauciones destinadas a conservar un secreto cuya necesidad desapareció en 1940 con el asesinato de Trotsky. La segunda es que Trotsky había dedicado a España y a su revolución otros textos, que no quería publicar en la época, pero que, por el contrario, fueron puestos en conocimiento de sus camaradas de lucha, por medio de los «boletines internos» de su organización. Fue, sin embargo, la tercera razón sin duda la que determinó nuestra decisión: medio siglo después de la revolución española, nos parecía indispensable aportar al lector actual, bajo la forma de datos históricos y de notas, los elementos de información conocidos en esta época, aunque olvidados hace mucho, sobre los que el autor se apoyaba para confeccionar sus argumentos y sus análisis.

Efectivamente, existe una razón particularmente imperiosa para publicar estos textos anotados y explicados. Se trata de que gran parte de ellos —los correspondientes a la época de la guerra civil— tratan de una dura polémica,

a menudo feroz, que muchas veces ha sido calificada de excesiva incluso por numerosos partidarios de Trotsky, contra los dirigentes de aquella época del Partido Obrero de Unificación Marxista (P. O. U. M.), y particularmente contra aquellos que habían sido hacia poco sus camaradas, incluso sus amigos, como Andrés Nin y Juan Andrade. La pura y simple reproducción de estos ataques, fuera del contexto real que los explica, podría dar la sensación de que para Trotsky el enemigo no era en concreto la sociedad burguesa históricamente condenada, el imperialismo decadente y la barbarie fascista engendrada por él, ni su precioso ayudante, el estalinismo, sino el partido que él califica de «centrista», el P. O. U. M., que de esta forma parecería como el culpable de la derrota final. Nos parece que el tiempo transcurrido exige que sean colocados en su lugar, en la medida de lo posible, todos los elementos de la coyuntura histórica, que sea evaluada la dimensión en la que se produjeron estas polémicas. Debido a esto, y respetándolos escrupulosamente, hemos hecho preceder a cada una de las cinco partes colocadas en orden cronológico, de una introducción a menudo larga. Por esta razón hemos adjuntado a los textos abundantes y detalladas notas, haciéndolos seguir, en forma de anexos, de textos no redactados por Trotsky, sino por sus camaradas, textos que le informan incluso de los camaradas a los que critica y juzga ante el tribunal de la Historia para hacer avanzar el combate.

La ambición concebida para la presentación exigió que se recurriese a numerosos testimonios. A pesar de que ninguno de los militantes interrogados por nosotros asume ninguna otra responsabilidad que la de los textos redactados por él en el período estudiado, es necesario decir aquí que sin la ayuda de todos aquellos a los que hemos atosigado con nuestras peticiones de documentos e informaciones, con nuestras preguntas; sin su esfuerzo de memoria, el afán de objetividad que les ha animado a todos y la honestidad con la que han aportado su piedra en esta tentativa de reconstrucción, habrían sido vanos nuestros esfuerzos de investigador no subvencionado. Bien pretenciosos e ignorantes son los que consideran las informaciones de la policía como el non plus ultra en materia de investigación histórica sobre el movimiento obrero. Siempre que es posible, preferimos los documentos de primera mano, la entrevista con los autores y los testimonios. Entre

los que han aceptado prestarse a nuestras peticiones debemos mencionar, en primer lugar, a los antiguos colaboradores de Trotsky en su secretaría personal, Jan Van Heijenoort, que le siguió desde Prinkipo hasta Francia, Noruega y Coyoacán; Sara Weber, Josep Hansen, que nos han presentado a los colaboradores científicos del Socialist Workers Party, y de Pathfinder Press, así como los antiguos miembros del Secretariado Internacional de la Oposición de Izquierda, y posteriormente del Movimiento por la IV Internacional; Pierre Naville, Pierre Frank, Alfonso Leonetti, que ha mantenido relaciones con los españoles durante muchos años, y Jean Rous, al que se le encargaron dos misiones en España. También hemos interrogado a los militantes que combatieron los puntos de vista de Trotsky en el seno de las filas de la Oposición, el belga Georges Vereecken, abogado del P. O. U. M. en las filas trotskystas, Paul de Pape (Daniel Lévine) y Michel Collinet, animadores de la Gauche communiste en Francia, próximos a los puntos de vista defendidos en aquella época por Kurt Landau y Andrés Nin. No hemos omitido tampoco a algunos de los «peones» del trotskysmo internacional en España, y hemos hablado largamente con Paul y Clara Thalmann. Entre los militantes españoles, hemos obtenido la amistosa colaboración de la casi totalidad a los que se la hemos solicitado, los dirigentes del Bloc Obrer i Camperol, el propio Joaquín Maurín, Julián Gorkin, Jordi Arquer y José Rebull, animador de la Oposición de Izquierda, sin olvidar a Wilebaldo Solano, antiguo secretario general de la J. C. I., actualmente secretario general del P. O. U. M., que ha respondido a nuestra encuesta, a menudo irritante, con innegable paciencia. Algo semejante ha ocurrido con los veteranos de la Izquierda comunista que se convirtieron en dirigentes del P. O. U. M., Juan Andrade, Enrique «Quiqui» Rodríguez, o con los que han permanecido fieles a la organización de los «bolcheviques-leninistas», como José Quesada.

Una de las principales dificultades reside en que la guerra pasó como una tormenta por los archivos obreros de la época. Las colecciones de prensa conservadas en los más importantes institutos científicos están lejos de ser completas. Desde esta perspectiva, era indispensable la colaboración científica con otro continente: la hemos encontrado en el S. W. P. y en Pathfinder Press, gracias a la dedicación y a la camaradería de Naomi Allen y George

Breitman, que preparaban la edición de *The Spanish Revolution*. Aquí se lo agradezco públicamente, así como al Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam y a la Houston Library, de Harvard, cuya documentación «abierta» era indispensable, aunque no suficiente.

Con la ayuda de todos los que acabamos de citar, hemos intentado no despojar a este período de la pasión política que animaba a unos y otros, sino para hacerla servir a la comprensión de la revolución española. Desde nuestro punto de vista, no se trata de un asunto clasificado; el conocimiento del pasado es una de las llaves del provenir. Solamente los más jóvenes de nuestros lectores, para los que esta revolución es historia antigua, y para los que sus heroicos combatientes son hombres de otra época, podrán decirnos si hemos tenido éxito en nuestra empresa.

* * *

Los documentos reunidos aquí, dedicados por Trotsky a la revolución española, comprenden en primer lugar los textos firmados y publicados en la época en forma de artículos de revista o de periódico en la prensa de la Oposición y del Movimiento por la IV Internacional, o de la IV Internacional una vez «proclamada». Hemos añadido en primer lugar los artículos consagrados a España, pero firmados, por razones de seguridad, con seudónimos —Crux, Vidal, Gourov, Lund, Clave, y otros—, así como los que no están firmados, pero que los testimonios y el catálogo de sus archivos atestiguan que fue su autor. Hemos reunido extractos de artículos sobre temas generales, que trataban sobre la revolución española, así como cartas y textos que no habían aparecido más que en los boletines internos, confidenciales —«sólo para militantes»—, así como cartas cuyas copias aún permanecen en la sección cerrada de Harvard, pero que hemos obtenido bien por medio de su destinatario, bien por medio de un tercero que poseían una copia.

Hemos respetado escrupulosamente los textos escritos o dictados por Trotsky directamente en francés, hemos verificado cada vez que era posible, y frecuentemente retocado, traducciones francesas hechas a menudo «sobre las rodillas», una práctica que Trotsky aborrecía, pero a la que sus colaboradores se veían obligados a menudo. Algu-

nos de estos textos fueron titulados por su autor, y nosotros hemos respetado este título original, excepto cuando su redacción, demasiado circunstancial, podía introducir un elemento de confusión. Nosotros mismos hemos titulado los demás. De todas maneras hemos tenido en cuenta todas las precisiones necesarias respecto a esto.

Indiquemos simplemente, para permitir al lector medir la amplitud de la investigación y la importancia de los archivos inventariados, que, de noventa y cuatro textos —algunos son resultantes de reagrupamientos— diecisiete habían sido publicados in extenso en los Escritos, y siete parcialmente. Nosotros mismos habíamos publicado siete en revistas. Veintidós habían sido publicados por su autor en una u otra lengua, doce no habían aparecido más que en boletines internos. Dieciocho, cualquiera que fuera el marco de su publicación, no habían sido firmados, o lo habían sido con seudónimo, permaneciendo dudosamente auténticos. Dieciocho eran inéditos en francés, y cinco totalmente inéditos.

Sin embargo debemos señalar lagunas, ya que ciertos documentos, de indiscutible importancia, cuya existencia está atestiguada, no han sido encontrados: una carta dirigida a Nin desde Prinkipo en junio de 1932, la víspera de la 3.^a Conferencia de la Oposición de Izquierda Española, y otra de noviembre del mismo año, insistiendo para que fuese un delegado de la Oposición española a Copenhague, donde Trotsky se encontraba por espacio de algunos días, y una tercera y una cuarta, particularmente importantes. Una de estas últimas, que data de mayo o junio de 1935, trata sobre la cuestión del «entrismo» en España y fue reproducida en el Boletín Interior n.º 13 de la Izquierda comunista española (I.C.E.) de este mismo año; las páginas correspondientes han sido arrancadas del ejemplar del que pudimos disponer, no sin esfuerzo, y no existe ningún ejemplar intacto ni en Harvard, ni en Amsterdam, ni en el Instituto Feltrinelli de Milán. En cuanto a la otra —dirigida por Trotsky al Secretariado Internacional en septiembre de 1935— en respuesta a la noticia de la fundación del P.O.U.M., conocemos su existencia por algunas líneas muy importantes citadas por Jean Rous, al final de un informe redactado en esta fecha sobre esta cuestión. Estos son sólo algunos ejemplos de las lagunas y de los interrogantes que sólo podrá resolver la apertura de la parte ce-

rrada de los archivos de la Houston Library de Harvard. Deseamos que la vida nos permita responder a nosotros mismos gracias a los documentos que no nos ha sido posible encontrar hoy, pero que allí seguramente se encuentran.

Grenoble, 20 de enero de 1973
PIERRE BROUÉ

FUENTES

1. Archivos privados.

- Archivos nacionales, París, Serie F.
- Archivos Trotsky, Houston Library, Harvard, Serie T (documentos Trotsky parte abierta), serie V (documentos Van Heijenoort), Exile Ephemera (T. 5232 a 5262).
- Archivos Vereecken, Bruselas.
- Archivos Leonetti, Roma.
- Archivos Víctor Serge, Museo Social, París.
- Archivos Mougeot, *ibidem*.
- Archivos Jean Rous, París.
- Archivos Pierre Broué, Grenoble.
- Comisión de documentación del P.O.U.M.
- Estudios y documentación internacional, París.

2. Boletines internos.

- *Boletín interior* de la Izquierda Comunista española, 1933-1955.
- *Boletín interior* del P.O.U.M., N.º 1, 1937.
- *Boletín del comité para la defensa del congreso del P.O.U.M.*, N.º 1, 1399.
- *Boletín de información C.N.T.-F.A.I.*, 1936-1939.
- *Bulletin* de la Ligue Communiste internationale (bolcheviques leninistas 6, 1931-1938).
- *Bulletin intérieur* de la L.C.I., editado por el S.I.
- *Bulletin intérieur* de G.B.L. de la S.F.I.O., 1934-1936.
- *Bulletin intérieur* del Parti communiste internationaliste, 1936-1939.
- *Bulletin intérieur* del Parti ouvrier internationaliste 1936-1939.

- *Bulletin intérieur* del Parti socialiste révolutionnaire de Belgique, 1936-1939.
- *Internal Bulletin*, Communist League of America, 1930-1935.
- *Internal Bulletin*, British Section of the International Left Opposition.
- *International information Bulletin*, Workers Party U.S., 1935-1936.
- *Internal Bulletin*, Organizing Committee for the socialist Party Convention, 1937.
- *Internal Bulletin*, Socialist Workers Party, 1938-1940.

3. Periódicos.

- *Biulleten Oppositsii*, 1930-1939, órgano de la O.I. rusa Berlín, París (abr. B.O.).
- *La lutte de classes*, París, 1929-1935.
- *La Vérité*, 1929-1935 y nueva serie, 1936-1939 (órgano de Oposición de Izquierda, de la Ligue Communiste, del G.B.L. de la S.F.I.O. y posteriormente del P.C.I.).
- *La Commune*, 1935-1938, órgano de los G.A.R., y posteriormente del P.C.I.
- *Juin 36*, 1937-1939, órgano de la federación del Sena de la S.F.I.O., y posteriormente del P.S.O.P.
- *Révolution*, 1935-1939, órgano de la Alianza de la J.S. del Sena, y posteriormente de las J.S.R.
- *La lutte ouvrière*, 1936-1939, órgano del P.O.I., París.
- *Quatrième Internationale*, 1939, París.
- *Bulletin de la IV.ª Internationale*, 1939, París.
- *Le Communiste*, 1933-1939, órgano de la Gauche Communiste, París.
- *Spartakus*, 1934-1936, Bruselas.
- *L'action socialiste révolutionnaire*, 1934-1936, Bruselas.
- *La Lutte ouvrière*, 1936-1939, órgano del P.S.R. belga.
- *La Gauche révolutionnaire*, 1935-1947, órgano de la Gauche révolutionnaire de la S.F.I.O.
- *The Militant*, 1928-1934, órgano de la C.L.A., New York.
- *The New Militant*, 1934-1936, órgano del W.P.U.S., New York.
- *The Socialist Appeal*, 1938-1940, órgano del S.W.P., New York.
- *The New International*, 1934-1940, revista mensual marxista revolucionaria, New York.
- *Fourth International*, 1936-1939, órgano de la Revolutionary Workers League (O.E.l.h.r.).
- *Unser Wort*, órgano de los I.K.D., París.
- *Comunismo*, 1931-1934, órgano teórico mensual de la Oposición de Izquierda española, posteriormente de la Izquierda Comunista española. Oviedo, Madrid.
- *El Soviet*, semanario de la O.I. 1931-1932, Barcelona.

- *La Antorcha*, 1934, órgano de la I.C.E., Barcelona.
- *La Batalla*, 1933, órgano de la F.C.I. y portavoz del bloque obrero y campesino, 1935-1937, órgano del P.O.U.M., diario a partir de julio de 1936, Barcelona.
- *Boletín de la sección bolchevique-leninista de España*, 1935-1937, roneotipado, Barcelona.
- *La voz Leninista*, 1937, Barcelona (números clandestinos).
- *La Batalla*, 1937-1938, órgano clandestino del P.O.U.M., Barcelona.
- *Juventud Comunista*, 1936-1937, órgano de la J.C.I., Barcelona.
- *Juventud Obrera*, 1937-1938, órgano clandestino de la J.C.I.
- *El Combatiente Rojo*, 1936-1937, diario de las milicias del P.O.U.M. del frente de Madrid.
- *Combat*, 1936-1937, diario catalán de la tarde de la J.C.I., Lérida.
- *El Comunista*, 1936-1937, órgano de la Federación del P.O.U.M. de Levante.
- *La Antorcha*, 1936-1937, órgano de la J.C.I., Madrid.
- *IV.ª Internacional*, órgano de la J.C.I., México.
- *Service de presse et d'information de la L.C.I. (B-L)*, 1936-1938.
- *Independent News*, boletín del I.L.P. sobre España 1937-1939.
- *La Révolution espagnole, Spanish Revolution, Die Spanische Revolution*, boletines del P.O.U.M. en lenguas extranjeras.
- *Correspondance Internationale*. (Inprekorr), 1929-1939, boletín de prensa de la Internacional Comunista.

Entrevistas y testimonios.

- | | |
|--------------------------------|----------------------------------|
| Juan Andrade Rodríguez (París) | José Quesada Suárez (Tarbes) |
| Jordi Arquer Salto (París) | José Rebull (París) |
| Yvan Craipeau (Niza) | Enrique Rodríguez Arroyo (París) |
| Pierre Franck (París) | Wilebaldo Solano Alonso (París) |
| Joseph Hansen (New York) | Paul y Clara Thalmann (Niza) |
| Sara Jacobs (New York) | Jean Van Heijenoort (Méjico) |
| Alfonso Leonetti (Roma) | George Vereecken (Bruselas) |
| Paul Le Pape (Menton) | Jean Rous (París) |
| Joaquín Maurín (New York) | |
| Pierre Naville (París) | |

Manuscritos inéditos consultados.

- Maurice Jaquier, *Militante de base*.
- Paul Thalmann, *Madrid-Moscú-París*.
- Georges Vereecken, *La Guépéou dans le mouvement trotskyste*.

LISTA DE SIGLAS, ABREVIACIONES Y EXPLICACIONES DE USO CORRIENTE EN ESTOS TEXTOS

<i>Agrupación.</i>	Agrupamiento. Se refiere a los grupos comunistas que quedaron sin lazos con el aparato oficial del partido comunista durante la clandestinidad, muchos de los cuales se constituyeron «autónomos» después de la llegada de la República.
<i>Alianza obrera.</i>	Organización de frente único constituida por las organizaciones, sindicatos y partidos de la clase obrera. <i>Der.:</i> Política <i>Aliancista</i> .
<i>Asaltos.</i>	Fuerzas de la policía creadas por la República, «Guardias de asalto».
<i>B-L, abreviación de bolcheviques-leninistas.</i>	Nombre de los partidarios de la Oposición de Izquierda, posteriormente de la IV. ^a Internacional, y a los que sus adversarios llamaban «trotskystas».
<i>B.O.C. Bloc obrer i camperol</i>	Creado en torno al núcleo de la Federación Catalano-Balear del P.C. español en 1930 alrededor de Maurín; <i>Der.:</i> <i>Bloquista</i> .
<i>Cacique.</i>	Notable rural, o jefe político tradicional.
<i>C.C.</i>	Comité Central.
<i>C.E.</i>	Comité Ejecutivo.
<i>C.G.T.U.</i>	Central sindical fundada en 1931 por los militantes del P.C. y que se unificó con la U.G.T. poco antes de la guerra civil.
<i>Komintern.</i>	Internacional Comunista o Tercera Internacional.

C.N.T. *Confederación Nacional del Trabajo*, central sindical de inspiración anarco-sindicalista.

Esquerra. Partido autonomista catalán de izquierda.

F.A.I. *Federación Anarquista Ibérica*, federación de los grupos anarquistas de la península. *Der.: Faísta.*

F.C.C.R. *Federación comunista catalano balear*, independiente de hecho bajo la dictadura de Primo de Rivera, dirigida por Maurín, no fue admitida en 1931 en el P.C.E. Núcleo del B.O.C. (ver).

F.C.I. *Federación Comunista Ibérica*, extensión a la península de la precedente. Tanto una como otra fueron llamadas a menudo «la Federación».

F.O.U.S. *Federación obrera de unidad sindical*, agrupación de sindicatos excluidos de la C.N.T., o que permanecieron hasta entonces autónomos. Dirigida por los militantes del P.O.U.M. (De mayo a agosto de 1936).

Frente Popular. Alianza de partidos obreros con partidos «de izquierda», firmada en Francia antes de las elecciones y en España después de las elecciones de 1936.

Gauche communiste. Grupo disidente de la Ligue Communiste francesa, fundado en 1931 por Claude Naville, Collinet, Le Pape, etcétera, llamado a menudo «Grupo Rosmer».

G.B.L. Grupo bolchevique-leninista de la S.F.I.O., nombre de la fracción trotskista en el partido socialista de Francia.

G.P.U. (o Gepeú) Nombre de la policía política de la Rusia soviética de 1922 a 1934, conservado por Trotsky.

I.A.G. *Internationale Arbeitsgemeinschaft*, grupo de trabajo y de contacto entre los partidos excluidos de la II.ª Internacional y de la III.ª Internacional a partir de 1932. La F.C.I. y posteriormente el P.O.U.M. se adhirieron a él. Se suele llamar a veces «Buró de Amsterdam», y

posteriormente «Buró de Londres», por la sede de su centro, que estuvo primero en Amsterdam y después en Londres.

I.C. Abreviación: Internacional Comunista. *Sin;* Komintern.

I.C.E. *Izquierda Comunista de España*, nombre de la Oposición de izquierda española desde 1932.

I.S.R. Internacional Sindical Roja, fundada en 1921 con sede en Moscú. *Sin;* Profintern.

J.C. *Juventudes Comunistas.*

J.C.I. *Juventud Comunista Ibérica*, organización de la juventud del B.O.C., y posteriormente del P.O.U.M.

J.S. *Juventudes Socialistas*, tanto en España como en Francia.

J.S.R. Organización disidente del partido socialista francés, ganado a la IV.ª Internacional en 1935.

J.S.U. *Juventudes Socialistas Unificadas*, organización surgida de la fusión de las J.S. y las J.C. en España.

K.P.O. *Kommunistische Partei-Opposition*, organización de la oposición de derecha del P.C. alemán dirigida por Brandler.

L.C. *Ligue Communiste*, nombre de la oposición de izquierda francesa de 1930 a 1934.

L.C.I. Liga de los Comunistas Internacionalistas, nombre de la organización trotskysta internacional anterior a la fundación del «Movimiento por la IV.ª Internacional».

O.G. Designación familiar de la oposición de izquierda.

O.G.I. Designación familiar de la oposición de izquierda internacional.

P.C.C. *Partit Comunista Català*, partido comunista catalán, fundado en 1928, se unió al B.O.C. en 1930.

P.C.E. Partido Comunista Español, sección de la III.ª Internacional.

P.C.I. Partido Comunista Internacionalista, organización disidente de Molinier y Frank en Francia de 1936 a 1938.

P.O.I. *Partido Obrero Internacionalista*, sección francesa del Movimiento por la IV.ª Internacional, fundado en 1936 por la J.S.R. y la Oposición de Izquierda.

P.O.U.M. *Partido Obrero de Unificación Marxista*, fundado en 1935 por la fusión del B.O.C. y la I.C.E. (ver).

P.S.O.E. *Partido Socialista Obrero Español*, sección de la II.ª Internacional.

P.S.O.P. Partido Socialista Obrero y Campesino, «pivertista», fundado en 1938.

P.S.U.C. *Partit Socialista Unificat de Catalunya*, adherido a la II.ª Internacional, fundado en 1936 por la fusión del P.S. y el P.C. en Cataluña.

R.S.A.P. Partido Socialista Obrero Revolucionario de Holanda, adherido al Movimiento por la IV.ª Internacional, fundado en 1935 por la fusión del O.S.P. y el R.S.P. de Sneevliet.

S.A.P. *Socialistische Arbeiterpartei*, fundado en 1931 por la escisión del ala izquierda de la socialdemocracia, reforzados por los disidentes del K.P.O., firmó un llamamiento por la IV.ª Internacional en 1933, pilar del Buró de Londres, poco después firmó el pacto del Frente Popular.

S.I. Secretariado Internacional de la Oposición de Izquierda, de la L.C.I., del Movimiento por la IV.ª Internacional, y posteriormente de la propia IV.ª Internacional.

S.F.I.O. Sección francesa de la internacional obrera, partido socialista francés, adherido a la II.ª Internacional.

Estalinista o estaliniano Comunistas que se reclaman de Stalin, también designa ciertos métodos característicos.

Sindicatos de la Oposición Sindicatos excluidos de la C.N.T. en 1931, debido a que estaban dirigidos por los «reformistas» partidarios de los «treinta».

Treinta Treinta militantes anarcosindicalistas que firmaron en 1931 un manifiesto reformista criticando el «putschismo» de la F.A.I. *Der.: Trentista.*

U.G.T.

W.P.U.S.

Unión General de Trabajadores, central sindical dirigida por los socialistas españoles.

Workers Party de los Estados Unidos, fundado en 1935 por la fusión de la Oposición de Izquierda (*Communist League of América*) y el *América Workers Party* de Muste.

INTRODUCCIÓN

España no ocupó en la obra de Trotsky un lugar comparable al de la Unión Soviética, y, por supuesto, tampoco al de Alemania o siquiera al de Francia. En España residió poco tiempo y en condiciones muy particulares, expulsado de Francia por Irún en septiembre 1916, detenido en Madrid el 9 de noviembre, enviado primero a Cádiz, y luego, a petición propia, a Barcelona, donde embarcó el 25 de diciembre con destino a Nueva York. Nunca volvería, y sólo en el verano de 1936 se planteó una estancia que le hubiera vuelto a sumergir en el torrente de una revolución en marcha, alegría que le fue rehusada. No hablaba el español, antes de su estancia en Méjico, y conseguía, sólo cuando era necesario, leer los periódicos con la ayuda de un diccionario.

Sin embargo, en su calidad de revolucionario profesional, estaba familiarizado con las cosas de España. En 1920, había discutido ampliamente, en el 2.º Congreso de la I.C. durante las sesiones y en los pasillos, con el delegado de la C. N. T. española, Angel Pestaña, anarcosindicalista al que no había conseguido ganar el comunismo. En 1921, hacía lo mismo con los jóvenes delegados que habían sucedido a Pestaña en la capital de la revolución mundial para el III Congreso Mundial de la Internacional, y había recibido en su despacho y luego invitado a su estado mayor a los catalanes Joaquín Maurín y Andrés

Nin.* Este último permanecía seguidamente en Moscú en calidad de secretario de la Internacional sindical roja, se convertía en uno de sus allegados, uno de los pocos para quien haya nunca reservado el título de «amigo», al mismo tiempo que compañero de lucha en las filas de la Oposición unificada a partir de 1926, donde asumía con otros la dirección de la «comisión internacional» de la Oposición.

El exilio a Alma-Ata no interrumpió unas relaciones que continuaron por carta. Expulsado Trotsky de la Unión Soviética, Nin, en tanto que extranjero, conocía pronto la misma suerte y, desde septiembre de 1930, se reanudaban las relaciones epistolares entre los dos hombres. Esta correspondencia iba a ayudar considerablemente a Trotsky a redactar importantes trabajos sobre España, y su interrupción, en 1932, iba a coincidir con una vuelta hacia otros temas. Trotsky volvió sobre España a partir de 1936, esta vez no sólo sin Nin, sino contra él.

Durante el período de exilio de Trotsky, España se está convirtiendo en tierra de revolución y sus masas obreras y campesinas se ponen en movimiento —un movimiento que sólo una carnicería sin precedentes en aquella época podrá frenar. Mientras casi por todas partes se hundien regímenes parlamentarios y semiparlamentarios, cuando dictaduras de todo tipo se abren camino en la mayor parte de Europa, España, el 14 de abril de 1931, derroca a la monarquía votando en las elecciones municipales. La revolución española va a continuar durante años, hasta su aplastamiento en febrero de 1939 por las fuerzas contrarrevolucionarias mundiales coaligadas contra ella. Entre tanto, ha permitido a Trotsky alimentar la esperanza de una victoria revolucionaria que piensa podría interrumpir y revocar el curso de degeneración de la Unión Soviética y de la marcha hacia la 2.ª guerra mundial.

Para Trotsky, en efecto, el teatro español constituye un terreno privilegiado para la verificación de la teoría de la revolución permanente. Desarrollada precozmente en la época del comercio marítimo, la economía española

* Joaquín Maurín había nacido en Bonanza, pueblecito de la provincia de Huesca pero situado en una zona de influencia lingüística catalano-parlante. En realidad, tanto su presencia en Cataluña desde su más temprana actividad política, como su toma de posición respecto al problema de las nacionalidades, justifican el poder mencionarle como «catalán», pero ésta no parece ser la idea del autor.

fue sobrepasada a partir del desarrollo de las rutas nord-atlánticas y del nacimiento del capitalismo industrial. Mosaico de nacionalidades inacabadas que soportan con impaciencia el jugo de la burocracia castellana, es aún en sus tres cuartas partes un país rural de estructuras medievales, donde millones de campesinos viven en una profunda miseria. Su joven industria, localizada en focos que parecen pertenecer a otro universo, fue duramente tocada por la crisis mundial. Su burguesía, estrechamente ligada por una parte a la aristocracia de los grandes latifundistas y por otra al capital internacional, es incapaz de llevar a cabo una revolución burguesa* que socavaría necesariamente sus posiciones, destruyendo las de sus aliados. Como en la Rusia de comienzos de siglo, sobre el joven y aún no pulido proletariado, ligado aún al mundo campesino, muy combativo, en condiciones de vida miserables, recaerá la tarea de realizar la revolución burguesa, con siglos de retraso, dando la tierra a los campesinos, aboliendo las servidumbres de tipo feudal, uniendo en el seno de una federación libremente consentida las diferentes nacionalidades, abatiendo esas fortalezas de los poseedores que son la Iglesia y el ejército. Sin embargo, para Trotsky, el proletariado español no realizará esta revolución burguesa en el curso de una etapa particular, sino solamente al tiempo que comienza por su cuenta la transformación de la sociedad derrocando a la burguesía, realizando en consecuencia las primeras tareas de la revolución socialista y ante todo su propio poder. Pues es demasiado tarde para que España conozca su 1789. Su única oportunidad de transformación reside en un nuevo Octubre del 17, en la revolución proletaria y la dictadura del proletariado.

Siempre dispuesto a comparar y establecer relaciones entre los dos países, Trotsky sin embargo no los identifica. España no conoce la coyuntura finalmente favora-

* Sobre la existencia de la Revolución Burguesa aplicada a España, se ha abierto un debate de difícil resolución. Recordemos que Josep Fontana, en *Cambio económico y actitud política* (Ariel quincenal) insiste en la reforma agraria liberal como liquidadora del régimen señorial. La interpretación de que en España no se había realizado la Revolución burguesa, parte a menudo de la equivocada idea de que para su realización es necesario una toma de poder según el modelo francés. La historia de la Revolución burguesa es la de la continua afirmación del modo de producción capitalista.

ble, enorme factor de aceleración de la madurez de las masas campesinas que constituyó la guerra para la revolución rusa: el ritmo del desarrollo de la revolución será más lento. Por otra parte, las ilusiones democráticas son inmensas en un país que no conoce la democracia en su historia, y las consignas de «defensa» o de «conquista» de los derechos democráticos, desde los más elementales a los más avanzados, revisten una importancia particular no sólo para la movilización y la unificación en la lucha del proletariado, sino también para permitir a este último arrastrar tras de sí a las masas campesinas y a la pequeña burguesía de las ciudades. Trotsky se preocupa mucho por tener en cuenta las particularidades españolas, los caracteres específicos de su historia, que se expresan a través de la tradición y las mentalidades: una de ellas es la existencia de una organización sindical de masas, anarcosindicalista, la C. N. T. —en la que los comunistas deberán conseguir la mayoría si quieren triunfar—, de esas decenas de miles de valientes luchadores anarquistas que habrá que convencer antes de ganar la última batalla. Y Trotsky va tan lejos en la preocupación de traducir —o, mejor, de transponer— a la lengua del país las consignas que en Rusia han constituido la clave de la victoria, que es él, el ruso, quien propone a sus camaradas el renunciar a utilizar la palabra rusa soviét para utilizar juntas revolucionarias, más conforme a la historia y a las reacciones instintivas de los trabajadores del país.

Durante todo el periodo de la revolución española, Trotsky no deja de señalar la admiración que le merece la abnegación, la iniciativa, la valentía, el espíritu de sacrificio, la imaginación, la inteligencia, el heroísmo del proletariado español, al que coloca por encima del proletariado ruso de 1917 por la manera en que traduce espontáneamente su aspiración a destruir el viejo mundo y a construir uno nuevo. Pero, al mismo tiempo, estigmatiza sin respiro la mediocridad de los dirigentes de sus organizaciones, partidos, sindicatos, la pobreza intelectual de sus teóricos, la vulgar demagogia de sus tribunos. Vuelve sin cesar a lo que a sus ojos es la cuestión crucial: a este admirable proletariado que, por todas sus acciones y aspiraciones, demuestra desde 1931 que tiende sus manos hacia el poder, no le falta desde el principio más que una dirección, un estado mayor que sepa prever y planificar, golpear oportunamente y retroceder en buen orden

cuando es necesario, pero que, a través de todos sus avances y retrocesos se haya fijado como objetivo la insurrección y la toma del poder. En una palabra, le hace falta un partido revolucionario, un partido comparable a lo que fue en Rusia, en la revolución, el partido bolchevique.

Ese es el objetivo esencial, la clave de sus análisis, la necesidad de la que se esfuerza en convencer a los militantes españoles. Hasta 1933, se trata de luchar por enderezar el partido comunista español que la Internacional, estalinizada, luego del partido ruso, arrastra en su degeneración; y para ello es necesario una fracción, aunque sea pequeña, pero sólida, unida en torno a un programa justo, que integre la experiencia positiva de Octubre así como la experiencia negativa de los epígonos de Lenin, la de Alemania de 1923 y de China en 1927, en una palabra un programa bolchevique-leninista. Sólo una fracción bolchevique-leninista puede esperar luchar victoriosamente para reunir los trozos dispersos del comunismo en España, reunificar el partido enderezándole y, recíprocamente, reunir tras él en el mismo movimiento a los trabajadores revolucionarios que han sido engañados por las direcciones tradicionales reformista y anarquista.

Pero la historia sella en Alemania el destino de la Internacional comunista, cuya política sectaria ha entregado a las bandas nazis el país clave de Europa. La Internacional comunista pasa así del lado del orden burgués, hay que reemplazarla. Y, desde 1933, se consagra a esta tarea en España, la creación de la sección española de la IV Internacional, no logrando sin embargo convencer a su amigo Nin de que para ello hay que ir audazmente al encuentro de las masas cuya vanguardia, constituida espontáneamente bajo el empuje profundo de toda la clase, se reagrupa por el momento tras los «socialistas de izquierda» de Largo Caballero. Pero los trotskistas españoles permanecen tras Nin y se niegan a seguir a Trotsky.

Cuando en 1936, como respuesta al alzamiento de los jefes del ejército, los obreros españoles desencadenan al mismo tiempo revolución armada y guerra civil, no existe a ojos de Trotsky un partido capaz de jugar el papel del partido bolchevique, y él mismo no dispone ni de diez militantes para emprender esta hercúlea tarea en tales condiciones. Es así como, en los últimos años de la revolución española, planteándose en términos de dualidad de poder la fase más aguda del enfrentamiento entre las

clases, Trotsky, después de haber sido y continuando siendo aún un buen profeta, se encuentra reducido al papel de comentarista de una historia en la que no tiene ningún medio de influenciar realmente como pudo creerlo por un instante durante el verano de 1936, cuando los amigos de Nin querían acogerle en la Cataluña alzada... Peor aún, se ve obligado a dirigir lo más afilado de su crítica contra los hombres próximos a él, sus antiguos camaradas de la Oposición española: la ironía se convierte en sarcasmo cuando el hombre que la maneja sufre el deber de jugar un papel que no quería y del que tiene conciencia de haber hecho todo lo posible por no tener que jugarlo.

De 1931 a 1939, España no está permanentemente en el centro de sus preocupaciones. Hay el ascenso del nazismo en Alemania, la política criminal dictada al partido comunista alemán por Stalin, la espantosa derrota sin combate que constituye para todo el movimiento obrero la victoria de Hitler: la lucha por la realización del Frente único en Alemania absorbe casi todos sus instantes de 1931 a 1933.

En los años siguientes, consagra sus cuidados a Francia, porque dispone en ella de un instrumento —modesto pero real—: la organización de los bolcheviques leninistas franceses, sucesivamente Liga Comunista, grupo bolchevique leninista de la S. F. I. O., Partido obrero internacionalista.

En fin —y no es evidentemente el fruto de un encuentro inocente del destino—, en sus tres cuartas partes está preso en Noruega cuando, algunos días después del comienzo de la guerra civil española, Stalin, con los procesos de Moscú, desencadena su ofensiva terrorista para exterminar y desacreditar a los bolcheviques a través de los compañeros viejos bolcheviques de Lenin, contra la amenaza de la construcción de la IV Internacional. Se trata para Trotsky de una tarea sagrada, tarea que en ese momento es el único en poder asumir, la defensa, contra el estalinismo asesino, enterrador de la revolución, de la conquista histórica más preciosa del movimiento revolucionario mundial, el bolchevismo, que Stalin intenta por todos los medios destruir, a través de los hombres que lo han más o menos encarnada al lado de Lenin y a través de Trotsky y sus partidarios, y que desfigura en su propaganda pretendiéndose su sucesor.

El trabajo de Trotsky sobre los problemas de la revolución española se resiente de la preponderancia de estos combates prioritarios. Sería sin embargo un error creer que España no ha ocupado más tiempo y atención en la vida de Trotsky del que ocupa en la biografía que le consagró Isaac Deutscher. A pesar del obstáculo de una documentación insuficiente, a pesar de la imposibilidad de contactos con el país por medio de un militante experimentado capaz de comprender la significación de los movimientos de clase —pues nadie reemplaza a Nin a su lado— a pesar del carácter insignificante del instrumento de que dispone —la minúscula «sección bolchevique-leninista de España»—, no abandonó nunca realmente este terreno.

Para él la España de los años treinta constituye un verdadero laboratorio de experiencia revolucionaria del proletariado y de la vanguardia: no es por azar si la palabra «lecciones» aparece tan a menudo en su pluma y principalmente en el título de los artículos. Las lecciones de España son lecciones crueles, que cuestan al proletariado español infinitos sufrimientos y centenas de miles de vidas. Pero son lecciones preciosas que permiten arrancar sus máscaras de «revolucionarios» a los representantes de la burocracia estalinista y a esos agentes de la burguesía que son en definitiva, una vez despojados de sus frases, los dirigentes anarquistas convertidos en ministros. Lecciones fructuosas para el proletariado en su conjunto, y también y ante todo para su vanguardia, los revolucionarios, los bolcheviques-leninistas de todo el mundo que luchan por construir la IV Internacional. Pues los hombres a los que Trotsky critica con tanto rigor, a los que a veces, en la pasión que le anima por la causa proletaria, califica de «criminales» o de «traidores», sus antiguos camaradas de la Oposición internacional los Andrade, Molins, su amigo Andrés Nin, que están a la cabeza del P. O. U. M.,* no son ni estalinistas, ni reformistas ni anar-

* Nin, Andrade y Molins, provenían de la I.C.E. (Izquierda Comunista Española) en que se había convertido la Oposición de Izquierdas trotskysta, que al constituirse el P.O.U.M., ofreció sobre todo una importante base teórica al nuevo partido, mientras su base de militantes la ofreció el B.O.C., cuyo líder, Joaquín Murín, fue también el secretario general del P.O.U.M. y «cabeza» del mismo hasta su detención en Galicia por los sublevados a principios de la Guerra Civil.

quistas. Son revolucionarios que se consideran marxistas conscientes, se esfuerzan por pensar y actuar como marxistas, quieren hacer de su partido un partido bolchevique y llevar al proletariado español a la victoria a fin de dar un nuevo impulso a la rueda de la revolución mundial. Con diferencias de apreciación de los hombres y de las cosas de España, con divergencias sobre los ritmos y los mejores caminos, tienen en definitiva el mismo objetivo que él, la revolución mundial. Ahora bien, no sólo no avanzan en este camino, sino que, según Trotsky, acaban por convertirse en un obstáculo en este camino, un obstáculo suplementario para la creación de la IV Internacional en España.

Es el hilo del pensamiento de Trotsky. Y fue ciertamente uno de los dramas más dolorosos de los últimos años de su vida la obligación que se imponía de dirigir su crítica más implacable contra quienes continuaba teniendo como compañeros de armas y que tenían como enemigos a sus mortales enemigos, en particular contra Andrés Nin al que continuaba teniendo por amigo y del que iba a escribir finalmente —en el momento en que, dos años antes que él, el dirigente español caía bajo los golpes de asesinos armados por la misma mano— que era un «viejo revolucionario incorruptible», un epitafio del que el viejo luchador no era pródigo en esta época de claudicaciones y de pretendidas confesiones, mientras que, según la expresión de Víctor Serge, era «medianoche en el siglo».

Primera parte

LA LUCHA POR EL ENDEREZAMIENTO DEL PCE

Cuando Trotsky, a su llegada a Prinkipo, se dedica a la tarea de reunir y seleccionar en todo el mundo los elementos sobre los que apoyarse para llevar a cabo la lucha contra el «centrismo estalinista» y sus agentes a la cabeza de la III Internacional, se ve conducido rápidamente a poner a España en primera fila de sus preocupaciones, y va a consagrarle una parte importante de su trabajo en 1930 y 1931.

El P. C. español no es ciertamente en aquella época la más hermosa flor de la Internacional comunista. El ascenso revolucionario, en este país neutral, coincidió con la revolución rusa, y el movimiento de huelga general de agosto de 1917 abrió lo que se ha llamado el «trienio bolchevique», marcado no sólo por un profundo movimiento de las masas que reviste las formas más diversas, sino también por la formación de una corriente de simpatía consciente por la revolución rusa y la experiencia bolchevique que atraviesa a todas las antiguas corrientes del movimiento obrero, tanto el partido socialista y sus juventudes como la central anarcosindicalista de la C. N. T. Los militantes ganados al bolchevismo, de origen socialista, como García Quejido, Lamonedá, Daniel Anguiano, dirigentes de la izquierda del partido, Juan Andrade, Luis Portela o Luis García Palacios, de las juventudes socialistas, o Andrés Nin, en 1921, secretario del comité nacional de la C. N. T., o de fuente anarcosindicalista como los otros dirigentes de la C. N. T., Joaquín Maurín, Hilario Arlandis, Jesús Ibáñez, son militantes de valor, cuya influencia se

ejerce en este período más allá de sus propias filas, sensible, por ejemplo, en la búsqueda de un dirigente de la C. N. T. de la envergadura de Salvador Seguí. La adhesión —momentánea ciertamente— de la C. N. T. a la Internacional comunista en diciembre de 1919 es la prueba más manifiesta.

Pero la génesis del partido comunista español se revela larga y difícil, por, como ha subrayado Guy Hermet,¹ la importancia de la huella anarquista sobre el movimiento obrero y las posiciones maximalistas adoptadas durante este período por el partido socialista. El partido comunista sólo se constituirá por etapas, rompiendo primero las juventudes y constituyendo un partido comunista antes que los militantes del partido partidarios de la adhesión a la III Internacional. Cuando los dos partidos comunistas sucesivamente formados se fusionan por fin después de cerca dos años de fuertes polémicas, en noviembre de 1921, el reflujó obrero es ya un hecho desde hace tiempo y las clases dirigentes están volviendo a tomar la iniciativa. La crisis de la revolución rusa, la protesta general en las filas anarquistas inmediatamente después de la insurrección de Cronstad * condujeron a la victoria de los adversarios del bolchevismo en las filas de la C. N. T. y a la decisión de ésta de desafiliarse de la Internacional comunista en junio de 1923. Nacido en pleno reflujó, el partido español franquea peor que los otros la crisis que ve la marcha de la mayor parte de los dirigentes salidos de la Izquierda socialista en 1923. La instauración, a finales del mismo año, de la dictadura del general Primo de Rivera, y luego la «bolchevización» impuesta a la Internacional y a sus partidos por la troika Zinoviev-Kamenev-Stalin, consolidando su victoria sobre Trotsky en el partido bolchevique, acaban por doblegarle. Pasa de unos 4.000 adheridos en 1922 a un máximo de 1.200 a partir de 1924, y no cuenta —de forma bastante formal por otra parte— a

1. G. Hermet: «Les communistes en Espagne», p. 19.

* Entre grandes convulsiones, a causa de la resistencia de los campesinos contra las requisas, el hambre, y la nueva política económica (N.E.P.) aprobada en el Congreso del P.C. soviético, que hipotecaba la sociedad comunista para más tarde, los marineros de Kronstadt, orgullo de la revolución, se levantaron bajo premisas libertarias contra los bolcheviques en marzo de 1921, siendo aplastados por el poder de la nueva sociedad.

pesar de 800 militantes a la caída de la monarquía en 1931.²

Por otra parte, parece asistirse a una verdadera descomposición bajo la dictadura que reduce al partido a una clandestinidad precaria, que agravan las iniciativas de Moscú. Los emisarios de la Internacional apartan a la dirección salida de las juventudes socialistas, y entronizan en su lugar a una nueva dirección alrededor de un aventurero, el antiguo oficial Óscar Pérez Solís. Este último, se reconvirtió, en la cárcel, al catolicismo mientras que otro dirigente del P. C., Ramón Merino García, toma la cabeza del «Sindicato libre» patronal... En el verano de 1927, la Internacional confía a José Bullejos el restablecimiento de la situación vuelto tanto más necesario a sus ojos ya que se trata de cerrar el camino del secretario general a Andrés Nin, que mientras tanto se había convertido en el secretario de la Internacional sindical roja, pero también se había ganado a la oposición de izquierda, en la que animó la «comisión internacional». El reino de Bullejos, en pleno «tercer período» ultraizquierdista de la Internacional, es el de las expulsiones. Al final de la monarquía, lo que se llama «partido oficial» no tiene de partido más que el nombre. En Cataluña, la federación catalano-balear que dirige Joaquín Maurín se encuentra prácticamente fuera de la organización, sin haber sido sin embargo formalmente expulsada; coexiste con una disidencia catalanista, el Partit comunista català, sólidamente implantado en varias ciudades industriales como Lérida y Gerona, y en el puerto de Barcelona, entre los portuarios; las federaciones de Asturias y Levante están en una situación poco diferente y, con la vuelta de las actividades legales bajo la República, se multiplican en todo el país las agrupaciones autónomas que de hecho están fuera del partido «oficial».

La oposición de izquierda —los partidarios de Trotsky— cuenta con militantes individuales, intelectuales o miembros del aparato venido a ella sobre la base de su acuerdo con las posiciones de la oposición de izquierda rusa. Es el caso, en la Unión Soviética, de Andrés Nin; en Francia de Julián Gómez («GorNin»), que milita en el P.C.F. y colabora en la prensa comunista y procomunista, principalmente Monde de Barbusse, y que será expulsado en 1927; en España el de hombres como Juan Andrade. Como

2. Ibidem, pp. 29-39.

organización, nace en Bélgica en el seno de los «grupos comunistas» organizados alrededor de los P. C. belga y luxemburgués, donde la oposición de izquierda, con Van Overstraeten en Bélgica y Reiland en Luxemburgo, tiene en esta época, sólidas posiciones.³ Los grupos comunistas de Luxemburgo, que dirige un pintor de la construcción, Francisco García Lavid, que milita bajo el nombre de Henri Lacroix, toma posición desde 1929 por la defensa de los opositores rusos deportados:⁴ con García Lavid, uno de los animadores del grupo es un obrero comunista, Gregorio Ibarrondo, que trabajó varios años en la Unión Soviética antes de buscar y encontrar trabajo en Bélgica, donde milita bajo el nombre de Máximo Carnicero. Los grupos comunistas de Bélgica y Luxemburgo se unen abiertamente a la posición trotskysta tomando posición en octubre de 1929 sobre el conflicto ruso-chino.⁵ En esta época se toman los primeros contactos con España, sobretodo Bilbao, donde el viejo comunista Fernando Salvatierra está perseguido por la policía,⁶ con Asturias y Madrid, donde los opositores buscan el contacto con Andrade, que ha reunido algunos militantes alrededor de él. En febrero de 1930, en Lieja, es fundada oficialmente la oposición de izquierda española, y se lleva a cabo la unión con Gorkin que hasta entonces había actuado independientemente. La oposición de izquierda lucha por la «reorganización» del P. C. F., crea una comisión «de difusión y propaganda», estudia la aparición de un boletín.⁷ En las semanas siguientes sus principales militantes, principalmente F. García Lavid, vuelven a España.⁸ Los meses siguientes, su actividad se despliega en los principales centros industriales, se establece un plan y se anuncia la publicación de un mensual *Contra la Corriente*, en Valencia,⁹ prohibido por el gobernador. El órgano del P. C. E. clandestino, *Bandera Roja*, desencadena contra los trotskystas violentos ataques, haciendo público el nombre de Francisco García Lavid, lo

3. H. Lacroix, «Algunas consideraciones sobre la Oposición comunista». *Comunismo*, n.º 5, octubre 1931, p. 33.

4. *La Verité*, 18 octubre 1929.

5. *Ibidem*.

6. *Ibidem*, 20 diciembre 1929.

7. H. Lacroix, *op. cit.*, p. 34.

8. Su primera carta desde España, en *La Verité* del 2 de enero de 1931, está expedida en Barcelona.

9. *La Verité* del 30 de mayo de 1930 anuncia su primer número para el 1.º de junio.

que equivale a una denuncia.¹⁰ En la segunda mitad de 1930, la Oposición recibe el refuerzo de peso de la llegada a Cataluña de Andrés Nin,¹¹ expulsado de la Unión Soviética, con quien Trotsky recomienza una apretada correspondencia. Los arrestos que alcanzan a militantes de la Oposición muestran los progresos de esta última: Carnicero y Lacroix son detenidos, luego, en Bilbao, la militante Estefanía Ordozgoiti, luego Justo Solazábal y otro cuadro comunista, Pedro García Lavid.¹² En diciembre son arrestados por sus actividades políticas de opositores, en Barcelona, Andrés Nin, y en Valencia otro cuadro comunista, José Soriano.¹³ Pedro García Lavid es condenado a tres años de prisión, Estaban Bilbao¹⁴ es deportado. Esta represión y las dificultades políticas nacidas de la particular situación del movimiento comunista español, disperso alrededor de un «partido oficial» esquelético explican la lentitud de los progresos de organización de la Oposición, que no consigue en 1930 realizar su primer objetivo, la aparición de un boletín.

Como lo señala la correspondencia entre Trotsky y Nin a partir de la salida de la Unión Soviética de este último, hay otras dificultades, de orden político. Andrés Nin, después de varios años, vuelve a relacionarse con la situación española y, fijado en Barcelona, vuelve a encontrar a su camarada de los años veinte, Joaquín Maurín, a quien le une una sólida amistad personal y a quien estima profundamente. Nin se fija como objetivo convencer a Maurín y ganarle a la oposición de izquierda. La tarea le parece tanto más interesante en la medida en que Maurín, personalidad brillante, que goza de una indudable popularidad entre los trabajadores catalanes, se encuentra a la cabeza de la federación catalano-balear, que constituye en Cataluña el único grupo comunista realmente existente: la lucha por ganar a los militantes del partido, los militantes comunistas, pasa, a sus ojos, al menos en Cataluña, por la lucha por la Federación, con ella, en su seno. Trotsky no está opuesto a un trabajo de «fracción» en el interior de la Federación, pero plantea bastantes reservas hacia

10. Lacroix, *op. cit.*, p. 35.

11. *La Verité*, 19 septiembres 1930.

12. Lacroix, *op. cit.*, p. 35, y *La Verité*, 9 mayo 1930, 20 junio, 1.º agosto 1930.

13. *La Verité*, 19 y 26 de diciembre de 1930.

14. Lacroix, *op. cit.*, p. 35.

Maurín, que le parece más bien ligado, en el plano internacional, a la oposición de derecha que inspira Bujarin. Sobre todo, está interesado en que la Oposición —en cualquier organización en que actúen sus militantes— tenga su propia fisonomía, es decir, que esté organizada como fracción, con su propia disciplina y su órgano público de expresión. Pero, en este terreno, Nin vacila, tarda en organizar la fracción, e incluso a unirse, en la práctica, a la acción que han comenzado antes de su llegada García Lavín y sus compañeros.

En relación a la fragmentación de los comunistas españoles, Trotsky sugiere una orientación que Nin aprueba totalmente: en España, la lucha por el «enderezamiento» pasa por la «unificación» del partido de los trozos dispersos por la política irresponsable de los dirigentes estalinistas. Las cartas de Trotsky llegan en enero de 1931 a la cárcel de la que Nin está detenido con Maurín y otros dirigentes de la federación: alimentan ricas discusiones y consiguen el asentimiento de los «maurínistas».¹⁵ Prácticamente incorporado al estado mayor de la federación catalana, Andrés Nin no siente sin duda la necesidad de construir esta «fracción» bolchevique-leninista que constituiría, para él, en Cataluña, un rodeo, mientras piensa poder influenciar directamente a Maurín y sus compañeros. Trotsky se impacienta, se irrita por el «tiempo perdido», por las oscilaciones de Maurín, que por otra parte lleva a cabo negociaciones secretas con Humbert-Droz, emisario de la Internacional comunista que intenta recuperarle.¹⁶ Las cartas de Nin le anuncian noticias contradictorias, que reflejan las dudas de la dirección de la Federación donde la amistad personal entre Nin y Maurín no supera, quizá, los prejuicios contra la Oposición, donde existen fuertes tendencias a la conciliación con la dirección de la I. C. y donde, sobre todo, los puntos de vista de la oposición de izquierda son considerados como emanados de una situación que es propiamente rusa, y que por tanto no tiene importancia para el combate inmediato de los comunistas españoles. La unificación de la Federación con el Partit Comunista Català —donde Trotsky entrevé la influencia de la corriente «catalanista» pequeño-burguesa—, a través de la

15. N. Molins y Fábrega, «Una línea política: el B.O.C.», *Comunismo*, n.º 8, enero 1932.

16. J. Humbert-Droz, *Mémoires*, t. II, *De Lénine à Staline*, p. 457.

constitución del «Bloque obrero y campesino» que fracasará en su objetivo inmediato de ganar a la organización de los pequeños propietarios catalanes de la Unió de Rabassaires, parece a Trotsky de mal augurio en cuanto a su orientación política fundamental: según él, Maurín y los suyos desarrollan puntos de vista muy próximos a los de la I. C. durante su segundo período oportunista, en una palabra se orientan hacia la política oportunista de la Internacional en China, hacen «puro kuamintangismo». Lo escribe, sin rodeos, en una feroz crítica dirigida a la revista trotskysta francesa *La Lutte de classes*, justo después de la publicación por esta última del programa del Bloque obrero y campesino.

Otra divergencia, que se expresa cada vez más abiertamente en la correspondencia entre Trotsky y Nin, está latente. La política preconizada por Nin en Cataluña corre el riesgo, según Trotsky, de comprometer a la Oposición a los ojos de los obreros comunistas, y, aún más grave, de desviar a los militantes de la tarea de enderezar el partido español, al que, actuando así, dan de hecho la espalda. Los militantes trotskystas españoles no pueden esperar ser tomados en serio en el resto de España, ni en el resto del mundo, si su principal personalidad, Andrés Nin, se liga demasiado estrechamente al grupo de Maurín, del que nada garantiza que esté en una línea de «enderezamiento» del partido, sino que todo indica por el contrario que no excluye la perspectiva de proclamarse «nuevo partido», en competencia con el partido oficial.

Nacida apenas, la oposición española está pues envuelta en serias contradicciones. En junio de 1930, en una carta de Barcelona a La Verité, Lacroix escribe que Maurín era en realidad un «estalinista con reservas» y que su grupo constituía la «fracción más perjudicial para el desarrollo del partido comunista»,¹⁷ en oposición flagrante con Gorkin que escribía algunos meses antes en el mismo periódico que la Federación estaba de hecho «con» la oposición de izquierda.¹⁸ Las contradicciones parecen superadas después de la revolución del 14 de abril,* que hace

17. *La Verité*, 13 junio 1930.

18. *Ibidem*, 27 febrero 1931.

* Utilizar el término de «revolución» para definir el advenimiento de la República, parece más que exagerado, desacertado, cuando la República no llegó por la movilización en la calle de las capas trabajadoras y populares, sino tras unas elecciones. Más

legales las actividades de las organizaciones comunistas. Algunos días después, Lacroix escribe a La Verité: «La Oposición existe bajo la forma de la federación catalana, que es el único grupo comunista organizado de Cataluña. La Federación cuenta con varias centenas de miembros. Nuestros camaradas, entre ellos Andrés Nin, trabajan en esta federación, que no se sitúa enteramente en el terreno de la plataforma internacional de la oposición de izquierda, pero que constituye el verdadero núcleo proletario comunista.»¹⁹ Es una posición rigurosamente idéntica la que defiende, en lo que concierne a otro grupo disidente, la agrupación autónoma de Madrid, el ruso Mill enviado por el Secretariado Internacional de la Oposición a España en mayo. En una carta del 3 de mayo, explica que los militantes de la oposición de izquierda forman parte de esta agrupación y precisa: «La agrupación ha comprendido —y, en esto se diferencia de la mayoría de la federación catalano-balear— que la unidad en España será hecha contra los burócratas de la Internacional comunista y que no es posible con ellos ningún compromiso.»²⁰ Precisa que la Oposición aporta su «ayuda total» a esta agrupación de la que escribe: «¿Es trotskysta? ¿Se adhiere a la Oposición de izquierda? ¡No! Pero la agrupación desembarazada del aparato burocrático de la I.C. permite la discusión comunista y la colaboración de la oposición leninista en su seno.»²¹

Trotsky considera la posición de Mill como escandalosamente oportunista, pero sin embargo prosigue la correspondencia y la discusión personal con Nin. El viaje del representante del S.I. ha tenido al menos, para él, una consecuencia positiva: la constitución, con militantes madrileños, de una dirección provisional de la Oposición en España ligada a los grupos que se crean en las provincias y cuyos responsables son Andrés Nin en Cataluña, José Loredó Aparicio en Asturias, Luis Rastrollo («L. Siem») en Galicia, Esteban Bilbao en el país vasco.²² La primera

de un autor —Poulantzas— se ha referido, por el contrario, a la misma como una carta que la burguesía juega para frenar precisamente la Revolución de la clase obrera, y abrir así un período constituyente más apto para realizar reformas «inaplazables».

19. *Ibidem*, 24 marzo 1931.

20. *Ibidem*, 8 mayo 1931.

21. *Ibidem*, 22 mayo 1931.

22. *Comunismo*, n.º 3, agosto 1931, p. 56.

consecuencia de esta organización provisional es la aparición, en Oviedo, de una revista mensual de la Oposición, *Comunismo*, de brillante presentación, a la que Trotsky saluda con alegría. El 7 de junio de 1931 se celebra en Madrid la 2.ª Conferencia nacional de la oposición de izquierda que confirma las decisiones «provisionales» y comienza a estudiar planes para la publicación de un semanario.²³ La exclusión de Gorkin, un mes después, no parece debilitar las posiciones inicialmente adquiridas, pues hasta entonces se había mantenido al margen de la actividad de la Oposición española. Sobre todo, la evolución de Maurín y de la Federación provoca una ruptura entre Nin y Maurín y una polémica pública en la que Nin se acerca considerablemente a las posiciones defendidas hasta entonces contra él por Trotsky. Los puntos de vista defendidos por Maurín en su conferencia del Ateneo de Madrid el 7 de junio, su hostilidad manifiesta tanto a los «trotskystas» como a los «estalinistas», su toma de posición «separatista» para Cataluña, su afirmación del «carácter nacional» de la revolución española, y su llamamiento a una «Convención» que animarían los «jacobinos» de los partidos republicanos llevan a Nin a dar públicamente una apreciación severa. Maurín adopta, según él, una orientación política que, «si le aleja de los estalinistas y de la oposición de izquierda, en revancha le acerca a la izquierda pequeño-burguesa». En adelante la polémica entre las dos organizaciones alcanza una violencia extrema. Arquer, antiguo miembro del P.C.C. convertido en dirigente del Bloque obrero y campesino, ataca en una serie de artículos a los «epígonos del trotskysmo», y reivindica para el Bloque la paternidad de la consigna de «unificación de los comunistas». El Bloque abandona la consigna de «juntas revolucionarias» y Arlandis escribe en *La Batalla*: «El soviético, o, lo que es lo mismo, el congreso de todas las organizaciones de la clase obrera, los consejos obreros, los partidos políticos de la clase obrera, los sindicatos, las cooperativas y las organizaciones campesinas...»²⁴ y el 2.º Congreso del Bloque precisará que «comités de fábrica y sindicatos podrían transformarse en instrumentos de poder».²⁵ Los «trotskystas» —como los viejos comunistas

23. *Ibidem*, pp. 56 y sigs.

24. *La Batalla*, 31 julio 1931.

25. Citado por Molins y Fábrega, *op. cit.* (n.º 15), p. 25.

Molins y Fábrega, F. de Cabo— salen o son excluidos del Bloque en Cataluña. En agosto, en fin, renunciando a la consigna de congreso de unidad abierto a todos los grupos y que decida la readmisión de todos los expulsados por motivos políticos, el Bloque silencia el acuerdo de los opositores de izquierda con este congreso de unidad, lo convoca con la agrupación de Madrid sólo, luego pone condiciones que permiten al partido oficial escurrir el bulto... Pronto, la agrupación autónoma de Madrid estalla, volviendo una parte de sus dirigentes, con Evaristo Gil, al partido oficial así como en Cataluña el grupo que animan Hilario Arlandis y Antonio Sesé, mientras que Luis Palacios se une a la Oposición de izquierda y el núcleo restante, con Luis Portela, a quien viene a reforzar Gorkin, se acerca a Maurín. Aunque éste haya rechazado la «denuncia» de los trotskistas que le era pedida como precio de su eventual readmisión en las filas del partido oficial y de la Internacional, Nin da sobre su orientación un juicio severo: «No dudamos de la sinceridad comunista, escribe, de algunos de los dirigentes del Bloque obrero y campesino y sobre todo de los buenos elementos proletarios de sus filas, pero el principio menchevique sobre el que se funda su organización les conducirá inevitablemente por el camino del oportunismo más desenfrenado, con gran daño para la causa comunista. El que, ya actualmente, mientras se expulsa sistemáticamente del Bloque obrero y campesino a comunistas indudables —como los de la oposición comunista española y los del grupo Arlandis/Sesé—, puedan formar parte de él simpatizantes del Estat Català... surrealistas y masones, debería abrir los ojos a los militantes de buena fe que continúan creyendo que el bloque obrero y campesino es una organización comunista».²⁶ La hipoteca de la federación comunista catalana parece levantada y la Oposición puede marchar adelante.

Trotsky estima sin embargo que se ha derrochado un tiempo precioso, a pesar de sus repetidas advertencias. La situación española es favorable para una penetración de la oposición de izquierda si ésta sabe a la vez analizar la situación concreta, comprender el movimiento real de la clase obrera que aspira a la revolución, y proponerle consignas de «transición» que le permitirán hacer su experiencia, enfrentarse por sí misma a los aparatos tradicio-

nales que se esfuerzan por frenar su entrada en el camino revolucionario. Incansablemente Trotsky explica y reexplica la experiencia de la revolución rusa, la necesidad de realizar el frente único obrero, de luchar, con la clase, porque los dirigentes socialistas rompan con la burguesía representada en sus partidos «de izquierda». Pero, al mismo tiempo, pone en guardia a sus camaradas contra las tentaciones «izquierdistas», la actitud que consistiría en lanzar ultimátums a la clase, una política que enfrentaría a los comunistas con ella, en lugar de desarrollarla desde el interior como un fermento. Hay que utilizar, repite, lo que es progresivo en las ilusiones de la clase obrera para permitirle elevar su nivel de conciencia —no denunciarlas para darles una clase magistral. Ahora bien, cree que sus camaradas españoles no han sabido mostrarse a la altura de las circunstancias, que han permanecido, en gran medida, como comentaristas pasivos ante una situación de la que no se sentirían un elemento, el más vivo y activo, por luchar en el sentido del movimiento de la clase. Se vuelve, pues, hacia el Secretariado internacional, hacia las demás secciones de la Oposición internacional, para pedirles no sólo la indispensable ayuda material sino también su apoyo político. Pronto, se tranquiliza: el ritmo de la revolución española es finalmente muy lento, y probablemente, su futuro «Octubre» y su «Febrero» pasado ya, se verán separados por años. Y, además, el primer impulso ya ha sido dado, la Oposición comienza a dar algunos pasos adelante, a sumergirse en el combate.

En efecto, en algunos meses sus progresos son rápidos e incluso espectaculares. Aunque El Soviet semanal no haya tenido a partir de mayo de 1932 más que una existencia efímera, reaparece a partir de octubre de 1932. Los éxitos de la propaganda de la oposición comunista española son considerables y, en febrero de 1932, sus responsables levantan un balance satisfactorio de su actividad en este terreno en menos de un año, difusión de 18.000 ejemplares de la revista Comunismo, de 21.000 de El Soviet, edición de 33.000 folletos, venta de 722 obras de Trotsky.²⁷ Cuando se reúne la 3.^a Conferencia, en marzo de 1932, en presencia de tres delegados de la Oposición internacional, Naville, Franck y Molinier, los progresos realizados son notables igualmente en el terreno de la

26. Nin, «Los errores de Maurín», *La Verité*, 15 agosto 1931.

27. *La lutte de classes*, 1932, pp. 19-30.

organización. El primitivo núcleo ha crecido considerablemente y la Oposición se acerca a la cifra de 1.000 militantes organizados. En sus filas se encuentran quizá tantos nombres de comunistas prestigiosos como en las del Bloque, y, sin duda alguna, más que en el partido oficial: en Barcelona, Andrés Nin, que fue secretario de la C.N.T. y luego, des la Internacional sindical roja, militante conocido y estimado en todo el movimiento obrero, el brillante periodista Narciso Molins y Fábrega, venido del P.C. a través del Bloque; en Madrid, Juan Andrade, antiguo dirigente de las juventudes socialistas y del P.C. fundado en 1919, mucho tiempo redactor jefe de su órgano central hasta su eliminación por el aparato internacional, Luis García Palacios, que fue el primer secretario general de las juventudes comunistas; en Asturias, José Laredo Aparicio, que había llevado a la Internacional comunista y al bolchevismo a la federación asturiana del P.S. antes de ser, como Andrade, alcanzado por la pretendida «bolchevización»; en Valencia el viejo dirigente comunista obrero José Soriano; en Bilbao, Esteban Bilbao, uno de los cuadros de la organización comunista regional —una de las pocas de España— desde hacía diez años. En varias localidades existen grupos comunistas fundados y dirigidos por militantes de la oposición de izquierda, mientras que el partido oficial no ha podido implantarse, y, por otra parte, los opositores obligan a menudo a los responsables a la discusión pública. La oposición de izquierdas cuenta en sus filas con intelectuales de valor, auténticos escritores comunistas, teóricos, como Molins y Fábrega y Andrade, ya reconocidos como tales, también además con Esteban Bilbao, y, un poco más joven, brillante escritor de sólida formación marxista, Enrique Fernández Sendón, que utiliza el transparente seudónimo de «Fersen». Cuenta también con sólidos núcleos obreros, en Madrid, donde Francisco García Lavid no se contenta con ser el infatigable secretario general de la pequeña organización, sino que además es elegido, con otros opositores comunistas, a la dirección del sindicato C.N.T. de pintores de la construcción,²⁸ en El Astillero, en la provincia de Santander, donde se contarán en 1931, en las municipales, 73 votos en las urnas¹ por... Trotsky²⁹ y donde el organizador político y

28. *La Verité*, 1.º agosto 1931.

29. *Ibidem*, 15 agosto 1931.

sindical de los obreros del petróleo, Eusebio Cortezón, es uno de los dirigentes nacionales de la Oposición; en Llerena, en la provincia de Badajoz, alrededor de Luis Rastrollo, animador y organizador de la Casa del Pueblo, y del dirigente Félix Galán, en Gijón, con Emilio García, militante reconocido de la C.N.T., a pesar de su calidad de comunista, y secretario del Ateneo obrero de la gran ciudad industrial asturiana. Ninguna sección de la oposición de izquierda internacional ha llegado hasta entonces a reunir tantos militantes de valor, ni siquiera a alimentar tan grandes esperanzas a corto plazo. Sin embargo, en la 3.ª Conferencia que constata estos considerables progresos, se dibuja ya una nueva crisis que va a enfrentar contra Trotsky a la mayoría de la Oposición española reagrupada esta vez alrededor de Andrés Nin.

Su origen es esta vez extranjero al contexto español, y el conflicto entre Trotsky y Nin, que conducirá a la ruptura, no está ligado a los acontecimientos de España más que de rebote. En efecto, desde 1930 ha aparecido en el seno de la organización francesa de la oposición de izquierda, la Ligue Communiste, el conflicto sobre los «métodos» que enfrenta a una parte de los dirigentes contra Raymond Molinier, calificado de «aventurero» e «irresponsable». En primera fila de sus adversarios, Alfred Rosmer, viejo compañero y amigo personal de Trotsky, no consigue convencer a éste último de retirar a Molinier el apoyo que le da. Abandona entonces sus responsabilidades, retirándose de la Ligue, sin unirse sin embargo a los militantes que, a la cabeza de la «Gauche Communiste», eligieron la escisión y el ataque desde el exterior.³⁰ Rosmer y Nin están unidos personalmente por los años de colaboración en los primeros años de la Internacional sindical roja, por itinerarios idénticos y una comunidad de temperamento y reacción. Trotsky, ansioso por conocer la opinión de Nin sobre el conflicto, de utilizar quizá su amistad con Rosmer para retener a este último, se irrita por una actitud que le parece provenir de una neutralidad inadmisibles, por la aparición en Comunismo de textos de Rosmer, inquietado porque Nin no haya hablado por sí mismo de un viaje efectuado a España por Rosmer. Sin embargo las cosas parecen arreglarse cuando Moli-

30. C. Gras, Rosmer y el movimiento revolucionario internacional.

nier, a su vez, pasa algunos días en España, siempre emprendedor y eficaz: su dinamismo seduce a Nin, pero, sin duda, más aún la ayuda financiera que aporta para la publicación de *El Soviet*, su promesa de continuarla a fin de equilibrar las precarias finanzas de este semanal de la oposición comunista en un país tan pobre, en plena crisis económica: Molinier no mantiene sus promesas y *El Soviet* desaparece. Nin le ataca entonces con tanto mayor vigor, denuncia su irresponsabilidad y hace conocer en la Oposición internacional esta nueva «hazaña» de Molinier, uniendo con ello su voz al concierto que se eleva contra el dirigente francés, tanto en el interior como al exterior de la Oposición, en grupos como la *Gauche Communiste* de Claude Naville, que se reclama de Rosmer, o la organización alemana de Landau, antiguo miembro, él también, del primer secretariado internacional de la oposición de izquierda.

El «asunto Rosmer» se duplica pronto con un «asunto Mill». Este último, militante del P.C. de origen ucraniano, joven y poco experimentado, debió a su conocimiento del ruso el ser puesto en el Secretariado internacional —que componen además, Frank y el italiano «Suzo», seudónimo del viejo compañero de Gramsci, antiguo miembro del secretariado del P.C.I. clandestino, Alfonso Leonetti. Cuando Mill fue enviado a España, poco después de la proclamación de la República, redactó cartas, publicadas en *La Verité*,³¹ que escandalizaron a Trotsky por la confusión que mantenían, según él, entre oposiciones de «derecha» y de «izquierda». Ahora bien, Mill, miembro del «grupo de lengua judía» había apoyado a Molinier al comienzo de la crisis en la Lige francesa; pero, empleado por éste en su actividad profesional, cambia rápidamente de opinión y, en agosto de 1931, en nombre del «grupo» se dirige a Rosmer para pedirle su «intervención activa» en la lucha contra Molinier.³² Los opositores españoles —en primer lugar Nin—, están de todo corazón con Rosmer y se sienten solidarios de Mill. En la lucha fraccional que se desencadena en toda la Oposición internacional, se levantan contra la «fracción Molinier» a la que apoya Trotsky,

31. *La Verité*, 8 mayo 1931 (carta firmada Obin), 22 mayo 1931 (carta firmada Mill).

32. *Bulletin interieur* de la Lige, n.º 4, 1931.

y protestan contra el proyecto de transferir a Berlín el Secretariado Internacional a fin de hacer participar en él a parte entera, a Markin —Léon Sevoc, el hijo de Trotsky— a quien consideran como el hombre de la fracción Trotsky-Molinier y que debe tomar el lugar de Mill como especialista de las cuestiones rusas. Trotsky considera que, sin haberlo expresado claramente y sin haber llevado sobre esta cuestión una verdadera discusión política, Nin se ha unido de hecho a la coalición de los que le combaten y cuya única base de unidad reside en la hostilidad a sus «métodos» y al papel jugado por Raymond Molinier.

Las dificultades políticas propias al trabajo español vienen a agravar esta discrepancia. La coalición en el poder de los republicanos burgueses y socialistas, detrás del gobierno de Manuel Azaña, revela rápidamente su verdadero rostro, y el miedo a las masas obreras y campesinas que inspira toda su política. La desenfrenada política de colaboración de clases de los socialistas, la política aventurerista y putchista de los anarquistas, que arrastran tras ellos a la C.N.T., dejan teóricamente un lugar importante para una actividad comunista seria, que intente adaptarse al movimiento de la clase obrera y empujarle adelante, desde su interior, El ultimatismo del P.C. oficial, su concepción del «frente único por la base» dan la espalda a esta política, y Trotsky aún espera que sus camaradas españoles van a poder utilizar esta coyuntura para la construcción de la oposición de izquierda. Pero el impulso inicial se ha reducido rápidamente. Las querellas grupusculares sobre el «congreso de unidad» son capitalizadas por el partido oficial: obligado a renunciar a recuperar a Maurin —que no acepta la versión de Moscú sobre el «trotskismo» y se niega a suscribir su condena—, consigue sin embargo explotar en parte en su provecho a la corriente unitaria atrayendo a sus filas, con Hilario Arlandis y Evaristo Gil, al grupo de «oposición obrera» del Bloque obrero y campesino, la mayoría de los elementos que constituían en Madrid la agrupación autónoma. En 1932, en parte quizá bajo el impulso de las críticas de la oposición de izquierda, y en cualquier caso, para responder a un serio malestar en las filas del partido, la Internacional comunista anuncia un «giro», esboza una política que rompe con el sectarismo y el ultimatismo de los primeros meses de la República: pronto se ve que sirve en realidad sobre todo para eliminar, en las personas de José

Bullejos y Adame, a una dirección en parte desacreditada y más de una vez rebelde, a fin de entronizar en su lugar a gentes más jóvenes, más dóciles, sin lazos con el pasado del movimiento ni con el movimiento de masas, los Jesús Hernández, Pasionaria..., que aceptarán sin rechistar las posiciones más sectarias y aventureristas, y son en España los incondicionales de Stalin. La orientación hacia el comunismo de varios elementos de la C.N.T. que rechazan a la vez el oportunismo de Pestaña y el putchismo de la FAI beneficia también al partido comunista oficial, que utiliza el «comité de reconstrucción» creado a partir de sus propias posiciones en el proletariado de Sevilla, alrededor de militantes como José Díaz, para fundar una central sindical escisionista —una central más—, la Confederación General del Trabajo Unitaria, C.G.T.U., que se implanta además en Madrid y en Asturias. El P.C. no logra conseguirlo en Cataluña, donde el Bloque de Maurín le hace pantalla, pero en otras partes constituye una fuerza, si no aún muy sustancial, al menos cuatro o cinco veces superior en número e infinitamente superior en medios materiales a la de la Oposición que, por su parte, sigue sin mantener la publicación regular de su semanario, en un período en que la ayuda material de la Internacional comunista permite al P.C. oficial publicar un diario.

El impacto del P.C. oficial está sin embargo lejos de ser considerable en la clase obrera. Además, estrechamente sometido a las directrices de la I.C., de la que depende totalmente para su actividad, vacuna preventivamente a sus militantes contra el «trotskysmo», al que les hace considerar como su enemigo principal, contra los socialistas, bautizados «social-fascistas», o los anarquistas a los que trata de «anarco-fascistas». En estas condiciones no tiene nada de extraño que numerosos militantes españoles de la Oposición española —y Nin, aparentemente está entre ellos—, hayan considerado como una tarea inútil, un rodeo nefasto, la concentración de sus fuerzas en el «enderezamiento» de un partido construido enteramente fuera y a veces también contra el movimiento de la clase obrera, de este aparato que le es exterior, y que ciertamente es el organismo menos susceptible de ser enderezado por «trotskystas». Así pues, es muy grande la tentación de asumir una política «independiente» —o al menos más independiente—, de tener por suficientes sus propias posiciones, a fin de llevar ellos mismos a la prác-

tica la política que proponen al partido sin esperar su «enderezamiento», de ganar directamente los militantes obreros españoles que buscan un camino revolucionario y que el «comunismo oficial» desvía del comunismo.

Es esta tendencia profunda, aunque no siempre claramente expresada, la que se encuentra indudablemente en el origen de la crisis que cristaliza a partir de la 3.^a conferencia de la oposición comunista española en marzo de 1932, aunque los desacuerdos se den sobre un conjunto de puntos.³³ El primero tiene que ver con las relaciones de la Oposición española con la Gauche Communiste francesa, el «grupo Rosmer» y los elementos reunidos por Landau. Parece claro que Michel Collinet, delegado de la Gauche Communiste llegado a Madrid unos días antes de la celebración de la conferencia, se haya reunido con Lacroix y Nin, y haya sido invitado para representar a la «Oposición francesa» en la conferencia. La llegada de tres delegados del Secretariado internacional, Raymond Molinier, Pierre Frank y Naville, hace saltar el conflicto. No pueden admitir la presencia ni, sobretodo, la representación, en pie de igualdad, de un grupo excluido de la Oposición internacional. Los dirigentes españoles retroceden, y Collinet se contenta con asistir como observador a la conferencia, pero la lectura del mensaje —y de los reproches— del S.I., así como la invitación que hacen sus delegados de votar una resolución aprobando la ruptura efectuada a nivel internacional con los «grupos» de Rosmer y Landau, son el pretexto de los inevitables incidentes. Como respecta a sus exigencias, la conferencia estima que no está suficientemente informada para tomar sobre este asunto la posición que le piden los representantes del Secretariado Internacional. Este rasguño va a envenenarse rápidamente. La segunda divergencia aparece a propósito de la táctica electoral, y, a través de las posiciones circunstanciales, traduce las divergencias latentes sobre la apreciación del papel del Bloque obrero y campesino de Maurín y la de las perspectivas de la lucha por el enderezamiento del partido oficial. En la 2.^a conferencia, en junio de 1931, a pesar y contra la opinión de Henri Lacroix y Esteban Bilbao, había hecho rechazar una moción que preveía que, en un primer tiempo,

33. Actas de la conferencia en *Comunismo*, n.º 11, abril 1932, pp. 30 y ss.

se dirigirían propuestas de frente único por parte de la oposición a todos los grupos comunistas, y que, en un segundo, independientemente de la respuesta —incluso negativa, como era probable— del partido oficial, la Oposición sostendría en todas partes a los candidatos de este último. Apoyándose precisamente en el ejemplo de Cataluña —donde el P.C. oficial no tenía más que una existencia teórica— Nin había hecho decidir por la Conferencia el apoyo de la Oposición a las candidaturas «presentadas por los grupos de base», es decir, un eventual apoyo a los candidatos del Bloque, lo que constituía ya evidentemente un serio obstáculo a la línea de lucha por el «enderezamiento».³⁴ En la 3.ª conferencia, dando un paso más, Fersen propone el avanzar en «una acción política más independiente» una posición que los delegados catalanes, con Nin, completan reclamando la intervención independiente de la oposición de izquierda en las elecciones. Andrade, esta vez, así como Lacroix consideran esta actitud como una «ruptura con la línea política de la Oposición». Pero Fersen y Nin triunfan; aparece entonces claramente que esta decisión plantea el riesgo, en las próximas elecciones, de conducir a la oposición de izquierda a abandonar su actitud de oposición hacia el P.C. para levantarse como elemento de alternativa, «nuevo partido» de alguna manera escisionista, contrariamente a lo que todas las demás escisiones por otra parte defienden, y en oposición a la actitud de «enderezamiento» de la Internacional. Otro índice de este deslizamiento de la mayoría de la Oposición española hacia «la acción política independiente» aparece sin duda alguna en la decisión —tomada por unanimidad en la conferencia— de rechazar el adoptar, a imagen de las otras secciones, el título de «Sección española de la oposición de izquierda (Bolcheviques-leninistas)», que le parece exótico... Aún más grave, la 3.ª conferencia decide, con la misma unanimidad, llamarse en adelante Izquierda Comunista Española (I.C.E.), mientras que este mismo título es el elegido para su organización disidente por los elementos que han abandonado en Francia la Ligue Communiste reclamán-

34. Actas en *Comunismo*, n.º 3, agosto 1931, unas actas más completas, redactadas por Lacroix, el 10 de junio, se encuentran en el *Bulletin interieur* de la O.C.G., n.º 8, junio 1931.

dose de Rosmer³⁵ y que se han hecho representar por Collinet en esta conferencia.

La elección del nuevo nombre, la acogida hecha a Collinet, el rechazo a condenar a Rosmer y Landau, la propuesta de una conferencia internacional que oiría a grupos y militantes expulsados de la Oposición Internacional, todas estas iniciativas de la dirección española, a las que están asociados tanto Nin como Lacroix, inquietan a Trotsky y al S.I., pues les parecen el indicio de un cambio político, el signo del comienzo de una batalla política contra ellos. Lacroix, cuyo particular temperamento está en el origen de bastantes dificultades en la organización española, pide ser descargado de sus funciones de secretario general por «razones de salud». Nin le reemplaza sin que haya habido discusión política sobre los problemas planteados: en adelante las nuevas y viejas divergencias van a cristalizarse alrededor de su persona. Desde su entrada en funciones, el nuevo comité ejecutivo, en una declaración particular, debe defenderse contra la interpretación hecha por el S.I. de las decisiones de la 3.ª conferencia: reafirma su acuerdo con las decisiones respecto a Landau y Rosmer, y niega formalmente que la elección del título de «Izquierda Comunista» tenga una significación política que permita ligar a la Oposición española a los disidentes franceses que se reclaman de Rosmer.

Pero el conflicto que se esbozaba en marzo entre «oposicionistas» y partidarios de la «acción independiente» no acaba de extinguirse. En Madrid, dos militantes, Arlen y Vela —que desde hacía varios meses estaban en correspondencia con Trotsky— levantan la bandera de la fidelidad al combate por el «enderezamiento» del P.C. y, sobre todo, Lacroix acusa a la nueva dirección de orientarse en la práctica hacia la constitución de un «nuevo partido». Negándose a inclinarse ante las decisiones del ejecutivo, transferido de Madrid a Barcelona, se lanza a una actividad fraccional, publicando su propio boletín y buscando en una desmedida autocritica el medio de obtener el apoyo de Trotsky.³⁶ Este último se inquieta de las circunstancias de la explosión de la crisis española tanto como de la ausencia de sus camaradas españoles en la

35. *Comunismo*, n.º 11, abril 1932.

36. *Boletín interior* de la I.C.E., n.º 2, 15 julio 1933.

conferencia organizada con ocasión de su viaje a Copenhague. Tampoco está dispuesto a dar un cheque en blanco a Lacroix. Tomando sus distancias en relación a la crisis, hace publicar los principales extractos de su correspondencia con Nin. El ejecutivo protesta, considerando que eso es dar un apoyo indirecto a Lacroix;³⁷ pero, mediante una carta a Lacroix, Trotsky afirma su negativa a tomar partido. De hecho, el conflicto en el seno de la Oposición española condujo sobre todo a envenenar las ya malas relaciones entre sus dirigentes y el Secretariado Internacional. Nin y sus partidarios se indignan de que el S.I. mantenga una aparente igualdad de trato entre la dirección elegida en la 3.ª conferencia y el grupo de militantes alrededor de Lacroix³⁸ que no tiene más que una voz consultiva. Pero las resoluciones de compromiso penosamente elaboradas no son aplicadas por ninguno de los adversarios. Finalmente, el grupo Lacroix estalla. Aislado, el antiguo secretario general, expulsado por «malversación de fondos», intenta reintegrarse en el partido comunista; luego, al precio de una penosa autocrítica, consigue que le admitan en las filas socialistas.³⁹ Su abandono es doloroso para todos, pues había sido el alma de la Oposición en sus comienzos. Afectó particularmente a Trotsky, en la medida en que Lacroix se había presentado desde el comienzo de la crisis como su incondicional partidario, en la medida también que parece haber querido utilizar la crisis para hacer prevalecer, contra Nin, sus posiciones en las cuestiones que les oponen. Las acusaciones lanzadas por el C.E. de la Izquierda Comunista contra el S.I. y sus maniobras «fraccionales» con el grupo de Arlen y Vela,⁴⁰ la negativa de la dirección internacional al hacer conocer a todas las secciones la posición de la sección española, han minado la confianza de numerosos militantes y comprometido seriamente unas relaciones internacionales que ya estaban lejos de ser excelentes. La aventura de Lacroix da fe de una grave crisis; parece anunciar ya una escisión entre los trotskystas españoles y el resto de la organización internacional.

37. Resolución del 31 de marzo de 1933.

38. «El asunto Lacroix», *Boletín*, n.º 2, 15 julio 1933.

39. Declaración de la izquierda comunista en el asunto Lacroix, *Comunismo*, n.º 29, octubre 1933.

40. Carta del C.E. de la I.C.E., *Boletín*, n.º 2, 1933.

La situación general va a decidir las cosas de otra manera. 1933 vio en efecto la victoria de Hitler en Alemania, una terrible derrota sin combate para el proletariado, resultado de la política ultraizquierdista llevada por el partido alemán y la Internacional comunista que hicieron de la socialdemocracia, rebautizada por ellos «social-fascismo» el adversario n.º 1. La ausencia de reacción sería en las filas del partido ruso y de la Internacional, inmediatamente después del acontecimiento, el silencio de las filas comunistas, militarizadas, ante los frutos desastrosos de una política catastrófica, conducen a Trotsky a considerar que la victoria de Hitler ha marcado la bancarrota del estalinismo, su «4 de agosto de 1914», a proclamar el paso de la Internacional comunista del lado del orden burgués, y de la necesidad, para los «bolcheviques-leninistas», luego del fracaso de sus esfuerzos por enderezar la III.ª, de consagrarse a la construcción de una nueva internacional, la IV.ª

Así desaparece una enorme divergencia potencial. Los partidarios de la «acción independiente» en España, Andrés Nin a la cabeza, están satisfechos. En la preconferencia, Fersen, representando a la Izquierda comunista española, afirma incluso: «La orientación que ahora ha adoptado resueltamente la organización internacional prueba la justeza de la orientación tomada anteriormente por la sección española».⁴¹ Pero Trotsky está lejos de compartir este punto de vista. En efecto, según él, es la experiencia vivida, en este caso la victoria de Hitler y sus consecuencias, lo que justifica el giro hacia la construcción de partidos revolucionarios nuevos y de la IV Internacional: las divergencias de principio subsisten en realidad entre Nin y él, agravadas en adelante por las consecuencias de la lucha fraccional de 1932-33 y una creciente desconfianza recíproca.

41. Declaración del delegado de la I.C.E. (Fersen) en la preconferencia, *Butellin interieur* de la O.C.G., n.º 2-3, abril 1933.

LAS TAREAS DE LOS COMUNISTAS EN ESPAÑA¹

(Carta a *Contra la Corriente*, 25 mayo 1930)

Saludo calurosamente la aparición del primer número de vuestro periódico. La Oposición Comunista de España entra en la arena en un momento tan propicio como decisivo.

La crisis que atraviesa España se desarrolla actualmente con una notable regularidad que deja a la vanguardia proletaria cierto tiempo para prepararse. Pero es dudoso que este tiempo sea muy largo.

La dictadura de Primo de Rivera ha caído ella sola sin revolución.² En otros términos, esta primera etapa es

1. T 3315. B.O. n.º 1213, junio-julio 1930, pp. 44-47. El fundador de la oposición de izquierda española a través de los «grupos comunistas» de Bélgica y Luxemburgo, Francisco García Lavid, (a) Henri Lacroix, vuelto a España desde comienzos de 1930, había conseguido reagrupar alrededor suyo a un cierto número de militantes y sobretodo antiguos dirigentes de P.C.E. como Juan Andrade. Su primer objetivo era la publicación de un boletín. Este objetivo parece haber sido casi alcanzado puesto que *La Verité* del 30 de mayo de 1930 anuncia la aparición, a partir del 1.º de junio, de un bimensual, *Contra la corriente*, publicado en Valencia. El 13 de junio, publica la carta de Trotsky a este último, pero revela el 20 que el periódico no ha sido autorizado y no ha podido aparecer. Sólo después de la caída de la monarquía aparecerá finalmente la revista *Comunismo*, como órgano de la oposición de izquierda.

2. El antiguo presidente del Consejo de la Monarquía, J. Sánchez Guerra, en enero de 1929 había intentado organizar un pronunciamiento en cuyos preparativos había comprometido a los generales Queipo de Llano y López Ochoa. Alarmado con razón, Primo de Rivera había esbozado una «liberalización» de la Dictadura. El 31 de diciembre de 1929, constataba que «las clases aristocráticas, los conservadores, los Bancos y los industriales, los funcionarios, la prensa», ya no le apoyaban. A finales de enero, como consecuencia

el resultado de las enfermedades de la vieja sociedad y no de las fuerzas revolucionarias de una sociedad nueva. No es por casualidad. El régimen de la dictadura, que, a los ojos de las clases burguesas, ya no se justificaba por la necesidad de aplastar inmediatamente a las masas revolucionarias, representaba al mismo tiempo un obstáculo para las necesidades de la burguesía en los terrenos económico, financiero, político y cultural. Pero la burguesía evitó la lucha hasta el final: dejó que la dictadura se descompusiera y cayera como un fruto podrido.

La burguesía y la dictadura

Luego, las clases dirigentes, en la persona de sus grupos políticos, se han visto obligadas a tomar una posición clara frente a las masas populares. Y ahora observamos un fenómeno paradójico: los mismos partidos burgueses que, en razón de su conservadurismo, habían renunciado a cualquier lucha sería contra la dictadura militar, rechazan hoy la responsabilidad de esta dictadura sobre la monarquía y se declaran republicanos. Se podría creer que la dictadura ha estado todo el tiempo colgada por un hilo del balcón del Palacio real, que no se apoyaba en el sostén, en parte activo, en parte pasivo, de las capas más sólidas de la burguesía, que paralizaban con todas sus fuerzas la actividad de la pequeña burguesía y oprimían a los trabajadores de la ciudad y el campo...

¿Ahora bien, qué vemos? Mientras que no sólo los trabajadores, los campesinos, el bajo pueblo de las ciudades, sino también los jóvenes intelectuales y casi toda la gran burguesía son republicanos o se declaran como tales, la monarquía continúa existiendo y actuando. Si Primo aguantaba sólo gracias al apoyo de la monarquía, ¿cuál es pues, el apoyo de la monarquía misma, en un país tan «republicano»? A primera vista esto parece un enigma insoluble. Pero la solución no es tan complicada: la misma burguesía que pretendía «sufrir» a Primo de

del descubrimiento de un nuevo complot militar —en el que uno de los principales papeles lo jugaba el general Goded—, el rey despedía al dictador. El general López Ochoa debería, durante el *bienio negro*, dirigir la represión contra los obreros asturianos; Queipo de Llano y Goded formarían parte de los generales insurrectos en julio de 1936 tras Sanjurjo y Franco.

Rivera de hecho le sostenía, como sostiene actualmente a la monarquía mediante los únicos medios que le quedan, es decir, declarándose republicana y adaptándose así a la psicología de la pequeña burguesía, para enganarla y paralizarla lo mejor posible.³

Para quien la observa desde fuera, esta escena, a pesar de su carácter profundamente dramático, no está desprovista de un cierto aspecto cómico. La monarquía se ha acomodado sobre las espaldas de la burguesía republicana, que de ninguna manera se da prisa por quitársela de encima. Deslizándose con su preciosa carga entre las masas populares en efervescencia, grita con voz de bufón respondiendo a las protestas, relaciones e imprecaciones: «Véis esta criatura sobre mi espalda, es mi peor enemigo! Voy a enumeraros sus crímenes: ¡miradla bien!», etc. Y cuando la multitud, divertida por esta pareja, se pone a reír, la burguesía aprovecha el momento para llevar su carga un poco más lejos. Si esto significa una lucha contra la monarquía, ¿qué sería pues, una lucha *en favor* de la monarquía?

Las manifestaciones de los estudiantes⁴ no son sino una tentativa de la joven generación de la burguesía, sobre todo de la pequeña burguesía, para encontrar una solución a la situación de equilibrio inestable en la que se encontró el país después de la pretendida liberación de la dictadura de Primo de Rivera, cuya herencia ha conservado enteramente, en sus elementos esenciales. Cuando la burguesía se rehúsa consciente y obstinadamente a resolver los problemas que se derivan de la crisis de la sociedad burguesa, y el proletariado no está aún dispuesto a asumir esta tarea, son a menudo los estudiantes los que ocupan el proscenio. En el desarrollo de la primera revolución rusa, hemos observado este fenómeno más de una vez. Siempre tuvo para nosotros una gran significación: esta actividad revolucionaria o semirevolucionaria implica que la sociedad burguesa atraviesa una

3. En abril de 1930, en un discurso pronunciado en Valencia, el antiguo ministro liberal de la monarquía Niceto Alcalá Zamora se declara republicano conservador, y promete que el nuevo régimen podrá ser servido por hombres situados todavía más a la derecha que él.

4. La agitación estudiantil que se desarrollaba desde el 1.º de mayo había llevado a las autoridades a cerrar varias universidades.

crisis profunda. La juventud pequeño-burguesa, sintiendo que una fuerza explosiva se acumula en el seno de las masas, busca a su manera encontrar una salida a este atolladero haciendo progresar la situación política.

La burguesía considera el movimiento de los estudiantes mitad con desconfianza, mitad con aprobación: que la juventud propine algunos porrazos a la burocracia monárquica, no es malo; con tal que los «chicos» no vayan demasiado lejos y no arrastren en su impulso a las masas laboriosas.

Al apoyar al movimiento estudiantil, los obreros españoles han dado muestras de un seguro instinto revolucionario. Aunque, claro está, deben actuar bajo su propia bandera y bajo la dirección de su propia organización proletaria. El comunismo español es quien debe asegurar esto y para ello le hace falta una línea política justa. La aparición de vuestro periódico, como dije antes, coincide pues, con un momento extraordinariamente importante y crítico de la crisis, precisamente con el momento en el que está en camino de transformarse en revolución.

El movimiento huelguista de los obreros, la lucha contra la «racionalización» y el paro adquieren una resonancia completamente diferente, incomparablemente más profunda, en medio de un descontento general de las masas pequeño-burguesas y de una aguda crisis de todo el sistema. Esta lucha obrera debe estar estrechamente ligada a todas las cuestiones que se derivan de la crisis nacional. Esta participación de los obreros en las manifestaciones de los estudiantes es el primer paso, incluso si es todavía insuficiente y mal asegurado, en el camino de la lucha de la vanguardia proletaria por la hegemonía revolucionaria.

Las consignas democráticas

Este camino supone, por parte de los comunistas, una lucha resuelta, audaz y enérgica *en favor de las consignas democráticas*. No entenderlo sería cometer la mayor de las faltas sectarias. En la etapa actual de la revolución, en el terreno de las consignas *políticas*, el proletariado se distingue de todos los otros grupos «izquierdistas» de la pequeña-burguesía, no porque combate a la democracia, como lo hacen los anarquistas y sindicalistas, sino

porque lucha resuelta y abiertamente en favor de esta consigna, mientras denuncia sin tregua las vacilaciones de la pequeña-burguesía.

Poniendo por delante las consignas democráticas, el proletariado no quiere con ello decir que España debe pasar por una revolución burguesa. Sólo podrían plantear así la cuestión fríos pedantes atiborrados de fórmulas rutinarias. España ya ha sobrepasado el estadio de la revolución burguesa.

Si la crisis revolucionaria se transforma en revolución, desbordará fatalmente los límites burgueses y, en caso de victoria, deberá dar el poder al proletariado; pero el proletariado no puede dirigir la revolución en el estadio actual, es decir reunir alrededor suyo a las más amplias masas de trabajadores y oprimidos, y convertirse en su guía, sino a condición de desarrollar, al mismo tiempo que sus reivindicaciones de clase, y en relación con ellas, todas las reivindicaciones democráticas, íntegramente y hasta el fin.

Esto tendrá ante todo una importancia decisiva en lo que concierne al campesinado. Éste no concedería a priori su confianza al proletariado bajo la garantía de la consigna de dictadura del proletariado. En un cierto estadio, el campesinado, clase numerosa y oprimida, ve inevitablemente en la consigna de democracia la posibilidad de dar a los oprimidos la preponderancia sobre los opresores. El campesinado ligará la consigna de democracia política al reparto radical de la tierra. El proletariado asume abiertamente el apoyo de estas dos reivindicaciones. Llegado el momento oportuno, los comunistas explicarán a la vanguardia proletaria por qué camino pueden ser realizadas, sembrando así la semilla del sistema soviético futuro.

Incluso en las cuestiones nacionales, el proletariado defiende hasta el fin la consigna de la democracia, declarando que está dispuesto a apoyar por la vía revolucionaria el derecho de los diferentes grupos nacionales a la libre disposición de ellos mismos, incluso la separación.

La cuestión nacional

¿Hace suya la vanguardia proletaria la consigna de separación de Catalunya? Si es la expresión de la mayoría de la población, sí. Pero, ¿cómo puede expresarse esta

voluntad? Por un plebiscito libre, o por una asamblea de representantes de Catalunya, o por la voz de los principales partidos a los que siguen las masas, o finalmente por un levantamiento nacional de Catalunya. Esto nos demuestra de nuevo, señálemoslo de paso, qué error reaccionario sería por parte del proletariado renunciar a las consignas democráticas. Hasta el momento en que la voluntad de la minoría nacional no se haya expresado, el proletariado no hará suya la consigna de separación, pero garantiza de antemano, abiertamente, su apoyo íntegro y sincero a esta consigna en la medida en que exprese la voluntad manifiesta de Catalunya.

Es evidente que los obreros catalanes tienen algo que decir sobre esta cuestión. Si llegasen a la conclusión de que sería inoportuno dispersar sus fuerzas, en las condiciones de la crisis actual que abre al proletariado español los caminos más amplios y prometedores, los obreros catalanes deberían llevar a cabo una propaganda en favor del mantenimiento de Catalunya, sobre bases a determinar, en el seno de España; en cuanto a mí, creo que el sentido político sugiere tal solución. Sería aceptable provisionalmente incluso para los separatistas más fervientes, puesto que está claro que en caso de victoria de la revolución sería infinitamente más fácil que hoy llegar a la autodeterminación de Catalunya, como por otra parte en las otras regiones.

Apoyando todo movimiento realmente democrático y revolucionario de las masas populares, la vanguardia comunista lleva a cabo una lucha sin compromisos contra la burguesía supuestamente republicana, desenmascarando su perfidia, su doble juego y su carácter reaccionario, y resistiendo a sus esfuerzos por someter a su influencia a las clases laboriosas.

Cualesquiera que sean las condiciones exteriores, los comunistas no renuncian nunca a su libertad de movimientos. Durante una revolución, no lo olvidemos, tales tentaciones no faltan: la historia trágica de la revolución china es una prueba irrefutable. Pero, al mismo tiempo que salvaguardan la plena independencia de su organización y de su propaganda, los comunistas aplican sin reservas la política de frente único, a la que la revolución abre un amplio campo.

El papel de la oposición de izquierda

La oposición de izquierda se empeñará en la aplicación de la política de frente único con el partido comunista oficial. No hay que permitir a los burócratas crear la impresión de que la oposición de izquierdas ve con mala cara a los obreros que siguen al partido comunista oficial. Por el contrario, la oposición está dispuesta a tomar parte en toda acción revolucionaria del proletariado y a luchar a su lado. Si los burócratas rehusan llevar a cabo la acción con la oposición, la responsabilidad de ello, a los ojos de la clase obrera, debe caer sobre ellos.

El desarrollo de la crisis española implica el despertar revolucionario de millones de hombres entre las masas laboriosas. Nada permite pensar que se alistarán de un solo golpe bajo la bandera del comunismo. Por el contrario, es muy probable que reforzarán primero el partido del radicalismo pequeño-burgués, es decir, en primer lugar el partido socialista, sobre todo su ala izquierda, en el espíritu, por ejemplo, de los independientes alemanes durante la revolución de 1918-1919.⁵

La radicalización efectiva y profunda de las masas encontrará su expresión en esta tendencia y de ninguna de las maneras en un crecimiento del «social-fascismo».⁶ El fascismo no podría triunfar de nuevo —y, esta vez, bajo una forma más «social» que «militar», es decir, por ejemplo, a la manera de Mussolini— sino como consecuencia de la derrota de la revolución y de la decepción de las masas engañadas que habían creído en ella. Sin embargo, si se tiene en cuenta el desarrollo regular de los acontecimientos actuales, una derrota no podría producirse sino como consecuencia de errores extraordinarios de la dirección comunista.

Hay que desacreditar políticamente la socialdemocracia a los ojos de las masas, pero no es mediante insultos como se llegará a ello. Las masas no tienen fe más que en su propia experiencia colectiva. Hay que darles la

5. Trotsky formula aquí, a propósito de la revolución alemana, una observación que generaliza en otra parte como una lección de las revoluciones del siglo xx: las masas que se despiertan a la vida política, en la primera fase de la revolución, se dirigen hacia los partidos tradicionales.

6. La I.C. y tras ella, los P.C. llaman «socialfascismo» en esta época a la socialdemocracia y los partidos socialistas.

posibilidad, durante el período preparatorio de la revolución, de comparar en los hechos la política del comunismo con la de la socialdemocracia.

Me doy cuenta hasta qué punto todas estas consideraciones quedan poco concretas. Es muy probable, e incluso verosímil, que haya omitido una serie de elementos de extrema importancia. Vosotros mismos lo veréis. Armados con la teoría de Marx y el método revolucionario de Lenin, vosotros mismos encontraréis vuestro camino. Sabréis captar los pensamientos y sentimientos de la clase obrera y darles una clara expresión política. El objetivo de estas líneas es sólo recordar en sus rasgos generales los principios de estrategia revolucionaria que ha verificado la experiencia de tres revoluciones rusas.

LA CRISIS REVOLUCIONARIA MADURA¹
(Extractos de cartas a Andrés Nin)

13 septiembre 1930

[(...) No dudo que en París le pondrán al corriente de

1. Estos textos son extractos de cartas dirigidas a Andrés Nin por Trotsky. Fueron publicadas en dos veces: una primera en los boletines internos y en anexo a un folleto sobre la revolución española bajo el título «La revolución española al día», habiendo tomado Trotsky el cuidado de suprimir todos los pasajes que podrían molestar a Andrés Nin revelando la amplitud y la naturaleza de los desacuerdos que había expresado. (*Boletín interno* de la Oposición de izquierda internacional n.º 9-10, septiembre 1931); y una segunda vez cuando Trotsky prefirió hacer conocer a las secciones de la Oposición extractos de su correspondencia con Nin revelando estas divergencias (*Boletín interno* de la oposición de izquierda publicado por el Secretariado Internacional de izquierda (*B.L.*) n.º 2-3 abril 1933). Hemos puesto entre corchetes los pasajes que Trotsky no juzgó oportuno publicar hasta 1933.

Andrés Nin, antiguo secretario de la Internacional Sindical roja, miembro de la oposición de izquierdas en la U.R.S.S., acaba de ser expulsado en septiembre de 1930. *La Verité* del 1.º de septiembre publicaba sobre este asunto —con su acuerdo— el siguiente texto: «Stalin acaba de usar su poder arbitrario expulsando violentamente a Nin fuera de la U.R.S.S., durante la celebración misma del 5.º Congreso de la I.S.R. Lozovsky acaba de cometer una bajeza más haciendo votar por las delegaciones francesa y china una resolución aprobando esta expulsión. Estos métodos no nos sorprenden y no cambian un ápice nuestra línea de conducta. Andrés Nin es un opositor de izquierda. Su lucha por la defensa de la U.R.S.S., y por la revolución proletaria mundial continuarán como en el pasado. Derrocar a la burguesía, arruinar a la socialdemocracia reforzando la situación internacional de la U.R.S.S., esto no puede hacerse sino combatiendo por una política justa de la I.C. contra la burocracia estalinista. La U.R.S.S., salida

la batalla interna que se desarrolla en el seno de la Ligue.³ Es por ello que encuentro necesario exponerle mi punto de vista sobre esta cuestión. (...)

Si en París entra en todos esos asuntos internos —y pienso que debería hacerlo— es necesario que escuche a las dos partes. Me gustaría que me escribiese con detalle las impresiones que saque de ello.^{3]}

21 noviembre 1930

En mi artículo,⁴ he expresado de manera muy circunspecta la idea de que después de varios años de dictadura, después de un movimiento de oposición de la

de la revolución de Octubre, debe ser defendida por los trabajadores del mundo entero. Los métodos estalinistas que la debilitan deben ser rechazados. Es por ello por lo que lucha la oposición de izquierda. Nin, como todos los opositores, combate con ardor en sus filas para alcanzar este objetivo. Los Stalin y Lozovsky pueden deportar, encausar, expulsar, exiliar a nuestros mejores camaradas. Esto no debilitará nuestra actividad por la defensa de Octubre. Si la prensa socialdemócrata y burguesa se ampara en hechos como la expulsión de Nin para desacreditar y combatir a la U.R.S.S. en el espíritu de los trabajadores, la culpa de ello incumbe únicamente a la fracción estalinista. Pero los métodos estalinistas no pueden destruir la confianza de los opositores, por el contrario, no pueden sino reafirmarla.»

2. Trotsky hace alusión al conflicto, en el interior de la Ligue Comunista francesa, entre Raymond Molinier de una parte, Alfred Rosmer y Pierre Naville de la otra. En junio de 1930, Naville y Rosmer, con el ejecutivo de la Ligue, habían pedido que Molinier fuera separado de toda responsabilidad. Rosmer le tenía por un «aventurero», saboteador del trabajo, «hasta tal punto que se puede decir que un agente estalinista en nuestras filas no hubiera conseguido hacernos tanto daño». (Carta del 28 de junio 1931, archivos Mougeot.)

3. Trotsky debería ulteriormente reprochar a Nin el no haber visto en París más que a Rosmer y sus partidarios. En realidad, Nin había visto a aquellos que conocía, Rosmer y Naville. Conocía a este último desde 1927, y a Rosmer desde los orígenes de la Internacional sindical roja en Moscú en 1920. La reputación de Rosmer era grande en el seno de la vieja guardia comunista: Antonio Gramsci, que le había conocido en 1922-23 en Moscú, le consideraba, así como Monatte, como «el hombre más inteligente del movimiento obrero francés». Alfonso Leonetti, *Note su Gramsci*, p. 182.)

4. «Las tareas de los comunistas españoles» (Carta a *Contra la corriente*), del 25 de mayo, había sido publicada en *La Verité* del 13 de junio de 1930.

burguesía, después de todo el ruido artificialmente creado por los republicanos, después de las manifestaciones estudiantiles, conviene esperarse una acción obrera inevitable, y he dejado entender que esta acción podría coger desprevenidos a los partidos revolucionarios. Si no me equivoco, ciertos camaradas españoles han estimado que exageraba la importancia como síntoma de las manifestaciones estudiantiles y al mismo tiempo las perspectivas del movimiento obrero revolucionario. Luego, sin embargo, la lucha huelguística ha tomado en España una formidable amplitud. Es absolutamente imposible discernir claramente quiénes son los dirigentes de estas huelgas. ¿No cree que España podría pasar por el ciclo de acontecimientos que conoció Italia a partir de 1918-19: una fermentación, huelgas, la huelga general, la toma de las fábricas, la ausencia de dirección, el reflujó del movimiento, el ascenso del fascismo y una dictadura contrarrevolucionaria? El régimen de Primo de Rivera no era una dictadura fascista, pues no se apoyaba en una reacción de las masas pequeño burguesas. ¿No cree que, como consecuencia del indudable ascenso revolucionario que se está produciendo en España —permaneciendo la vanguardia proletaria, en tanto que partido, como en el pasado, pasiva e incapaz— la situación podrá prestarse a un auténtico fascismo? Lo que es más peligroso en tales circunstancias, es perder el tiempo (...)

[Mientras que la oposición en Europa occidental no ha conocido permanentemente una vida ideológica y política, no ha reaccionado sobre las grandes cuestiones, no se ha mezclado en la vida interna del partido, sus seguidores ocasionales (Urbahns, Overstraeten, Souvarine, Paz)⁵ podían creer ellos mismos y parecer a los demás ser nuestros partidarios. Pero en el fondo nos han causado el mayor perjuicio cortando el paso a las ideas de la oposición de izquierda en el partido, al que han declarado

5. Hugo Urbahns (1890-1947), antiguo dirigente de la izquierda alemana con Ruth Fischer y Maslow, líder del *Leninbund*, donde se encontraron algún tiempo los partidarios alemanes de la oposición de izquierda. Ward Van Overstraeten (nacido en 1891), antiguo secretario del P.C. belga, Boris Souvarine (nacido en 1893), antiguo dirigente del P.C.F., Maurice Paz (n. en 1895) habían sido de los primeros partidarios de la oposición de izquierda en Europa occidental; pero todos habían roto con ella poco después de la expulsión de Trotsky de la Unión Soviética.

liquidado y muerto, puesto que esto simplifica todo y permite vivir tranquilo en su rincón consagrando una hora por semana a las conversaciones de la oposición (...)

En su carta destaco la frase: «La escisión en Francia tendría consecuencias catastróficas para nosotros». Evidentemente, toda escisión tiene un carácter malsano. Evidentemente, la marcha del camarada Rosmer sería un golpe para *La Verité*, y, en lo que me concierne, estoy dispuesto a hacer todo lo posible para evitarlo. Es en este sentido que escribo a los camaradas franceses y al propio Rosmer. Pero debo decir que tal escisión no puede ser catastrófica para nosotros (...).

Para que pequeños grupos nacionales, sin base teórica suficiente, sin tradiciones, sin experiencia, no se pierdan en el proceso de esclarecimiento paciente, es necesaria una ligazón firme entre ellos, una verificación recíproca constante, el control ideológico organizado, ser dos o tres veces más implacable en el terreno ideológico (...).

Escribe usted que Landau, sin su autorización, ha anunciado la publicación de nuestras cartas. Pero en ese caso, ¿dónde las ha conseguido?']

29 noviembre 1930

[(...) Habla usted del retraso de los obreros españoles y de la necesidad de hacerles conocer las ideas funda-

6. Nin había respondido el 23 de octubre a la carta de Trotsky del 13 de septiembre que había visto en París a «muy poca gente» y que sus interlocutores no le «habían hablado más que de manera muy vaga» de estos desacuerdos, que le había presentado como «de carácter puramente personal». Pero, el 2 de noviembre, había vuelto sobre el asunto, escribiendo a Trotsky que la situación en Francia le inquietaba mucho, añadiendo sin embargo que no podía dar un juicio personal: «Estoy muy poco al corriente. Sus cartas han contribuido a orientarme un poco. Espero cartas que los camaradas franceses me han anunciado.» Es verosímil que estas cartas proviniesen de Naville o de Rosmer. Precisamente, es en el mes de noviembre cuando este último dimitía de la Ligue Comuniste.

7. El conflicto entre Kurt Landau, austriaco fijado en Berlín, uno de los principales dirigentes de la oposición de izquierda en Alemania y el Secretariado Internacional, estaba en aquella época en camino de envenenarse. La pregunta brutal de Trotsky parece indicar por su parte una cierta desconfianza hacia Nin, como si sospechase que no tenía hacia Landau una posición clara.

mentales del comunismo antes de poderles plantear las cuestiones de la oposición de izquierda.⁸ (...)

Confieso que no imagino poder dar una conferencia sobre el comunismo a los obreros más atrasados sin plantear al mismo tiempo las cuestiones de la oposición de izquierda. Si diera una conferencia sobre el comunismo a grupos de obreros muy atrasados, españoles o no, despejaría el camino desde el principio con la siguiente declaración: «En el comunismo, hay varias corrientes; yo pertenezco a tal corriente y voy a exponeros cómo enfoca esta corriente las tareas de la clase obrera».

Para concluir, llamaría a los obreros a unirse a la organización que defiende los puntos de vista que acabo de exponer. De otro modo, propaganda y agitación revestirían un carácter académico, estarían desprovistas de un eje organizativo y, en definitiva, ayudarían a nuestros adversarios, es decir, los centristas y los derechistas].

12 diciembre 1930

(...) ¿Cuáles son pues las perspectivas? (...) Por lo que puedo juzgar según su última carta, todas las organizaciones, todos los grupos se dejan llevar por la corriente, es decir participan en el movimiento en la medida que éste les arrastra. Ninguna de las organizaciones posee un programa de acción revolucionario, ni perspectivas suficientes elaboradas.⁹

(...) Me parece que el conjunto de la situación sugiere la consigna de soviets, si se entiende por ello los consejos obreros que se crearon y desarrollaron entre nosotros, en Rusia. Primeramente fueron poderosos comités de huelga. Ninguno de los que formaban parte de ellos

8. El 2 de noviembre, Nin había escrito a Trotsky: «A esas personas, hay que enseñarles las primeras nociones del comunismo; no se puede comenzar por darles propaganda a la Oposición.»

9. En estas cartas del 23 de octubre y del 2 de noviembre, Nin había dado a Trotsky algunas indicaciones sobre el partido oficial, «que no tiene ninguna fuerza efectiva y cuya autoridad es nula entre las masas», así como sobre las federaciones comunistas del Levante y Catalunya y sobre el partido comunista catalán. Había insistido sobre la necesidad de convencer a su viejo amigo Joaquín Maurín, líder de la Federación Catalano-Balear, y de llevarle a la oposición de izquierda.

al principio podía suponer que los soviets eran los futuros órganos del poder (...). Claro está, no se pueden crear soviets artificialmente. Pero, en cada huelga local, si afecta a la mayor parte de los oficios y toma un carácter político, hay que provocar el nacimiento de soviets. Es el único tipo de organización que, en las circunstancias actuales, es capaz de tomar la dirección del movimiento y de instaurar en él la disciplina de la acción revolucionaria.

Creo que, aunque la oposición de izquierda sea débil, si toma la iniciativa de plantear las cuestiones políticas (agrarias) y organizativas de la revolución, podría ocupar en breve plazo una posición dirigente en el movimiento. Le digo francamente que temo mucho que el historiador del futuro tenga que acusar a los revolucionarios españoles de no haber sabido aprovechar una situación revolucionaria excepcional.

12 enero 1931

¿Tendrán lugar las elecciones el 1.º de marzo?¹⁰ [Según los periódicos, los partidos burgueses de oposición se preparan a boicotear las elecciones a Cortes. Razón de más para que los obreros recurran a la táctica del boicot.] En la situación actual, me parece que se podrían hacer fracasar las elecciones de Berenguer¹¹ mediante una táctica de boicot enérgicamente aplicada: en 1905, fue así como hicimos fracasar las elecciones a una Duma legislativa, que no era sino consultativa. ¿Cuál es la táctica de los

10. El gobierno había aprovechado el fracaso de un levantamiento de oficiales republicanos en Jaca el 15 de diciembre de 1930 para intentar organizar elecciones a Cortes de acuerdo con la Constitución de 1876 de la que se reclamaba desde el comienzo de la dictadura de Primo de Rivera. Esta noticia provocó una ola de protestas, huelgas estudiantiles y luego obreras. Los republicanos de Sánchez Guerra y el partido socialista habían llamado al boicot de las elecciones que denunciaban como «desleales». Algunos hombres políticos de derechas, como el catalán Cambó y el conde de Romanones, sugerían al rey hacer «Cortes constituyentes». Trotsky veía claro cuando se preguntaba si estas elecciones tendrían lugar el 1.º de marzo: efectivamente no tuvieron lugar.

11. Jefe de gobierno después de la caída de Primo de Rivera, el general Berenguer dimitía el 1.º de febrero y sus sucesores renunciaban a elegir sus Cortes.

comunistas sobre este punto? ¿Distribuyen octavillas, llamamientos, proclamas sobre este asunto?

Pero si se boicotean las Cortes, ¿en nombre de qué? ¿En nombre de los soviets? En mi opinión, sería erróneo plantear la cuestión de esta forma. En este momento no es posible unir a las masas de la ciudad y el campo sino por consignas democráticas. Aquí es donde intervienen las Cortes constituyentes elegidas sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto. No creo que en la situación actual, podáis privaros de esta consigna. Pues, finalmente, no hay aún soviets. Los obreros españoles no saben —al menos por su propia experiencia— lo que son los soviets. ¿Y qué decir de los campesinos? Ahora bien, la lucha sobre y alrededor de las Cortes concentrará en el próximo período toda la vida política del país. En tales circunstancias, sería erróneo oponer la consigna de soviets a la de Cortes. Por el contrario, en el período que viene, parece que no será posible crear soviets sino movilizándolo a las masas por consignas democráticas. Entendámoslo de la siguiente manera: para impedir a la monarquía convocar unas Cortes elegidas fraudulentamente, truncadas y conservadoras, para que estas Cortes puedan dar la tierra a los campesinos y hacer muchas otras cosas más, hay que crear soviets de obreros, de soldados, y de campesinos que fortalecerán las posiciones de las clases trabajadoras.

A 3

EN ESPAÑA: LA CONSIGNA DE LOS SOVIETS¹

(Carta a la oposición china, 8 enero 1931)

(...) En España, la situación es evidentemente diferente a la de los otros países. España atraviesa actualmente un período de auge revolucionario netamente caracterizado. La hirviente atmósfera política debe facilitar considerablemente el trabajo de los bolcheviques-leninistas en tanto que son el ala revolucionaria más intrépida y más consecuente.

La I.C. ha dispersado las filas del comunismo español, ha debilitado y hecho impotente al partido oficial. Como en muchos otros casos importantes, la dirección de la I.C. ha dejado pasar una situación revolucionaria. Los obreros españoles han sido abandonados a su propia suerte en el momento más grave. Casi sin dirección, están desarrollando una lucha de huelgas revolucionarias de una amplitud notable.

En estas condiciones, los bolcheviques-leninistas españoles lanzan la consigna de los *soviets*. Según la teoría de los estalinistas y conforme a la práctica de la insurrección de Cantón, los soviets deben ser creados la víspera de la insurrección. ¡Una teoría y una práctica funestas! Los soviets deben ser creados cuando el movimiento real y vivo de las masas manifiesta la necesidad de tal organización. Los soviets son constituidos al comienzo bajo la

1. Extracto de una carta a la oposición de izquierda china, 8 enero 1931. (*Boletín interno* de la oposición comunista de izquierda, n.º 5, marzo 1931.)

forma de amplios comités de huelga. Es precisamente el caso de España.

Está fuera de dudas que la iniciativa de los bolcheviques-leninistas (Oposición) encontrará en estas condiciones un amplio eco en la vanguardia proletaria. Ante la Oposición española puede abrirse próximamente una amplia perspectiva.

¡Deseemos el éxito a nuestros amigos españoles! (...).

A 4

LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA Y LAS TAREAS DE LOS COMUNISTAS¹

(24 enero 1931)

1. *La vieja España.*

La cadena del capitalismo se ve de nuevo amenazada con romperse por su eslabón más débil: le ha llegado el turno a España.

El movimiento revolucionario se desarrolla en este país con una tal fuerza que priva de antemano a la reacción mundial de la posibilidad de creer en el restablecimiento del orden en la península ibérica.²

España pertenece indiscutiblemente al grupo de los países más atrasados de Europa. Pero su atraso presenta un carácter peculiar, determinado por el gran pasado histórico del país. Mientras que la Rusia de los zares siempre quedaba muy atrás con respecto a sus vecinos occidentales y sólo avanzaba lentamente bajo su presión, España conoció períodos de gran florecimiento, períodos de superioridad sobre el resto de Europa y de dominio so-

1. T. 3358. B. O. n.º 19, marzo 1931, pp. 3-13. Este texto, redactado en Prinkipo, estaba destinado para ser publicado bajo forma de folleto. Traducido en varios idiomas, debía contribuir a popularizar en el mundo las ideas de la oposición de izquierda, y además servir más particularmente en España de manifiesto para la construcción de la Oposición bajo forma organizada.

2. A pesar de la distancia y de una información muy incompleta, Trotsky formula aquí una profecía histórica que se confirmará muy rápidamente.

bre América del Sur. El poderoso desarrollo del comercio interior y mundial vencía poco a poco el aislamiento feudal y provincial y el particularismo de las regiones. La fuerza y la importancia crecientes de la monarquía española estaban entonces estrechamente ligadas al papel centralizador del capital comercial y a la formación gradual de una «nación española».

El descubrimiento de América, que en un principio fortificó y enriqueció a España, se volvió contra ella. Las grandes vías comerciales se desviaron de la península Ibérica. La Holanda enriquecida se desgajó de España. Después de Holanda, fue Inglaterra quien adquirió, por mucho tiempo, una posición muy superior en Europa. A partir de la segunda mitad del siglo XVI España iba hacia su declive. Después de la destrucción de la Armada Invencible (1588), este declive reviste un carácter, por decirlo así, oficial. Es el advenimiento de ese estado de feudalidad burguesa de España que Marx llamaba «la putrefacción lenta y sin gloria».

Las viejas y las nuevas clases dominantes —la nobleza terrateniente y el clero católico gracias a la monarquía, las clases burguesas gracias a sus intelectuales— han intentado tenazmente mantener sus viejas pretensiones, pero, ¡hay! sin sus antiguos recursos. En 1820, las colonias de América del Sur se separaron definitivamente. Después de la pérdida de Cuba, en 1898, España quedó sin posesiones coloniales. Las aventuras de Marruecos no han hecho sino arruinar al país y reforzar el descontento ya profundo del pueblo.

El retraso del desarrollo económico de España ha debilitado inevitablemente las tendencias centralistas inherentes al capitalismo. La decadencia de la vida comercial e industrial de las ciudades y de las ligazones económicas entre ellas ha atenuado la dependencia recíproca de ciertas provincias. Tal es la causa principal que no ha permitido hasta hoy a la España burguesa vencer las tendencias centrifugas de sus provincias históricas. La pobreza de los recursos nacionales y el sentimiento de malestar reinante en todas las partes del país no podían sino alimentar las tendencias separatistas. El particularismo se manifiesta en España con una fuerza específica, sobre todo en comparación con su vecina, Francia, donde la Gran Revolución afirmó definitivamente la dominación de la

nación burguesa, una e indivisible, sobre las antiguas provincias feudales.

Al mismo tiempo que impedía la formación de una nueva sociedad burguesa, el estancamiento económico descomponía a las antiguas clases dominantes. Los altos nobles cubrían a menudo su orgullo con capas agujereadas. La Iglesia despojaba al campesino, pero, de vez en cuando, estaba obligada a sufrir el pillaje por parte de la monarquía. Esta última, según la observación de Marx, tenía más rasgos comunes con el despotismo asiático que con el absolutismo europeo. ¿Cómo interpretar este pensamiento? La comparación muy extendida entre el zarismo y el despotismo asiático parece natural, tanto desde el punto de vista geográfico como desde el histórico. De hecho, tiene validez igualmente para España.

La diferencia reside en que el zarismo se basaba en la lentitud extrema del desarrollo de la nobleza así como de los centros urbanos primitivos, mientras que la monarquía española ha surgido en una época de decadencia del país y de putrefacción de las clases dominantes. Si el absolutismo europeo debe su desarrollo a la lucha que las ciudades, cada vez más sólidas, llevaban contra las viejas castas privilegiadas, la monarquía española, igual que el zarismo ruso, encontraba su fuerza relativa en la impotencia de las viejas castas y de las ciudades. En esto reside su parecido con el despotismo asiático.

La preponderancia de las tendencias centrífugas sobre las tendencias centrípetas, tanto en la economía como en la política, privaba al parlamentarismo español de la base sobre la que hubiera podido desarrollarse. La presión del gobierno sobre los electores era decisiva. Durante todo el último siglo, las elecciones han dado regularmente la mayoría al gobierno. Como las Cortes dependían del ministerio de turno, los ministerios mismos quedaban evidentemente bajo la dependencia de la monarquía. Madrid hacía las elecciones y el poder estaba en manos del rey. La Monarquía era doblemente indispensable a las clases dominantes, desunidas y descentralizadas, incapaces de dirigir el país en su propio nombre. Y esa monarquía, que reflejaba la debilidad de todo el estado, era —entre dos sublevaciones— suficientemente fuerte para imponer su voluntad al país. En suma, el sistema estatal de España puede ser calificado de «absolutismo limitado por pronunciamientos periódicos». Alfonso XIII personifica muy bien

este sistema, desde el punto de vista de las tendencias absolutistas, y desde el del miedo a los pronunciamientos. Los giros del rey y sus victorias sobre las combinaciones temporales hostiles no se derivan del carácter del propio Alfonso XIII, sino del de todo el sistema gubernamental. Alfonso XIII no hace más que repetir en nuevas condiciones la historia de su antepasado Fernando VII.

El clero representaba, al lado de la monarquía y como su aliado, otra fuerza centralizada. El catolicismo sigue siendo hasta nuestros días la religión del estado; el clero juega un gran papel en la vida del país, siendo el eje más estable de la reacción. El estado derrocha cada año muchos millones de pesetas para la Iglesia.

Las órdenes religiosas, excesivamente numerosas, poseen bienes inmensos y gozan de una enorme influencia. El número de frailes y monjas alcanza los 70.000. Es igual al número de alumnos de las escuelas secundarias y superior en dos veces y media al de los estudiantes. No tiene nada de extraño que en estas condiciones el 45 % de la población no sepa leer ni escribir. La masa principal de los analfabetos está sobre todo concentrada, por supuesto, en el campo.

Si los campesinos de la época de Carlos V obtuvieron poco provecho del poderío del imperio español, posteriormente fueron ellos quienes soportaron todo el peso de la decadencia del imperio. Llevaron durante siglos una vida miserable que, en varias provincias, fue una existencia de hambre. Formando aun hoy el 70 % de la población, el campesinado soporta sobre sus espaldas todo el peso del edificio del estado.

Falta de tierra, falta de agua, arriendos elevados, utillaje agrícola primitivo, métodos de cultivo rudimentarios, impuestos aplastantes, diezmos de la Iglesia, precio elevado de los productos industriales, sobrepoblación, peso de una masa enorme de vagabundos, mendigantes, frailes, he ahí el cuadro que ofrece el campo español.

La situación del campesinado le ha conducido, desde siempre, a participar en numerosas insurrecciones. Sin embargo, estas explosiones sangrientas han tenido siempre un carácter, no nacional sino local, y estuvieron marcadas por las coloraciones más variadas, la mayor parte de las

veces reaccionarias.* De la misma manera que las revoluciones españolas fueron pequeñas revoluciones, las insurrecciones campesinas tomaron la forma de pequeñas guerras. España es el país de las «guerrillas».

2. *El ejército español y la política.*

Después de la guerra contra Napoleón, surgió en España una nueva fuerza: la oficialidad metida en política, nueva generación de las clases dominantes, heredera de la ruina del gran imperio y, en gran medida, desclasada.

En el país del particularismo y del separatismo, el ejército ha tomado, por la fuerza de las cosas, una importancia enorme como fuerza de centralización. Se ha convertido no sólo en el apoyo de la monarquía, sino también en el organizador del descontento de todas las fracciones de las clases dominantes, y, ante todo, de su propio descontento; lo mismo que la burocracia, la oficialidad se recluta entre los elementos, excesivamente numerosos en España que exigen ante todo del estado medios de existencia. Pero, como los apetitos de los diferentes grupos de la sociedad «cultivada» sobrepasan con mucho la totalidad de los cargos del estado, parlamentarios y otros, el descontento de los eliminados alimenta al partido republicano, que, por otra parte, es tan inestable como todos los demás grupos de España. Pero como debajo de esta inestabilidad se oculta a menudo una indignación sincera y violenta, se forman de vez en cuando en el movimiento republicano grupos revolucionarios decididos y valerosos, para los que la república representa una divisa mística de salvación.

La totalidad del ejército español alcanza cerca de los 170.000 hombres, de los cuales más de 13.000 son oficiales; a esto hay que añadir unos 15.000 marinos de guerra. Instrumentos de las clases dominantes del país, los oficiales arrastran en sus complots a la masa del ejército. Ello crea condiciones propicias para un movimiento indepen-

* No se entiende muy bien la elección del término «reaccionarios» para referirse al movimiento campesino tradicional español, que más bien puede catalogarse como espontáneo, espontaneísta, o sin dirección política, a menos que Trotsky considere a los movimientos con cariz anarquista, reaccionarios...

diente de los soldados. Ya en el pasado, los suboficiales intervinieron en la política sin los oficiales y contra ellos. En 1836, los suboficiales de la guarnición de Madrid se insurreccionaron y obligaron a la reina a proclamar una Constitución. En 1866, los sargentos de artillería, descontentos por las reglas aristocráticas en vigor en el ejército, desencadenaron un motín. Sin embargo, el papel de dirección ha quedado siempre en el pasado en manos de los oficiales. Los soldados marchaban detrás de sus jefes descontentos, aunque el descontento de los soldados, políticamente importantes, se alimentara en otras fuentes sociales, mucho más profundas.

Las contradicciones en el ejército corresponden ordinariamente a las distintas armas. Cuanto más calificada es el arma, es decir, cuanta más inteligencia exige por parte de los soldados y oficiales, más aptos son éstos para asimilar las ideas revolucionarias; mientras que la caballería se inclina habitualmente por la monarquía, la artillería proporciona un fuerte porcentaje de republicanos.

No tiene nada de sorprendente que la aviación, esta nueva arma, se haya puesto al lado de la revolución y haya aportado a la misma su espíritu aventurero. La última palabra debe decirla la infantería.

La historia de España es la historia de convulsiones revolucionarias ininterrumpidas. Pronunciamientos y golpes de estados palaciegos se sucedían sin interrupción. En el transcurso del siglo XIX y del primer tercio del XX, se asiste a un cambio continuo de regímenes políticos y, en el interior de cada uno de estos regímenes, a un cambio caleidoscópico de ministerios. La monarquía española, no hallando apoyo estable en ninguna de las clases poseedoras —aunque todas hayan tenido necesidad de ella— cayó más de una vez bajo la dependencia de su propio ejército. Pero la dispersión de las provincias españolas imponía su huella al carácter de los complots militares. La rivalidad mezquina de las juntas no era sino la expresión del hecho de que las revoluciones españolas carecían de clase dirigente. Precisamente por ello, la monarquía salía triunfante de cada nueva revolución. Sin embargo, poco tiempo después del restablecimiento del orden, la crisis crónica se manifestaba en una nueva explosión de indignación. Ninguno de esos regímenes que se derribaban mutuamente removía el terreno profundamente. Cada uno de ellos

se gastaba rápidamente en la lucha contra las dificultades engendradas por la pobreza de la renta nacional, incapaz de satisfacer las exigencias y los apetitos excesivos de las clases dirigentes. Hemos visto particularmente el modo ignominioso como terminó sus días la última dictadura militar. El terrible Primo de Rivera cayó sin siquiera un nuevo pronunciamiento: sencillamente se deshinchó, como un neumático que tropieza con un clavo.

Todos los golpes de estado precedentes fueron movimientos de una minoría contra otra: clases dirigentes y semidirigidas se arrancaban impacientemente unas a otras el pastel del estado.

Si el término de «revolución permanente» significa un incremento constante de levantamientos sociales que transmiten el poder a manos de la clase más decidida, que ejerce luego el poder para la supresión de todas las clases y, por consiguiente, de la misma posibilidad de nuevas revoluciones, hay que constatar que a pesar de la continuidad de los levantamientos españoles, estos no tienen nada de una revolución «permanente»: se trata más bien de convulsiones crónicas por las que se manifiesta la enfermedad inveterada de una nación al margen del progreso.

El ala izquierda de la burguesía, sobre todo en la persona de los jóvenes intelectuales, se ha impuesto, ciertamente, como tarea hace ya tiempo la transformación de España en república. Los estudiantes españoles que son, por las mismas razones que los oficiales, reclutados principalmente entre la juventud descontenta, están acostumbrados a jugar en el país un papel completamente desproporcionado en relación a su importancia numérica. El dominio de la reacción católica ha provocado la oposición de las universidades y le ha dado un carácter anticlerical. Pero no son los estudiantes quienes formarán el régimen. A nivel de su dirección, los republicanos españoles se distinguen por un programa social extremadamente conservador: su ideal lo ven en la Francia reaccionaria de hoy, creyendo que con la república vendrá la riqueza; no están dispuestos de ninguna de las maneras a seguir el camino de los jacobinos franceses, ni siquiera son capaces de ello: su miedo ante las masas es mayor que su odio a la monarquía.

Si, en las cumbres, las grietas y poros de la sociedad burguesa se llenan en España con elementos desclasados de las capas dirigentes, innumerables buscadores de em-

pleos y ganancias, abajo, en las fisuras de los cimientos del edificio, el mismo lugar está ocupado por innumerables lumpen-proletarios, elementos desclasados de las capas obreras. Los *lazzaroni* con corbata, lo mismo que los *lazzaroni* en harapos, forman las arenas movedizas de la sociedad. Son tanto más peligrosos para la revolución cuanto menos esta última encuentre un verdadero punto de apoyo motor y una dirección política.

Seis años de dictadura de Primo de Rivera nivelaron y comprimieron todas las formas de descontento e indignación. Pero la dictadura llevaba en sí misma el vicio incurable de la monarquía española: fuerte frente a cada clase por separado, era impotente respecto a las necesidades históricas del país. Es la razón por la que la dictadura se ha estrellado contra los escollos de las dificultades financieras y de otro género antes incluso de que la primera ola revolucionaria haya podido alcanzarla. La caída de Primo de Rivera ha despertado todos los descontentos y todas las esperanzas. El general Berenguer se ha convertido así en el portero de la revolución.³

3. *El proletariado español y la nueva revolución.*

En esta nueva revolución, encontramos, a primera vista, los mismos elementos que en la serie de revoluciones precedentes: la monarquía pérfida; las fracciones escindidas de los conservadores y los liberales que odian al rey y se arrastran ante él; republicanos de derechas siempre dispuestos a traicionar, y republicanos de izquierda siempre dispuestos a la aventura; oficiales conspiradores, reclamando unos la república y otros, ascensos; estudiantes descontentos, observados con inquietud por sus padres; finalmente obreros huelguistas dispersos en distintas organizaciones y campesinos que tienden su mano hacia las horquillas o incluso el fusil.

Sería, sin embargo, un error grave creer que la crisis actual se desarrolla según el modelo de todas las crisis precedentes. Los últimos decenios y sobre todo los años de la guerra mundial han aportado cambios importantes

3. Jefe de los «alabarderos de la guardia», el general Berenguer había sido nombrado por el rey a la cabeza del gobierno después del despido del general Primo de Rivera.

en la economía del país y en la estructura social de la nación. Naturalmente, España sigue aún hoy a la cola de Europa. Sin embargo, el país ha visto desarrollarse una industria nacional, extractiva de una parte, y, de otra, ligera. Durante la guerra se han desarrollado fuertemente la industria del carbón, la del textil, la construcción de estaciones hidroeléctricas, etc. En el país han surgido centros y regiones industriales. Ello crea nuevas relaciones de fuerzas y abre nuevas perspectivas.

Los éxitos de la industrialización no han atenuado en lo más mínimo las contradicciones internas. Por el contrario, el hecho de que España como país neutral haya podido levantar su industria, bajo la lluvia de oro de la guerra, se convirtió, al final del conflicto, cuando la fuerte demanda del extranjero finalizó, en una fuente de nuevas dificultades. No sólo han desaparecido los mercados exteriores —la parte de España en el comercio mundial es hoy menor que antes de la guerra mundial (1,1 % contra 1,2 %)— sino que la dictadura se vio obligada, creando la barrera aduanera más elevada de Europa, a defender el mercado interior contra la influencia de las mercancías extranjeras. Los derechos arancelarios demasiado elevados han provocado un alza de precios, que ha disminuido el poder de compra, ya reducido, del pueblo. Debido a ello la industria no sale, desde la guerra, de un marasmo que se traduce por el paro crónico de una parte, y por explosiones de la lucha de clases, de otra.

La burguesía española, aún menos que en el siglo XIX, puede tener la pretensión de desempeñar el papel histórico que desempeñó en otro tiempo la burguesía británica o francesa. Esta gran burguesía industrial, llegada demasiado tarde, bajo la dependencia del capital extranjero, adherida como un vampiro al cuerpo del pueblo, no es siquiera capaz de convertirse por un breve espacio de tiempo en el guía de la «nación» contra las viejas castas. Los magnates de la industria española se han enfrentado con el pueblo y forman uno de los grupos más reaccionarios en el bloque de los banqueros, industriales, latifundistas, monarquía, sus generales y sus funcionarios que se devoran entre sí en luchas intestinas. Basta con recordar que el apoyo más seguro de Primo de Rivera estaba constituido por los industriales de Cataluña.

Pero el desarrollo industrial ha puesto en pie y ha reforzado al proletariado. Sobre una población de 23 mi-

llones de habitantes —ésta sería mucho mayor a no ser por la emigración— hay que contar cerca de un millón y medio de obreros empleados en la industria, en el comercio y en los transportes. A ellos hay que añadir una cifra aproximadamente igual de obreros agrícolas. La vida social en España estaba condenada a moverse en un círculo vicioso mientras no existiese una clase capaz de tomar en sus manos la solución de los problemas revolucionarios. La aparición en la arena de la historia del proletariado español cambia radicalmente la situación y abre nuevas perspectivas. Para darse cuenta de ello, hay que comprender ante todo que el afianzamiento de la dominación económica de la gran burguesía y el aumento de la importancia política del proletariado privan completamente a la pequeña burguesía de la posibilidad de ocupar un lugar dirigente en la vida política del país. La cuestión de saber si las sacudidas revolucionarias actuales pueden transformarse en una verdadera revolución capaz de reconstituir las propias bases de la existencia nacional puede expresarse de la siguiente manera: ¿es capaz el proletariado español de tomar en sus manos la dirección de la vida nacional? No hay otro aspirante a ese papel en la nación española. Mientras tanto, la experiencia histórica de Rusia nos ha mostrado con una evidencia suficiente el peso específico del proletariado unificado por la gran industria, en un país agrícola atrasado, preso en una red de relaciones semif feudales.

Ciertamente, los obreros españoles participaron ya en luchas revolucionarias en el siglo XIX, pero siempre a la cola de la burguesía, siempre en segundo plano, como fuerza auxiliar. El papel revolucionario independiente de los obreros se consolidó durante el primer cuarto del siglo XX. El levantamiento de Barcelona en 1909 mostró la fuerza que poseía el joven proletariado de Cataluña. Numerosas huelgas, que se transformaron en verdaderos levantamientos, estallaron en las demás partes del país. En 1912 tuvo lugar la huelga de ferroviarios. Las regiones industriales se transformaron en campos de batalla de un valeroso proletariado.

Los obreros españoles se mostraron libres de toda rutina, capaces de reaccionar en los acontecimientos y de movilizar sus fuerzas, audaces en la ofensiva.

Los primeros años después de la guerra, o, mejor, los

primeros años de la revolución rusa (1917-1920),⁴ fueron para el proletariado español años de grandes combates. El año 1917 fue testigo de una huelga general revolucionaria. Su aplastamiento, así como el de los movimientos posteriores, prepararon el terreno a la dictadura de Primo de Rivera. Cuando el derrumbamiento de esta última planteó de nuevo en toda su amplitud la cuestión del destino del pueblo español, cuando las cobardes intrigas de las viejas camarillas y las tentativas impotentes de radicales pequeño burgueses mostraron claramente que no se podía esperar la salvación de esta parte, los obreros, por una serie de valerosos movimientos huelguísticos gritaron al pueblo: «¡Presentes!».

Los periodistas burgueses europeos «de izquierda» y, tras ellos, los socialdemócratas, gustan de filosofar, con pretensiones científicas, sobre el tema de que España va sencillamente a reproducir la Gran Revolución francesa con un retraso de cerca de ciento cincuenta años. Discutir sobre la revolución con estas gentes es lo mismo que discutir a propósito de colores con un ciego. A pesar de todo su retraso, España está mucho más adelantada que la Francia de fines del siglo XVIII. Grandes empresas industriales, 16.000 kilómetros de telégrafo, esto representa para la revolución un factor mucho más importante que los recuerdos históricos.

Intentando dar un paso adelante, el célebre semanario inglés *Economist* dice a propósito de los acontecimientos españoles: «Es más bien la influencia del París de 1848 y de 1871 que la influencia de Moscú de 1917». Ahora bien, el París de 1871 es un paso de 1848 hacia 1917. Oponer estas fechas no tiene sentido.

Incomparablemente más seria y profunda era la conclusión de L. Tarquín⁵ en su artículo de la *Lutte de Classes* del año pasado: «El proletariado (de España) apoyándose en las masas campesinas, es la única fuerza capaz de tomar en sus manos el poder.» Esta perspectiva es traza-

4. Estos tres años fueron llamados el «trienio bolchevique», en razón de la agitación obrera y de su carácter revolucionario.

5. L. Tarquín era uno de los pseudónimos utilizados por Andrés Nin. El artículo en cuestión, fechado el 14 de enero de 1930, tenía por título: «La crisis de la dictadura militar en España.» Publicado en *La lutte de classes*, n.º 18, febrero 1930, pp. 106-112, había sido redactado por Nin en la Unión Soviética y había sido, pues, enviado clandestinamente.

da como sigue: «La revolución debe conducir a la dictadura del proletariado, la cual realizará la revolución burguesa y abrirá audazmente el camino a la transformación socialista.» Sólo así se puede plantear actualmente la cuestión.

4. El programa de la revolución.

La República es ahora la consigna oficial de lucha. Y, sin embargo, el desarrollo de la revolución reagrupará bajo la bandera de la monarquía no sólo a las fracciones conservadoras y liberales de las clases dirigentes, sino también a sus fracciones republicanas.*

Durante los acontecimientos revolucionarios de 1854, Cánovas del Castillo escribía: «Aspiramos a mantener el trono, pero sin la camarilla que lo deshonor.» Hoy son Romanones⁶ y otros quienes desarrollan esta gran idea. ¿Como si la monarquía fuera posible, en general, sin camarilla, y sobre todo en España!

Tal situación, en la que las clases poseyentes se ven obligadas a sacrificar la monarquía para salvarse a sí mismas (ejemplo: Alemania) no está excluida. Pero hay muchas probabilidades de que la monarquía madrileña se mantenga, aunque sea con el rostro lleno de cardenales, hasta la dictadura del proletariado.⁷

La consigna de República es también, ni que decir tiene, una consigna del proletariado. Sin embargo, para él,

* Aunque más adelante se refiera a otras posibilidades políticas, resalta aquí, tanto por lo infrecuente (Trotsky solió acertar en sus predicciones), como por la afirmación en sí, el equivocado análisis realizado sobre el desarrollo republicano. En efecto, los monárquicos se quedaron solos y el Pacto de San Sebastián de agosto de 1930 agrupó en un frente común contra la monarquía a republicanos, liberales y socialistas.

6. El conde de Romanones, uno de los mayores propietarios terratenientes del país, amigo personal y consejero del rey, que ya le había inspirado despachar a Primo de Rivera, deseaba que la monarquía hiciese elegir Cortes constituyentes.

7. La primera de estas variantes iba a realizarse en breve plazo, al día siguiente de las elecciones municipales de abril de 1931, los jefes del ejército y los principales dirigentes monárquicos aconsejando al rey de apartarse ante la amenaza de una «revolución roja» que una resistencia inconsiderada por su parte, según ellos, corría el riesgo de provocar.

no se trata simplemente de reemplazar el rey por un presidente, sino de liberar radicalmente toda la sociedad de las inmundicias del feudalismo. Aquí ocupa un primer plano la *cuestión agraria*.

Las relaciones existentes en el campo español presentan un cuadro de explotación semifeudal. La miseria de los campesinos, sobre todo en Andalucía y Castilla, el yugo de los terratenientes, de las autoridades y de los caciques, han llevado ya más de una vez a los obreros agrícolas y al campesinado pobre a manifestar abiertamente su indignación. ¿Significa esto que sea posible en España, incluso mediante una revolución, separar las relaciones burguesas de las feudales? No, ello significa sólo que, en las condiciones de España, el capitalismo no puede explotar al campesinado sino bajo la forma semifeudal. Dirigir el arma de la revolución contra las supervivencias de la Edad Media, es dirigir el arma contra las raíces mismas de la dominación burguesa.

Para arrancar al campesinado del particularismo local y de la influencia reaccionaria, el proletariado tiene necesidad de un programa revolucionario democrático claro. La falta de tierra y de agua, la esclavitud mediante el arriendo, plantea netamente el problema de la *confiscación de las grandes propiedades agrarias privadas* en beneficio del campesinado pobre. Las cargas fiscales, las deudas insostenibles del estado, la rapacidad burocrática y las aventuras africanas plantean la cuestión del *gobierno barato*, que puede ser asegurado, no por los latifundistas, ni por los banqueros o los industriales, ni por la nobleza liberal, sino por los obreros mismos.

La dominación del clero y las riquezas de la Iglesia determinan una tarea democrática: *separar la Iglesia del Estado* y desarmarla entregando sus riquezas al pueblo. Incluso las capas más supersticiosas del campesinado sostendrán estas medidas decisivas cuando se convenzan de que las sumas del presupuesto que iban hasta ahora a la Iglesia, así como las riquezas de la propia Iglesia, no irán a parar, después de la secularización, a los bolsillos de los liberales librepensadores, sino que serán destinadas a reanimar la exhausta economía campesina.

Las tendencias separatistas plantean a la revolución la tarea democrática de la *libre autodeterminación nacional*. Estas tendencias se han acentuado y exteriorizado durante el período de dictadura. Pero, mientras que el «separatis-

mo» de la burguesía catalana no es para ella, en su juego con el gobierno de Madrid, más que un instrumento contra el pueblo catalán y español, el separatismo de los obreros y campesinos es la envoltura de su indignación social. Hay que establecer una distinción rigurosa entre estos dos géneros de separatismo. Ahora bien, para separar de su burguesía a los obreros y campesinos oprimidos nacionalmente, la vanguardia proletaria debe tomar, en la cuestión de la libre autodeterminación nacional, la más audaz y sincera posición. Los obreros defenderán hasta el final el *derecho* de los catalanes y vascos a organizar su vida nacional independiente, en el caso de que la mayoría de estos pueblos se pronunciase por una separación completa. Ello no quiere decir, sin embargo, que los obreros avanzados empujarán a los catalanes y vascos hacia la independencia. Por el contrario, la unidad económica del país con *una amplia autonomía de las regiones nacionales*, presentaría para los obreros y campesinos grandes ventajas desde el punto de vista económico y cultural.

No está en absoluto excluido que la monarquía intente obstaculizar el desarrollo de la revolución con ayuda de una nueva dictadura militar. Pero lo que sí lo está, es el éxito sólido y duradero de tal tentativa. La lección de Primo de Rivera está aun demasiado fresca. Sería preciso aplicar las cadenas de la nueva dictadura sobre las llagas aún no cicatrizadas dejadas por la antigua. Si se da crédito a los despachos de prensa, el rey quiere intentar la experiencia; busca nerviosamente un candidato conveniente, pero no descubre voluntarios. Una cosa está clara: el fracaso de una nueva dictadura militar costaría caro a la monarquía y a su digno representante; por lo que se refiere a la revolución, encontraría en ello un nuevo y poderoso impulso. Los obreros pueden permitirse el decir a las clases dirigentes: «¡Jueguen su juego, señores!».

¿Puede esperarse que la revolución española saltará por encima de la etapa del parlamentarismo? Teóricamente, no está excluido. Ciertamente, se puede suponer que el movimiento revolucionario puede alcanzar en un plazo relativamente breve una potencia tal que no deje a las clases dominantes ni tiempo ni lugar para instaurar el parlamentarismo. Pero tal perspectiva es poco probable. El proletariado español, a pesar de su brillante combatividad, no posee todavía un partido revolucionario reconocido por él, ni la experiencia de la organización soviética.

Además, las filas comunistas, poco numerosas, no están unidas. No hay un programa de acción claro y admitido por todos. Mientras tanto, la cuestión de las Cortes está ya puesta al orden del día. En estas condiciones, hay que suponer que la revolución se verá obligada a pasar por un período de parlamentarismo.

Ello no excluye en ningún modo la táctica del boicot de las Cortes ficticias de Berenguer, del mismo modo que los obreros rusos boicotearon con éxito la Duma de Burguinin en 1905 y lograron hacerla fracasar. La cuestión táctica relativa al boicot debe ser resuelta sobre la base de la correlación de fuerzas en una etapa dada de la revolución.

Pero, incluso si boicotean las Cortes de Berenguer, los obreros avanzados deberían oponer a las mismas la consigna de *Cortes Constituyentes revolucionarias*. Debemos desenmascarar implacablemente el carácter charlatán de la consigna de *Cortes Constituyentes* en la boca de la burguesía de «izquierda» que, en realidad, no quiere sino unas Cortes de *conciliación*, por la gracia del Rey y de Berenguer, con vistas a un trato con las viejas camarillas dirigentes y privilegiadas. Una verdadera asamblea constituyente no puede ser convocada más que por un gobierno revolucionario, como resultado de un levantamiento victorioso de los obreros, soldados y campesinos. Podemos y debemos oponer las Cortes revolucionarias a las Cortes de conciliación; pero sería erróneo, a nuestro juicio, renunciar, *en el estadio actual*, a la consigna de Cortes revolucionarias.

Sería «doctrinarismo» del más lamentable y estéril oponer la consigna de la dictadura del proletariado a las tareas y consignas de la democracia revolucionaria (república, revolución agraria, separación de la Iglesia y el Estado, confiscación de los bienes eclesiásticos, independencia nacional, asamblea constituyente revolucionaria).⁸ Antes de conquistar el poder, las masas populares deben agruparse alrededor de un partido revolucionario dirigente. La lucha por la representación a las Cortes en una u otra etapa de la revolución puede facilitar considerablemente la solución de esta tarea.

La consigna de *armamento de los obreros y de los campesinos* (creación de la milicia obrera y campesina) debe

8. Era precisamente tal política la que, bajo la dirección de la I.C., el P.C. español se preparaba a llevar.

tomar inevitablemente en la lucha una importancia cada vez mayor. Pero, en el estadio actual, esta consigna debe estar también estrechamente ligada a las cuestiones de defensa de las organizaciones obreras y campesinas, a la sublevación agraria, a la libertad de las elecciones y a la protección del pueblo contra los pronunciamientos reaccionarios.

El programa radical de *legislación social*, particularmente el seguro de paro, la transferencia de las cargas fiscales a las clases poseyentes, la enseñanza general gratuita, todas estas medidas y otras análogas que no sobrepasan aún el marco de la sociedad burguesa deben ser inscritas en la bandera del partido proletario.

Al mismo tiempo, deben adelantarse desde ahora las reivindicaciones de carácter transitorio: nacionalización de los ferrocarriles, que, en España, son todos de propiedad privada; nacionalización de los bancos; control obrero de la industria; en fin, reglamentación de la economía por el Estado. Todas estas reivindicaciones están ligadas al paso del régimen burgués al régimen proletario; ellas preparan este paso para, después de la nacionalización de los Bancos y la industria, fundirse en el sistema de la economía organizada que prepara la sociedad socialista.

Sólo los pedantes ven una contradicción en la asociación de consignas democráticas, transitorias y netamente socialistas. Tal programa combinado, que refleja la construcción contradictoria de la sociedad histórica, se deriva inevitablemente de la diversidad de tareas legadas como herencia por el pasado. Reducir todas las contradicciones y todas las tareas a un solo denominador: *la dictadura del proletariado*, es una operación indispensable, pero completamente insuficiente. Incluso si se da un paso adelante planteando la hipótesis de que la vanguardia proletaria se ha dado ya cuenta de que sólo la dictadura del proletariado puede salvar España de la descomposición, la tarea preliminar —la reunión alrededor de la vanguardia de las capas heterogéneas de la clase obrera y de las masas trabajadoras aún más heterogéneas del campo— queda aún planteada en toda su amplitud. Oponer crudamente la consigna de la dictadura del proletariado a las tareas históricas que impulsan hoy a las masas hacia la senda de la insurrección, significaría reemplazar la comprensión marxista de la revolución social por una com-

prensión bakuninista. Sería el mejor medio de perder la revolución.

Ni que decir tiene que las consignas democráticas no tienen en absoluto por objetivo un acercamiento del proletariado a la burguesía republicana. Por el contrario, preparan el terreno para la lucha victoriosa contra la burguesía de izquierdas, permitiendo desenmascarar a cada paso su carácter antidemocrático. Cuanto más audaz, decisiva e implacable, sea la lucha de la vanguardia proletaria por las consignas democráticas, más pronto conquistará a las masas y socavará los cimientos de los burgueses republicanos y de los socialistas reformistas, de un modo más seguro sus mejores elementos se alinearán a nuestro lado y más rápidamente se identificará en la conciencia de las masas la república democrática con la república obrera.

Para que una fórmula teórica correctamente concebida se convierta en un hecho histórico vivo, hay que hacerla penetrar en la conciencia de las masas por medio de su experiencia, de sus necesidades, de sus exigencias. Para ello, no hay que dispersar la atención de las masas, sino reducir el programa de la revolución a un número reducido de consignas claras y simples y cambiarlas según la dinámica de la lucha. En esto consiste la política revolucionaria.⁹

5. *Comunismo, anarcosindicalismo, socialdemocracia.*

Como de costumbre, la dirección de la Internacional Comunista ha comenzado por no tomar conciencia de los acontecimientos que se desarrollaban en España. Manuilsky, el «gran jefe» de los países latinos ha declarado, no hace mucho, que los acontecimientos en España no eran dignos de atención.¹⁰ ¡Y de qué manera! Esta misma

9. Trotsky esboza aquí una primera redacción de un «programa de transición» que la Internacional comunista, después de haber entrevisto su necesidad, en tiempo de Lenin, no había elaborado nunca. En esta perspectiva redactará en 1938 el *Programa de transición* de la IV.^a Internacional.

10. Durante el 10.^o pleno del ejecutivo de la I.C., inmediatamente después de la caída de Primo de Rivera, Manuilsky, secretario entonces de este ejecutivo, había declarado: «Hay que darse claramente cuenta de que a pesar de las formas de guerra civil a las que da salida el impulso revolucionario de España, la clase

gente declaró, en 1928, que Francia estaba en vísperas de un levantamiento proletario.¹¹ Después de haber amenizado tanto tiempo los funerales con su música nupcial, no podían sino acoger una boda con una marcha fúnebre. Para ellos, actuar de otra manera hubiera supuesto traicionarse a sí mismos. Cuando sin embargo se verificó que los acontecimientos de España, aunque no previstos en el calendario del «tercer período», seguían su curso, los jefes de la Internacional Comunista simplemente se han callado: ciertamente, era más prudente. Pero los acontecimientos de diciembre han hecho este mutismo imposible. Y de nuevo, completamente de acuerdo con la tradición, el «jefe» de los países latinos ha efectuado un giro de 180 grados: nos referimos al artículo del *Pravda* del 17 de diciembre.

La dictadura de Berenguer, así como la dictadura de Primo de Rivera, es calificada en este artículo de «régimen fascista». Mussolini, Matteoti, Primo de Rivera, MacDonald, Tchang-Kai-chek, Berenguer, Dan —no son sino diferentes especies de fascistas.¹² Puesto que el calificativo existe, ¿para qué reflexionar? No queda, para completar, sino añadir a toda esta serie el régimen «fascista» del negus en Abisinia. Sobre el proletariado español *Pravda* escribe no sólo que «asimila cada vez más el programa y las consignas del partido comunista español», sino además que ya tiene «conciencia de su papel preponderante en la

obrera no juega por el momento más que un papel ínfimo en este movimiento. Por ello, los movimientos de este género desfilan sobre la pantalla histórica como un simple episodio que no deja huellas profundas en el espíritu de las masas trabajadoras y no enriquece su experiencia de la lucha de clases. Una huelga parcial puede tener para la clase obrera internacional una importancia más sugestiva que semejante revolución «tipo español», que se efectúa sin que el P.C. y el proletariado ejerzan en ella su papel dirigente» (*Correspondence internationale*, n.º 44, p. 523).

11. Trotsky hace aquí alusión a la preparación por el P.C.F. de jornada como la del 1.º de agosto, cuyo objetivo había sido «la conquista de la calle...» y que había terminado lamentablemente.

12. Efecto polémico: Mussolini era el jefe de la Italia fascista y Matteoti el dirigente socialista que hizo asesinar. MacDonald el dirigente laborista británico, Tchang Kaichek el dictador chino, líder del Komintang, verdugo de la revolución china de 1927, y Dan uno de los dirigentes mencheviques en la emigración. La «teoría» estalinista era en aquella época la de la «fascistización» de las otras corrientes. Todo régimen autoritario, todo régimen burgués era fascista, y también toda organización obrera diferente al P.C.

revolución». Al mismo tiempo, los telegramas oficiales de París hablan de soviets campesinos en España. Es notorio que, bajo la dirección estalinista, el sistema soviético es asimilado y aplicado ante todo por los campesinos. (China). Si el proletariado tiene ya «conciencia de su papel preponderante en la revolución» y si los campesinos han comenzado a organizar soviets, todo ello bajo la dirección oficial del partido comunista, la victoria de la revolución española debe ser considerada como segura —al menos hasta que los «ejecutantes» de Madrid sean acusados por Stalin y Manuilsky de haber aplicado mal la línea general, que aparece ante nosotros, en las columnas de *Pravda*, como ignorancia y ligereza generales. Corrompidos hasta la médula por su propia política, estos «jefes» no son ya capaces de aprender nada en absoluto.

En realidad, a pesar de la inmensa extensión de la lucha, los factores subjetivos —partido, organizaciones de masas, consignas— se hallan muy retrasados con respecto a las tareas del movimiento —y este retraso representa hoy el peligro más grave.

La ola sin freno de huelgas que conducen al sacrificio y a la derrota, o que acaban sin resultados, es una de las etapas inevitables de la revolución: es el período del despertar de las masas, de su movilización y de su entrada en la lucha. No es la élite de los obreros la que participa en el movimiento, sino toda la masa obrera. Entran en huelga no sólo los obreros de las fábricas, sino también los artesanos, los chóferes, los panaderos, los obreros de la construcción, los obreros de los trabajos de irrigación, y, en fin, los obreros agrícolas. Los veteranos ejercitan sus músculos, los nuevos reclutas aprenden. Mediante estas huelgas, la clase comienza a considerarse como tal.

Sin embargo, lo que constituye en la etapa actual la fuerza del movimiento, su espontaneidad, puede convertirse mañana en su debilidad. Admitir que el movimiento pueda continuar abandonado a su propia suerte, sin programa claro, sin dirección, equivaldría a admitir una perspectiva sin esperanza. Se trata nada menos que de la conquista del poder. Ni siquiera las huelgas más impetuosas resuelven este problema. Sobre todo si se dan dispersas. Si el proletariado no advirtiese, en algunos meses, en el proceso de la lucha, que sus tareas, sus métodos, se han clarificado y que sus filas se cohesionan y robustecen, entonces comenzaríamos inevitablemente la disgregación

en su propio seno. Amplias capas despertadas por primera vez por el movimiento actual volverían a caer en la pasividad. A medida que el suelo comenzase a hundirse bajo sus pies, la vanguardia engendraría un estado de espíritu favorable a la acción de grupos aislados y al aventurerismo en general. Ni el campesinado ni las capas pobres de las ciudades encontrarían en este caso una dirección prestigiosa. Las esperanzas suscitadas se convertirían rápidamente en decepción y en exasperación. En una cierta medida, se reproduciría en España la misma situación que en Italia después del otoño de 1920. La dictadura de Primo de Rivera no era fascista, era la dictadura española típica de una pandilla militar apoyándose en una cierta parte de las clases poseedoras. En las condiciones que hemos indicado anteriormente —pasividad y expectativa del partido revolucionario, espontaneidad del movimiento de masas—, España podría convertirse en el terreno de un fascismo auténtico. La gran burguesía se adueñaría de las masas pequeñoburguesas desamparadas, decepcionadas y desesperadas, para dirigir su exasperación contra el proletariado. Por supuesto, estamos aún lejos de esto. Pero no hay tiempo que perder.

Aun admitiendo por un instante que el movimiento revolucionario dirigido por el ala izquierda de la burguesía —los oficiales, los estudiantes, los republicanos— pudiera conducir a la victoria, la esterilidad de esta victoria equivaldría a fin de cuentas a una derrota. Los republicanos españoles, lo hemos dicho, están fundamentalmente ligados a las actuales relaciones de propiedad. No se puede esperar de ellos ni la expropiación de la gran propiedad terrateniente, ni la liquidación de la situación privilegiada de la Iglesia católica, ni la depuración radical de los establos de Augias de la burocracia civil y militar. La camarilla monárquica sería reemplazada simplemente por una camarilla republicana y asistiríamos a una nueva edición de la efímera y estéril república de 1873-1874.¹³ *

El que los jefes socialistas se arrastren detrás de los republicanos es completamente normal. Ayer, la social-

13. Los primeros años de la República española iban a demostrar que, sobre este punto también, Trotsky era buen profeta.

* La periodización exacta de la efímera I República española data desde febrero de 1873, hasta el 2 de enero de 1874 en que el capitán general de Madrid, Manuel Pavía, disolvió las Cortes.

democracia apoyaba con su hombro derecho a la dictadura de Primo de Rivera.¹⁴ Hoy, apoya con su hombro izquierdo a los republicanos.¹⁵ La tarea más elevada de los socialistas que no tienen ni pueden tener política propia, es participar en un gobierno burgués sólido.¹⁶ A este precio, no rehusarían, a falta de algo mejor, a colaborar incluso con la monarquía.

Pero el ala derecha de los anarcosindicalistas no se halla garantizada contra la posibilidad de seguir este mismo camino: los acontecimientos de diciembre son en este sentido una buena lección y una grave advertencia.¹⁷

La Confederación Nacional del Trabajo reúne sin duda alguna a los elementos más combativos del proletariado: la selección se ha hecho aquí en el curso de bastantes años. Consolidar esta confederación y transformarla en una verdadera organización de masas es un deber para cada obrero avanzado y ante todo para los comunistas. Se puede igualmente participar en ello mediante el trabajo en el interior de los sindicatos reformistas, desenmascarando infatigablemente las traiciones de sus jefes llamando a los obreros a agruparse en el marco de una confederación sindical única. Las condiciones de la revolución contribuirán en gran medida a este trabajo.

Pero, al mismo tiempo, no podemos hacernos ilusiones en cuanto a la suerte del anarcosindicalismo como doctrina y método revolucionarios. Por la ausencia de programa revolucionario y la incomprensión del papel del partido, el

14. Francisco Largo Caballero, secretario de la U.G.T., la central sindical reformista ligada al partido socialista, había ejercido bajo la dictadura de Primo de Rivera las funciones oficiales de consejero de Estado.

15. El verdadero organizador y animador del «comité revolucionario» formado después de la conferencia de agosto de 1930, en San Sebastián, de todas las fuerzas de oposición, comprendidas las burguesas, era en realidad el socialista Indalecio Prieto.

16. El Gobierno provisional constituido el día siguiente de la caída de la monarquía iba a comprender tres ministros socialistas: Largo Caballero (Trabajo), Prieto (Finanzas) y De Los Ríos (Justicia).

17. Representantes de la C.N.T. habían asistido como observadores a la conferencia de San Sebastián; en el mes de diciembre siguiente, la C.N.T. había apoyado la insurrección republicana desencadenada en Jaca, por dos oficiales de carrera, los capitanes Fermín Galán y García Hernández, intentando animar una huelga general.

añarcosindicalismo desarma al proletariado. Los anarquistas «niegan» la política hasta el momento en que ésta les coge por el pescuezo: entonces dejan el sitio libre a la política de la clase enemiga. Es lo que pasó en diciembre.

Si el partido socialista conquistase durante la revolución una situación preponderante en el proletariado, no sería capaz más que de una cosa: transmitir el poder conquistado por la revolución a las manos agujereadas del ala republicana, que lo dejarían escapar luego automáticamente a manos de sus actuales detentadores. El gran parto terminaría en un aborto.

Por lo que se refiere a los anarcosindicalistas, sólo podrían hallarse a la cabeza a condición de renunciar a sus prejuicios anarquistas. Nuestro deber consiste en ayudarlos en este sentido. Hay que suponer, en efecto, que una parte de los jefes sindicalistas se pasará a los socialistas o será rechazada por la revolución; los verdaderos revolucionarios estarán con nosotros; las masas se unirán a los comunistas, lo mismo que la mayoría de los obreros socialistas.

La ventaja de la situación revolucionaria consiste precisamente en que las masas aprenden con gran rapidez. Su evolución provocará inevitablemente diferenciaciones y escisiones no sólo entre los socialistas, sino también en el medio sindicalista. Acuerdos prácticos con los sindicalistas revolucionarios serán inevitables en el curso de la revolución. Los llevaremos a cabo lealmente. Pero hay que evitar establecerlos sobre bases ambiguas, reticentes y erróneas. Incluso los días y horas en que los obreros comunistas deberán luchar codo con codo con los obreros sindicalistas, no hay que suprimir las barreras y callar las divergencias o atenuar nuestras críticas hacia la posición de principio errónea del aliado. Sólo con esta condición quedará garantizado un desarrollo favorable.

6. *La junta revolucionaria y el partido.*

La jornada del 15 de diciembre, en la que los obreros se levantaron simultáneamente no sólo en las grandes ciudades, sino también en las poblaciones alejadas, demuestra hasta qué punto el propio proletariado tiende hacia la unidad de acción. Aprovechó la señal de los republicanos porque no dispone de su propio clarín. La derrota de este

movimiento no ha provocado, por lo visto, ni siquiera la sombra de un desfallecimiento. La masa asimila sus propias acciones como una experiencia, como una escuela, como una preparación. Este es un rasgo extremadamente característico del «auge revolucionario».

Para encontrar el acceso al gran camino, el proletariado tiene necesidad desde ahora de una organización que se levante por encima de todas las divisiones políticas, nacionales, provinciales y profesionales que existen en sus filas, de una organización que corresponda al impulso de la lucha revolucionaria actual. Una organización tal, elegida democráticamente por los obreros de las fábricas, de los talleres, de las minas, de los establecimientos comerciales, del transporte ferroviario y marítimo, por los proletarios de la ciudad y el campo, no puede ser sino el soviét. Los epígonos han causado un daño enorme al movimiento obrero del mundo entero metiendo en las mentes el prejuicio según el cual los soviets no pueden ser creados sino para las necesidades de una insurrección armada y únicamente la víspera de la insurrección. En realidad, los soviets se crean allí donde el movimiento revolucionario de las masas obreras, incluso si aún está lejos del estadio de la insurrección armada, siente la necesidad de una organización amplia y prestigiosa, capaz de dirigir los combates económicos y políticos que abarcan simultáneamente a varias empresas y diversas profesiones. Sólo con esta condición, es decir si los soviets consiguen durante el período preparatorio de la revolución enraizarse en la clase obrera, serán capaces de jugar el papel dirigente en el momento de la lucha inmediata por el poder. Es cierto que la palabra «soviét» ha tomado, después de trece años de existencia del régimen soviético, un sentido muy diferente del que tenía en 1905 o al comienzo de 1917, cuando los soviets se creaban, no como órganos del poder, sino sólo como organizaciones de combate de la clase obrera. La palabra «junta» estrechamente ligada a toda la historia revolucionaria española, expresa de un modo insuperable esta idea. La creación de juntas obreras está al orden del día en España.¹⁸

18. La preocupación de Trotsky, no reteniendo el vocablo «soviét» es doble: encontrar una transposición española de una palabra demasiado rusa, y también evitar un término empleado desde hacía varios años por P.C. «ultraizquierdistas» en un sentido insurreccional.

En la situación actual del proletariado, la creación de las juntas presupone la participación de los comunistas, los anarcosindicalistas, los socialdemócratas y de los dirigentes sin partido de las luchas huelguísticas. ¿En qué medida se puede contar con la participación de los anarcosindicalistas y socialdemócratas en los soviets? Es difícil predecirlo desde el exterior. El impulso del movimiento obligará sin ninguna duda a numerosos sindicalistas y quizá también a una parte de los socialistas a ir más lejos de lo que quisieran, si los comunistas consiguen plantear el problema de las juntas obreras con el vigor necesario.

Bajo la presión de las masas, las cuestiones prácticas de la construcción de soviets, del modo de representación, de fechas y modalidades de elección, etc., pueden y deben convertirse en objeto de un acuerdo, no sólo de todas las fracciones comunistas entre ellas, sino también con los sindicalistas y los socialistas que acepten colaborar en la creación de las juntas. Los comunistas, ni que decir tiene, se presentarán en todas las etapas de la lucha con la bandera desplegada.

A pesar de la nueva teoría estalinista sobre los soviets campesinos, es poco probable que las juntas campesinas, en tanto que organizaciones elegidas, puedan surgir en número importante antes de la toma del poder por el proletariado. Durante el período preparatorio, el campo verá desarrollarse otra forma de organización, fundada no sobre la elegibilidad sino sobre la selección personal: uniones campesinas, comités de campesinos pobres, células comunistas, sindicatos de obreros agrícolas, etc. Sin embargo, la propaganda por la consigna de juntas campesinas sobre la base del programa revolucionario agrario puede ser ya puesta al orden del día.

Es muy importante plantear de una manera justa la cuestión de las «juntas de soldados». En virtud del carácter mismo de una organización militar, los soviets de soldados no pueden actuar más que en el último período de la crisis revolucionaria, cuando el poder del estado pierde el control del ejército. Durante el período preparatorio, no se trata más que de una organización de carácter restringido, grupos de soldados revolucionarios, células del partido, en muchos casos ligazones personales entre obreros y soldados.

El levantamiento republicano de diciembre de 1930 se

inscribirá indudablemente en la historia marcando el límite entre dos épocas de la lucha revolucionaria. Es cierto que el ala izquierda de los republicanos estableció contacto con los jefes de las organizaciones obreras para obtener la unidad de acción. Los obreros desarmados debían jugar el papel de coro al lado de los corifeos republicanos. Este objetivo fue realizado en una medida suficiente para demostrar, de una vez por todas, la incompatibilidad de un complot de oficiales con la huelga revolucionaria. Contra el complot militar que oponía un arma a la otra, el gobierno encontró suficientes fuerzas en el interior del propio ejército. Por lo que se refiere a la huelga, sin objetivo independiente y sin dirección propia, estaba condenada al fracaso tan pronto como la insurrección militar fuera reprimida.

El papel revolucionario del ejército —no en tanto que instrumento experimental, los oficiales, sino como parte armada del pueblo— estará determinado en última instancia por el papel de los obreros y campesinos en el curso de la lucha. Para que la huelga revolucionaria pueda ser un éxito, debe conducir a un choque entre los obreros y el ejército. Por importantes que sean los elementos militares de tal choque, la política es preponderante. Vencer a la masa de soldados no es posible sino planteando claramente las tareas sociales del levantamiento. Pero son precisamente las tareas sociales las que aterran a los oficiales. Es natural que los revolucionarios proletarios concentren su atención desde ahora sobre los soldados, creando en los regimientos células de revolucionarios conscientes y valerosos. El trabajo comunista en el ejército, subordinado políticamente al trabajo entre los obreros y campesinos, sólo puede desarrollarse sobre la base de un programa claro. Cuando llegue el momento decisivo, los obreros deberán arrastrar, por su número y la fuerza de su ofensiva, a una gran parte del ejército al lado del pueblo, o al menos neutralizarla. Este aspecto revolucionario del conjunto de la cuestión no excluye el «complot» militar de los soldados avanzados y de los oficiales favorables a la revolución proletaria en el período que precede inmediatamente a la huelga general y la insurrección. Pero este género de complot no tiene nada en común con el pronunciamiento; su tarea presenta un carácter auxiliar y consiste en asegurar la victoria de la insurrección proletaria.

La solución victoriosa de todas estas tareas exige tres condiciones: el partido, de nuevo el partido y siempre el partido.

Es difícil juzgar desde fuera como se establecerán las relaciones entre las diferentes organizaciones y grupos comunistas actuales, y cual será su suerte en el futuro. La experiencia lo mostrará. Los grandes acontecimientos someten infaliblemente a prueba las ideas, las organizaciones y los hombres. Si la dirección de la Internacional Comunista se revela incapaz de proponer a los obreros españoles otra cosa que una política falsa, un mando burocrático y la escisión, entonces el verdadero partido comunista de España se formará y se templará fuera del marco de la Internacional Comunista.¹⁹ De cualquier forma, el partido debe ser creado. Debe ser unido y centralizado.

La clase obrera no debe en ningún caso construir su organización política sobre una base federalista. El partido comunista no es la imagen del futuro régimen del Estado español, es una palanca de acero para el derrocamiento del régimen existente. No puede ser centralizado de otra manera que sobre los principios del centralismo democrático.

La junta proletaria se convertirá en una vasta arena en la que cada partido o cada grupo será sometido a prueba y a examen ante los ojos de amplias masas. La consigna de frente único de los obreros será opuesta por los comunistas a la práctica de la coalición con la burguesía de los socialistas y de una parte de los sindicalistas. Solo el frente único revolucionario procurará al proletariado la confianza indispensable de las masas oprimidas del campo y la ciudad. La realización del frente único no es posible más que bajo la bandera del comunismo. La junta tiene necesidad de un partido dirigente. Sin dirección firme, se

19. En el momento en que Trotsky escribía estas líneas, algunos de sus camaradas españoles —como lo muestran las cartas que le dirigía Andrés Nin— comenzaban efectivamente a pensar que el partido comunista no podría construirse en España más que independientemente del marco de la Internacional Comunista estalinizada, eventualidad que, por su parte, rechaza en esta época y no consiente considerar más que después de 1933 y la derrota sin combate del proletariado alemán.

convertiría en una forma de organización vacía y caería inevitablemente bajo la dependencia de la burguesía.

Los comunistas españoles, por consiguiente, están cargados de tareas históricas grandiosas. Los obreros avanzados seguirán con una atención apasionada las peripecias del gran drama revolucionario que, tarde o temprano, exigirá de ellos no sólo su simpatía sino también su ayuda. ¡Estamos preparados!

Prinkipo, 24 enero 1931.

HAY QUE ORGANIZAR A LA OPOSICIÓN DE IZQUIERDA

(Extractos de cartas a Andrés Nin, enero-abril 1931)

31 enero de 1931

[... Desde el punto de vista revolucionario, la cuestión se resume así: ¿aspira el partido catalán a la independencia política y organizativa? ¿Se considera, desde el comienzo, como una sección regional del partido español? Se puede admitir el federalismo en el Estado, pero en ningún caso en el partido (...)

(...) A pesar de su debilidad intrínseca, el partido oficial se beneficia de factores históricos exteriores: la U.R.S.S. y todo lo que a ella está ligado. Esto es por lo que me parece peligroso no tener en cuenta, en la práctica, más que la relación actual de fuerzas (...)¹

(...) La entrada de los comunistas de izquierda en organizaciones más amplias e informales se justifica en España más que en cualquier otra parte, por el estado de las filas comunistas por una parte, y, por la otra, por la situación revolucionaria. Pero esta táctica pone a los opositores de izquierda en peligro de llevarles a desaparecer

1. El 17 de junio de 1931, Nin había escrito a Trotsky: «Aquí el partido se formará fuera del partido oficial», y subrayado: «La Federación Catalana cuenta con la simpatía de los mejores elementos del resto de España.» Ahora bien, todos los partidarios de la Oposición no compartían este punto de vista. Así, Henri Lacroix escribía en *La Verité* del 13 de junio precedente que el grupo Maurín era la «fracción más perjudicial al desarrollo del partido comunista», precisando que Maurín debía ser considerado como «estalinista con reservas».

en el seno de las otras corrientes o fracciones.² Por ello la creación de un centro de la oposición de izquierda me parece la condición necesaria y urgente de la entrada de sus militantes en otras organizaciones. Son necesarios un periódico de la oposición de izquierda y un boletín interno.]

Los comunistas españoles deben rehacer su unidad: esta consigna constituirá sin duda, en el próximo período, una formidable fuerza de atracción, que crecerá al mismo tiempo que la influencia del comunismo. Las masas, y lo mismo su vanguardia, no aceptarán más fracciones que las que les sean impuestas por su propia experiencia. Es por ello, me parece, que la consigna del frente único en dirección a los obreros sindicalistas y comunistas debe ser acompañada por la de unificación de los comunistas, sobre la base de una plataforma determinada.³

5 de febrero de 1931

Creo que difícilmente le será posible renunciar a la consigna de Cortes constituyentes revolucionarias. ¿No cuenta la población española con más de un 70 % de campesinos? ¿Cómo comprenderían la consigna de una «republica obrera»? Los socialistas y los republicanos por un lado, los curas por el otro, dirían a los campesinos que los obreros quieren someterles y reinar sobre ellos. ¿Qué les explicaríais? No veo más que una sola respuesta a dar en las presentes circunstancias: queremos que los obreros y los campesinos expulsen a los funcionarios nombrados por el poder superior, y, de forma general, a todos los responsables de violencias, a todos los opresores, y que expresen su libre voluntad por el sufragio universal. Se

2. Nin, que había sido detenido en diciembre de 1930, estaba preso en una celda vecina de la de Maurín con el que tenía discusiones diarias. En su carta a Trotsky del 17 de enero, le anunciaba su intención de unirse a la Federación Catalana.

3. La idea de la «unificación de los comunistas» iba a abrirse un camino entre los opositores comunistas de diversa procedencia. Hasta el punto que la Federación Catalana reclamará su paternidad. En realidad, las cartas de Trotsky a Nin eran leídas por todos los detenidos, incluso Maurín, con pasión. Parece ser que Trotsky había sido el primero en lanzar la consigna de «unificación de los comunistas».

podrá *conducir* a los campesinos a la república obrera, es decir a la dictadura del proletariado, en la lucha que se desarrolle por la conquista de las tierras y por sus demás objetivos; pero no es posible proponer a priori a los campesinos la fórmula de la dictadura del proletariado.

[Por lo que se refiere al boicot, no estoy convencido (...)]. Evidentemente los comunistas han cometido un error al no tomar la iniciativa en ello. Eran los únicos capaces, con los obreros revolucionarios en general, de dar a la campaña de boicot audacia y combatividad. Sin embargo, parece claro que, en los partidos de oposición, la opinión está muy ampliamente dispuesta al boicot, y ello constituiría la señal de una efervescencia profunda entre las masas. Si los comunistas les hubieran zarandeado a tiempo, republicanos y socialistas hubieran tenido muchas dificultades para abandonar el proyecto de boicotear. Mientras tanto, Berenguer y su gobierno pudieron plantearse las elecciones del 1.º de marzo. Si el boicot obligase a Berenguer a retroceder de una u otra forma, las consecuencias serían formidables: las masas tomarían mejor conciencia de sus disposiciones revolucionarias, sobre todo si los comunistas hubieran jugado en esta táctica el papel de instigadores y de guías.

13 de febrero de 1931

A propósito de la «república obrera». De ninguna de las maneras se puede renunciar a esta consigna. Pero, actualmente, compete más a la propaganda que a la agitación. Debemos explicar a la vanguardia obrera que vamos hacia una república obrera, pero que antes hay que llevar a los campesinos a esta idea. Ahora bien, convertir a los campesinos a la república obrera, es decir, de hecho, a la dictadura del proletariado, no podremos hacerlo apenas más que después de varias «experiencias transitorias», entre ellas la del parlamentarismo. Los campesinos no aceptarán la dictadura del proletariado más que cuando todas las demás opciones estén agotadas. Ciertamente, bastantes posibilidades han sido ya experimentadas en España. Sin embargo queda la de una democracia «completa», «consecuente», obtenida por el camino revolucionario, quiero decir las Cortes constituyentes. Por supuesto, no tenemos hacia esta fórmula un apego fetichista. Si los aconteci-

mientos van más rápido de lo previsto, sabremos reemplazar, a tiempo, esta consigna por otra.

[...] El que la federación catalana nos confíe la redacción de sus principales documentos, incluida la respuesta a la declaración política del partido, constituye una adquisición política muy preciosa y prometedora⁴ (...)

(...) No obstante, renuevo mi propuesta de editar en Madrid —o en otra ciudad— un boletín de la oposición de izquierda española, así como un órgano mensual, sólido a nivel teórico (...). De otra manera, la próxima etapa de la revolución puede coger desprevenida a la oposición de izquierda, y, teniendo en cuenta la debilidad del partido y la confusión de la federación catalana, ello podría conducir a los peores desastres, irreparables.]

15 de febrero de 1931

(...) Creo recordar, que bajo forma de «sueño», le haya escrito que estaría bien que el boicot obligase a la monarquía a arrodillarse, aunque fuera con una sola rodilla. Ahora, es un hecho. La dimisión de Berenguer⁵ no tiene en sí misma una gran importancia política, pero, como síntoma, es muy significativa. La impotencia de la monarquía, la disgregación de las bandas dirigentes, su falta de confianza en sí mismas, su miedo, miedo del pueblo, miedo de la revolución, miedo del mañana, sus tentativas por prevenir mediante concesiones importantes las consecuencias más temibles, todo esto se deduce de la dimisión de Berenguer y de la semicapitulación del rey. ¡Es espléndido! ¡Verdaderamente espléndido! ¡No podría imaginarse algo mejor! El respeto fetichista del poder en la conciencia de las masas populares habrá recibido un golpe mortal. Millones de corazones van a desbordar de satisfacción, seguridad, audacia: este flujo les caldeará, inspirará, les empujará hacia delante.

4. En su carta del 26 de enero, Nin había anunciado a Trotsky que había redactado casi completamente las tesis políticas de la Federación Catalana, y en la del 5 de febrero que acababa de confiar la redacción en *La Batalla* de la respuesta a la «declaración política» del partido oficial.

5. El general Berenguer, conocido por su «liberalismo» había sido «dimitido» por Alfonso XIII, venido en persona a su cabecera el 14 de febrero de 1931.

El conjunto de la situación revolucionaria en la que debe actuar el partido revolucionario es en la actualidad extremadamente favorable. Todo el asunto está en saber cómo se comportará el partido. Desgraciadamente, los comunistas no han tenido una voz propia en el concierto de partidarios del boicot. Es por ello que no han progresado apenas durante la campaña de los dos o tres últimos meses. En períodos en que el ascenso revolucionario se hace impetuoso, la autoridad del partido crece rápidamente, de forma febril, a condición de que, en los giros decisivos, en las nuevas etapas, el partido lance la consigna necesaria, cuya justeza será pronto confirmada por los acontecimientos... Durante estos últimos meses, estos últimos años, se han dejado pasar bastantes ocasiones. Pero ¿para qué volver sobre el pasado? Hay que mirar adelante. La revolución no está más que en sus comienzos. Se puede centuplicar lo ganado respecto lo que se ha dejado perder.

El problema del parlamento y de la Constitución se encuentra en el centro de la vida política oficial. No podemos hacer como si lo ignorásemos. Para mí, hay que redoblar energías a fin de lanzar la consigna de Cortes revolucionarias constituyentes. No hay que rechazar el empleo de fórmulas claramente democráticas. Se pedirá, por ejemplo, el derecho a votar para todos, sin distinción de sexo, a la edad de 18 años, y sin ninguna restricción. 18 años, para este país mediterráneo puede ser incluso demasiado: hay que apostar por la juventud.

(...) La cuestión del frente único de todas las fracciones comunistas, incluido el partido oficial, estará inevitablemente al orden del día. Las masas sentirán durante las semanas y meses que se avecinan una necesidad imperiosa de ser dirigidas por un partido revolucionario unido y serio. Las disensiones de los comunistas desorientarán a las masas. Estas impondrán la unidad —sin duda no para siempre, pues los acontecimientos pueden aún rechazar a las diferentes tendencias por caminos diferentes; pero para el próximo período, el acercamiento de las fracciones comunistas me parece completamente inevitable. Sobre este punto, así como en la cuestión del boicot y en cualquier otra cuestión política de actualidad, la fracción que haya tomado la iniciativa de rehacer la unidad de las filas comunistas se aprovechará de ello. Para que la izquierda comunista sea capaz de tomar esta

iniciativa, primero tiene que unificarse y organizarse ella misma. Es indispensable crear inmediatamente una fracción bien organizada de la oposición comunista de izquierda, aunque al comienzo sea poco numerosa, que publique su boletín y tenga su grupo organizado de teóricos. Por supuesto, esto no excluye la posibilidad, para los comunistas de izquierda, de participar en organizaciones más amplias; por el contrario, esto presupone tal participación; pero es su condición indispensable.

4 de marzo de 1931

[...] La experiencia política del período de Berenguer muestra que el partido proletario debe tomar firmemente posición en favor del boicot de las Cortes del almirante.⁶ Los socialistas, los republicanos, corren el riesgo de abandonar las posiciones de boicot que actualmente ocupan si no son fustigados continuamente por la izquierda. En el estadio actual de la revolución, la organización comunista puede jugar el papel de un enganche, pequeño pero sólido, que obligue a girar las ruedas dentadas de los socialistas, de los republicanos e incluso de los partidarios de las Cortes constituyentes... ¡si no rompe sus dientes!

Tendríamos que lanzar la consigna de boicot activo; ello significaría que no sólo nos abstenemos de participar en las elecciones, sino que desarrollamos una ofensiva enérgica contra las Cortes falsamente constituyentes —mediante reuniones populares, proclamas, manifestaciones, denuncias de los candidatos oficiales como enemigos del pueblo, boicot público de los candidatos a las elecciones, etc. Creo que la táctica de boicot activo permitiría crear comités obreros de boicot que podrían transformarse en juntas obreras en el momento oportuno (...)

(...) En mis cartas precedentes, he hablado en detalle de la cohesión de la oposición de izquierda y de su actitud hacia el partido oficial. No sé si ha recibido mis cartas y espero impacientemente que me informe de sus puntos de vista sobre estas cuestiones y de las medidas

6. El almirante Aznar había sido designado por Alfonso XIII para reemplazar al general Berenguer a la cabeza del gobierno.

prácticas tomadas por usted y sus camaradas. Las cuestiones de estrategia y táctica revolucionaria no tienen sentido más que a condición de que exista el «factor subjetivo», es decir, una organización revolucionaria, aunque sea poco numerosa al principio.]

13 de marzo de 1931

Algunas palabras a propósito de las juntas de soldados. ¿Tenemos interés en que se constituyan en organizaciones *independientes*? Es una cuestión muy seria, a propósito de la cual se debe trazar, desde el principio, una cierta línea de conducta, mientras se reserva, por supuesto, el derecho de hacer correcciones según la experiencia.

En 1905, en Rusia, no se había llegado aún a crear soviets de soldados. Pareció bien crear diputados del ejército en los soviets obreros, pero sólo de forma episódica. En 1917 los soviets de soldados jugaron un papel formidable. En Piter, el soviet de soldados se fusionó con el de los obreros desde el comienzo, y los representantes del ejército formaban en él la aplastante mayoría. Pero entonces era una cuestión de organización técnica: en efecto, el inmenso ejército contaba entonces de diez a doce millones de campesinos.

En España los efectivos del ejército son los de tiempo de paz, son insignificantes en relación a la cifra global de la población, e incluso en relación a los efectivos del proletariado. En estas condiciones, ¿es inevitable que los soldados se constituyan en soviets independientes? Desde el punto de vista de la política proletaria, tenemos interés en atraer a los delegados de los soldados a las juntas obreras, a medida que se vayan creando. Las juntas propuestas exclusivamente de soldados podrían no formarse más que en el momento en que la revolución alcance su punto culminante, o bien cuando consiga la victoria. Las juntas obreras pueden —y deben!— constituirse antes, a partir de las huelgas, del boicot a las Cortes, y, luego, de la participación en las elecciones. Por consiguiente se pueden asociar delegados del ejército a las juntas obreras bastante antes de que puedan organizarse juntas puramente militares. Pero voy más lejos: si se toma a tiem-

po la iniciativa de crear juntas obreras y de asegurar su acción en el ejército, se conseguirá, quizá, evitar después la creación de juntas de soldados *independientes*, expuestas a caer bajo la influencia de oficiales arribistas y no bajo la de los obreros revolucionarios. Los débiles efectivos del ejército español testimonian en favor de esta hipótesis. Por otra parte, este ejército poco numeroso tiene sin embargo tradiciones propias de política revolucionaria más señaladas que en cualquier otro país. Circunstancias que podría, en cierta medida, impedir la fusión de los delegados de los soldados con las juntas obreras.

Ya ve usted que, sobre este punto, no me atrevo a pronunciarme categóricamente; además, tampoco los camaradas que ven de cerca la situación están, probablemente, en estado de dar una respuesta categórica. Me limito a abrir el debate: cuanto antes se empiecen a discutir ciertas cuestiones, en los amplios círculos de la élite obrera, más fácil será resolverlas luego. En cualquier caso, convendría intentar incorporar los delegados de los soldados a las juntas obreras. Si no resulta más que parcialmente, ya está bien. Pero precisamente con vistas a este resultado hay que estudiar a tiempo y minuciosamente las disposiciones del ejército, de los diferentes cuerpos, de las distintas armas, etc.

En suma, sería bueno intentar levantar colectivamente un mapa político de España con el objetivo de definir con más precisión las relaciones de fuerzas en cada región y las relaciones entre ellas. Habría que indicar en este mapa las regiones obreras, los focos revolucionarios, las organizaciones sindicales y los partidos, las guarniciones, las relaciones de fuerzas entre rojos y blancos, las regiones en las que hay un movimiento campesino, etc. Por poco numerosos que sean los opositores, podrían tomar en diversos sitios la iniciativa de este estudio uniéndose a los mejores representantes de los otros grupos revolucionarios. Así se pondrían en pie los elementos de un gran estado mayor de la revolución. El núcleo central daría a este trabajo la necesaria unidad. Este trabajo preparatorio, que podría parecer de entrada que presenta un carácter académico, tendría posteriormente un extraordinario valor, incluso, quizás, una importancia decisiva. En una época como la que atraviesa España, la mayor falta que se puede cometer es perder el tiempo.

15 de marzo de 1931

[(...)¿Cómo será definida, cómo se explicará política-mente su participación en el Bloque? ¿Como la de un representante de una fracción comunista o como la de un conocido revolucionario aislado? En el caso en que les hiciera falta entenderse con la burocracia de la I.C., ciertos elementos de la federación podrían declarar que formaban un bloque con el campesinado y la pequeña burguesía revolucionaria en la persona de Nin. Quedar sin pasaporte político, sobre todo durante la revolución, es muy peligroso (...)]

20 de marzo de 1931

[Recibo de París cartas cada vez más inquietantes a propósito de la situación en España. Debo decirle que comparto esta inquietud. En España, la situación es revolucionaria. En España, tenemos representantes completamente cualificados de la oposición de izquierda. Por cartas, artículos, etc., hemos elaborado algo parecido a un proyecto de plataforma de la oposición de izquierda. Todas las miradas están vueltas hacia España. Y cada día perdido se pagará caro en los momentos decisivos. Nadie fuera de la oposición de izquierda es capaz de dar una orientación justa, de fijar una política justa, en las condiciones revolucionarias de España. Y, sin embargo, la oposición de izquierda no existe: y ello provoca inquietud en muchos camaradas, y, esta inquietud, la comparto...

¿Dónde está la salida? Los camaradas de Madrid⁸

7. Nin había escrito a Trotsky que juzgaba necesaria su entrada en la Federación Catalana, y el 7 de marzo: «He debido luchar enérgicamente contra la idea de la creación de un «partido obrero y campesino». Esta idea ha sido ahora rechazada. Sin embargo no he podido evitar la adopción de un proyecto de creación de un «Bloque obrero y campesino». Al fin, precisaba, de que su eventual adhesión a la Federación no agravase las relaciones de esta última con la I.C., adherida solamente a este Bloque.

8. El grupo de la Oposición se había constituido alrededor de Henri Lacroix y de Juan Andrade.

creen que con el concurso de los camaradas de Asturias⁹ es posible publicar un órgano teórico mensual. Están igualmente dispuestos a editar un boletín de la fracción de izquierda. Me parece que hay que apoyarlos con todas nuestras fuerzas. Guardando una ligazón permanente entre usted y Madrid, por una parte, España, París y Constantinopla¹⁰ por otra, se puede llegar al acuerdo político, teórico y organizativo necesario. Espero con gran impaciencia su respuesta a esta cuestión, tanto más ya que todas mis cartas precedentes han quedado sin respuesta sobre este punto (...)

El que usted sea candidato a las municipales es evidentemente muy importante.¹¹ Pero evidentemente usted estará de acuerdo en admitir que en política, y sobre todo durante la revolución, no son preciosas más que las conquistas que se traducen por un crecimiento del partido, o, en el caso precedente, de la fracción. Sin ello la tempestad de la revolución disipará completamente la iniciativa individual, lo mismo en caso de victoria que en caso de derrota de la revolución (...)]

1 de abril de 1931

[Sus conferencias y sus éxitos me alegran enormemente.¹² Su intención de ocuparse durante su viaje de la organización de una fracción de la oposición de izquierda me da quizá aún más esperanzas. Es importante tener un crisol dispuesto: el desarrollo de la revolución creará una solución saturada (...)]

9. El animador de la oposición de izquierda en Asturias era uno de los fundadores del P.C. en la provincia, José Laredo Aparicio, el cual iba a asumir durante el primer año la responsabilidad de la revista mensual *Comunismo*.

10. Trotsky estaba entonces en la Isla de los Príncipes, cerca de Constantinopla, y el secretariado internacional de la Oposición en París.

11. Después de haber hecho varias veces alusión a una eventual candidatura por su parte, Nin había indicado a Trotsky en su carta del 25 de enero que sería sin duda candidato de la Federación de Vendrell, luego, el 15 de marzo que probablemente sería candidato en nombre del futuro «Bloque obrero y campesino».

12. Alusión, principalmente, a la conferencia dada por Nin en el *Ateneo* enciclopédico de Barcelona.

12 de abril de 1931

[Acabo de recibir la carta en la que me informa por primera vez de su ruptura con la federación catalana y de la próxima aparición de un órgano de la oposición de izquierda, *Comunismo*.¹³ La última carta me llenó de tal alegría que me niego a lamentar los meses perdidos en el asunto de la formación de una oposición de izquierda.¹⁴ No dudo que recuperaréis cien veces el tiempo perdido.]

13. El primer número de *Comunismo* debía aparecer el 15 de mayo de 1931, con una carta de Trotsky con fecha del 12 de abril. El periódico había sido puesto en pie de resultados de un viaje de Nin a Madrid, y luego a Asturias.

14. No poseemos ningún texto de Nin explicando esta frase de Trotsky. En una carta del 10 de abril, se defendía de ser partidario de «una entrada sin condiciones» y el mismo día 12 escribía: «Hay que entrar en la Federación, llevar un trabajo sistemático y crear nuestra fracción. Es posible. Estoy seguro de que si, hoy, mi entrada no ha sido posible, lo será pronto, quizá antes de un mes.»

A 6

DECIR LO QUE ES¹

(Carta a *Comunismo*, 12 de abril de 1931)

Queridos camaradas:

He recibido por fin la noticia tanto tiempo esperada de que la Oposición Comunista de Izquierda emprende la publicación de su órgano *Comunismo*.² No dudo ni un momento de que esta publicación tendrá un gran éxito. España pasa por un período revolucionario. En un período así, el pensamiento despierto de la vanguardia proletaria aspira ávidamente a abordar las cuestiones, no de un modo aislado, sino en toda su complejidad general. Las épocas revolucionarias han sido siempre tiempos de avance de la curiosidad teórica de las clases históricamente progresivas. Ninguna teoría, excepto el marxismo, puede dar una respuesta a los gigantescos problemas planteados actualmente a los comunistas españoles. Pero podemos y debemos decir de un modo categórico que ningún grupo, a excepción de la oposición de izquierda, es capaz actualmente de dar a los obreros españoles una interpretación auténticamente marxista de las condiciones de la revolución, de sus fuerzas motrices, de sus perspectivas, de sus fines. Mientras que la fracción centrista oficial de la Internacional Comunista subordina los problemas de

1. T. 3380. Esta carta saludo debía aparecer en el número 1 de *Comunismo*, el 15 de mayo de 1931, al igual que un texto muy semejante de Alfred Rosmer, que había roto con la organización de la oposición internacional desde hacía varios meses.

2. Ya hemos visto como ya un año antes, Trotsky enviaba un saludo parecido a *Contra la corriente*, texto que no llegaría a publicarse.

la revolución proletaria a las consideraciones y las necesidades de un prestigio burocrático seriamente comprometido, y no permite el planteamiento crítico de ninguna cuestión, la Oposición de Izquierda se propone como misión *decir lo que es*. La claridad, la precisión teórica y por consiguiente la honradez política, he aquí los rasgos que hacen invencible a una tendencia revolucionaria. Que con esta bandera viva y se desarrolle *Comunismo*.

Os prometo el apoyo más resuelto, y, ante todo, la colaboración más asidua, e invito a hacer lo mismo a nuestros camaradas de todos los países. Os envío mi proyecto de plataforma sobre la U.R.S.S., que he terminado estos días.

Espero que los comunistas españoles avanzados presten a las cuestiones internas del primer estado obrero, la misma atención que los comunistas de la U.R.S.S. deben prestar a los problemas de la revolución española.

¡Viva Comunismo! ¡Vivan los bolchevique-leninistas españoles! ¡Viva el proletariado revolucionario español!

12 de abril de 1931

A 7

LOS DIEZ MANDAMIENTOS DEL COMUNISTA ESPAÑOL¹

15 de abril de 1931

1. La monarquía ha perdido el poder, pero espera reconquistarlo. Las clases poseedoras están todavía firmes en sus estribos. El bloque de republicanos y socialistas se ha colocado en el terreno del cambio republicano para evitar que las masas tomen el camino de la revolución socialista. ¡Desconfiar de las palabras! ¡Lo que hace falta es actuar! ¡Para comenzar: Detención de los dirigentes más destacados y sostenedores del antiguo régimen, confiscación de los bienes de la dinastía y de sus lacayos más comprometidos! ¡Armamento de los obreros!

2. El gobierno, apoyándose en republicanos y socialistas, se esforzará por todos los medios de ampliar sus bases hacia la derecha, en dirección de la gran burguesía, e intentará capitular a fin de neutralizar a la Iglesia. El gobierno es un gobierno de explotadores creado para defenderles de los explotados. El proletariado está en oposición irreconciliable con el gobierno de los agentes republicanos y «socialistas» de la burguesía.

3. La participación de los socialistas en el poder significa que irán acrecentándose los choques violentos, entre obreros y jefes socialistas. Esto abre grandes posibilidades a la política revolucionaria del frente único. Cada

1. T. 3381. B. O., n.º 21-22, mayo-junio 1931 pp. 18-19. Este texto fue redactado al recibir la noticia de la abdicación de Alfonso XIII, y apareció en el primer número de *Comunismo*, el 15 de mayo de 1931.

huelga, cada manifestación, cada acercamiento entre obreros y soldados, cada paso de las masas hacia la verdadera democratización del país, se va a enfrentar ahora con la resistencia de los jefes socialistas, como «hombres del orden». Por consiguiente, es tanto más importante para los obreros comunistas participar en el frente único con los obreros socialistas, sindicalistas y sin partido, arrastrándolos tras ellos.²

4. Los obreros comunistas constituyen hoy día una pequeña minoría en el país. No pueden aspirar al poder de una manera inmediata. Actualmente no pueden proponerse como objetivo práctico la caída violenta del gobierno republicano-socialista. Toda tentativa en este sentido sería una aventura catastrófica. Es necesario que las masas de obreros, soldados y campesinos atraviesen la etapa de las ilusiones republicano-socialistas a fin de librarse de ellas más radical y definitivamente.³ No engañarse con frases, observar los hechos con los ojos muy abiertos; preparar tenazmente la segunda revolución, la revolución proletaria.

5. La tarea de los comunistas en el período actual consiste en ganarse la mayoría de los obreros, la mayoría

2. Trotsky da aquí una interpretación del frente único semejante a la establecida por el ejecutivo de la Internacional en 1922. Debido a que los dirigentes socialistas, dedicados por completo a la colaboración con la burguesía, luchan con todas sus fuerzas contra la movilización de la clase obrera, son los comunistas quienes deben luchar por el frente único, poner las organizaciones obreras al servicio de la clase y del movimiento, introduciendo de esta forma una cuña entre los dirigentes socialistas y los obreros que confían en ellos. Esta es la única forma de conquistar a la mayoría de la clase obrera, sin la cual no se puede acometer la lucha por el poder. La interpretación dada por la Internacional Comunista en 1931 era la del «frente único por la base» intentando unir a los obreros socialistas en acciones encaminadas contra sus dirigentes, cuya denuncia («socialfascistas») era el principal tema de agitación.

3. Mientras los comunistas son minoritarios no pueden comprometerse directamente en la lucha por el poder, bajo pena de caer en el aventurerismo. Este análisis, ya formulado por Marx, oponiéndose a las teorías anarquistas sobre las «minorías activas», fue retomado por la Internacional Comunista en su III Congreso, inmediatamente después de la acción aventurerista de marzo de 1921 en Alemania. La advertencia estaba dirigida tanto a los militantes del partido comunista oficial, como a los anarquistas, tentados por las «acciones ejemplares» cuyos resultados, en definitiva, eran idénticos, incluso si no se dirigían hacia la toma del poder.

de los soldados, la mayoría de los campesinos. ¿Qué hace falta para esto? Agitar, educar a los cuadros, «explicar pacientemente» (Lenin), organizar. Todo esto a base de la experiencia de las masas y la participación de los comunistas en ella: la política amplia y audaz del frente único.

6. Con el bloque republicano-socialista, o bien con parte de éste, los comunistas no pueden hacer una transición que pueda debilitar o limitar de una forma directa o indirecta, la libertad de crítica y agitación comunista. Los comunistas explicarán por todas partes a las masas populares que en las luchas contra todas las variedades de la contrarrevolución monárquica estarán en primera fila, pero que para semejante lucha no es necesario una alianza con los republicanos y socialistas, cuya política estará inevitablemente basada en concesiones a la reacción e intentarán ocultar las intrigas de ésta.

7. Los comunistas deben lanzar las consignas democráticas más radicales: libertad completa para las organizaciones obreras, libertad para la administración local, elegibilidad de todos los funcionarios por el pueblo, admisión al voto a todos los hombres y mujeres a partir de los dieciocho años, etc., creación de una milicia obrera y más tarde de una milicia campesina. Confiscación de todos los bienes de la dinastía y de los bienes de la Iglesia en favor del pueblo, en primer lugar en favor de los parados y de los campesinos pobres y para la mejoración de la situación de los soldados. Separación completa de la Iglesia y el Estado.

8. La consigna central del proletariado es la del *soviet obrero*. Esta consigna deberá anunciarse, popularizarse incansable y constantemente, y a la primera ocasión hay que proceder a su construcción. El soviet obrero no significa la lucha inmediata por el poder. Es sin duda la perspectiva, pero a la que las masas sólo pueden llegar por su experiencia y con la ayuda del trabajo de clarificación de los comunistas. El soviet obrero significa hoy la reunión de las fuerzas diseminadas del proletariado, la lucha por la autonomía y la unidad de la clase obrera. El soviet obrero se encarga de los fondos de huelga, de la alimentación de los parados, del contacto con los soldados a fin de evitar encuentros sangrientos con ellos, de los contactos entre la ciudad y el pueblo, a fin de asegurar la alianza entre los obreros y los campesinos pobres. El soviet obrero debe incorporar repre-

sentantes de los contingentes militares. Es así solamente cómo el soviét llegará a ser el órgano de la insurrección proletaria y, más tarde, el órgano del poder.⁴

9. Los comunistas deben elaborar inmediatamente un programa agrario revolucionario. La base de éste tiene que ser la confiscación de las propiedades de las clases privilegiadas, de los explotadores, comenzando por la dinastía y la Iglesia, en favor de los campesinos pobres y de los soldados. Este programa debe concretarse en las diferentes zonas del país. Teniendo particularidades económicas e históricas singulares, es necesario crear inmediatamente en cada provincia una comisión para la elaboración del programa campesino, en estrecha relación con los campesinos revolucionarios de la región. Es necesario escuchar la voz de los campesinos, para reflejarla de una manera clara y precisa.

10. Los socialistas que se dicen de izquierda (entre los cuales hay honrados obreros) invitarán a los comunistas a hacer un bloque, e incluso a unificar las organizaciones. A esto los comunistas deben responder: «Estamos dispuestos, en interés de la clase obrera y para la solución de tareas concretas a trabajar unidos con todo grupo, con toda organización proletaria. Con este fin proponemos correctamente la creación de soviets. Representantes obreros, pertenecientes a diferentes partidos, discutirán en estos soviets sobre las cuestiones actuales y las tareas inmediatas. El soviét obrero es la forma más clara, más abierta, más directa y más honesta de la alianza en vista del trabajo común. Nosotros los comunistas, propondremos en el soviét nuestras consignas y nuestras soluciones, esforzándonos por convencer a los obreros de lo correcto de nuestro camino. En el seno del soviét obrero, cada grupo debe contar con una entera libertad de crítica. Nosotros los comunistas, estaremos siempre

4. Aquí también Trotsky desarrolla lo que desde su punto de vista era la esencia de la experiencia rusa de 1917, en oposición a la práctica de la Internacional bajo Stalin. Durante el período de ascenso de la Revolución china, en 1925-1927, la I.C. se opuso a la formación de soviets, que hubiesen comprometido su política de colaboración con Chiang-Kai-check, y sin embargo había hecho proclamar un soviét en Cantón en las primeras horas de la insurrección suicida de 1927. Recordemos que la mayoría de los soviets en Rusia habían nacido como comités de huelga, pero esta palabra, en la propaganda comunista oficial, había llegado a ser sinónimo de «organismo insurreccional».

en primera fila en la lucha por los objetivos prácticos propuestos por el soviét». Esta es la forma de colaboración que los comunistas proponemos a los obreros socialistas, sindicalistas y sin partido.

Asegurando la unidad en sus propias filas, los comunistas ganarán la confianza de la mayoría del *proletariado* y de la gran mayoría de los campesinos pobres, con su brazo armado *ellos tomarán el poder*, y abrirán la era de la revolución socialista.

Kadikéi, 15 de abril de 1931

EL PELIGRO DEL CONFUSIONISMO

(Extractos de cartas a Nin)

14 de abril de 1931

Gracias por las citas del discurso de Thaelmann¹ sobre la revolución «popular», de las que no me había dado cuenta. Es imposible imaginar una manera más estúpida y más cazurra de embrollar la cuestión al plantearla. ¡Dar esta consigna de «revolución popular» y además, invocando a Lenin! Pero veamos, ¡cada número del periódico fascista de Strasser² expone la misma consigna *oponiéndola* a la fórmula marxista de revolución de clase! Claro está, toda gran revolución es «nacional» o «popular» en el sentido de que agrupa en torno a la clase revolucionaria a todas las fuerzas vivas y creadoras de la nación, y que reconstruye a ésta alrededor de un nuevo centro. Pero esto no es una consigna, no es más que la descripción sociológica de una revolución, una descripción que exige además aclaraciones precisas y concretas. Hacer de ello una consigna, es una tontería, es charlatanería, es oponer a los fascistas una competencia de bazar, y serán los obreros los que paguen las consecuencias de este engaño.

1. Ernest Thaelmann (1886-1944), dirigente del partido comunista alemán, celoso servidor de Stalin y seguidor fiel de todos los «virajes» de la I.C.

2. Gregor Strasser (1892-1934), jefe del ala «plebeya» del nacional-socialismo, cuyo diario *Arbeiter Zeitung*, se dirigía fundamentalmente a los trabajadores. Sería suprimido un año después de la llegada de Hitler al poder.

Es asombrosa la evolución de las consignas de la Internacional Comunista precisamente sobre esta cuestión. Desde el III Congreso de la Internacional Comunista, la fórmula «clase contra clase» se ha convertido en la expresión popular de la política del *frente único proletario*. Fórmula absolutamente justa: todos los obreros deben cerrar filas contra la burguesía. Pero enseguida se ha sacado de la misma consigna una alianza con los burócratas reformistas contra los obreros (la experiencia de la huelga general inglesa). Después se ha pasado al otro extremo: ningún acuerdo es posible con los reformistas. «Clase contra clase», esta fórmula que debía servir para el acercamiento entre los obreros socialdemócratas y los obreros comunistas ha adquirido durante el «tercer período»,³ el sentido de una lucha contra los obreros socialdemócratas; como si estos últimos perteneciesen a una clase diferente. Ahora, nueva voltereta, la revolución ya no es proletaria, es popular. El fascista Strasser dice que el 95 % del pueblo tiene interés en la revolución y que, en consecuencia se trata de una revolución popular, no de clase. Thaelmann repite la misma canción. De hecho, sin embargo, el obrero comunista debería decir al obrero fascista: Sí, evidentemente, el 95 %, si no es el 98 % de la población, es explotada por el capital financiero. Pero esta explotación está organizada jerárquicamente: explotadores, subexplotadores, explotadores de tercera clase. Sólo por medio de esta gradación los superexplotadores mantienen en servidumbre a la mayoría de la nación. Para que la nación pueda efectivamente reconstruirse alrededor de un nuevo centro de clase, debe reconstruirse ideológicamente, lo que sólo es realizable si el proletariado, lejos de dejarse absorber por el «pueblo», por la «nación», desarrolla su *programa particular* de revolución *proletaria* y obliga a la pequeña burguesía a elegir entre los dos regímenes. La consigna de una revolución popular es una canción de cuna, que adormece tanto a la pequeña burguesía como a las amplias masas obreras, les invita a resignarse a la estructura jerárquica burguesa de «pueblo» retardando su emancipación. En Alemania, en

3. Trotsky llama «el tercer período de errores de la Internacional Comunista», el que comienza en 1928 y se caracteriza por una política aventurerista y ultraizquierdista, que conducirá principalmente a la derrota en Alemania.

las actuales circunstancias, esta consigna hace desaparecer toda demarcación ideológica entre el marxismo y el fascismo, reconcilia a una parte de los obreros y de la pequeña burguesía con la ideología fascista, permitiéndoles creer que no es necesaria una elección, puesto que, tanto para unos como para otros, se trata de una revolución popular. Estos revolucionarios incapaces, cada vez que topan con un enemigo serio, piensan ante todo en acomodarse a él, en adornarse con sus colores y en conquistar a las masas, no mediante una lucha revolucionaria sino mediante algún ingenioso truco. Verdaderamente es una forma ignominiosa de presentar la cuestión. Si los débiles comunistas españoles empleasen esta consigna, acabarían en su país con una política de Kuomintang.⁴

20 de abril de 1931

Muchos rasgos de semejanza saltan a los ojos entre el régimen de febrero de 1917 en Rusia y el régimen republicano actual en España. Pero se advierten también profundas diferencias: a) España no está en guerra, por lo tanto no tenéis que lanzar la penetrante consigna de lucha por la paz; b) no tenéis aún soviets obreros, ni —¿es preciso decirlo?— soviets de soldados; incluso no veo en la prensa que esta consigna se haya propuesto a las masas; c) el gobierno republicano dirige desde el principio la represión contra el ala izquierda del proletariado, lo que no se produjo en nuestro país en febrero, porque las bayonetas estaban en disposición de obreros y soldados y no en manos del gobierno liberal.

Este último punto tiene una importancia enorme para nuestra agitación. El régimen de febrero realizó de entrada, en el terreno político, una democracia completa y, en su género, casi absoluta. La burguesía no se mantenía más que por su crédito en las masas obreras y en el ejército. En vuestro país la burguesía no se apoya sólo en la

4. El «mimetismo» denunciado aquí por Trotsky es, según él, una de las características del centrismo. La alusión al Kuomintang recuerda al período precedente, durante el cual, la adaptación de los comunistas chinos al Kuomintang llevó a la victoria de Chiang-Kai-shek (1927). Trotsky lanzará algo más tarde contra el Bloc de Maurín la acusación de «Kuomintangismo».

confianza, sino también en la violencia organizada que ha heredado del antiguo régimen. No tenéis las plenas libertades de reunión, de palabra, de prensa, etc. Las bases electorales de vuestros nuevos municipios distan mucho del verdadero espíritu democrático. Ahora bien, en una época revolucionaria, las masas son particularmente sensibles a toda desigualdad de derecho y a las medidas policíacas de cualquier género. Dicho de otra forma, es indispensable que los comunistas se manifiesten por el momento como el partido democrático más consecuente, más resuelto y más intransigente.

Por otra parte es necesario ocuparse inmediatamente de construir soviets obreros. A este respecto, la lucha por la democracia es un excelente punto de partida. *Ellos* tienen sus ayuntamientos, *nosotros* los obreros, tenemos necesidad de nuestra junta local para defender nuestros derechos y nuestros intereses.

[...] En su segunda carta usted demuestra la necesidad de influenciar en la Federación Catalana, amigablemente y con tacto. Estoy totalmente de acuerdo (...) pero no puedo dejar de señalar desde aquí, lejos, el segundo aspecto de la cuestión. Hace dos o tres meses usted pensaba que podía conquistar esta organización sin dificultad; elaboró las tesis con Maurín, etc.; poco después evidenció que la Federación encontraría inoportuna la entrada en sus filas, a causa de sus equívocas relaciones con la I.C. Desde mi punto de vista este hecho es un argumento en contra de toda tentativa de influenciar en la Federación sólo de manera personal, individual, pedagógica, al margen de una fracción de izquierda organizada, que agita su bandera desplegada por todas partes. ¿Trabajar en el seno de la Federación? Sí. ¿Trabajar con paciencia, amigablemente, sin temer los fracasos? Sí, sí, sí. Pero trabajando abiertamente, en tanto que opositor de izquierda, como bolchevique-leninista, que tiene su propia fracción y que exige para ella la libertad de crítica así como la libertad de exponer sus opiniones.]

22 de abril de 1931

[La información más importante entre las contenidas en vuestra carta es la referente a vuestra entrada en el comité central de la Federación Catalana y la redacción

del órgano diario de la Federación por usted. No hay ni que decir el significado que tiene esto.⁵ Sin embargo, las premisas políticas me resultan desgraciadamente poco claras. Hace pocas semanas usted me escribía que se veía obligado a romper con la Federación ya que sus dirigentes consideraban que su pertenencia a la oposición de izquierda era incompatible con su pertenencia a la Federación. Dicho de otra forma, sus dirigentes se han mostrado hostiles a nosotros, y han empleado los métodos y la fraseología de la burocracia estalinista.

Me desorienta su entrada a los puestos dirigentes de la Federación al cabo de algunas semanas. ¿Qué pasa en la Federación? ¿Sus dirigentes han cambiado de opinión? ¿Han cambiado su disposición de espíritu bajo la influencia del desorden republicano y del repentino ablandamiento de los corazones? ¿Han perdido la confianza de reconciliarse con la burocracia de la I.C.? ¿En qué condiciones ha entrado usted en la Federación? Espero impacientemente vuestra respuesta a todas estas cuestiones.

Usted escribió que estaba dispuesto a aprovechar su gira para organizar la fracción de izquierda. Desgraciadamente no hace mención a esto en su carta.

Ahora, sobre el aspecto político general de los hechos, la Federación Catalana, según creo yo, ni tiene, ni intenta tener una organización para toda España. Si esto es verdad, va hacia la derrota, conduciendo tras de sí al proletariado catalán. La fuerza de la oposición de izquierda en España podría y debería consistir en elevar todas las cuestiones a una altura histórica, no dejando que grupos aislados ni sectas destruyan la revolución por el provincialismo, el nacionalismo activo o pasivo, la miopía burocrática, etc. Se ha perdido demasiado tiempo en esto, y el tiempo es algo precioso en la revolución. Otra pérdida de tiempo sería un crimen. Los comunistas españoles y usted personalmente, querido amigo, tienen una gigantesca responsabilidad histórica. La Federación Catalana no es más que el terreno para adquirir influencia, no es una palanca segura. La Federación Catalana no tiene una base

5. El 16 de abril, Nin había escrito a Trosky: «La Federación Catalana ha pedido mi colaboración. No podía negarme, y heme aquí trabajando inmediatamente (en realidad en gran medida como dirigente) en el comité central de esta organización (...). Publicamos una hoja diaria, que redacto yo.»

sería ni una línea estratégica clara, se encuentra inmobilizada por numerosos prejuicios; sería incapaz de salir airoso de la prueba de la revolución, sufriendo una derrota al primer revés. Un núcleo marxista pequeño, pero firme, con una idea clara de lo que quiere, puede salvar no sólo a la Federación Catalana, sino a la revolución española. Una sola condición: este pequeño grupo debe marcar con su propio programa, un programa claro, y bajo su propia bandera.

Le ruego que me responda detalladamente y lo más rápido posible a todas estas cuestiones, pues según mi punto de vista, tiene una importancia decisiva.]

POR LA UNIDAD COMUNISTA EN ESPAÑA¹

(Carta al buró político del P.C. de la U.R.S.S.)

24 de abril de 1931

El destino de la revolución española depende completamente de saber si en los próximos meses podrá crearse un partido combativo y con autoridad en España. Esto es irrealizable con el sistema de escisiones artificiales impuestas desde fuera del movimiento. En 1917, el partido bolchevique reunió en torno a él,² a todas las corrientes que le estaban próximas. Respetando al detalle la unidad de sus filas y la disciplina en la acción, el partido dio al mismo tiempo lugar a una larga y fructuosa discusión sobre los problemas esenciales de la revolución (Conferencia de marzo, Conferencia de abril, período anterior a octubre). ¿Hay otros caminos y otros medios que permitan a la vanguardia proletaria en España elaborar sus puntos de vista y convencerse firmemente de la justeza de sus

1. T. 8382. B. O., n.º 21-22, mayo-junio de 1931, p. 17. Esta carta al Buró Político del P.C. de la U.R.S.S., fechada el 24 de abril, fue enviada confidencialmente por Trotsky. En la perspectiva de la lucha por el «enderezamiento», si se quería convencer, nada debía ser descuidado, y una publicidad inmediata de este texto corría el riesgo de ser utilizada para rechazar las posiciones de Trotsky sin discutir las.

2. El partido bolchevique, conforme a los consejos de Lenin, sobre todo en las «Tesis de abril», había incorporado en sus filas a diferentes corrientes socialistas con las que había tenido divergencias hasta entonces, entre ellas la organización interrredial, con Trotsky y sus camaradas más próximos, Manuilsky, Antonov-Ovseenko, Ioffe, etc.

opiniones, lo cual le permitirá dirigir a las masas populares en el asalto definitivo?

Ya el hecho —lo cito sólo como ejemplo— de que en la situación actual, el partido oficial, se vea obligado a tratar a Andrés Nin como contrarrevolucionario, sólo puede llevar a una monstruosa confusión, sobre todo en las propias filas comunistas. El partido no podrá crecer en la confusión ideológica. El fracaso de la revolución española será inevitable si continuase la diseminación y la debilidad de los comunistas; desembocaría casi automáticamente en la instauración de un régimen *verdaderamente* fascista, al estilo de Mussolini. Es inútil decir cuales serían sus consecuencias para toda Europa y para la U.R.S.S. Por el contrario, el desarrollo favorable de la revolución española, en las condiciones de la crisis mundial, que está lejos de solucionarse, abriría grandiosas posibilidades.

Las profundas divergencias en una serie de problemas que conciernen a la U.R.S.S. y al movimiento obrero mundial no deben impedir que se haga una tentativa honesta de frente único en la arena de la revolución española. ¡No es demasiado tarde todavía! Hay que poner inmediatamente fin a la política de escisión artificial en España, aconsejando —precisamente aconsejando y no ordenando— a todas las organizaciones comunistas españolas que convoquen lo antes posible un congreso de unificación que garantizaría a todas las tendencias, con la condición de una disciplina obligatoria en la acción, al menos la libertad de crítica que gozaban en 1917 las diferentes corrientes del bolchevismo ruso, que tenían una experiencia y un temple incomparablemente mayor al del comunismo español.³

No cabe duda que si el partido español oficial com-

3. Trotsky retoma aquí la proposición que ya había hecho a Andrés Nin en su carta del 31 de enero de 1930, discutida entre varios dirigentes obreros en la prisión de Barcelona y que después sería adoptada por la Federación Comunista Catalano-Balear de J. Maurín. No se trata de una proposición abstracta. La mayoría de los comunistas organizados, se pronunciaban en esta época por un «congreso de unificación» que no llegaría a celebrarse. La dirección del P.C.E. y la Federación Catalana, cada una en su medida, contribuyeron a impedirlo.

prendiera la desproporción entre su debilidad⁴ y la importancia de las tareas e hiciese una tentativa seria de unificar las filas comunistas, encontraría el apoyo completo por parte de los comunistas revolucionarios que actualmente están organizados de forma separada, por causas que os son conocidas y que tienen como origen, en sus nueve décimas partes, condiciones exteriores a la revolución española.

Para no crear dificultades exteriores hago esta proposición, no en la prensa, sino por carta.⁵ La marcha de los acontecimientos en España confirmará cada día la necesidad de la unidad de las filas comunistas. Tomar la responsabilidad de la escisión, en estas condiciones, significará tomar una responsabilidad histórica formidable.

4. Historiadores de todas las tendencias están hoy de acuerdo en aceptar las cifras oficiales del partido: 800 militantes del P.C. en toda España.

5. Esta carta, no contestada, fue hecha pública el 12 de junio de 1931 y publicada en el n.º 3 de *Comunismo*, el 1.º de agosto de 1931.

LA CUESTIÓN CATALANA¹

(Extracto de cartas a Nin y a Lacroix)

23 de abril de 1931 (a Nin)

(...) La Federación Catalana debe esforzarse por unirse a la organización comunista pan-española. Cataluña es una vanguardia, pero si esta vanguardia no marcha al mismo paso que el proletariado y, más tarde, que los campesinos de toda España, el movimiento catalán, a lo más terminará como un episodio grandioso, al estilo de la Commune de París. La posición especial de Cataluña puede provocar semejantes resultados. El conflicto nacional puede agravarse de tal manera que la explosión catalana se produzca mucho antes de que España, en su conjunto, esté madura para una segunda revolución. Sería una grandísima desgracia histórica, si el proletariado catalán, cediendo a la efervescencia, a la fermentación del sentimiento nacional, se dejase arrastrar en una lucha decisiva antes de haber podido ligarse estrechamente a toda la España proletaria. La fuerza de la Oposición de izquierda, tanto en Barcelona como en Madrid, podría y debería elevar todas estas cuestiones a un nivel histórico (...).

17 de mayo de 1931 (a los camaradas de Madrid)²

(...) Hablemos de eso que se suele llamar el naciona-

1. El temor de Trotsky de una desviación «catalanista» por parte de Nin, se acrecienta por la falta de organización de la Oposición en Cataluña.

2. En esta época, los responsables madrileños eran Francisco García Lavid (Lacroix) y Juan Andrade.

lismo de la Federación Catalana. Es una cuestión muy importante, muy grave. Los errores cometidos sobre esta cuestión pueden tener consecuencias fatales.

La revolución ha hecho despertar en España, todas las cuestiones, más poderosamente que nunca, y entre ellas la de las nacionalidades. Las tendencias y las ilusiones nacionales están representadas fundamentalmente por los intelectuales pequeño burgueses, que se esfuerzan por encontrar entre los campesinos un apoyo contra el carácter desnacionalizador del gran capital y contra la burocracia del estado. El papel dirigente —en la actual fase— de la pequeña burguesía en el seno del movimiento de emancipación nacional, como en general en todo el movimiento democrático revolucionario, introduce inevitablemente prejuicios de toda clase. Procedentes de ese medio, las ilusiones nacionales se filtran también entre los obreros. Esta es, seguramente, en su conjunto, la situación de Cataluña, y quizá hasta cierto punto de la Federación Catalana. Pero lo que acabo de decir no disminuye en nada el carácter *progresista, revolucionario-democrático* de la lucha nacional catalana contra el imperialismo burgués, la soberanía española y el centralismo burocrático.

No se puede perder de vista ni por un momento que España entera y Cataluña, como parte constituyente de ese país, actualmente, están gobernadas, no por nacionales demócratas catalanes, sino por burgueses imperialistas españoles, aliados a los grandes latifundistas, a los viejos burócratas y a los generales, con el apoyo de los socialistas nacionales. Toda esta cofradía tiene la intención de mantener, por una parte, la servidumbre de las colonias españolas, y, por otra, asegurar el máximo de centralización burocrática de la metrópoli; es decir, quiere el aplastamiento de los vascos, los catalanes y de las otras nacionalidades por la burguesía española. Dada la combinación presente de fuerzas de clase, el nacionalismo catalán es un factor revolucionario progresista en la fase actual. El nacionalismo español es un factor imperialista reaccionario. El comunista español que no comprenda esta distinción, que la ignore, que no la valore en primer plano, que, por el contrario, se esfuerce por minimizar su importancia, corre el peligro de convertirse en agente inconsciente de la burguesía española, y de estar perdido

para siempre para la causa de la revolución proletaria.³

¿Dónde está el peligro de las ilusiones nacionales pequeño burguesas? En que pueden dividir al proletariado español en sectores nacionales. El peligro es muy serio. Los comunistas españoles pueden combatirlo con éxito, pero de una sola manera: denunciando implacablemente las violencias cometidas por la burguesía de la nación soberana y ganando así la confianza del proletariado de las nacionalidades oprimidas. Una política distinta equivaldría a sostener al nacionalismo reaccionario de la burguesía imperialista que es dueña del país, en contra del nacionalismo revolucionario-democrático de la pequeña burguesía de una nacionalidad oprimida.

20 de mayo de 1931 (a Nin)

Me escribe usted que las mentiras de *l'Humanité* provocan indignación en Cataluña. Es fácil de imaginar. Sin embargo no es suficiente con indignarse. Es indispensable que la prensa de la Oposición trace sistemáticamente, el cuadro de lo que ocurre. Es una cuestión de una enorme importancia. Según la viva experiencia de la revolución española, es como debe hacerse la reeducación de los cuadros del comunismo internacional. Si llegasen de Madrid y Barcelona correspondencias minuciosamente ajustadas —no ya simples cartas—, serían documentos de una importancia primordial. Si esto falta, los estalinistas son capaces de crear en torno a la Federación Catalana una atmósfera de aislamiento y hostilidad, que, por sí sola, podría impulsar a los obreros catalanes por el camino de la aventura y de la catástrofe.

26 de mayo de 1931 (a Nin)

[...] Me siento obligado a señalar que, en sus cartas, usted prefiere informarme sobre acontecimientos que ya co-

3. Este temor al «Chauvinismo» español tenía una gran importancia, desde el punto de vista de Trotsky, ya que en las filas de la Oposición en Madrid, se había desarrollado una gran hostilidad no sólo a la Federación Catalana, sino también a la táctica de entrada preconizada por Nin.

nozco por los periódicos, esquivando los asuntos que tienen una importancia decisiva.⁴ Indudablemente no tengo derecho a exigirle información, aunque sea de respuestas breves, sobre todas las cuestiones que planteo, pero comprenda que esta correspondencia «diplomática» no puede satisfacerme. El resultado final de mis intervenciones para lograr una claridad elemental a través de esta correspondencia, ha sido que he llegado a la conclusión de que usted no desea esa claridad. ¿Por qué? Evidentemente se debe a que usted ha tomado una postura contradictoria, deja correr las cosas hasta que se resuelvan por ellas mismas. La experiencia y la teoría me dicen que este tipo de política tiene consecuencias fatales. (...)]

4. De hecho, las informaciones de Nin, generalmente contenían lagunas, a veces eran contradictorias en cuestiones que, desde el punto de vista de Trotsky, tenían una importancia decisiva. Hasta el 5 de febrero parecía haberse identificado con los dirigentes de la Federación Catalana; el 7 de marzo la adhesión le parecía imposible, y ya no hablaba más que de adhesión al Bloc; el 12 de abril se declara partidario de entrar en la Federación, pero le parecía imposible hacerlo antes de un mes; el 15 anunciaba su entrada en el comité central de la Federación, y el 29 de junio hablaba de rupturas... hasta el congreso de unificación.

LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA Y LOS PELIGROS QUE LA AMENAZAN¹

28 de mayo de 1931

La dirección de la Internacional Comunista frente a los acontecimientos en España.

La revolución española avanza. En el proceso de la lucha sus fuerzas internas crecen también. Pero al mismo tiempo crecen los peligros. Hablamos, no ya de los peligros que tienen su origen en las clases dominantes y sus servidores políticos republicanos y socialistas. Éstos son enemigos declarados; nuestra misión respecto a ellos es perfectamente clara. Pero también existen otros peligros internos.

Los obreros españoles miran confiados a la Unión So-

1. B. O., n.º 21-22, mayo-junio de 1931, pp. 2-17. Este nuevo folleto, fechado el 28 de mayo de 1931, es el complemento necesario del precedente: está enteramente dedicado a los «peligros internos» del movimiento revolucionario, es decir, a la política del P.C. español. Una semana antes, el Ejecutivo de la I.C. había dirigido una «carta abierta» a los comunistas españoles estableciendo sus tareas para el período. Trotsky no lo conocía. En esta carta les reprochaba sobre todo el no haber comprendido el carácter «democrático-burgués» de la revolución, y el papel dirigente del P.C.E. Instaba a los comunistas españoles a la formación de soviets aprovechando la resistencia que oponían los dirigentes socialistas y anarco-sindicalistas «para demostrar el carácter contrarrevolucionario del anarcosindicalismo y el reformismo español». Señalaba que «en ninguna circunstancia» el partido comunista debía firmar alianzas, «ni siquiera momentáneas» con ninguna otra fuerza política.

viética, hija de la Revolución de Octubre. Este estado de espíritu constituye un precioso capital para el comunismo. La defensa de la Unión Soviética es el deber de todo obrero revolucionario. Pero no se puede permitir que se abuse de la confianza de los obreros en la Revolución de Octubre para imponerles una política que se halla en contradicción total con todas las enseñanzas y experiencias de octubre.

Hay que hablar claramente. Hay que hablar de forma que lo aiga la vanguardia del proletariado español e internacional: *la revolución proletaria en España se halla amenazada por un peligro inmediato que viene de la dirección actual de la Internacional Comunista*. Toda revolución, incluso la más prometidora, puede ser aniquilada, como ha demostrado la experiencia alemana de 1923, y, de un modo aún más claro, la experiencia de la revolución China de 1925-1927. Tanto en uno como en otro caso, la causa inmediata del desastre fue una dirección errónea. Ahora le ha tocado el turno a España. Los dirigentes de la Internacional Comunista no han aprendido nada de sus errores. Peor aún, para disimularlos, están obligados a justificarlos y a agravarlos. En todo lo que depende de ellos, preparan a la revolución española la misma suerte que a la revolución china.

Durante dos años se ha estado desorientando a los obreros avanzados con esa desdichada teoría del «tercer período», que ha debilitado y desmoralizado a la Internacional Comunista. Al final, la dirección se batió en retirada. Pero, ¿cuándo? Precisamente cuando la crisis mundial indicaba un cambio radical en la situación y hacía aparecer las primeras posibilidades de una ofensiva revolucionaria. Mientras tanto, la I.C. ni siquiera se daba cuenta de lo que pasaba en España. Manuilsky declaraba —¡y Manuilsky desempeña hoy las funciones de jefe de la I.C.!— que los acontecimientos de España no merecían ninguna atención.² En nuestro estudio sobre la revolución española, escrito antes de los acontecimientos de abril,³ estimábamos que la burguesía, adornándose con todos los matices del republicanismo, intentaría salvar hasta el último instante su alianza con la monarquía. «Es cierto

2. Cf. anteriormente.

3. «La revolución española y las tareas de los comunistas», cf. anteriormente.

—decíamos— que no se puede excluir la idea de un concurso de circunstancias en las que las clases poseedoras se viesen obligadas a sacrificar a la propia monarquía para salvarse ellas mismas (ejemplo: Alemania).» Estas líneas sirvieron como pretexto a los estalinistas —naturalmente después de los acontecimientos— para hablar de un pronóstico falso.* Gentes que nunca han previsto nada, exigen a los demás, no pronósticos marxistas, sino previsiones teosóficas, para saber el día en que se producirán los acontecimientos y el giro que tomarán; es así como los enfermos ignorantes y supersticiosos exigen milagros de la medicina. Un pronóstico marxista tiene por objeto ayudar a orientar la opinión sobre la dirección general de los hechos y a ver claro en sus desarrollos «inesperados». Que la burguesía española se haya decidido a prescindir de la monarquía puede ser explicado por dos razones igualmente importantes. El impetuoso desbordamiento de la cólera de las masas, impuso a la burguesía la tentativa de hacer servir a Alfonso, odiado por todo el pueblo, de chivo expiatorio. Pero esta maniobra, que incluía serios riesgos, le ha sido posible de realizar a la burguesía gracias a la confianza de las masas en los republicanos y socialistas y porque en este cambio de régimen no había que contar con el peligro comunista. Por consiguiente, la variante histórica que se ha llevado a cabo en España es, por una parte, resultado de la presión popular y, de la otra, de la debilidad de la I.C. Lo primero que hay que hacer es constatar estos hechos. Una regla general de la táctica debe ser: Si quieres ser fuerte, no empieces exagerando tus fuerzas; pero esta regla no cuenta para los epígonos burocratas. Si en la víspera de los acontecimientos Manuilsky declaraba que no ocurría nada serio, al día siguiente del cambio de régimen, el incomparable Peri, encargado de proporcionar falsas informaciones sobre los países latinos, empezó a mandar telegrama tras telegrama, diciendo que el proletariado español apoyaba casi exclusivamente al partido comunista y que los campesinos españoles creaban soviets.⁴

* Los que más empeño ponen en esto son los estalinistas norteamericanos. Es difícil imaginar hasta dónde llega la vulgaridad y la estupidez de los funcionarios pagados, para decir tales tontes sin estar controlados por nadie. (Nota de Trotsky.)

4. El dirigente comunista francés, Gabriel Péri, enviado especial a España durante algunas semanas, se distinguió por el tono y el

Pravda publicaba estas estupideces completándolas con otras que hablaban de que los «trotskystas» iban a remolque del gobierno de Alcalá Zamora, cuando la verdad es que éste metía y mete a los comunistas de izquierda en la cárcel...⁵ En fin, el 14 de mayo, *Pravda* publicaba un editorial-programa titulado «España en llamas» donde se encuentran condensadas, en las declaraciones que se aplican a la revolución española, todas las aberraciones y errores de los epígonos.

¿Cómo actuar ante las Cortes?

Pravda intenta partir de la indiscutible verdad de que la propaganda por sí misma es insuficiente: «El partido comunista debe decir a las masas lo que deben hacer hoy». ¿Qué propone *Pravda* en este sentido? Agrupar a los obreros «para el desarme de la reacción, para el armamento del proletariado, para la elección de los comités de fábrica, para imponer por la acción directa la jornada de siete horas, etc., etc.», así se dice textualmente. Las consignas enumeradas son indiscutibles aunque se den sin ninguna conexión interna, carentes de la lógica consecuente que reclama el desarrollo de las masas. Pero lo más sorprendente es que el artículo de *Pravda* no menciona para nada la cuestión de las elecciones a Cortes, como si este acontecimiento político en la vida de la nación española no existiese, o como si a los obreros no les debiera importar esto. ¿Qué significado tiene este silencio?

Aparentemente la revolución republicana tuvo lugar a través de las elecciones municipales.⁶ Entiéndase bien, las

contenido de los despachos que enviaba a *l'Humanité* y a *Pravda*. Entresacamos de esta última las afirmaciones siguientes: el 1.º de abril: «Según las informaciones de Londres, han sido creados soviets revolucionarios en Barcelona. Las organizaciones revolucionarias han decretado la huelga general», y el 23 de abril: «La creación de soviets obreros y campesinos en Barcelona y en el norte de España, a pesar de haber sido disueltos por el gobierno, ejercerán una enorme influencia en el desarrollo de la revolución española.»

5. El 15 de mayo, 17 militantes comunistas de la Oposición fueron arrestados en el local de la agrupación comunista en Madrid, el *bar internacional*.

6. Efectivamente, los republicanos habían obtenido un éxito relativo en las elecciones municipales, que provocaron la marcha del rey, a pesar de que los monárquicos en el poder las habían preparado cuidadosamente.

causas de la caída del régimen eran mucho más profundas, ya habíamos hablado de ellas mucho antes de la caída del ministerio Berenguer. Pero la liquidación de la monarquía por procedimientos «parlamentarios» se ha llevado a cabo íntegramente en beneficio de los republicanos burgueses y de la democracia pequeño-burguesa. Actualmente en España hay muchos obreros que piensan que las cuestiones fundamentales de la vida social pueden resolverse con la ayuda de la papeleta electoral. Estas ilusiones no pueden ser destruidas más que por la vía de la experiencia. Pero hay que saber facilitar ésta. ¿Cómo? ¿Volviendo la espalda a las Cortes, o al contrario, participando en las elecciones? Por lo menos hay que dar una respuesta.

Además del Editorial anteriormente citado, el mismo periódico publica un artículo «teórico» (núms. del 7 y 10 de mayo) que pretende dar un análisis marxista de las fuerzas internas de la revolución española, así como una definición bolchevique de su estrategia. En este artículo no se mencionan ni una sola vez a las Cortes. ¿Hay que boicotear las elecciones sobre las consignas y los fines de la democracia política, a pesar de que califica a la revolución como democrática? ¿Qué significa este silencio? Se puede *participar* en las elecciones, se puede *boicotearlas*, pero lo que no se puede hacer es *callarse*.

Con respecto a las cortes de Berenguer, la táctica del boicot era justa.⁷ Se veía claramente que, o bien Alfonso conseguir adoptar por un cierto período el camino de la dictadura militar, o bien el movimiento desbordaría a Berenguer y a sus Cortes. En estas condiciones los comunistas debían tomar la iniciativa del boicot. Esto es precisamente lo que nosotros hemos intentado hacer comprender, con la ayuda de nuestros escasos recursos.* Si los comunistas españoles se hubieran pronunciado por el boicot a tiempo y de una manera firme, difundiendo por el país panfletos, incluso muy cortos, sobre el particular, su influencia, en el momento de la caída del gobierno Berenguer, hubiera aumentado considerablemente. Los

7. Cf. más arriba «La crisis revolucionaria madura».

* La oposición de izquierda no posee prensa diaria. Nos vemos obligados a exponer en cartas privadas ideas que deberían expresarse en artículos diarios. Como apéndice a este estudio, ofrecemos extractos de nuestras cartas artículos, en orden cronológico. (Nota de Trotsky.)

obreros avanzados se hubieran dicho: «esa gente es capaz de comprender las cosas». Desgraciadamente, los comunistas españoles, desorientados por la dirección de la Internacional Comunista, no llegaron a comprender la situación, e iban a participar en las elecciones, aunque sin convicción alguna. Los acontecimientos les desbordaron, y la primera victoria de la revolución no aumentó su influencia.

Actualmente es el gobierno Alcalá Zamora el que se encarga de convocar las elecciones a Cortes Constituyentes. ¿Hay algún motivo para pensar que la convocatoria de estas Cortes será impedida por una segunda revolución? De ninguna forma. Son perfectamente posibles poderosos movimientos de masas, pero estos movimientos sin programa, sin partido, sin dirección, no pueden conducir a una segunda revolución. La consigna del boicot, sería en la actualidad una consigna de autoaislamiento. Hay que tomar parte, lo más activa posible, en las elecciones.

El cretinismo parlamentario de los reformistas, y el cretinismo antiparlamentario de los anarquistas.

El cretinismo parlamentario es una enfermedad detestable, pero el cretinismo antiparlamentario no vale mucho más, como lo pone de manifiesto con claridad el destino de los anarcosindicalistas españoles. La revolución plantea con toda claridad los problemas políticos, y, *en su fase actual*, les da una forma parlamentaria. La atención de la clase obrera no puede dejar de estar centrada en las Cortes, y los anarcosindicalistas votarán «sigilosamente» por los socialistas e incluso por los republicanos. En España, menos que en cualquier otro sitio, no se puede luchar contra las ilusiones parlamentarias sin luchar contra la metafísica antiparlamentaria de los anarquistas.

En una serie de artículos y de cartas, hemos demostrado la importancia de las consignas democráticas en el desarrollo ulterior de la revolución española. La ayuda a los parados, la jornada de siete horas, la revolución agraria, la autonomía nacional, todas estas cuestiones vitales y profundas están ligadas, de una o de otra manera, en el espíritu de la gran mayoría de los obreros españoles, sin excluir a los anarco-sindicalistas, con las futuras Cortes. En el período de Berenguer era necesario boicotear las Cortes graciosamente concedidas por Alfonso, para

conseguir las *Cortes Constituyentes Revolucionarias*. La propaganda debía colocar en primer término la cuestión de los derechos electorales. Ni que decir tiene que la democracia soviética es incomparablemente superior a la burguesa. Pero los soviets no caen del cielo. Es preciso luchar para conseguirlos.

Hay personas en este mundo, que para colmo se llaman marxistas, que se permiten desprestigiar consignas tales como, por ejemplo, el sufragio universal directo y secreto, para los hombre y mujeres, a partir de los dieciocho años. Si los comunistas españoles hubieran lanzado esta consigna a tiempo, defendiéndola en artículos, discursos y manifiestos, habrían adquirido una popularidad enorme. Precisamente, a causa de que en España las masas populares están inclinadas a exagerar la fuerza creadora de las Cortes, es por lo que todo obrero consciente, todo campesino revolucionario, quiere participar en las elecciones. No nos solidarizamos ni un sólo instante con las ilusiones de las masas, debemos utilizarlo hasta el fin; *sivo* bajo esas ilusiones, debemos utilizarlo hasta el fin; de lo contrario no seríamos revolucionarios, sino despreciables pedantes. Aunque no sea más que porque la reducción de la edad electoral interesa vivamente a muchos millares de obreros, de obreras, de campesinos y campesinas. Y ¿a cuáles? A los jóvenes, a los activos, a los llamados a llevar a cabo la segunda revolución. Oponer estas jóvenes generaciones a los socialistas que se apoyan en los obreros de más edad, es un deber elemental e indiscutible de la vanguardia comunista.

Prosigamos. El Gobierno Zamora quiere hacer adoptar por las Cortes una Constitución que instituye dos Cámaras. Las masas revolucionarias, que acaban de derrocar a la monarquía y que están penetradas por una apasionada, aunque confusa, aspiración a la igualdad y la justicia, responderán con ardor a la agitación que lleven los comunistas contra una burguesía cuyas intenciones son imponer al pueblo el lastre de una «Cámara de pares». Esta cuestión, *de detalle*, puede tener, en la agitación, una enorme importancia; puede poner en grandes aprietos a los socialistas, abrir una brecha entre los socialistas y los republicanos, es decir, dividir, al menos por cierto tiempo, a los enemigos del proletariado y, lo que es mil veces más importante, separar a las masas obreras de los socialistas.

La reivindicación de las 7 horas lanzadas por *Pravda*

es completamente justa, extremadamente importante y urgente. ¿Pero se puede plantear esta reivindicación de forma abstracta, sin tener en cuenta la situación política y las tareas revolucionarias democráticas? *Pravda* habla únicamente de la jornada de 7 horas, de los comités de fábrica y del armamento de los obreros; ignora deliberadamente la «política» y en todos sus artículos no encuentra nada que decir sobre las elecciones a Cortes: así *Pravda* se acerca al anarcosindicalismo; lo alimenta, lo cubre. Sin embargo, el joven obrero, a quien los republicanos y los socialistas rehúsan el voto, aunque la legislación burguesa le considere suficientemente maduro para la explotación capitalista, o al que se pretende imponer una Cámara alta, se decidirá mañana a combatir contra tales ignominias dando la espalda a los anarquistas y empuñando los fusiles.

Lanzar la consigna de *armamento de los obreros* en contra de las realidades de la vida política que alcanzan en lo más profundo a las masas, es aislarse a sí mismo de las masas, y, al mismo tiempo, alejarlas del empleo de las armas.

La consigna de la *autodeterminación nacional* reviste actualmente en España una importancia primordial. Sin embargo esta consigna se plantea también hoy en el terreno democrático. Evidentemente, para nosotros no se trata de incitar a los catalanes y a los vascos a separarse de España, sino de luchar para que se les dé esa posibilidad, si expresan ellos mismos esta voluntad. Pero ¿cómo se puede saber si lo quieren? Muy sencillo, hay que organizar un plebiscito de las regiones interesadas, sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto. Actualmente no existe otro procedimiento. Más adelante, la cuestión nacional, lo mismo que las restantes cuestiones, serán reglamentadas por los soviets, los órganos de la dictadura del proletariado. Sin embargo, no se puede pedir a los obreros que constituyan soviets en cualquier momento. Lo único que podemos hacer es conducirlos hacia ellos. Mucho menos podemos imponer a todo un pueblo los soviets que el proletariado sólo va a crear en el porvenir. Pero hay que dar una respuesta a las cuestiones de hoy. El pasado mes de mayo, los municipios de Cataluña fueron llamados a elegir sus diputados para la elaboración de una constitución provisional, es decir, para decidir las relaciones de Cataluña con el resto de España. ¿Pueden

los obreros catalanes mostrarse indiferentes al hecho de que la democracia pequeño burguesa, que, como siempre, se somete al gran capital, intente resolver la suerte del proletariado catalán por medio de unas elecciones antidemocráticas? La consigna de la autodeterminación nacional, desprovista de las que la completan, separada de las restantes consignas que le dan un sentido concreto —las de la democracia política— es una fórmula vacía, o, lo que es mucho peor, una forma de engañar a la gente.

Durante un cierto tiempo, todas las cuestiones de la revolución española se reflejarán, de una o de otra manera, en el prisma parlamentario. Los campesinos esperarán ansiosamente la respuesta de las cortes a la *cuestión agraria*. ¿No es fácil de comprender la importancia que tendría en la actual situación un programa agrario comunista sostenido desde las Cortes? Para esto se necesitan dos condiciones: hay que tener un programa agrario y conquistar un puesto en la tribuna parlamentaria. Ya sabemos que no son precisamente las Cortes las que resolverán el problema de la tierra. Es necesaria la iniciativa audaz de las masas campesinas. Pero para tomar esta iniciativa, los comunistas tienen necesidad de tribuna de las Cortes para ligarse a las masas. De aquí nacerá una acción que desbordará con mucho a la de las Cortes. En esto consiste el sentido de la actitud revolucionaria dialéctica hacia el parlamentarismo.

¿Cómo se explica, entonces, el hecho de que la dirección de la Internacional Comunista se calle sobre esta cuestión? Únicamente porque es prisionera de su pasado. Los estalinistas rechazan ruidosamente la consigna de la Asamblea Constituyente para China. El VI Congreso estigmatizó como «oportunistas» las consignas de la democracia política para los países coloniales. El ejemplo español, país infinitamente más desarrollado que la China o la India, demuestra la inconsistencia de las decisiones del VI Congreso. Pero, los estalinistas están atados de pies y manos. Como no se atreven a incitar al boicot al parlamentarismo, sencillamente se callan. ¡Que perezca la revolución, pero que se salve la reputación de infalibilidad de los jefes.*

* El grupo italiano *Prometeo* (Bordiguista) niega globalmente todas las consignas democrático-revolucionarias para todos los países y todos los pueblos. Este doctrinarismo sectario, que coincide

¿Qué carácter tendrá la revolución en España?

Después del artículo teórico citado anteriormente, que parece expresamente escrito para embrollar los cerebros, después de varias tentativas por definir el carácter de clase de la revolución española, se dice textualmente: «Admitido todo esto (!), sería sin embargo (!) falso, caracterizar a la revolución española, desde la etapa actual, como una revolución socialista» (*Pravda*, 10 mayo). Basta con leer esta frase para apreciar todo el análisis. Veamos, se preguntará el lector, ¿es que hay alguien en el mundo capaz de imaginar, sin correr el riesgo de ser internado, que «la etapa actual, la revolución española puede ser socialista»? ¿De donde ha sacado *Pravda* la idea de semejante «delimitación» y además en términos tan suaves y convencionales?: «Admitido todo esto, sería sin embargo falso...». Todo esto se explica porque los epígonos han hallado, para su desgracia, una frase de Lenin sobre la «hipertrofia» de la revolución burguesa-democrática que se transforma en revolución socialista. Como no han comprendido a Lenin y han olvidado o deformado la experiencia de la revolución rusa, han puesto en la base de los errores oportunistas más groseros la idea de la «hipertrofia». No se trata, ni mucho menos —digámoslo inmediatamente— de una sutileza académica, sino de una cuestión de vida o muerte para la revolución proletaria. No hace aún mucho tiempo, los epígonos esperaban ver a la dictadura del Kuomintang encontrar su hipertrofia» en una dictadura obrera y campesina, que se transformaría en una dictadura del proletariado. Se imaginaban además —Stalin desarrollaba este tema con una profundidad especial— que de una de las alas de la revolución se irían desprendiendo los «elementos de derecha», mientras en la otra ala, se irían reforzando los «elementos de izquier-

prácticamente con el de los estalinistas, no tiene nada en común con los bolcheviques-leninistas. La oposición de izquierda internacional debe declinar todo asomo de responsabilidad por semejante infantilismo de extrema izquierda. Precisamente la experiencia actual de España demuestra que las consignas de la democracia política jugarán un papel de extrema importancia en el proceso de derrumbamiento de la dictadura fascista. Entrar en la revolución española o en la italiana con el programa de *Prometeo* es lo mismo que lanzarse al agua con las manos atadas: el nadador corre un riesgo muy considerable de ahogarse. (Nota de Trotsky.)

da». En esto debía consistir el proceso orgánico de la «hipertrofia». Por desgracia la magnífica teoría de Stalin-Martinov⁸ está enteramente basada en el desprecio más absoluto a la teoría de las clases de Marx. El carácter del régimen social, y por lo tanto de la revolución, está determinado por el carácter de la clase que detenta el poder. El poder no puede pasar de manos de una clase a otra más que por medio de un levantamiento revolucionario, pero nunca mediante una «hipertrofia» orgánica. Los epígonos pisotearon esta verdad elemental, primero en China, y ahora en España. Y vemos en *Pravda* a los sabios científicos, colocando el termómetro bajo el sobaco de Alcalá Zamora, mientras reflexionan, ¿se puede o no se puede reconocer que el proceso de «hipertrofia» ha conducido ya a la revolución española a su fase socialista? Y los sabios, rindamos justicia a su sabiduría, llegan a la siguiente conclusión: No; por ahora aún no se puede hablar de eso.

Después de habernos dado una apreciación sociológica tan precisa, *Pravda* se lanza ahora al terreno de los pronósticos y de las directrices. «En España, dice, la revolución socialista no puede ser la finalidad inmediata. La finalidad inmediata (¡) consiste en la revolución obrera y campesina contra la burguesía y los terratenientes.» Es indudable que la revolución socialista no es la «finalidad inmediata» en España. Sin embargo, sería mejor y más exacto decir que la *insurrección armada con el objetivo de la toma del poder por el proletariado no es en España la «finalidad inmediata»*. ¿Por qué? Porque la vanguardia, diseminada, del proletariado no arrastra aún tras de sí a las masas campesinas oprimidas. En estas condiciones, la lucha por el poder es aventurerismo. Pero, ¿qué significa en este caso la frase complementaria: «la finalidad inmediata es la revolución obrera y campesina contra la burguesía y los terratenientes»? ¿Es decir, que entre el régimen republicano burgués y la dictadura del proletariado,

8. Piker, llamado Martinov, antiguo teórico de los socialdemócratas «economistas» en su polémica contra Lenin a principios de siglo, menchevique, se unió a los bolcheviques al acabar la guerra civil. En 1926-27 fue el teórico de la Internacional Comunista partidario de la alianza con el Kuomintang, en nombre de la teoría de la revolución por etapas retomada por Stalin y Bujarin. Fue uno de los mayores adversarios de la teoría de la «revolución permanente».

hay una revolución *especial* «obrera y campesina»? Contrariamente a lo que puede ser la revolución socialista es actualmente en España una tarea inmediata? ¿Está, pues, a la orden del día una nueva revolución? ¿Por la insurrección armada o por otro medio? ¿En qué se distinguirá la revolución «obrera y campesina», «contra la burguesía y los terratenientes», de la revolución proletaria? ¿Qué combinación de fuerzas de clase tendrá como base? ¿Qué partido dirigirá la primera revolución en oposición a la segunda? ¿En qué consiste la diferencia de programas y métodos entre las dos revoluciones? Buscaremos en vano una respuesta a estas preguntas. Las ideas han sido escondidas y embarulladas, disimulándolas bajo el vocablo de hipertrofia. A pesar de todas sus reservas y contradicciones, esta gente sueña con un tránsito evolutivo de la revolución burguesa a la socialista por medio de una serie de etapas orgánicas presentadas bajo distintos seudónimos: Kuomintang, «dictadura democrática», «revolución obrera y campesina», «revolución popular». En todo este proceso, el motivo esencial, el de una clase arrancando el poder a la otra, es disuelto de forma sutil.

El problema de la revolución permanente.

La revolución proletaria, claro está, es al mismo tiempo revolución campesina, pero en las condiciones actuales, plantear la revolución campesina desvinculada de la proletaria, es un absurdo total. Podemos decir a los campesinos, con pleno derecho, que nuestro fin es una república obrera y campesina, de la misma manera que después del levantamiento de Octubre hemos dado el nombre de «gobierno obrero y campesino» al gobierno de la dictadura del proletariado. Pero no oponemos la revolución obrera y campesina a la proletaria, sino que, por el contrario, las identificamos. Esta es la única manera correcta de plantear la cuestión.

Aquí, nos encontramos de lleno con el problema de la llamada «revolución permanente». En su lucha contra esta teoría, los epígonos han llegado a la ruptura completa con el punto de vista de clase. Ciertamente, después de la experiencia del «Bloque de las cuatro clases» en China, se han vuelto más prudentes. Pero a causa de esto se han embrollado aún más e intentan embrollar a los demás.

Afortunadamente, gracias a los acontecimientos, este

problema ha dejado de ser dominio exclusivo de los sabios profesores de la revolución, que trabajan sobre los textos antiguos. No se trata de recuerdos históricos, ni de seleccionar citas; se trata de una nueva experiencia histórica, grandiosa, que se está desarrollando ante nuestros propios ojos. Hay dos puntos de vista confrontados en el campo de la lucha revolucionaria.

Los acontecimientos tienen la última palabra. No se puede escapar a su control. El comunista español que no se dé cuenta a tiempo de lo esencial de las cuestiones ligadas a la lucha contra el «trotskismo», se encontrará desarmado teóricamente ante los problemas fundamentales de la revolución española.

¿En qué consiste la «hipertrofia» de la revolución?

Sí, Lenin emitió en 1905, a modo de hipótesis, la fórmula de una «dictadura democrática del proletariado y del campesinado». Si existía algún país en donde cabría esperar una revolución agraria espontánea anterior a la toma del poder por el proletariado, ese país era precisamente Rusia, donde el problema agrario dominaba toda la vida nacional, donde los movimientos revolucionarios campesinos tenían una tradición de décadas, donde existía un partido campesino revolucionario independiente con gran influencia entre las masas. Sin embargo, ni siquiera en Rusia hubo espacio para una revolución intermedia entre la burguesa y la proletaria. En abril de 1917, Lenin no dejaba de advertir, refiriéndose a Stalin, Kamenov y otros que se aferraban a la vieja consigna de 1905: «No hay, ni habrá otra «dictadura democrática» que la de Milioukov-Tseretelli-Chernov, la *dictadura democrática* es, por sí misma esencia, la *dictadura de la burguesía sobre el proletariado*; sólo la dictadura del proletariado puede suceder a la «dictadura democrática». Los inventores de fórmulas intermedias son visionarios o charlatanes. He aquí la conclusión que sacaba Lenin de la experiencia viva de las revoluciones de febrero y octubre. Nosotros nos mantenemos íntegramente sobre la base de esta experiencia y estas conclusiones.

¿Entonces, qué significa para Lenin la «hipertrofia» de la revolución democrática que se transforma en socialista? Desde luego nada parecido a lo que ven los epígo-

nos y los pensadores pertenecientes al grupo de los profesores rojos.

Es preciso darse cuenta que la dictadura del proletariado no coincide ni mucho menos de una manera mecánica con el concepto de revolución socialista. La conquista del poder por la clase obrera tiene lugar en un contexto nacional determinado, en un periodo determinado y para la solución de determinadas tareas. En las naciones atrasadas, algunas de estas tareas inmediatas tienen un carácter democrático: emancipación nacional ante la esclavitud imperialista y revolución agraria, como en China; revolución agraria y emancipación de las nacionalidades oprimidas, como en Rusia. Actualmente en España podemos observar lo mismo, aunque con otra disposición. Lenin incluso, solía decir que en octubre de 1917, el proletariado había llegado al poder como *agente de la revolución democrático-burguesa*. El proletariado victorioso comenzó por la solución de los problemas democráticos y, poco a poco, mediante la propia lógica de su poder, llegó a enfocar los problemas del socialismo. Sólo doce años después de su acceso al poder se ocupó del problema de la colectivización de la economía agraria. A esto es a lo que Lenin llamaba «transformación» de la revolución democrático-burguesa en socialista. No es el poder burgués el que se transforma en «obrero-campesino» y luego en proletario; el poder de una clase no se «transforma» en poder de otra, sino que se arrebató con las armas en la mano. Sin embargo, después que la clase obrera ha tomado el poder, los fines democráticos de su régimen se transforman inevitablemente en socialistas. El tránsito orgánico, por evolución, de la democracia al socialismo, sólo puede darse bajo la dictadura del proletariado. Esta es la idea central de Lenin. Los epígonos han deformado, embrollado, falsificado todo esto y hoy envenenan con sus ideas erróneas la conciencia del proletariado internacional.

Dos variantes: oportunismo y aventurerismo.

No se trata —repitémoslo nuevamente— de sutilezas académicas, sino de cuestiones vitales de la estrategia revolucionaria del proletariado. No es cierto que la «revolución obrera y campesina» esté a la orden del día en España. No es cierto que haya llegado el momento de

emprender una nueva revolución, es decir una lucha inmediata por la conquista del poder. No, lo que está a la orden del día es la lucha por la conquista de las masas, para librarlas de sus ilusiones republicanas y de su confianza en los socialistas, a fin de agruparlas en torno a un movimiento revolucionario. La segunda revolución llegará, pero será la revolución del proletariado llevando tras de sí a los campesinos pobres. Entre el régimen burgués y la dictadura del proletariado no habrá lugar para ninguna especie de «revolución obrero-campesina» comprendida en un sentido particular. Pensar en una revolución de este tipo, adoptando la política a la misma, significa «kuomintangizar» al proletariado, es decir, arruinar la revolución.

Las fórmulas confusionistas de *Pravda* conducen por dos vías, experimentadas en China hasta sus últimas consecuencias: la vía oportunista y la vía aventurerista. Si hoy *Pravda* no se decide a «caracterizar» la revolución española como obrera y campesina, quién sabe si no lo hará mañana, cuando Zamora-Chiang-Kai-check sea reemplazado por el «fiel» Wang-Ying-Wei, en este caso el izquierdista Lerroux. ¿No dirán entonces los sabios profesores —los Martinov, los Kuusinen y Cía⁹— que nos hallamos en presencia de una república obrera y campesina que hay que «sostener en tanto que...» (fórmula de Stalin en marzo de 1917) o «sostenerla enteramente» (fórmula del mismo Stalin respecto al Kuomintang en 1925-1927.)?

Pero hay también una posibilidad aventurerista, que responde quizá mejor al espíritu del centrismo actual. El editorial de *Pravda* dice que las masas españolas «empiezan a dirigir sus golpes contra el gobierno» ¿Es que el partido comunista español puede lanzar la consigna de derrumbamiento del gobierno actual, como una *tarea inmediata*? En la sabia incursión de *Pravda* se dice, como hemos visto, que la revolución actual es obrera y campesina. Si se entiende esta fórmula, no en el sentido de

9. En China, después de la salida de Chiang-Kai-Check, los teóricos de la Internacional Comunista habían reconocido la nueva «dirección» de la revolución china en uno de sus enemigos, Wang-Ying-Wei, jefe del «Kuomintang de izquierda» el cual seguiría el ejemplo de su predecesor pocos meses después. Lerroux era el jefe del partido radical en España y Kuusinen un comunista finlandés, miembro de la dirección de la I.C. y de la fracción estalinista.

la «hipertrofia», sino en el de derrocamiento del poder, aparece ante nosotros la variante del aventurerismo con plena claridad. El débil partido comunista puede decir en Madrid, como se dijo (o se mandó que se dijera) en Cantón en diciembre de 1927: «Evidentemente no estamos todavía maduros para una dictadura proletaria; pero como hoy se trata de un grado intermedio, de dictadura obrera y campesina, intentemos la insurrección aunque no sea más que con nuestras débiles fuerzas, y puede que saquemos algo de ello.» En efecto, no es difícil prever que cuando se constate el retraso criminal con que se ha obrado el primer año de la revolución española, los culpables de esta pérdida de tiempo empezarán a azotar a sus empleados «ejecutivos» y puede que les empujen a una aventura trágica, al estilo de la de Cantón.¹⁰

«Jornadas de julio» en perspectiva

¿Hasta qué punto es real este peligro? Es completamente real. Tiene sus raíces en las condiciones intrínsecas de la propia revolución, que dan un carácter particularmente siniestro a las reticencias y al confusionismo de los jefes.

La actual situación española puede traer consigo una nueva explosión de las masas que corresponda más o menos a los combates librados en 1917 en Petrogrado, y que han pasado a la historia como «las jornadas de julio», y que no condujeron al desastre de la revolución gracias a la justa política de los bolcheviques. Es indispensable insistir sobre esta cuestión candente para España.

Encontramos el prototipo de las «jornadas de julio» en todas las revoluciones, empezando por la Gran Revolución francesa, que tuvieron resultados desafortunados y a menudo catastróficos. Es una fase que puede ser prevista incluso en el mecanismo de la revolución burguesa, en la medida que la clase que más se sacrifica para el éxito de la revolución y que más espera de ella es la que

10. La insurrección de Cantón, en diciembre de 1927, teledirigida por la Internacional Comunista después de varios años de colaboración con el movimiento nacionalista-burgués, y en pleno período de reflujó del movimiento revolucionario, dio lugar a heroicos comunicados, aunque en realidad fue una sangrienta derrota.

menos beneficios obtiene. La legitimidad de este proceso es completamente clara. La clase poseedora, después de haber accedido al poder por la revolución, tiende a creer que ya ha realizado íntegramente su misión, y de lo que más se preocupa es de demostrar sus buenas intenciones a los reaccionarios. La burguesía «revolucionaria» provoca la indignación de las masas populares al tomar las medidas que tienen por objeto conquistar la buena disposición de las clases derribadas. La desilusión de las masas se produce muy pronto, antes de que su vanguardia se haya enfriado de los combates anteriores. Los cabecillas del movimiento creen que dando un nuevo golpe, van a poder acabar o corregir lo que no han hecho antes con suficiente resolución. De ahí el afán de una nueva revolución, sin preparación, sin programa, sin tener en cuenta las reservas, sin reflexión de las consecuencias posibles. Por otra parte, la burguesía recién llegada al poder no hace más que vigilar el momento del empuje impetuoso desde abajo, para intentar acabar con el pueblo. Ésta es la base social y psicológica de esa semirevolución complementaria, que, más de una vez en la historia, ha sido el punto de partida de una contrarrevolución victoriosa.

En 1848, las «jornadas de julio», ocurrían en Francia en el mes de junio y tomaron un carácter incomparablemente más grandioso y más trágico que en Petrogrado en 1917. Las llamadas «jornadas de junio» del proletariado de París, habían nacido con una fuerza irresistible de la revolución de febrero. Los obreros de París, con los fusiles de febrero, no podían dejar de reaccionar ante las contradicciones existentes entre el programa pomposo y la miserable realidad, ante ese intolerable contraste, que repercutía cada día más en sus estómagos y en sus conciencias. Sin plan, sin dirección, sin programa, las «jornadas de julio» no eran más que un reflejo potente e inevitable del proletariado. Los obreros insurrectos fueron aplastados sin piedad. Fue así cómo los demócratas dejaron vía libre al bonapartismo.

La explosión de la Commune fue asimismo, con respecto al golpe de estado de setiembre de 1870, lo que habían sido las jornadas de junio respecto a la revolución de febrero de 1848. La insurrección del proletariado parisino, en marzo de 1831, carecía del más mínimo cálculo estratégico. Nació por la trágica combinación de las circunstancias, completada por una de esas provocaciones

de las que tan capaz es la burguesía francesa cuando el miedo excita su mala fe. Con la Commune de París, el reflejo de protesta del proletariado contra el engaño de la revolución burguesa, se elevó por primera vez al nivel de una revolución proletaria, pero para ser abatida inmediatamente.

Actualmente, la revolución incruenta, pacífica, gloriosa (la lista de estos epítetos es siempre la misma) que está produciéndose en España, prepara ante nuestros ojos, sus «jornadas de junio» si se toma el calendario francés, o sus «jornadas de julio» si se toma el ruso. El gobierno de Madrid, nadando entre frases que parecen tomadas directamente del ruso, promete amplias medidas contra el paro forzoso y contra la miseria de los agricultores, pero no se atreve a tocar ninguna de las viejas llagas sociales. Los socialistas de la coalición, ayudan a los republicanos a sabotear las tareas de la revolución. El jefe de Cataluña, que es la parte más industrializada y más revolucionaria de toda España, anuncia en sus sermones una sociedad donde no habrá ya ni naciones ni clases oprimidas, pero no hace absolutamente nada para ayudar al pueblo a librarse al menos de las antiguas cadenas más odiadas. Macià¹¹ se esconde tras el gobierno de Madrid, el cual, a su vez, se esconde detrás de la Asamblea Constituyente. ¡Como si la vida se detuviera esperando la reunión de esta Asamblea! ¡Y como si no fuera evidente que estas futuras cortes no serán más que una reproducción ampliada del bloque republicano-socialista, que no tiene más preocupación que la de que todo se quede como estaba! ¿Es difícil preveer el febril incremento de la indignación de los obreros y los campesinos? La desproporción entre la marcha de las masas en el camino de la revolución y la política de las nuevas clases dirigentes será el origen de este conflicto irreconciliable, que en su ulterior desarrollo arruinará la primera revolución, la de abril, o conducirá a la segunda.

Si el partido bolchevique se hubiese obstinado en calificar de «inoportuno» el movimiento que se produjo en Petrogrado en julio, si hubiera dado la espalda a las masas, esta semiinsurrección habría caído inevitablemente bajo la dirección fragmentada y no coordinada de los

11. El coronel Macià, jefe del movimiento catalanista, fue jefe del gobierno de la Generalidad catalana a partir de 1931.

anarquistas, aventureros, que no expresan sino por azar la revuelta de las masas; y bañándose en su sangre, se hubiera agotado en estériles convulsiones. Pero, si por el contrario, el partido, poniéndose a la cabeza del movimiento, hubiera renunciado a juzgar la situación en su conjunto y se hubiera dejado arrastrar por el camino de los combates decisivos, la insurrección, sin duda alguna, hubiera tomado una audaz amplitud; soldados y campesinos, bajo la dirección de los bolcheviques, en julio se hubiesen amparado durante algún tiempo del poder en Petrogrado: ¡no habrían conseguido con ello más que preparar el aplastamiento de la revolución! Sólo gracias a una dirección justa el partido bolchevique supo evitar los peligros fatales que se presentaban bajo estos dos aspectos: las jornadas de junio de 1848 o las que vivió la Comuna de París en 1871. El golpe asestado a las masas y al partido en julio de 1917 fue muy sensible, pero no fue decisivo. Las víctimas se contaron por decenas, pero no por decenas de miles. La clase obrera salió de la prueba sin haber sido decapitada su dirección, sin haber derramado demasiada sangre. Conservaba intactos sus cuadros militantes. Éstos habían aprendido mucho e iban, en octubre, a conducir al proletariado a la victoria.

Precisamente desde la perspectiva de las «jornadas de julio» aparece el extremado peligro de esta concepción ficticia de una revolución «transitoria», mitigada, que según se pretende se impondría por el instante en España.

La lucha por la conquista de las masas y de las juntas obreras

La oposición de izquierda tiene el deber de descubrir, de denunciar implacablemente y de desconsiderar para siempre, en la conciencia de la vanguardia proletaria, la fórmula de una particular «revolución obrera y campesina» que se distinguirá tanto de la revolución burguesa como de la revolución proletaria. ¡Comunistas de España, no creáis en esto! No es más que una ilusión y un engaño. Es un subterfugio diabólico por medio del cual se os pondría mañana la soga al cuello. ¡No lo creáis en absoluto, españoles pertenecientes a la vanguardia obrera! Meditad las lecciones de la revolución rusa y las que os han dado, por sus derrotas, los epígonos. La perspec-

tiva que se abre ante vosotros es la de una lucha por la *dictadura del proletariado*. Para llevar a cabo esta tarea, debéis reunir estrechamente alrededor vuestro a la clase obrera y levantar, en ayuda de esta clase, a millones de campesinos pobres. Es una tarea de gigantes. Sobre todos vosotros, comunistas de España, descansa la incalculable responsabilidad de la revolución. No cerréis los ojos sobre vuestra debilidad ni os forjéis ilusiones. La revolución no hace ningún caso de las frases. Pone todo a prueba, a la prueba de la sangre. Para derrocar la dominación de la burguesía no puede haber más que la dictadura del proletariado. No hay, no habrá, no puede haber revolución «transitoria», más «simple», más «económica», más accesible a vuestras fuerzas. La historia no imaginará para vosotros una dictadura intermediaria, una dictadura de segunda calidad, una dictadura con descuento. Cuando se os habla de esta dictadura, se os engaña. ¡Preparaos para la dictadura del proletariado, preparaos seriamente, obstinada, infatigablemente!

Sin embargo, la tarea inmediata de los comunistas españoles *no es conquistar el poder; es conquistar a las masas*; esta lucha, en el próximo período, va a desarrollarse sobre la base de la república burguesa y, en gran medida, sobre la base de consignas democráticas. Ante todo se impone la creación de juntas obreras, sin ninguna duda. Pero sería absurdo oponer las juntas a las consignas democráticas. La lucha emprendida contra los privilegios de la Iglesia, contra el poder abusivo de las órdenes religiosas y los conventos —lucha puramente democrática— provocó en mayo, en las masas, una efervescencia¹² que se hubiera podido aprovechar para la elección de diputados obreros; desgraciadamente, se dejó escapar la ocasión.

Las juntas, en la fase actual, se presentan como la forma organizada de un frente único proletario, tanto para las huelgas como para la expulsión de los jesuitas y para la participación en las elecciones a Cortes, para establecer el contacto con los soldados así como para apoyar al movimiento campesino. Solamente con unas

12. El 11 de mayo de 1931, a consecuencia de rumores concernientes a un complot monárquico, los manifestantes, en Madrid, y después en otras ciudades, acabaron incendiando iglesias y conventos.

Juntas, que engloben al núcleo fundamental del proletariado, es como los comunistas podrán asegurar su hegemonía entre la clase obrera, y, por consiguiente, en la revolución. Sólo a medida que la influencia de los Comunistas vaya aumentando en la clase obrera, se convertirán las juntas en órganos de la lucha por el poder. En una de las tapas ulteriores —aún no sabemos en cuál— las Juntas, como órganos del poder proletario, se verán enfrentadas a las instituciones democráticas de la burguesía. Sólo entonces habrá sonado la última hora de la democracia burguesa.

Cada vez que las masas son arrastradas a la lucha, sienten invariablemente —no pueden menos de sentirla— la necesidad aguda de una organización con autoridad que se eleve por encima de los partidos, de las fracciones y de las sectas, y que sea capaz de unir a todos los obreros en una acción común. Son precisamente las Juntas obreras electas las que deben presentar esta forma de organización. Hay que saber sugerir a las masas esta consigna en el momento oportuno, y momentos semejantes aparecen actualmente a cada instante. Pero si se opone la consigna de los soviets, comprendidos como órganos de la dictadura del proletariado a las realidades de la lucha actual, se coloca esta consigna, como algo sagrado, por encima de la historia, se la suspende como un icono por encima de la revolución; los devotos podrán posternarse ante la imagen santa; las masas revolucionarias no la seguirán jamás.

El problema del ritmo de la revolución española

Pero ¿aún queda tiempo para la aplicación de la táctica correcta?, ¿no es ya demasiado tarde?, ¿no se han dejado pasar todos los plazos?

Es extraordinariamente importante determinar exactamente los ritmos del desarrollo de la revolución, si no para fijar la línea estratégica general, sí para la definición de la táctica. Pues si la táctica es mala, la mejor de las estrategias puede conducir a la catástrofe. Naturalmente es imposible prever los ritmos de un largo período. El ritmo debe ser comprobado en el propio curso de la lucha, sirviéndose de los síntomas más variados. Además, en el propio curso de los acontecimientos, el

ritmo puede variar bruscamente. Pero, a pesar de todo hay que tener una perspectiva determinada, para poder hacer las modificaciones necesarias en base a las nuevas experiencias.

La Gran Revolución francesa, necesitó más de tres años para llegar a su clímax: la dictadura jacobina. La revolución rusa condujo en ocho meses a la dictadura de los bolcheviques. Vemos aquí una enorme diferencia de ritmos. Si los acontecimientos se hubiesen desarrollado en Francia más rápidamente, los jacobinos no hubieran tenido tiempo para formarse, pues no existían como partido en vísperas de la revolución. Por otra parte, si los jacobinos hubieran representado una fuerza ya en vísperas de la revolución, indudablemente los acontecimientos se habrían desarrollado con más rapidez. Este es uno de los factores que determinan el ritmo. Pero hay otros que probablemente sean más decisivos.

La revolución rusa de 1917 fue precedida por la de 1905, calificada por Lenin como ensayo general. Todos los elementos de la segunda y la tercera fueron preparados de antemano, de forma que las fuerzas que participaron en la lucha avanzaban por un camino conocido. Esto aceleró vertiginosamente el ascenso de la revolución hasta su punto culminante.

De todas formas hay que pensar que en 1917 el factor que más aceleró el ritmo fue la guerra. La cuestión agraria podía haber sido aplazada por espacio de algunos meses, incluso uno o dos años. Pero la muerte en las trincheras no permitía ningún tipo de aplazamiento. Los soldados decían: «¿Qué necesidad tengo de la tierra si muero?» La presión de una masa de doce millones de soldados fue un factor que contribuyó extraordinariamente a acelerar el ritmo de la revolución. Sin la guerra, a pesar del ensayo general de 1905 y de la existencia del partido bolchevique, el período preparatorio de la revolución, a pesar de nuestra intervención, habría durado más de ocho meses, incluso dos años o más.

Estas consideraciones generales son importantes para intentar prever el posible ritmo de los acontecimientos en la revolución española. La generación joven de este país no tiene experiencias revolucionarias, no ha podido presenciar un «ensayo general». El partido comunista español ha entrado en los acontecimientos en una situación de extrema debilidad. España no está en guerra, y

sus campesinos no se encuentran en las trincheras y los cuarteles por millones, ni se hallan bajo el peligro inmediato del exterminio. Todas estas circunstancias obligan a esperar un desarrollo más lento de los acontecimientos, y permiten, por consiguiente, esperar que el partido dispondrá de un plazo más largo para prepararse para la conquista del poder.

Sin embargo, hay ciertos factores que obran en el sentido contrario, y que son susceptibles de provocar tentativas prematuras hacia la batalla decisiva, que significarían la derrota de la revolución: el partido comunista es débil, la presión de las masas es más fuerte; las tradiciones anarco-sindicalistas actúan en el mismo sentido; finalmente, la orientación errónea de la Internacional Comunista abre las puertas a las más brutales manifestaciones del aventurerismo.

La conclusión de estas analogías históricas es clara: si la situación en España (ausencia de tradiciones revolucionarias recientes, debilidad del partido comunista y ausencia de una guerra) hace pensar que, seguramente, la dictadura del proletariado no *aparecerá normalmente*, sino más tarde que en Rusia. Por otra parte existen circunstancias que agravan el *peligro de abortar la revolución*. La debilidad del comunismo español, resultado de una política oficial errónea, hace a este último susceptible de asimilarse a las conclusiones más peligrosas de unas falsas directivas. Al débil no le gusta reconocer su propia debilidad, teme encontrarse retrasado, se enerva y corre demasiado. En particular, los comunistas españoles pueden temer las Cortes. En Rusia la Asamblea Constituyente, aplazada por la burguesía, se reunió después del desenlace definitivo, y fue disuelta sin esfuerzo. Las Cortes Constituyentes se reúnen en una fase menos avanzada de la revolución. Suponiendo que los comunistas acceden a las Cortes, no serán más que una minoría insignificante. De aquí puede nacer la idea de que hay que intentar derrocar lo antes posible a las Cortes, utilizando cualquier iniciativa de las masas populares. Ello sería lanzarse a la aventura; no se resolvería así el problema del poder; por el contrario, se haría retroceder bastante a la revolución, y es probable que se rompiera el cuello. El proletariado no podrá arrancar el poder a la burguesía más que si la mayoría de los obreros se entreguen apasionadamente a esta tarea y si los explotados, en el con-

junto de la población, tienen confianza, en su mayoría, en el proletariado.

En lo que concierne precisamente a las instituciones parlamentarias de la revolución, los camaradas españoles deben tener más en cuenta la Gran Revolución francesa que la experiencia rusa. La dictadura de los jacobinos fue precedida por tres asambleas parlamentarias. Fueron tres grados a través de los cuales las masas llegaron hasta la dictadura de los jacobinos. Es estúpido imaginar, cómo lo hacen los republicanos y los socialistas de Madrid, que las Cortes pondrán punto final a la revolución. No. Efectivamente, no pueden sino dar un nuevo impulso al movimiento revolucionario, asegurándole al mismo tiempo una evolución más regular. Esta perspectiva es de la mayor importancia para quien quiera orientarse en el curso de los acontecimientos y evitar los ataques de nervios y el espíritu aventurerista.

Por supuesto, no se trata, para los comunistas, de frenar la revolución. Mucho menos aún de mantenerse al margen de los movimientos y manifestaciones de masa en las ciudades y el campo. Tal política arruinaría al partido, cuya tarea no es aún más que conquistar la confianza de las masas revolucionarias. Únicamente colocándose a la cabeza de los obreros y de los soldados en lucha consiguieron los bolcheviques evitar, en julio, una catástrofe a las masas.

Si las condiciones objetivas y la mala fe de la burguesía hubieran impuesto al proletariado el combate decisivo en condiciones desfavorables, los comunistas, evidentemente, hubieran estado en las primeras filas de los combates. Un partido revolucionario debe preferir siempre exponerse a una derrota, junto con su clase, que permanecer predicando la moral al margen, y dejando a los obreros sin dirección, bajo las bayonetas de la burguesía. Un partido aplastado en la lucha encontrará refugio en el fondo del corazón de las masas, y, antes o después, podrá tomarse la revancha. Por el contrario, un partido que se separe de las masas en el momento de peligro, no renacerá jamás. Pero los comunistas españoles no se encuentran situados en esta trágica alternativa. Al contrario, hay muchos motivos para creer que la ignominiosa política de los socialistas en el poder y la lamentable desorientación del anarco-sindicalismo, llevarán cada vez más a los obreros hacia el comunismo, y que el

partido —si su política es correcta— dispondrá del tiempo necesario para prepararse y conducir al proletariado a la victoria.

Por la cohesión de las filas comunistas

Uno de los crímenes más perniciosos de la burocracia estalinista ha sido provocar sistemáticamente la escisión de las poco numerosas fuerzas comunistas en España, escisión que no tiene por consecuencia los acontecimientos de la propia revolución española, sino las directivas, de la burocracia estalinista sólo preocupada por salvaguardar sus propias posiciones. Todas las revoluciones conducen al proletariado hacia la extrema izquierda. En 1917, todas las tendencias, todos los grupos afines al bolchevismo, incluso los que antes lo habían combatido, se fusionaron con éste. El partido no sólo creció rápidamente, sino que tuvo una intensa vida interna. Desde abril hasta octubre, y después, durante la guerra civil, la lucha de tendencias y de grupos en el seno del partido alcanzó, en ciertos momentos, una virulencia extraordinaria. Pero no se produjeron escisiones, ni tan siquiera expulsiones individuales. La poderosa presión de las masas cohesionó al partido. La lucha interna fue educativa y le esclareció en su camino. A través de estos conflictos, todos los miembros del partido adquirieron confianza, se convencieron profundamente de la justeza de la política aplicada y de la seguridad de la dirección revolucionaria. Únicamente a través de esta convicción de los militantes bolcheviques de base, adquirida en la experiencia y en la lucha ideológica permitió a la dirección lanzar a todo el partido al combate en el momento oportuno. Y sólo la convicción profunda del partido en la corrección de su política inspira a las masas obreras la confianza en él. Grupos artificialmente formados a base de exigencias exteriores, la imposibilidad de mantener una lucha ideológica abierta y honesta, la calificación de enemigos a los que son amigos, la creación de leyendas que favorecen la escisión de las filas comunistas, estos son los obstáculos que paralizan actualmente al partido comunista español. Éste debe librarse de las tenazas burocráticas que lo condenan a la impotencia.

Hay que unir a las filas comunistas sobre la base de una discusión abierta y honesta. Hay que preparar un congreso de unificación del partido comunista español.

La situación se complica por el hecho de que no sólo la burocracia estalinista oficial en España, poco numerosa y débil, sino que también las organizaciones oposicionistas, formalmente fuera de la Internacional Comunista —la Federación Catalana y el grupo autónomo de Madrid—, carecen de un programa de acción claro y, lo que aún es peor, están contaminadas de los prejuicios que los epígonos del bolchevismo han sembrado durante estos últimos ocho años. Los oposicionistas catalanes no tienen la claridad necesaria sobre la cuestión de la «revolución obrera y campesina», de la «dictadura democrática», ni incluso del «partido obrero y campesino». El peligro se hace aún más grande. Si se tiene la intención de conseguir la unidad de las filas comunistas, es indispensable combatir la corrupción ideológica y las falsificaciones del estalinismo.

Esta es la tarea de la oposición de izquierda. Pero hay que decir la verdad: la oposición no se ha ocupado prácticamente de resolver estos problemas. Hay que decir que los camaradas españoles adheridos a la oposición de izquierda ni siquiera han fundado su propio órgano de prensa; esta omisión es imperdonable y la revolución no dejará esta falta impune.¹³ Sabemos las difíciles condiciones en las que se encuentran nuestros camaradas; persecuciones policíacas ininterrumpidas bajo Primo de Rivera, bajo Berenguer y bajo Alcalá Zamora. El camarada Lacroix, por ejemplo, sale de la cárcel para volver a entrar en ella.¹⁴ El aparato de la I.C., impotente en el terreno de la dirección revolucionaria, desarrolla una gran actividad en el de las persecuciones y las calumnias. Todo esto dificulta nuestro trabajo. Sin embargo, no debemos

13. Trotsky se decide aquí a hacer público el mayor de los reproches, que dirige incansablemente, en su correspondencia privada, a los dirigentes de la Oposición de izquierda española, llamando directamente a los militantes.

14. Francisco García Lavid (Henri Lacroix) encarcelado hacía diez meses, había sido liberado en abril de 1932; a la caída de la monarquía, formaba parte del grupo de militantes detenidos el 15 de mayo siguiente.

abandonar nuestras tareas. Es indispensable unir las fuerzas de la oposición de izquierda en todo el país, crear una revista y un boletín, agrupar a la juventud obrera, fundar círculos y luchar por una unidad de las filas comunistas sobre la base de una política marxista.

Kadikoy, 28 de mayo de 1931

LA SITUACIÓN EN CATALUÑA

(Extractos de cartas a Nin)

30 de mayo de 1931

[[...] Puede usted observar que al final de mi último trabajo sobre la revolución española, he llegado a reunir la cantidad considerable de cartas dirigidas a usted, suprimiendo todo lo que tenía un carácter personal o polémico, incluso amigable. Solamente he conservado las cuestiones principales y políticas.¹ (...)]

31 de mayo de 1931

[Desgraciadamente no puedo compartir las observaciones tranquilizantes que usted formula a propósito de la situación en España y sobre todo en Cataluña. Usted piensa que no hay por qué temer acontecimientos prematuros en Cataluña, teniendo en cuenta que los anarcosindicalistas, que son hegemónicos en el movimiento obrero, controlan con todas sus fuerzas a los obreros. Según usted, la Federación Catalana actúa de forma semejante.² En esta información sobre los anarcosindicalis-

1. Se trata de los textos publicados bajo el título «La revolución española día a día», en *La Verité, La lutte de classes y Comunismo*.

2. Nin escribía el 25 de mayo: «Usted expresa su temor relativo a una acción prematura en Cataluña (...). Toda la táctica de los anarcosindicalistas, que poseen la hegemonía del movimiento consiste en contener las acciones del proletariado. En cuanto a los comunistas de la Federación Catalana —la única a tener en cuenta

tas, que concuerda con la de la prensa burguesa, no veo nada tranquilizador; por el contrario, para mí es un motivo de inquietud.]

Por lo que veo, los anarcosindicalistas llevan una política conciliadora con respecto al detestable régimen del coronel Maciá,³ el comisario barcelonés de los imperialistas madrileños. Los dirigentes del anarcosindicalismo se han convertido en empleados subalternos y en verdaderos agentes del nacionalismo catalán de paz social.⁴ La Federación Catalana, a mi modo de ver, ha adoptado una política conciliadora respecto al anarcosindicalismo, lo que significa que la Federación reemplaza la política revolucionaria de frente único por la política oportunista de defensa y adulación de los anarcosindicalistas, y consiguientemente del régimen de Maciá. Precisamente en este hecho veo yo una de las fuentes de las explosiones que pueden, en determinada fase, adquirir un carácter peligroso. La tarea de los sindicatos no es contener a los obreros, sino todo lo contrario, movilizarlos y organizarlos para la lucha en todos los frentes: los sindicatos tienen la tarea fundamental de sublevar las regiones atrasadas de Cataluña y del resto de España. La labor de la Federación Catalana, no consiste en defender la política de la Confederación anarcosindicalista,⁵ sino en ejercer una crí-

aquí como fuerza comunista— tiene una concepción del movimiento muy acertada, exactamente igual a la nuestra y son decididos adversarios de toda política aventurerista y putchista.»

Efectivamente por estas fechas la dirección nacional de la C.N.T. estaba dominada por los elementos «revisionistas» o «neorreformistas» que acabarían constituyendo el grupo de los «trentistas», Peiró, Juan López, Ángel Pestaña, y que triunfaban aunque no por mucho tiempo, sobre sus adversarios de la F.A.I., en el congreso «del conservatorio» en junio, en Madrid.

3. El coronel Maciá se había erigido en cabecilla del separatismo catalán durante los años veinte. Proclamado presidente de Cataluña en abril se esforzó en negociar con Madrid un compromiso relativo al Estatuto de Autonomía, en Cataluña.

4. En agosto de 1931, en el referéndum, la regional de la C.N.T. dejaba votar en masa a sus afiliados y simpatizantes a favor del Estatuto de Autonomía, aprobado finalmente por 595.206 votos contra 3.286.

5. Nin en una carta a Trotsky del 25 de junio protestaba: La Federación Catalana, cuya política jamás he defendido, no practica una política de conciliación con los anarcosindicalistas». Sin embargo, algunos meses más tarde, el Bloque obrero y campesino tomaba postura a favor de un gobierno Peiró-Pestaña.

tica constante, paso a paso, denunciando ante los obreros su bloque tácito con la contrarrevolución pequeñoburguesa de Maciá.

Para que las advertencias contra los actos insensatos y prematuros⁶ no se transformen en una práctica menchevique de sofocamiento de la revolución, es necesario tener una línea estratégica clara, es necesario que los obreros avanzados comprendan perfectamente esta línea, a fin de poder explicarla incansablemente a las masas. Evidentemente, la Federación Catalana no tiene ninguna línea estratégica. Sus dirigentes no se atreven a reflexionar sobre los problemas fundamentales de la revolución, de lo contrario no tendrían ese miedo estúpido y pueril al «trotskismo», que expresa tan claramente todo el nivel de su pensamiento político. Solidarizarse con semejantes dirigentes, en lugar de oponerles una política seria y tenaz, incluso en el tono más amigable,⁷ significa encaminarse hacia trágicos errores. Pero he escrito bastante sobre este asunto, y no volveré sobre ello.]

29 de junio de 1931

[(...) Para conquistar el núcleo proletario de la Federación Catalana, es necesario crear un núcleo firme de la oposición de izquierda en Cataluña,⁸ así como las publicaciones correspondientes, por lo menos un boletín en catalán.] Hay que someter a Maurín a una crítica despiadada e incesante, que los acontecimientos confirmarán brillan-

6. De hecho los progresos de la F.A.I., que acababa de salir a la luz pública en el verano de 1931, iba a permitirle convertirse rápidamente en dueña de las organizaciones de la C.N.T., promoviendo, por medio de este intermediario, este tipo de acciones prematuras y putchistas que tanto temía Trotsky de los anarcosindicalistas. La primera acción de importancia sería la insurrección desencadenada el 18 de enero de 1932 en Figols.

7. A lo largo de toda su correspondencia, Nin insistía en la necesidad de emplear un tono «amigable» con la Federación. Su primer artículo contra Maurín finalizaba recordando la existencia entre ellos de una «vieja y sincera amistad» (*La vérité*, 15 de agosto de 1931).

8. Nin respondía el 7 de julio: «Hasta ahora no habíamos realizado aquí ningún trabajo sistemático y organizado (...). No se podía actuar de otra forma (...). Durante estos últimos tiempos ha funcionado una célula de la Oposición, sin haber sido creada oficialmente.»

temente.⁹ Dentro de poco, Maurín no será más que una figura cómica, con sus reflexiones provincianas, sus consignas rudimentarias y sus doctrinas gastadas. Lo importante es saber lo que va a suceder. La oposición de izquierda no podrá llegar a ser una fuerza dirigente en España sin serlo antes en Cataluña.

La segunda cuestión importante se refiere a los anarcosindicalistas. Es indispensable escribir un folleto contra el anarcosindicalismo y publicarlo no sólo en España sino también en otros países. ¿Ha leído usted los artículos de Monatte en los que expresa su esperanza de ver a los anarcosindicalistas españoles oponer al estado bolchevique, un estado «verdaderamente anarquista?»¹⁰ Toda la suerte del anarquismo mundial, o mejor dicho sus residuos esparcidos por la revolución rusa, está íntimamente unida a la suerte del anarcosindicalismo español. Teniendo en cuenta que el anarcosindicalismo va, en España, hacia la derrota más miserable y ridícula, está fuera de duda que la revolución española será la tumba del anarquismo. Pero hay que procurar por todos los medios que la tumba del anarcosindicalismo no sea también la tumba de la revolución española. Si Maurín es una cobertura temporal de los estalinistas, el anarcosindicalismo lo es para los socialistas y los republicanos, es decir, para la burguesía. De la misma forma que Maurín puede poner en manos de la burocracia centrista a los obreros avanzados catalanes, los anarcosindicalistas pueden poner toda la revolución en manos de la burguesía. La lucha teórica y práctica contra el anarcosindicalismo está a la orden del día. Es evidente que debe ser llevada sobre la base de la política del frente único de la unidad sindical, etc. Pero

9. Nin escribía a Trotsky el 13 de julio: «He escrito un artículo contra los errores de Maurín en el número tres de la revista. No se puede guardar silencio sobre este asunto sin poner en peligro al movimiento.» De hecho sólo en el n.º 4 de *Comunismo*, del mes de septiembre, aparecerá finalmente un artículo de Nin, fechado el 14 de agosto y titulado: «¿Adónde va el B.O.C. (*Bloc obrer i camperol*)?». Nin señalaba el hecho de que estaba influenciado por «la pequeña burguesía radical y los anarcosindicalistas» «las fuerzas que ejercen hoy en día una influencia preponderante sobre las masas». Mientras tanto, en *La Vérité*, había aparecido un artículo ligeramente diferente.

10. Ver principalmente su artículo «El camino de la revolución española está abierto» en *La révolution prolétarienne*, n.º 117, 16 de junio de 1931.

hay que desenmascarar a los jefes del anarcosindicalismo y sobre todo poner al desnudo a ese pope laico, Pestaña,¹¹ que va a jugar el papel más miserable y más cobarde en el desarrollo ulterior de la revolución.

Las muestras del discurso de Maurín producen una impresión penosa.¹² Contrariamente a nosotros, él considera, ¡quién lo diría! el plan quinquenal como una adquisición de la revolución. ¿Es posible que no haya leído nada?¹³

A propósito, la agencia Reuter, y con ella otras agencias, difunden falsos telegramas relativos a supuestos artículos e interviús míos sobre el plan quinquenal (fracaso completo, mentira, etc.). Es extremadamente importante desenmascarar y desmentir estas infamias. En este caso la burguesía se sirve contra los estalinistas de sus propias mentiras y calumnias (...).

[(...) El que los estalinistas hayan ganado para sus filas a varias decenas de parados en Barcelona, como cuenta usted,¹⁴ es, a mi modo de ver, un síntoma importante

11. Angel Pestaña, excluido de la C.N.T. por presión de los «faistas» creó en 1933 el Partido Sindicalista, llegando a ser, como tal, diputado en el Frente Popular en 1936.

12. *El Ateneo* de Madrid había cedido la palabra a Maurín el 8 de junio, a Nin el 9 y a Bullejos, secretario del partido oficial, el 10. La ruptura entre Nin y Maurín data desde estas conferencias. Fue Nin, quien en su artículo proporcionó a Trotsky algunas muestras del discurso de Maurín. Este declaraba que se diferenciaba claramente de los «trotskistas», ya que él era partidario del plan quinquenal.

13. Nin no se indigna menos que Trotsky. Escribió: «¿El líder del B.O.C. ha olvidado ya la historia de los últimos años? ¿No sabe que fue precisamente la oposición de izquierda la iniciadora de la industrialización del país? ¿Que sostuvo en este sentido una encarnizada batalla contra los actuales dirigentes del partido comunista de la U.R.S.S., los cuales nos acusaban de ser superindustrialistas? Maurín sabe todo esto perfectamente, por lo tanto su intervención sólo puede tener dos sentidos: mentir deliberadamente o conseguir el visto bueno de la Internacional tirando una piedra contra los "trotskistas".» En este sentido se pueden consultar las *Memorias* de Jules Humbert-Droz, representante de la I.C. en España durante esta época, y en cuyo tomo II, *De Lenin a Stalin*, hace alusión a sus actividades en el mes de junio: «En Barcelona tomé contacto con el partido disidente de Maurín, en el que yo tenía algunos camaradas de confianza, pero mis esfuerzos, apoyados por la delegación, no consiguieron rehacer la unidad» (p. 457).

14. Humbert-Droz da algunos datos sobre los esfuerzos del partido oficial para organizar a algunos parados (*ibidem*, pp. 433-434).

que habla en contra de la Federación Catalana. ¿Cómo puede, la organización revolucionaria dirigente, descuidar su influencia entre los parados, que constituyen el ala izquierda del movimiento? Mi opinión es que esto se debe al oportunismo de la Federación, su falta de vigor y de actividad, su «astucia» prematura, es decir, su oportunismo. Durante la revolución los obreros pasan rápidamente de una organización a otra.]

LA IMPORTANCIA DE LAS CONSIGNAS DEMOCRATICAS¹

(Prefacio, 9 de junio de 1931)

No puedo más que saludar calurosamente la idea de la «nueva oposición italiana»² de editar el presente trabajo en su idioma. En mi correspondencia con los camaradas de la nueva oposición senté el año pasado la hipótesis de que durante el período de liquidación del régimen fascista, las consignas democráticas revestirían una cierta importancia.³ Hoy en día, a la luz de los acontecimientos

1. T. 3387. Prefacio redactado especialmente para la edición italiana de «La revolución española y los peligros que la amenazan» *Boletín interno* de la oposición comunista de izquierda, n.º 8, junio de 1931, pp. 8-10. No hemos podido encontrar ningún ejemplar de este folleto en italiano.

2. La «nueva oposición italiana» nació de la oposición al «viraje» ultraizquierdista, por parte de los tres dirigentes del partido clandestino, Alfonso Leonetti (Feroci, Suzo, Guido, Saracena, después Martin), Paolo Rivazzoli (Lino, Santini), antiguos miembros del buró político, y Pietro Tresso (Blasco) del comité central, excluidos del P.C.I. en junio de 1930. Esta oposición estaba considerada como «nueva», en relación a la antigua, inspirada por Amadeo Bordiga, cuyos desacuerdos se remontan al III Congreso y la política de frente único. En esta época la «fracción de izquierda» de los bordiguistas, dirigida por Otorino Perrone (Vercesi), estaba adherida a la oposición de izquierda internacional y editaba en Bruselas la revista *Prometeo*. Acusaba a los «tres» de «ordinovistas» y de «antiguos centristas», como fieles a *Ordine Nuovo*, pero Trotsky apoyó a los «tres», lo que condujo a la ruptura con los bordiguistas.

3. La «izquierda» bordiguista, afirmaba, desde su aparición, que las consignas democráticas estaban superadas y que al fascismo sólo se le podía oponer la dictadura del proletariado. Durante el «tercer período» bajo el impulso de la Internacional comunista estalinizada, el P.C.I. mantuvo una posición semejante, caracterizando la postura de Trotsky como la prueba de su «oportuni-

españoles, me atrevería a formular esta idea de forma mucho más categórica; la experiencia española no deja lugar a dudas: la revolución italiana tendrá un «prefacio» democrático más o menos largo antes de entrar en la fase decisiva de los combates inmediatos del proletariado por el poder. Durante este período preliminar, la vanguardia proletaria no deberá, de ningún modo, dar la espalda a los problemas democráticos. Las posiciones del grupo *Prometeo*, que niega las consignas democráticas por principio se revelan teóricamente inconsistentes y políticamente funestas a la luz de los acontecimientos españoles. ¡Peor para ellos, si no saben sacar enseñanzas de los grandes acontecimientos históricos!

El tema central de este trabajo está dedicado al mismo tiempo a una tentativa por establecer la posición marxista sobre las consignas democráticas en base a la reciente experiencia y a la crítica del mito de la revolución «popular», neutra, por encima de las clases, asexuada. La dirección de la Internacional Comunista intenta actualmente en España erigir un templo a este ídolo, al que ya ha sacrificado multitud de víctimas proletarias en China. Necesitamos estar bien armados para afrontar esta tentativa de la burocracia centrista. En este problema es donde se resume la suerte de la revolución española. Insisto una vez más, creo que los camaradas italianos deberían seguir con más atención que nadie los grandes acontecimientos de la Península Ibérica. Al proletariado italiano, antes o después, esperemos que pronto, se le colocarán sobre el tapete los mismos problemas, aunque bajo otro aspecto y bajo otra correlación de fuerzas.

L. TROTSKY

Kadikoy, el 9 de junio de 1931

mo» y de su paso a las filas de los «social-fascistas». Se sabe que el apego de Gramsci a las consignas democráticas durante este período, debió hacerle sospechoso a los ojos de los dueños del aparato.

SOBRE LA DECLARACIÓN DEL BLOQUE OBRERO Y CAMPESINO¹

(12 de junio de 1931)

Queridos camaradas:

He tenido noticias por primera vez en *La lutte de classes* de la declaración del autodenominado «Bloque obrero y campesino», nombre bajo el que actúa la Federación Catalana. Me imagino que la reproducción del documento en *La lutte de classes* será completa y fiel. Sin embargo produce una penosa impresión de principio a fin. Todo lo que había escrito en mi último trabajo sobre la *Revolución española y los peligros que la amenazan*, contra la política oficial de la Internacional Comunista en lo referente a la cuestión española, puede aplicarse punto por punto a la Federación Catalana. Aún más, ésta comete errores que la dirección de la Internacional Comunista ya ha rechazado, por lo menos de palabra.

1. El documento proviene del «Bloque obrero y campesino». ¿Esto qué es? ¿Un pseudónimo de la Federación Catalana? El bloque, es decir la unión de obreros y campesinos, es una *tarea* política gigantesca que incumbe a la vanguardia revolucionaria. Esta tarea debe estar inscrita en su plataforma; en lugar de esto, el «Bloque obrero

1. T. 3388. B. O. n.º 23, agosto de 1931, pp. 16-18. *Comunismo*, n.º 3, agosto de 1931, pp. 9-12. El 18 de abril, *La Batalla*, había publicado una declaración del «Bloque obrero y campesino», en realidad la Federación Comunista Catalano-Balear, que había intentado en vano, con esa denominación, arrastrar a la «Unión de Rabassaires». Este texto, traducido al francés, había sido publicado en *La lutte de classes*. Trotsky envió la presente carta, destinada a la publicación, a la redacción de esta revista, acompañada de vivos reproches, que no hemos podido encontrar.

y campesino» se convierte en el propio nombre de la organización revolucionaria. Evidentemente esto no es más que una nueva edición del partido obrero y campesino. El propio VI Congreso de la Internacional Comunista, bajo la presión de la Oposición de izquierda, ha renunciado a esta idea reaccionaria.

2. En todos estos documentos no se pronuncia ni una sola vez la palabra comunismo. El que esconde su comunismo a las masas deja de ser comunista.

3. Se habla de revolución democrática, de república democrática, de república popular, sin el más mínimo análisis de clase. Se acusa al gobierno de indecisión, de oscilación, etc., pero no se dice en ninguna parte que sea un gobierno de la burguesía, enemigo del pueblo. La crítica del gobierno Zamora se corresponde exactamente a la crítica de los mencheviques y socialrevolucionarios al gobierno del príncipe Lvov-Kerensky. Ni una sola palabra respecto al gobierno Macià.

4. El documento habla de la «construcción racional de la sociedad» sin explicar que puede querer decir esto.² Este es el lenguaje de los «verdaderos» socialistas antes de 1848. Poco después dice: «La república debe significar un nuevo tipo de organización social», ¿cuál? ¿Se trata de un régimen burgués o socialista? La declaración juega al escondite con el capitalismo y el socialismo.

5. El hecho de haber dado a Alfonso la posibilidad de irse al extranjero es presentado como un «primer error grave del gobierno provisional». ¿Error? ¿Quiere decir esto que Zamora no es lo suficientemente consciente de su política revolucionaria? Los mencheviques rusos presentaban el problema de forma parecida. Llamar error a un cálculo contrarrevolucionario consciente de la burguesía significa embellecer a la burguesía y ocultar su naturaleza ante las masas.

6. «La república no debe ser únicamente una conquista para la burguesía sino también para los obreros.» ¿Qué significa esta frase dulzona, vulgarmente democrática y profundamente falsa? ¿Dónde y cuándo ha existido una

2. Se refiere a la frase siguiente: «España debe poner fin a la revolución democrática, sin cuyo triunfo no hay posibilidad de construcción de una sociedad racional. Debemos llevar a cabo las tareas acabadas en Francia desde finales del siglo XVIII, con un gran retraso histórico.

república que satisficiera simultáneamente los intereses de la burguesía y del proletariado? Podemos y debemos exigir los derechos democráticos y las reformas sociales a la burguesía republicana, pero desenmascarando continuamente a la república burguesa, incluso la más archidemocrática, como una máquina de la que se sirve la burguesía para apropiarse del sudor y la sangre de los obreros y campesinos.

7. La referencia a la república de 1873 va acompañada de esta conclusión increíble: «De esta forma se creó una división total entre el poder y el pueblo.» Entre una abstracción del pueblo y una abstracción del poder. ¿Acaso la burguesía está separada del pueblo trabajador? Hay que referirse al ejemplo de 1873, no para pedir a la burguesía que sea mejor, más generosa, más caritativa, sino para enseñar a las masas a no fiarse ni un instante de la más generosa, la más caritativa y la más dulce de las burguesías. Así es como sitúan el problema los marxistas.

8. La plataforma llama a las masas a «organizarse en todo el país en base a juntas revolucionarias». ¿Con qué fin? No se señala ningún programa. No sólo no se dice que estas juntas serán las que garanticen el paso del poder a manos del proletariado y de los campesinos pobres,³ sino que ni siquiera se propone un programa de reivindicaciones transitorias: jornada de 7 horas, control de la producción, organización del levantamiento campesino por medio de las juntas revolucionarias de obreros y soldados. No se dice ni una sola palabra respecto a que las juntas son organizaciones del proletariado y de las masas explotadas *contra* la clase que detenta el poder, es decir *contra la burguesía*. Se considera a la junta como organización «revolucionaria» en el más puro espíritu de la tradición pequeño-burguesa española.

9. Al hablar de la importancia del levantamiento agrario, la declaración se refiere a la revolución francesa y a la rusa. Ni una sola palabra de la revolución china, que acaba de ser estrangulada delante de nuestros ojos por la

3. Sobre este punto, la declaración del B.O.C. afirma que estas «juntas (asambleas-soviets) revolucionarias de obreros y campesinos (...) se convertirán en salvaguardia de la revolución comenzada (...), la muralla inquebrantable contra la que se estrellarán los desesperados ataques de la reacción». Señala que la clase obrera debe «perseguir el movimiento hasta que se transforme en verdadera revolución democrática».

dirección de la Internacional comunista. ¿La Internacional comunista ha «resuelto» la cuestión agraria china de forma correcta? Ni una sola palabra sobre esto. El comunista que no tenga en cuenta las lecciones de la revolución china, no tiene derecho a dirigirse a las masas para darles lecciones, ni a hacerles llamamientos mucho menos en un país en plena revolución.

10. La declaración dice: «Nosotros somos partidarios de un Estado para cada nación.» ¿Qué significa esto en España? ¿De qué nación se trata? La organización del estado pan-español se define como sigue: «Unión de repúblicas de Iberia.» ¿Qué significa esto? Si se trata de una federación mejor sería decirlo.

11. «La defensa de la revolución debe ser la ley suprema.» ¿Defensa de quién? La burguesía en el poder defiende «su» revolución contra el proletariado. Quien esconde este hecho con frases vacías sobre la defensa *en general* de la revolución *en general* contra los enemigos *en general*, está ayudando a la burguesía a asfixiar al proletariado bajo la bandera de la revolución.

12. El «Bloque obrero y campesino» —es decir el partido obrero y campesino— promete al final de su declaración «luchar con todas sus fuerzas por la realización de la revolución democrática». ¿Esto significa «república burguesa sobre la base del parlamentarismo democrático»? Entonces es preciso decirlo, pero en este caso es necesario por lo menos lanzar las reivindicaciones por los *derechos electorales democráticos*, ya que antes que la república «racional» y la «organización racional de la sociedad» sean llevadas a cabo en la Península Ibérica, es necesario que la república *burguesa* de Zamora conceda el derecho al voto al obrero y a la obrera, al campesino y a la campesina.

13. En la declaración no se cita el nombre del partido socialista. No se dice una sola palabra de los anarcosindicalistas. No se menciona al partido comunista oficial. Se diría que el «Bloque obrero y campesino» se dispone a actuar en el vacío.

Estas son las breves objeciones que creo que es necesario hacer al texto publicado por *La lutte de classes*. Es posible que la Federación Catalana haya añadido posteriormente a su declaración tal o cual modificación, corrección o enmienda. Por supuesto estoy dispuesto a saludar cada paso de la Federación hacia el marxismo. Pero el

documento, tal como está actualmente, representa el más puro «kuomintangismo» transportado al suelo español. En este documento están expresadas, de la forma más funesta, las ideas y los métodos contra los que ha luchado sin descanso la Oposición, en contra de la política de la Internacional comunista, en lo referente a la cuestión china. Por lo que veo, los dirigentes de la Federación Catalana se desmarcan todo lo que pueden de la Oposición de izquierda. Esto no basta. La Oposición de izquierda debe apartarse de una manera clara y precisa de las ideas y los métodos expresados por los dirigentes de la Federación Catalana en el documento que acabamos de analizar brevemente. En la revolución, una posición de salida falsa, se traduce, inevitablemente, en el transcurso de los acontecimientos, en el comienzo de la derrota. La Oposición de izquierda española, por muy débil que sea, puede rendir enormes servicios al proletariado, a la revolución española. Pero para llevar a cabo esto, debe instaurar en sus propias filas un régimen de *claridad, de honestidad y de intransigencia*. A esto es a lo que invito a nuestros camaradas españoles.⁴

12 de junio de 1931.

4. Aquí también Trotsky se sale del marco de la correspondencia privada con Nin y se dirige pública y abiertamente a sus camaradas españoles.

POR UN MANIFIESTO DE LA OPOSICIÓN SOBRE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA¹

(Carta al S.I., 18 de junio de 1931)

Queridos camaradas:

El curso de los acontecimientos pone una cuestión grandiosa en el orden del día, sobre la cual la Oposición de izquierda puede y debe tomar partido: me estoy refiriendo a *la revolución española*. Esta vez no se trata de una crítica posterior a los acontecimientos.² La Oposición de izquierda debe intervenir activamente en todos los acontecimientos para evitar una catástrofe.

Las fuerzas de las que disponemos son pequeñas. Pero la ventaja de una situación revolucionaria consiste en que un grupo, incluso poco numeroso, puede llegar a ser una gran fuerza en un corto espacio de tiempo, a condición de saber formular pronósticos exactos y lanzar a tiempo las consignas justas. No me refiero exclusivamente a nuestra sección española, comprometida directamente con los acontecimientos, sino a todas nuestras secciones, pues a medida que progresa la revolución, más atraerá la atención de los obreros del mundo entero. La prueba de las líneas políticas se realizará bajo la mirada de

1. T. 3391, publicado por vez primera en *The Militant*, 18 de julio de 1931, posteriormente en *la revolución española día a día*. Dirigida al secretariado internacional, esta es la primera de una serie de cartas del mismo tipo, en las que explica la situación y las tareas de la revolución española. De ahora en adelante, convenientemente informado por Nin, Trotsky piensa que es necesario pasar a la acción.

2. Alusión a la revolución china, en la que la oposición de izquierda rusa no dio a conocer su opinión más que la víspera de los acontecimientos decisivos y, únicamente entre los cuadros del partido. La verdad sobre la política estalinista en China no será conocida más que por unos cuantos militantes, a través de los escritos de la oposición de izquierda.

la vanguardia proletaria mundial.³ Si realmente somos el ala izquierda, si realmente nuestra fuerza viene de las justas concepciones revolucionarias, debemos demostrar todo esto de forma especialmente clara en el marco de una situación revolucionaria. Si realmente somos internacionalistas, debemos llevar estas tareas a escala internacional.

Hemos de plantear claramente dos cuestiones fundamentales: 1) la caracterización de la revolución española y la línea estratégica que se desprende, 2) la cuestión de la justa utilización táctica de las consignas democráticas y las posibilidades parlamentarias y revolucionarias. He intentado decir lo esencial sobre estas dos cuestiones en mi último trabajo sobre España. Aquí no quiero sino pronunciarme brevemente sobre el conjunto de cuestiones en las que debemos pasar a la ofensiva contra toda la línea de la *Internacional Comunista*.

¿Hay motivos para esperar en España una revolución intermedia entre la revolución republicana ya consumada y la futura revolución proletaria, una pretendida «revolución obrera y campesina» con una «dictadura democrática»? ¿Sí o no? Toda la línea estratégica viene condicionada por la respuesta que se dé a esta pregunta. El partido oficial español está hundido hasta el cuello en una total confusión sobre esta cuestión; confusión que ha sido y es todavía propagada por los epígonos, y que encuentra su más acabada expresión en el programa de la *Internacional Comunista*.⁴ Diariamente tenemos ahí la oportunidad de desenmascarar ante la vanguardia proletaria, a la luz de los hechos, todo el vacío, toda la falta de sentido, y al mismo tiempo el peligro que supone esta ficción de una revolución mixta e intermedia.

Los camaradas dirigentes de todas las secciones, deben tener continuamente en cuenta que somos nosotros pre-

3. Trotsky piensa que si la oposición de izquierda difunde ampliamente su política para España, los militantes tendrán la oportunidad de comparar las dos líneas, la de la oposición, y la de la *Internacional comunista*, y de escoger en función de los resultados.

4. Ver la «Crítica del proyecto de programa de la I.C.» en *La Internacional comunista después de Lenin*. Gracias a la imaginación y a la habilidad de los opositores rusos, este texto se distribuyó entre los delegados al VI Congreso de la I.C. De esta forma, el americano James P. Cannon y el canadiense Maurice Spector, dirigentes de sus respectivos P.C. fueron ganados a las ideas de oposición de izquierda.

cisamente, en tanto que izquierda, quienes debemos asentarnos sobre una base científica sólida. El diletantismo con las ideas, la charlatanería periodística al estilo de Landau y Cía., son contrarios a la propia esencia de lo que debe ser una fracción revolucionaria proletaria. Es necesario que estudiemos las cuestiones fundamentales de la revolución de la misma forma que los ingenieros estudian la resistencia de materiales o los médicos la anatomía o la patología.⁵ El problema de la revolución permanente, gracias a los acontecimientos de España, ha llegado a ser la cuestión central para la oposición internacional.

Las cuestiones de las consignas democráticas, la utilización de las elecciones y luego de las Cortes, son cuestiones de táctica revolucionaria, que están subordinadas a la cuestión general de la estrategia. Pero las formulaciones estratégicas más acabadas no valen para nada, si no se encuentra en cada momento una solución táctica para ellas. A este respecto, las cosas se presentan muy mal en España. Los periódicos franceses publican una noticia según la cual, Maurín, dirigente de la Federación Catalana, habría declarado en su conferencia de Madrid que su organización no se presentaría a las elecciones porque no creía en su «sinceridad». ¿Es posible que esto sea cierto? Significaría que Maurín no aborda las cuestiones de la táctica desde el punto de vista de la movilización de las fuerzas del proletariado, sino desde el punto de vista del sentimentalismo y de la moral pequeño-burguesa. Hace dos semanas hubiera pensado que la prensa burguesa mentía, pero después de haber leído la plataforma de la Federación Catalana, me veo obligado a pensar que esta noticia, por muy monstruosa que sea, no es del todo imposible y no puede ser excluida de antemano.

Sobre esta línea debemos desencadenar una lucha implacable en el seno de nuestras propias filas. Es indigno y absurdo querellarse con diferentes grupos a causa de las funciones, los derechos y las prerrogativas del secretariado, en el momento en que no tenemos en común ninguna cuestión relativa a los principios con los grupos en cues-

5. Trotsky opone aquí el método «periodístico» e impresionista al método «científico». Desgraciadamente para sus estudios «científicos» no disponía más que de información «periodística», por eso insiste en que sus camaradas españoles resuman y elaboren una documentación que permita un trabajo más serio.

tión. Me refiero sobre todo al grupo *Prometeo*, que está en desacuerdo con los bolcheviques-leninistas en todas las cuestiones fundamentales de la estrategia y la táctica. No debe permitirse a nadie esconder estos problemas a base de tapaderas con problemas organizativos, y mediante alianzas sin principios que degenerarían inevitablemente en intrigas de pasillo.⁶

Después de la experiencia rusa, ha sido en China donde se ha planteado más claramente el problema de las consignas democráticas. Pero no todas las secciones europeas han tenido la oportunidad de seguir la lucha de cerca. De hecho la discusión sobre esta cuestión ha tomado un carácter casi académico para ciertos camaradas e incluso para ciertos grupos. Pero hoy en día, estas cuestiones, son la propia encarnación de la lucha, de la vida. ¿Podemos permitir que se nos ate de pies y manos mientras se opera un viraje histórico de tamaña importancia? Así como, durante el conflicto chino-ruso, que amenazaba desencadenar la guerra, no podíamos entretenernos en discusiones sobre si era necesario apoyar a la Unión Soviética o a Chiang-Kai-check, de la misma forma, hoy ante los acontecimientos españoles, no debemos asumir ni la más leve responsabilidad, incluso indirecta, sobre las supersticiones sectarias y semibakuninistas de ciertos grupos.⁷

Mis propuestas prácticas se resumen de la siguiente forma:

- 1) Todas las secciones deben colocar los problemas de la revolución española en el orden del día.
- 2) Los dirigentes de nuestras secciones deben crear comisiones especiales cuya tarea sería la de recoger material para profundizar sobre estos temas, y sobre todo para seguir de cerca la actividad de los partidos oficiales y la manera en que enfocan los problemas de la revolución española.

6. Trotsky hace alusión a las secuelas de la escisión alemana y a la polémica con Kurt Landau y los «bordiguistas» italianos de la «fracción de izquierda» que ocupaban gran espacio en los boletines internos de la Oposición.

7. La cuestión del «ferrocarril Manchuriano» y el conflicto chino-ruso originó la ruptura entre Trotsky y Hugo Urbahns, antiguo dirigente del P.C. alemán, organizador, desde su exclusión, del *Leinbund*, que durante mucho tiempo llegó a constituir una verdadera organización de oposición comunista en Alemania.

3) Todos los documentos importantes sobre el comunismo español —de todas las tendencias— deben ser enviados regularmente, por lo menos extractados, a todas nuestras secciones nacionales.⁸

4) Después de la necesaria preparación, cada sección de la oposición debe desencadenar el ataque contra la política de la Internacional Comunista en la revolución española. Esta ofensiva puede revestir diversas formas: artículos en periódicos, resoluciones, críticas, cartas abiertas, intervenciones en las reuniones, trabajo individual o por grupos. De la forma que sea, es indispensable que estén rigurosamente coordinadas.

5) Después de cierto trabajo preparatorio, tanto las secciones nacionales como el secretariado internacional, han de tener como tarea indispensable la elaboración de un *Manifiesto de la izquierda internacional* sobre la revolución española, que debe ser realizado de la forma más concreta posible y en estrecha colaboración con la sección española.⁹ Habría que dar a este manifiesto la difusión más amplia posible.

Estas son mis propuestas concretas. Os ruego que las discutáis y enviéis al mismo tiempo una copia de esta carta a todas las secciones nacionales, a fin de que se discuta simultáneamente en todas ellas.

8. El *Boletín Interno* internacional, n.º 9-10, de agosto de 1931, se dedicó casi exclusivamente a las cuestiones españolas, a base de documentos de la C.N.T., del P.C.E., etc.

9. Este manifiesto no llegaría a aparecer. Trotsky reprocharía a los camaradas españoles el no haber creado las condiciones para su elaboración y, a Mill, del secretariado internacional, que no había tomado ninguna iniciativa en este sentido.

POR LA RUPTURA DE LA COALICIÓN CON LA BURGUESÍA¹

(Carta al S. I., 24 de junio de 1931)

Queridos camaradas:

En una carta al camarada Lacroix² he expuesto algunas consideraciones complementarias respecto a la situación española. Desgraciadamente no tengo una formación completa que me permita conocer la postura de los diversos grupos comunistas en España de cara a los problemas políticos actuales. En estas condiciones, analizar la situación revolucionaria, resulta más difícil que jugar al ajedrez sin mirar el tablero. Siempre quedan cuestiones que exigen un estudio complementario. Antes de recurrir a la prensa, quisiera exponerles estas cuestiones y, por mediación suya, a todos los comunistas españoles y a todas las secciones de la Oposición internacional.

Una parte considerable de mi artículo sobre los peligros que amenazan a la revolución española, está dedicado a demostrar que entre la revolución democrático-burguesa de abril y la futura revolución proletaria, no hay lugar para una revolución obrero-campesina intermedia. De pasada he subrayado que esto no significa que el partido del proletariado deba ocuparse exclusivamente de aumentar sus fuerzas «hasta la lucha final». Una concepción de este tipo sería antirrevolucionaria y digna de un filisteo. Si bien no puede existir una *revolución intermedia*, un *régimen intermedio*, sí pueden producirse manifestaciones

1. Publicado por primera vez en *The Militant*, del 25 de julio de 1931, bajo el título «Down with Zamora-Maura!»

2. Henri Lacroix era secretario general de la oposición de izquierda española. No poseemos el texto de la carta en cuestión.

de masas intermedias, huelgas, demostraciones, encuentros con la policía y el ejército, sacudidas revolucionarias impetuosas, durante las cuales los comunistas deberán estar en las primeras filas del combate. ¿Cuál es la significación histórica de estas luchas intermedias? Por una parte son susceptibles de provocar cambios democráticos en el seno del régimen democrático burgués, y por otra pueden preparar a las masas para la conquista del poder y para la creación del régimen proletario.

La participación de los comunistas en estas luchas, y sobre todo su dirección, exige de ellos, no sólo una comprensión clara del desarrollo de la revolución en su conjunto, sino también la capacidad para lanzar determinadas consignas ardientes y combativas, que no se desprenden directamente del «programa», sino que son dictadas por las circunstancias de cada día e impulsan a las masas hacia adelante.³

Todo el mundo conoce el enorme papel que jugó en Rusia la consigna bolchevique «¡Abajo los diez ministros capitalistas!» durante la coalición de los socialistas conciliadores y los liberales. Las masas aún tenían confianza en los socialistas conciliadores, pero incluso las masas más confiadas tienen siempre una instintiva desconfianza a los burgueses, los explotadores, los capitalistas. La táctica de los bolcheviques reposó sobre este hecho durante todo un período. No decíamos «¡Abajo los ministros socialistas!» ni siquiera «¡Abajo el gobierno provisional!». Por el contrario remachábamos continuamente en el mismo clavo: «¡Abajo los diez ministros capitalistas!». Esta consigna jugó un papel capital, ya que permitió a las masas convencerse de que los socialistas conciliadores tenían más apego a los ministros capitalistas que a las masas obreras. En el estadio actual de la revolución española lo que hace falta son consignas de este tipo. La vanguardia del proletariado está interesada en que los socialistas tomen el poder en sus manos. Por esta razón es necesario romper la coalición. No podrá realizarse tal o cual etapa de este camino más que ligada a importantes acontecimientos políticos, bajo la presión de nuevos movimientos de masas, etc. Bajo una presión de este tipo fueron expulsados

3. Trotsky subraya aquí la necesidad, señalada ya en la Internacional comunista en los tiempos de Lenin, de lanzar consignas de «transición» susceptibles de movilizar a las masas.

sucesivamente del gobierno de coalición Goutchkov, Mi-liukov, posteriormente el príncipe Lvov; Kerensky fue puesto a la cabeza del gobierno, aumentó el número de «socialistas», etc...

Después de la llegada de Lenin, el partido bolchevique no se solidarizó ni un instante con Kerensky y los conciliadores. Sin embargo ayudaba a las masas a poner a prueba a su gobierno en la acción. Esta fue una etapa decisiva en el ascenso de los bolcheviques al poder.

Según puedo apreciar desde aquí, las elecciones a Cortes revelarán la extraordinaria debilidad de los republicanos de derecha, tipo Zamora-Maura. Dejarán paso a conciliadores pequeño-burgueses de diferentes coloraciones, radicales, radical-socialistas y «socialistas». A pesar de esto se puede predecir con seguridad que los socialistas y los radical-socialistas pondrán todo el empeño en ayudar a sus aliados de derecha. La consigna ¡Abajo Zamora-Maura! es absolutamente ajustada. Sólo queda por comprender que los comunistas no pueden agitar a favor del ministerio Lerroux, no deben tomar ninguna responsabilidad a favor de un ministerio socialista, pero han de dirigir sus golpes contra el enemigo de clase más determinado y más consecuente; con ello debilitan a los conciliadores, despejando el terreno al proletariado. Los comunistas deben decir a los obreros socialistas: «Vosotros tenéis confianza en vuestros dirigentes socialistas; obligadles a tomar el poder, nosotros os ayudaremos, aunque no tenemos confianza en ellos. Cuando estén en el poder se pondrán a prueba; entonces se verá quién tenía razón, vosotros o nosotros.»⁴

He abordado antes este argumento, ligándolo a la cuestión de la composición de las cortes. Pero otros acontecimientos —como por ejemplo la represión contra las masas— puede dar una oportunidad excepcional a la consigna ¡Abajo Zamora-Maura! La victoria en esto, es decir la dimisión de Zamora, puede tener en este estadio, para el desarrollo ulterior de la revolución, casi la misma significación que la dimisión de Alfonso en abril.

Para lanzar esta consigna no es preciso orientarse en

4. Trotsky desarrolla aquí la argumentación propuesta ya a partir de 1922 por la Internacional comunista, para la consigna de «gobierno obrero». El mismo argumento le lleva a proponer en Francia el «gobierno Blum-Cachin».

función de abstracciones doctrinales, sino según el estadio de la conciencia de las masas, según la reacción que experimentan las masas ante cada victoria parcial.

Oponer pura y sencillamente la consigna de «Dictadura del proletariado» o «República obrero-campesina» es absolutamente desorientador en la actual fase, ya que estas consignas no llegan al corazón de las masas.⁵

A propósito de esto surge de nuevo la cuestión del «socialfascismo». Esta estúpida invención de la burocracia, terriblemente izquierdista, resulta actualmente en España el mayor obstáculo a la revolución proletaria. Volvamos de nuevo a la experiencia rusa. Los mencheviques y socialistas revolucionarios en el poder, continuaban la guerra imperialista, defendían a los capitalistas, perseguían y arrestaban a los soldados obreros y campesinos. Restablecieron la pena de muerte, protegían a los asesinos de los bolcheviques, obligaban a Lenin a vivir en la clandestinidad, encarcelaban a otros dirigentes bolcheviques atribuyéndoles las peores calumnias. Todo esto era suficiente para calificarlos de «socialfascistas». Pero, como es sabido, en 1917 no existía este término, lo cual no impidió a los bolcheviques acceder al poder. Después de las terribles persecuciones de julio y agosto, los bolcheviques hicieron frente común con los «socialfascistas» en los organismos de lucha contra Kornilov. A su salida de la clandestinidad Lenin propuso el siguiente acuerdo a los «socialfascistas»: «Romped con la burguesía, tomad el poder, y nosotros, los bolcheviques, lucharemos por el poder de forma pacífica en el seno de los soviets.» Si no había ninguna diferencia entre los conciliadores y Kornilov, que era realmente un «fascista», no hubiera sido posible ninguna lucha común entre los bolcheviques y los conciliadores contra Kornilov. Sin embargo esta lucha, al rechazar el ataque contrarrevolucionario de los generales y al ayudar a los bolcheviques a arrancar a las masas de la influencia de los conciliadores, tuvo un papel decisivo en el desarrollo de la revolución.⁶

5. Una de las lecciones que sacó la Internacional comunista del fracaso de la revolución alemana de 1918-1919, fue precisamente el que los Spartakistas carecían de una consigna transitoria a nivel de gobierno, y se habían tenido que contentar con pedir para los consejos un poder que estos se apresuraron a entregar a una asamblea elegida.

6. En la política llevada por los bolcheviques contra el golpe militar de Kornilov, Trotsky vio un modelo de estrategia de unidad

La naturaleza de la democracia pequeño-burguesa consiste precisamente en que oscila continuamente entre el comunismo y el fascismo. En el curso de una revolución, estas oscilaciones se acentúan de forma particular. Considerar a los socialistas españoles como una especie de fascistas, significa renunciar a utilizar sus inevitables oscilaciones hacia la izquierda, significa cortarse uno mismo el puente hacia los obreros socialistas y sindicalistas.

Para terminar, señalaría que actualmente la crítica implacable a los anarcosindicalistas es una tarea fundamental, que no debe ser descuidada ni un minuto. Las cumbres del anarcosindicalismo constituyen la forma más disfrazada, más pérfida y más peligrosa de conciliación con la burguesía. Entre los obreros anarcosindicalistas de base hay una inmensa fuerza potencial para la revolución. La tarea fundamental de los comunistas respecto a esto debe ser la misma que respecto a los socialistas: enfrentar la base a las direcciones. Sin embargo el trabajo debe adaptarse a las características específicas de la organización sindical, y al carácter particular de su cobertura anarquista. Ya hablaré de esto en otra carta.

Insisto una vez más: Es preciso juntar artículos, resoluciones, panfletos, etc., de las organizaciones revolucionarias y de los grupos españoles, traducirlos al francés y enviarlos a otras secciones para que sean traducidos a otras lenguas.

Cordiales saludos revolucionarios.

Vuestro L. TROTSKY

A 17

DESPUÉS DE LAS ELECCIONES A CORTES¹

(Carta al S. I., 1.º de julio de 1931)

Queridos camaradas:

1. Tengo a la vista un periódico turco (en francés) con fecha del 1 de julio, conteniendo las primeras informaciones sobre las elecciones españolas. Verdaderamente todo ocurre como lo habíamos previsto. La inclinación a la izquierda se ha producido con una regularidad particular. Esperamos que los camaradas españoles analizarán los resultados de las elecciones con mucho cuidado, sobre la base de materiales de primera mano. Hay que conseguir saber como han votado los obreros, especialmente los anarcosindicalistas.² En ciertas regiones, la respuesta debe deducirse de la estadística electoral. Es muy importante saber como han votado los campesinos en las diferentes provincias. Al mismo tiempo, hay que recoger todos los «programas agrarios» que fueron presentados por los distintos partidos en todos los rincones del país. Todo esto es un trabajo urgente y de mucha importancia.

2. Como era de esperar, los socialistas han conseguido una gran victoria.³ Este es el elemento central de la situación parlamentaria. Los dirigentes socialistas se consideran felices por el hecho de no tener la mayoría en las

1. T. 3393, carta al S.I. publicada por vez primera en el B. O., n.º 23, agosto de 1931, pp. 12-14, y en *The Militant*, 25 de julio de 1931.

2. Generalmente se consideraba que los simpatizantes anarquistas, cuando votaban, preferían entregar su voto a los republicanos burgueses que a los socialistas. En estas elecciones, la proporción de abstención había sido especialmente baja, era evidente que una parte de la «clientela» anarcosindicalista había votado.

3. Los socialistas tenían 116 elegidos.

de las fuerzas obreras, el «frente único obrero», cuya fórmula no fue concretada por la Internacional comunista, apoyada en parte sobre este precedente, hasta diciembre de 1921.

cortes, y por creer que así se justifica, por medio de la estadística, su alianza con la burguesía. Los socialistas no quieren tomar el poder, porque tienen miedo, no sin razón, de que el gobierno socialista sea una etapa hacia la dictadura del proletariado. Del discurso de Prieto, se deduce que los socialistas están decididos a proseguir la coalición hasta conseguir frenar al proletariado, para inmediatamente, cuando la presión de los obreros sea demasiado fuerte, pasar a la oposición con un pretexto radical cualquiera dejando a la burguesía al cuidado de aplastar⁴ a los obreros. En otras palabras, nos encontramos ante una variante de la línea de Ebert y de Tseretelli.⁵ Recordemos que la línea de Ebert triunfó, mientras que la de Tseretelli fracasó y que en ambos casos la fuerza del partido comunista y su política, desempeñaron un papel decisivo.

3. Debemos denunciar inmediatamente el plan de los socialistas (este juego político de la retirada) confundiendo en todas las ocasiones. Ante todo, esto se refiere a la Oposición de izquierda española. Pero esto no basta. Es necesario hacerse con una consigna política clara que corresponda al carácter de la época actual de la revolución española. Los resultados de las elecciones lo aclaran completamente: Los obreros deben romper la coalición con la burguesía y obligar a los socialistas a tomar el poder.⁶ Los campesinos, si de verdad desean la tierra, deben ayudar a los obreros.

4. Los socialistas dirán que no pueden renunciar a la coalición porque no tienen la mayoría en las Cortes. Nuestra conclusión debe ser: Exigir elecciones a Cortes verdaderamente democráticas sobre la base del derecho electoral realmente universal y directo para ambos sexos a partir de los dieciocho años. En una palabra, a las cortes antidemocráticas y trucadas, debemos oponer las Cortes

4. Prieto, director del diario bilbaíno *El Liberal*, representaba el ala más moderada de los socialistas, la más ligada a los republicanos y demócratas burgueses. Después del pacto de San Sebastián, del que había sido firmante, era uno de los partidarios más decididos del bloque con ellos.

5. Ebert era jefe de la socialdemocracia alemana, y Tseretelli uno de los dirigentes mancheviques en Rusia.

6. La situación creada por las elecciones sugiere a Trotsky la consigna de transición de la ruptura de la coalición con los partidos burgueses que fue la mejor arma de la propaganda bolchevique contra febrero y octubre de 1917.

populares verdaderamente democráticas y honradamente elegidas.

5. Si los comunistas quisieran volver hoy la espalda a las Cortes, oponiéndoles la consigna de los soviets y de la dictadura del proletariado, con ello, sólo demostrarían que no se les debe tomar en serio. No hay ningún comunista en las Cortes (según la prensa turca). Evidentemente el ala revolucionaria es más fuerte en la acción, en la lucha, que en la representación parlamentaria. No obstante, existe una cierta relación entre la fuerza de un partido revolucionario y su representación parlamentaria. Se ha revelado por completo la debilidad del comunismo español. En estas condiciones, hablar de derrocar el parlamentarismo burgués por medio de la dictadura del proletariado, significaría sencillamente hacer el payaso y el charlatán. La cuestión está en adquirir una fuerza sobre la base de la etapa parlamentaria de la revolución, agrupando las masas en torno. Esta es la única forma de vencer el parlamentarismo. Precisamente por esto resulta indispensable desarrollar actualmente una violenta agitación bajo las consignas de la más radical y decisiva democracia.

6. ¿Cuáles son los criterios para avanzar estas consignas? Por una parte, es necesario saber apreciar la dirección general del proceso revolucionario que determina nuestra línea estratégica. Por otra parte, hay que tener en cuenta el estado de conciencia de las masas. El comunista que no cuente con este último factor se expone a romperse la cabeza.

Reflexionemos un poco sobre la cuestión de saber cómo los obreros españoles, las masas, se hacen idea de la situación actual. Sus dirigentes, los socialistas, están en el poder. Esto hace aumentar las exigencias y la intransigencia de los obreros. Todo obrero huelguista creará que no solamente no hay que temer al gobierno, sino que, por el contrario, hay que esperar una ayuda del mismo. Los comunistas deben dirigir el pensamiento de los obreros precisamente en este sentido «exigirlo todo del gobierno, puesto que vuestros jefes se encuentran en él». Los socialistas responderán a las delegaciones obreras que ellos no tienen la mayoría. La respuesta está clara: que se conceda el verdadero derecho al sufragio, que se rompa la coalición con la burguesía, y entonces la mayoría estará asegurada. Pero esto es precisamente lo que no

quieren los socialistas. Su situación les coloca en contradicción con las consignas democráticas radicales.⁷ Si nosotros nos limitamos a oponer a las Cortes la consigna de la dictadura del proletariado, sólo conseguiremos que los obreros se agrupen en torno a los socialistas, porque tanto unos como otros dirán: los comunistas quieren dominarnos. Sin embargo, empleando las consignas democráticas y la ruptura entre los socialistas y la burguesía, introducimos una cuña entre los obreros y los socialistas, preparando de esta forma la siguiente etapa de la revolución.

7. Todas las consideraciones anteriores quedarán en letra muerta si nos limitamos a las consignas democráticas en el sentido parlamentario del término. No se trata de esto. Los comunistas participan en todas las huelgas, en todas las manifestaciones, en todas las demostraciones de protesta. Arrastrando capas cada vez más numerosas, los comunistas deben estar siempre con las masas, colocándose siempre a la cabeza de todos los combates. Sobre la base de estos combates, los comunistas lanzarán la consigna de los soviets y, en la primera ocasión, los construirán como organización de frente único proletario. En la actual etapa, los soviets no pueden ser otra cosa. Pero si surgiesen como organizaciones de combate de frente único proletario, se convertirían inevitablemente, bajo la dirección de los comunistas, en órganos de la insurrección e, inmediatamente, en órganos de poder.

8. Al desarrollar audazmente el programa agrario, no hay que olvidar en ningún caso el papel independiente de los obreros agrícolas. Constituyen la palanca fundamental de la revolución proletaria en el campo. Los obreros se unen a los campesinos, mientras que los obreros agrícolas ya forman parte del mismo proletariado. Jamás hay que olvidar esta profunda diferencia.

9. Me he enterado por *La Vérité* que los estalinistas acusan, o a la Oposición de izquierda en su conjunto, o a mí personalmente, de estar a favor de la confiscación inmediata de los terratenientes. Realmente es difícil prever en qué sentido van a virar los burócratas demagogos. ¿Qué significa «confiscación inmediata» de la tierra? ¿Por

7. Sobre este punto, Trotsky será duramente criticado por la «izquierda», sobre todo por los bordiguistas, que afirman que su actitud frente a las reivindicaciones democráticas es oportunista.

quién? ¿Por medio de qué organizaciones? La verdad es que el incomparable Peri, afirmaba todavía en abril que los campesinos españoles construían soviets y que los obreros seguían en masa a los comunistas. Desde luego estamos de acuerdo en que los soviets (o las uniones o los comités) campesinos tomen inmediatamente la tierra de los terratenientes. Pero primero hay que sublevar a los campesinos, y para ello hay que arrancar a los obreros de la influencia de los socialistas. Una cosa no se puede hacer sin la otra. ¿Querrán decir los estalinistas que nosotros defendemos la propiedad de los terratenientes? Hasta para calumniar es necesaria la lógica. ¿Cómo puede la defensa de la propiedad terrateniente derivarse de la revolución permanente? Que intenten demostrarlo. Por nuestra parte, responderemos que cuando los estalinistas practicaban en China la política del Bloque de las cuatro clases, el Buró Político, bajo la dirección de Stalin, remitía telegramas al Comité central del Partido Comunista chino exigiendo que se frenara el movimiento campesino para no separarse de los generales «revolucionarios». Stalin y Molotov, han establecido una pequeña restricción en el programa agrario: la confiscación de la tierra de los grandes propietarios, salvo la de los oficiales, pero puesto que todos los *pomieschikis*⁸ y los hijos y los sobrinos de los *pomieschikis* (grandes propietarios) estaban en el ejército de Chiang-Kai-check, la calidad de oficial «revolucionario» llegó a ser un seguro de la propiedad terrateniente contra la confiscación de las propiedades de los *pomieschikis*. No es posible borrar este capítulo vergonzoso de la historia de la dirección estalinista. La Oposición encontró la copia del telegrama en el texto taquigráfico del Buró Político, denunció y puso a la vergüenza pública esta traición a la revolución agraria. Ahora estos señores tratan de atribuirnos en España los crímenes que ellos cometieron en China. Pero esto no lo lograrán: la Oposición tiene ya en casi todos los países su sección, y no consentirá que se difunda impunemente la mentira y la confusión. La Oposición de izquierda aclarará todas las cuestiones en discusión a la luz de la revolución española y dará un gigantesco paso hacia adelante. No en vano la revolución es la locomotora de la historia.

8. *Pomieschik*, en ruso, gran terrateniente.

EL CONFUSIONISMO DE MAURÍN Y DE LA FEDERACIÓN CATALANA¹

(Carta al S.I., 8 de julio de 1931)

Lo más nocivo, lo más peligroso e incluso lo más nefasto sería que los obreros catalanes, españoles o del mundo entero pensarán que nosotros nos solidarizamos con la política de la Federación Catalana, que tenemos responsabilidades con ellos o por lo menos que estamos más cerca de ellos que del grupo centrista.² Los estalinistas se esfuerzan por presentar las cosas de esta manera. Hasta ahora no hemos combatido estas patrañas con el vigor necesarios; por lo tanto, es más urgente e importante aclarar este malentendido que nos comprometería terriblemente y entorpecería el éxito de los obreros catalanes y españoles.

Entiéndase bien, la tarea de denunciar a la Federación Catalana compete fundamentalmente a nuestros partidarios en Cataluña. Deben pronunciarse por una crítica clara, abierta, precisa, una crítica que no oculte nada acerca de la política de Maurín, esa mezcla de prejuicios pequeño-burgueses, de ignorancia, de «ciencia» provinciana y de picardía política.

La Federación ha obtenido cerca de 10.000 votos en

1. T. 3394, *The Militant*, 1.º de agosto de 1931, *Comunismo*, n.º 4, septiembre de 1931, pp. 11-13 y en B. O., n.º 23, agosto de 1931, pp. 14-16. Carta al S.I. Parece que las posiciones de Trotsky respecto a Maurín no eran compartidas por todos, y no sólo en las filas de la oposición española, según nos ha confirmado Pierre Naville.

2. Por «grupo centrista» se refiere al equipo estalinista que dirige el P.C.E. Sólo a partir de 1933, Trotsky reservará el epíteto de «centrista» a los grupos que se encuentran entre la II y III Internacional por una parte y el movimiento por la IV por otra: Maurín, según su opinión, será un «centrista».

las elecciones a Cortes. No es mucho, pero en un período revolucionario, una organización verdaderamente revolucionaria es capaz de crecer rápidamente. Sin embargo, hay una circunstancia que aminora considerablemente el peso de esos 10.000 votos: La Federación Catalana ha obtenido menos votos en las elecciones a Cortes que en las elecciones municipales de Barcelona, el centro revolucionario por excelencia. Este dato, nimio a primera vista, tiene, como síntoma, una significación enorme. Demuestra que, mientras en los rincones más retirados del país, aún hay un aflujo, aunque débil, de obreros hacia la Federación, en Barcelona el confusionismo de Maurín no atrae a los obreros, más bien los aleja.

Entiéndase bien, la inevitable derrota de Maciá, puede beneficiar a Maurín como fracasado de segunda fila. Sin embargo, las elecciones a Cortes han demostrado la impotencia de la actual dirección de la Federación. ¡Realmente se necesitan «talentos» muy particulares para no aumentar su influencia en Barcelona durante los tres primeros meses de la revolución!

¿Qué representa la Federación en el lenguaje de la política revolucionaria? ¿Es una organización comunista? ¿Qué tipo de organización comunista? ¿De derecha, de centro o de izquierda? No se puede dudar que los que votan por la Federación son obreros revolucionarios, comunistas en potencia. Pero no tienen ninguna idea clara en la cabeza. ¿De dónde iban a sacarla si están dirigidos por confusionistas? En condiciones semejantes, hasta los obreros más decididos y más consecuentes no pueden sino inclinarse del lado del partido oficial. Estos últimos no han obtenido en Barcelona más que 170 votos, y 1.000 en toda Cataluña. Pero no hay que creer que estos son los peores elementos. Todo lo contrario, la mayoría podrían estar con nosotros, y lo estarán cuando despleguemos nuestra bandera.

Al comienzo de la revolución de 1917, la mayoría de las organizaciones socialdemócratas aún eran comunes, e incluían en sus filas a bolcheviques, mencheviques, conciliadores, etc.³ La tendencia hacia la unificación era tan

3. La mayor parte de las organizaciones social-demócratas reconstituidas antes de 1917, lo habían sido sobre una base «unitaria». Fueron muchos los que se adhirieron al partido bolchevique bajo esta situación en el mes de agosto de este año.

fuerte, que Stalin, en la conferencia del partido bolchevique, a finales de marzo, pocos días antes de la llegada de Lenin, se pronunció por la unificación con los mencheviques.⁴ Algunas organizaciones de provincias permanecieron unidas hasta la revolución de octubre. Para mí, la Federación Catalana es como una organización de este tipo, una organización sin delimitar, que engloba a futuros bolcheviques y futuros mencheviques. Esto justifica una política que tienda a provocar la diferenciación política en el seno de la Federación Catalana. El primer paso en este sentido debe ser la denuncia de la vulgaridad política del maurinismo. En este terreno es preciso actuar sin piedad. Sin embargo, la comparación entre la Federación y las organizaciones unificadas rusas exige algunas reservas de importancia. Las organizaciones unificadas no excluían ninguna agrupación socialdemócrata existente. Todas tenían derecho a luchar por sus opiniones en el seno de la organización unificada. En la Federación Catalana ocurre todo lo contrario. Aquí el «trotskismo» está colocado en el índice. Los confusionistas tienen derecho a defender sus confusiones, pero los bolcheviques-leninistas no tienen el derecho de elevar abiertamente su voz.⁵ De esta forma, desde el principio, esta organización unificada se priva de su ala izquierda, y por eso mismo se convierte en un bloque caótico de tendencias centristas y derechistas. El centrismo puede derigirse tanto a la izquierda como a la derecha. El centrismo de la Federación Catalana, que durante la revolución se separa de su ala izquierda, está abocado a una bancarrota vergonzosa. La tarea de la Oposición de izquierda consiste en precipitar esta bancarrota por medio de una crítica sin piedad.

Pero hay otra circunstancia a la que hay que conceder una importancia excepcional. Oficialmente, la Federación Catalana está por la unificación de todas las orga-

4. Para facilitar la unificación, Stalin proponía el 1.º de abril que los bolcheviques no presentaran una plataforma política propia (*Voprosy Istorii K.P.P.S.*, n.º 2, 1962, pp. 139-140, et J. J. Marie, *Stalin*, pp. 57-58).

5. Tanto por la lectura de la prensa contemporánea como por el testimonio del propio Maurín, parece que la Federación Catalana empleó más la disuasión que la expulsión. De todas formas los amigos políticos de Nin que se habían afiliado allí, no permanecieron mucho tiempo; este fue el caso sobre todo de Molins y Fábrega, Francisco de Cabo y Carlotta Durán. Nin, por su parte, habla siempre de «expulsiones».

nizaciones y grupos comunistas. Ciertamente, sus militantes de base desean sincera y lealmente la unidad aunque ligen a esta consigna toda clase de ilusiones. Luchamos por la unidad, porque en el marco de un partido unificado esperamos efectuar con éxito un trabajo progresivo de delimitación ideológica, sobre la base de los objetivos y las tareas, no impuestas desde fuera, sino resultantes del desarrollo de la propia revolución.

De todas maneras, luchamos por la unificación de todos los comunistas. Para nosotros la condición fundamental para la unificación es el derecho a poder luchar por nuestras propias consignas, por nuestros puntos de vista, en el marco de la organización unificada. Podemos y debemos jurar una lealtad total en esta lucha, sin embargo, la misma federación rechaza esta condición fundamental desde el principio: luchando bajo la bandera de la unidad expulsa de sus filas a los bolcheviques-leninistas. En estas condiciones, otorgar un papel dirigente a la Federación Catalana en la lucha por la unidad del P.C. demostraría por nuestra parte, la peor de las ineptitudes. Maurín se apresuraría a tocar el primer violín en el congreso de unificación. ¿Podemos callarnos ante esta repugnante hipocresía? Al luchar contra la Oposición de izquierda, Maurín imita a la burocracia estalinista, para ganar sus favores. En realidad, dice a los estalinistas: «dadme vuestra bendición, y sobre todo vuestros subsidios y os prometo luchar contra los bolcheviques-leninistas, no por miedo, sino por convencimiento ideológico». La actitud de Maurín hacia la unificación no es más que un chantaje a los estalinistas. Si consentimos esto, no actuaremos como revolucionarios, sino como auxiliares pasivos de un chantaje político. Debemos denunciar incansablemente el papel de Maurín, es decir, su «charlatanería» unificadora, pero sin descuidar un solo instante nuestra lucha por la unificación real de las filas comunistas, sin descuidar nuestra lucha por que las filas comunistas se alinean bajo nuestra bandera.

El trabajo de la izquierda internacional debe concentrarse, en sus nueve décimas partes, sobre España. Es preciso disminuir todos los gastos para tener la posibilidad de editar un semanario en español, con ediciones regulares en catalán, distribuyendo al mismo tiempo panfletos en cantidad considerable.

Es preciso ver cómo se restringen todos los gastos

sin excepción para prestar la mayor ayuda posible⁶ a la Oposición española.

En mi opinión, el S.I. debe consagrar las nueve décimas partes de su actividad a los problemas de la revolución española. Sencillamente hay que olvidar que en el mundo existen tipos como Landau.⁷ Es preciso abandonar todas las querellas, todas las intrigas, no consagrán-doles desde ahora ni un minuto. La revolución española está a la orden del día. Es preciso traducir sin tardanza los documentos más importantes y someterlos a la crítica necesaria. El próximo número del *Boletín* internacional debe estar enteramente dedicado a la revolución española. Por otra parte es necesario tomar toda una serie de medidas organizativas. Para esto se precisan hombres y medios. Ambos deben encontrarse.

No hay ni puede haber crimen mayor que perder el tiempo.

6. Raymond Molinier, dirigente y «responsable de finanzas» de la Ligue francesa, se dirigirá poco después a España para arreglar la cuestión del semanario.

7. Ver nota 7, capítulo A 20.

LA CUESTIÓN NACIONAL EN CATALUÑA¹

(Carta al S.I., 13 de julio de 1931)

Aún sobre las cuestiones actuales de la revolución española.

1.º Maurín, «jefe» del «Bloque obrero y campesino», adopta el punto de vista del separatismo. Después de algunas dudas ha decidido constituirse como el ala izquierda del nacionalismo pequeño-bugués. Ya he afirmado que en el actual estadio de la revolución, el nacionalismo pequeño-burgués catalán es un factor progresivo, pero con una condición: que desarrolle su actividad fuera de las filas comunistas y que pueda estar siempre bajo la crítica de éstos. Por el contrario, si se deja que el nacionalismo pequeño-burgués se disfrace con la máscara del comunismo, se está asestando un duro golpe a la vanguardia del proletariado, y al mismo tiempo se está matando la significación progresiva del nacionalismo pequeño-burgués.

2.º ¿Qué significado tiene el programa del separatismo? La desmembración política y económica de España, o, dicho de otro modo, la transformación de la península Ibérica en una especie de península Balcánica, con estados independientes, barreras aduaneras, con ejércitos independientes y con guerras hispánicas «independientes». Entendámonos, Maurín dirá que no es todo esto lo que él pretende. Pero los programas tienen su lógica, y esto es lo que le falta a Maurín...

3.º Los obreros y los campesinos de las diferentes

1. T. 3394. Carta al S.I., B. O., n.º 23, agosto de 1931, pp. 15-16, *The Militant*, 19 de septiembre de 1931.

partes de España, ¿están interesados en el desmembramiento económico del país? De ninguna manera. Precisamente por esto, es nefasto identificar la decisiva lucha por el derecho a la autodeterminación, con la propaganda separatista. Nuestro programa es la Federación Hispánica, con el elemento indispensable de unidad económica. No tenemos intención de imponer este programa a las nacionalidades oprimidas de la península con la ayuda de las armas burguesas. En este sentido, estamos sinceramente por el derecho a la autodeterminación.³ Si Cataluña se separa del resto de España, tanto la minoría comunista catalana como la española, deberán combatir por una Federación.

4.º En los Balcanes, es aún la vieja socialdemocracia de antes de la guerra, la que ha avanzado la consigna de la Federación Balcánica democrática, como solución a la situación de locos creada por el desmembramiento de los estados. Hoy en día, la consigna comunista en los Balcanes debe ser la Federación soviética Balcánica (a propósito, la I.C. ha propuesto la consigna de Federación soviética Balcánica, ¡pero al mismo tiempo la rechaza para Europa!). En esta situación, ¿podemos hacer nuestra la consigna de balcanización de la península Ibérica? ¿No es monstruoso?

5.º Los sindicalistas —por lo menos algunos de sus jefes— han declarado que lucharán contra el separatismo si es necesario con las armas en la mano. En este caso, comunistas y sindicalistas se encontrarán en diferentes lados de la barricada, porque aunque no compartan las ilusiones separatistas, sino todo lo contrario, criticándolas continuamente, los comunistas deben oponerse tenazmente a los verdugos del imperialismo y a sus lacayos sindicalistas.

6.º Si la pequeña burguesía llegase a desmembrar España, en contra de los consejos y la crítica de los comunistas, no tardarían en hacerse evidentes los resultados de este tipo de régimen. Los obreros y los campesinos de las diferentes partes de la península llegarían rápidamente a esta conclusión: Sí, los comunistas tenían razón. Precisamente esto significa que nosotros no de-

2. Trotsky desarrolla aquí la posición defendida por Lenin y el partido bolchevique frente a las diversas nacionalidades del imperio zarista.

bemos comprometernos ni lo más mínimo con el programa de Maurín.

7.º Monatte espera que los sindicalistas españoles crearán un nuevo estado sindicalista.³ En vez de esto, sus amigos españoles se integran con éxito en el Estado burgués.⁴ ¡El cuento de la desgraciada gallina que empolla huevos de pato. Hoy en día es muy importante seguir de cerca todo lo que dicen y lo que hacen los sindicalistas españoles. Esto posibilitará a la Oposición de izquierda francesa golpear con éxito al anarcosindicalismo francés. Está fuera de duda que los anarcosindicalistas se comprometerán continuamente a la hora de la revolución.

¡La genial idea de los anarcosindicalistas consiste en ir contra las Cortes sin participar en ellas! Empezar la violencia revolucionaria, lucha por el poder, apoderarse de él, nada de esto les está permitido. En lugar de esto, se les recomienda «controlar» a la burguesía en el poder. Un cuadro magnífico: ¡la burguesía desayuna, come y cena, mientras el proletariado dirigido por los anarcosindicalistas, con la tripa vacía, controla las operaciones!

3. En *La Révolution Proletarienne*, n.º 117, mayo de 1831, Pierre Monatte se extrañaba de la orientación reformista de los anarcosindicalistas españoles de la C.N.T. Llamaba a los anarquistas y a los anarcosindicalistas a observar la realidad y aceptar la necesidad de la «dictadura del proletariado», sin que fuera, como en Rusia, la dictadura de un partido; sugería que en la actual situación española, esta dictadura del proletariado podría ser asegurada por los sindicatos, que harían nacer de esta forma un nuevo tipo de «Estado obrero» y una forma sindical de la dictadura del proletariado.

4. Alusión al núcleo dirigente de la C.N.T., con Ángel Pestaña, Juan Peiró, etc., que se había comprometido abiertamente con los dirigentes republicanos, orientándose hacia un programa reformista.

EL CASO ROSMER

(Cartas a Nin)

2 de julio de 1931

[(...) No le reprochaba que escribiera poco o muy de vez en cuando, sino de eludir sistemáticamente ciertas cuestiones en su correspondencia (...)]

Aún hay una cuestión que me inquieta. Usted no puede ignorar la posición actual de Rosmer.¹ En esta cuestión esperaba más claridad por su parte. Si usted considera que yo he cometido tal o cual error, estoy dispuesto a escuchar cualquier tipo de crítica, incluso la más dura, y dispuesto igualmente para hacer todo lo posible para arreglar una situación completamente deteriorada por culpa de Rosmer. Confieso que me inquieta mucho el hecho de que usted no me haya comunicado la visita de Rosmer² y no me informe de lo que quiere y lo que pro-

1. El 17 de enero de 1931, Nin había escrito a Trotsky: «Debo confesarle que no consigo orientarme convenientemente sobre las causas reales de la crisis (francesa). Rosmer me escribió hace unos días una larga carta para demostrarme que no existían divergencia de principio, que todo se reducía a la incompatibilidad entre ellos y Molinier, al que califica de "ambiguo" y "muy desacreditado en el movimiento obrero francés".»

2. Nin responderá el 15 de julio: «Un par de palabras sobre las cuestiones que ocasionaron injustamente su inquietud, ya que usted ve en mí ciertos elementos de "diplomacia". Voy a hablarle de la visita de Rosmer. Ante todo debo decirle que estoy convencido de haberle hablado de esto. En realidad no hay gran cosa que decir. Estuvo muy sobrio en sus opiniones (...). Sobre la cuestión francesa me contó algunas cosas de las que no estaba ente-

pone, ni lo que debo hacer, según su opinión, en este asunto. Aquí se puede apreciar cómo, según mi opinión, en usted, hay algo de «diplomacia» (...)]

27 de julio de 1931

[(...) Confieso que la parte de su carta dedicada a Rosmer me ha producido una extraña impresión. Usted escribe que los aspectos políticos y personales son inseparables. Es cierto, yo insisto continuamente en esto. Sin embargo, me parece que usted no se conforma con separarlos, sino que tiene una cierta tendencia a subordinar la política a lo personal.³

Hemos consumado un cierto número de rupturas a escala internacional; nos hemos desembarazado de Van Overstraeten, que era la edición belga de Maurín y al que Rosmer sostenía a medias (Rosmer lo hace todo a medias); con grandes esfuerzos nos hemos separado de los Monatistas y de los semimonatistas,⁴ a los que Rosmer sostenía obstinadamente; hemos sostenido una lucha contra las recaídas sindicalistas (Gourget), que se produjeron por culpa de Rosmer;⁵ durante un año, Rosmer ha

rado. Debo decirle sinceramente que no acabo de ver estas cuestiones suficientemente claras.»

En otras ocasiones Nin volverá a referirse a estas cartas que cree haber escrito y que Trotsky no recibió. En este tipo de problemas, el escepticismo de Trotsky aumentará con el tiempo.

3. En su carta del 15 de julio, Nin escribía igualmente: «Sobre Molinier y Frank he podido escuchar las opiniones más contradictorias y he de confesarle que me inclino del lado de las negativas. Pero le repito, todo esto no son más que suposiciones y presentimientos. Creo que no estoy lo suficientemente informado como para expresar una opinión definitiva, de la misma forma que la expresé, por ejemplo, sobre Alemania, donde no tenía ningún tipo de duda, ya que conocía a las personas y lo veía todo claro.»

4. Sobre Van Overstraeten, ver más arriba (A 2, nota 5). «Sobre la ruptura con Monatte, ver «Les fautes fondamentales du syndicalisme» *La lutte de classes* n.º 17, enero de 1920, y «Monatte a franchi le Rubicon» *La Vérité*, 19 de diciembre de 1930, reproducidos en «*Le Mouvement communiste en France*», pp. 355-362 y 363-368. Por «semicentristas», Trotsky se refería probablemente a militantes como Carbit, al principio miembro del grupo iniciador y colaborador de *La Vérité*, y que se había unido a Monatte.

5. En abril de 1930 nació la oposición unitaria —oposición antiestalinista en el interior de la C.G.T.U.— cuyos fundadores habían sido Rosmer y Maurice Dommanget, uno de los animadores de la

bloqueado abierta y deliberadamente el debate con los bordiguistas;⁶ ha sostenido la «pandilla» de Landau en métodos y opiniones sobre los que he escrito extensamente en la carta circular.⁷ Me parece que todos estos asuntos, más que programáticos son archipolíticos. Pero usted dice que necesita ver a Molinier y a Frank antes de deci-

federación unitaria de la enseñanza. Los organizadores trotskistas de este agrupamiento sindical habían sido Gourget (sinónimo de Barozine) y Michel Collinet (alias Paul Sizoff) que en seguida serían atacados por Molinier y Frank, acusados de desviación sindicalista (*Le Mouvement Communiste*, p. 286) Trotsky intervino defendiendo a estos últimos a los que llama «el ala marxista» y lanza contra Gourget y sus camaradas una requisitoria que cierra el debate («Les erreurs des éléments droitiers de la Ligue dans la question syndical», *La Vérité*, 16 de enero de 1931. *Le Mouvement communiste*, pp. 379-389).

6. Los bordiguistas actuaban en el interior de la Ligue por medio de las oposiciones defendidas por el grupo italiano en Bruselas, que editaba *Prometeo*.

7. La crisis de la oposición alemana acabaría en escisión. Se consumó en mayo. Las secciones de la oposición fueron informadas por Trotsky en una carta del 17 de febrero de 1932. *Hasta el último momento* Trotsky había intentado evitar la escisión, atacando tanto a la «Fracción Well», que hablaba de expulsar a Landau, como a la «fracción Landau». A causa de las suspensiones y expulsiones tomadas por este último contra sus adversarios, 16 miembros de la sección alemana, elegidos el año precedente, no quedaron más que 5, todos partidarios de Landau. Una delegación del secretariado internacional, con Pierre Frank fue a Alemania con la intención de reunificar a la dirección y preparar una conferencia. Pero Landau denunció los «métodos administrativos» destinados a excluirle, rechazando todo arbitraje del S.I. en un conflicto que consideraba resuelto. El 31 de mayo tuvo lugar una reunión de la dirección, sin los 5 miembros de su fracción que se negaron a acudir. El 11 de junio, el S.I. informaba de la escisión declarando: «Landau ha fraccionado la sección alemana sin que ningún tipo de debate haya sacado a la luz las líneas divergentes.» Retomando la apreciación de Trotsky, que en su carta del 17 de febrero había escrito que: «Ni la organización de Saxe, ni el grupo de Landau representan dos corrientes divergentes, ni mucho menos dos corrientes irreconciliables» citando al propio Landau a causa de la «artificial profundización de las divergencias políticas como consecuencia de las relaciones personales hostiles». En el mismo texto, en el que califica al grupo de Landau como «clique», Trotsky indicaba que ya en la discusión francesa, Landau se había colocado en el grupo de los «sindicalistas» y «que no dejaba pasar una ocasión para atacar a los camaradas de la nueva dirección de la Ligue», que llevaba internacionalmente «una campaña inocua y demigrante». En el plano internacional, Landau y Rosmer estaban ligados por lo menos por su común hostilidad a Molinier. Nin, como miembro del Buró internacional, había apoyado a Trotsky y condenado muy claramente a Landau, escribiendo el 5 de abril: «la actual crisis

dir de qué lado se coloca.⁸ No consigo comprenderle... ¿Cómo podríamos efectuar nuestro trabajo internacionalmente en el caso de que surgieran nuevas divergencias de principio en el seno de las diferentes secciones? ¿Deberíamos trasladar a los representantes de las dos opiniones a todas las capitales del mundo? ¿Existe algún malentendido cuyo carácter principal o episódico no haya apreciado yo?

¿Puede ser que, absorbido por los problemas españoles, no haya leído las publicaciones extranjeras de la Oposición, entre otras *La Vérité*, el *Boletín* ruso y sobre todo el *Boletín* internacional? Si no fuera eso, debería calificar su actitud de la siguiente forma: Para usted todo el trabajo ideológico de estos últimos años no existe y lo instituye por impresiones personales. Esto es impresionismo, no marxismo. Evidentemente no debe seguir una política semejante.]

26 de agosto de 1931

[Usted se queja de que no recibe cartas mías; sin embargo, yo le he escrito, y no menos a menudo que usted. En concreto le he escrito una larga carta sobre Rosmer, no sé si la habrá recibido. Por otra parte, los camaradas de Berlín se quejan de que usted no contesta a nadie...

Me veo en la obligación de declarar formalmente que todas esas «acusaciones personales» que Rosmer lanza contra Molinier, ya las conocíamos antes del conflicto, y tanto Rosmer como yo, las consideramos como calumnias

de la sección alemana podría tener consecuencias desastrosas para todo nuestro movimiento si no adoptamos medidas enérgicas y rápidas. La crisis debe resolverse por los eficaces medios del centralismo democrático. En este sentido las proposiciones formuladas por el camarada Trotsky me parecen absolutamente justas y las suscribo sin reserva». Sólo algo más tarde tendrá lugar el acercamiento entre Nin por una parte y Landau y Rosmer por otra.

8. La frase de la carta del 15 de julio de 1931 a la que Trotsky hace alusión era la siguiente: «Sería necesario que viese a Molinier y a Frank para charlar con ellos.» Trotsky se indignaba de que Nin, para juzgar, tuviese necesidad de algo más que examinar las respectivas posiciones defendidas por los protagonistas. Apparentemente Nin había sufrido la influencia de Rosmer, que no veía en el conflicto más que antagonismos de orden personal.

y tomamos las medidas necesarias para obligar a los calumniadores a asumir su responsabilidad. Rosmer no se ha rebajado a reunir estas acusaciones, sino después de que estallase el conflicto político entre Molinier y él⁹(...)]

1 de septiembre de 1931

[Sin duda a Rosmer le parece que sus adversarios inventan las divergencias. Pero esto no explica el hecho de que Rosmer se detenga precisamente cuando empieza el problema. Este hombre posee grandes cualidades personales y tiene un pasado muy estimable. Sin embargo, tiene tres defectos: 1) no es marxista, 2) no es un revolucionario, 3) no es un político (...)]

Mis divergencias con Rosmer comenzaron el mismo día de su regreso a París, desde Prinkipo. Vuelto a su antiguo ambiente ha vuelto a adquirir casi automáticamente sus antiguas relaciones y su forma de pensar. *La Vérité* inmediatamente comenzó a tener desviaciones sindicalistas. Sobre McDonald y su partido, Rosmer escribía

9. Aparentemente Nin iba a deponer las armas en seguida, pues Molinier había ido a España y le había visitado varias veces en Barcelona. Después de su primera visita, Nin escribía a Trotsky en una carta del 25 de agosto: «Sólo dos palabras sobre la cuestión francesa. Me expresé mal, lo cual es lógico, ya que escribí apresuradamente debido a la falta de tiempo. No subordino —sería absurdo— las cuestiones políticas a las personales. Sencillamente creo —y en eso está usted de acuerdo— que las personas juegan un importante papel. No he tenido tiempo de examinar a fondo los papeles concernientes a la sección francesa, estoy a punto de hacerlo ahora; es a causa de esto que no puedo hablarle lo suficientemente claro. En líneas generales, su manera de enfocar la cuestión sindical me parece absolutamente correcta (ver más arriba nota 5). Sin embargo no he podido aún apreciar en qué medida existen los errores que usted señala. Aquí es donde los fallos de las personas pueden jugar un importante papel. A veces se atribuyen a las personas errores que no han cometido nunca. Con esto no quiero acusarle —nada más lejos de mis intenciones— pero esta hipótesis no está excluida en el lado francés. Se lo repito: no son conjeturas. Un estudio detenido de los documentos sin duda me ayudará a llegar a las conclusiones precisas. Por otra parte he conocido a Molinier —circunstancia que tiene su importancia— y debo decirle que la impresión que me ha causado ha sido excelente. No dejaré de comunicarle mi opinión definitiva. En lo que concierne a Rosmer estoy totalmente de acuerdo con usted.»

como si pensase que ellos «no comprendían en absoluto» cómo defender los intereses de la clase obrera.¹⁰

Si Currier determinaba la especie por la mandíbula de los animales, es por estas palabras de «no comprenden nada» que es posible determinar el pensamiento de Rosmer.

Cree que el partido es una cosa y *La Vérité* otra. No cree en la necesidad de una organización internacional, y en sus relaciones con ella, la considera como un fardo. Ha protegido a Overstraeten, a los bordiguistas, en suma, a todo lo confuso e indeterminado. Si fuese una camarada joven, se podría decir: «ya aprenderá». Desgraciadamente todo el mundo esperaba que fuese Rosmer quien les enseñase, y todo el mundo se ha visto decepcionado. De esta forma ha surgido el conflicto entre los elementos vivos y revolucionarios y el grupo Rosmer. Intentando convencerle por medio de cartas personales, he realizado al mismo tiempo todo lo que dependía de mí, para conservar la unidad de la organización, así como el puesto de responsabilidad que Rosmer ocupaba en ella. Pero no ha aceptado ningún compromiso, ya que quería aniquilar a esos jóvenes camaradas que, en el fondo, tenían razón contra él.¹¹ (...)]

10. En un artículo dedicado a «Sept mois de gouvernement travailliste» en *La lutte de classes*, n.º 17, enero de 1930, pp. 44-56, Rosmer al término de un análisis hecho bajo el aspecto de un observador señalaba la siguiente conclusión: «El Independent Labour Party ha acentuado netamente su programa a lo largo de estos últimos años declarando que el socialismo puede ser realizado desde ahora (...). Ha criticado vigorosamente la nueva tendencia de los dirigentes del Labour Party, dirigiéndose cada vez más hacia la derecha en busca de los tráfugas del liberalismo. Si no avanza más rápido es porque duda, porque no quiere emplear los únicos medios que permitirían la realización del socialismo ahora (...). El Labour Party (...) se aleja de sus orígenes, reemplaza su base obrera socialista por un laborismo liberal, que recuerda mucho al viejo laborismo, pero más apagado y más timorato.»

11. Se puede pensar que Nin puso punto final a esta discusión cuando escribió a Trotsky el 18 de septiembre: «Durante estas dos semanas he estudiado los documentos relativos a la cuestión francesa. He conversado largamente sobre este problema con Molinier, que, como usted sabe, ha estado entre nosotros. Todas mis dudas se han acabado. Ahora estoy convencido de que la razón no está del lado de Rosmer y Naville (a Rosmer no le he visto en esta ocasión). Estoy contento de haber conocido a Molinier, del que he apreciado toda su devoción y en el que he visto un verdadero revolucionario (...). Debo confesarle que lo que Rosmer me había

¿UN GIRO DE LOS ESTALINISTAS?¹

(Carta al S.I., 30 de julio de 1931)

dicho sobre él, me había producido cierta impresión; pero se lo repito, ya no abrigo ninguna duda sobre esto. La posición de Molinier me parece absolutamente justa y considero que tener militantes como él es un gran avance para la Oposición.» Sin embargo, dos meses más tarde Nin volvía a cambiar de opinión, ya que Molinier no había cumplido su promesa de ayudar financieramente al semanario *El Soviet*. Se puede pensar si por el contrario no habían sido las promesas de Molinier unidas a su innegable atractivo personal, lo que había provocado la conversión de Nin en septiembre. En todo caso a esta conclusión llegará Trotsky. En honor de la verdad hay que señalar también que Trotsky, después de la fundación del diario *La Commune* y la escisión del grupo bolchevique-leninista por iniciativa de Molinier, juzgó a éste, desde entonces hasta su muerte, de forma por lo menos tan severa como lo habían hecho Naville Rosmer, Nin y Leonetti. En 1938, después de la muerte de León Sedov, hijo de Trotsky, que había cuidado de su nieto, Sieva Volkov, hijo de su hermana Zina, su compañera Jeanne Martin de Paillères, cuyo primer marido había sido Molinier y que pertenecía a su grupo, intentó conservar el niño, a pesar de que Trotsky y su mujer, sus únicos parientes vivos, lo reclamaban en México. Fue Rosmer quien llevó el niño a México con sus abuelos.

Según una información del camarada N.² al comité central del partido comunista español ha realizado un decisivo giro en su política...

Según afirma N. da la sensación de que el comité central del Partido Comunista Español, a pesar de conservar formalmente la consigna de «dictadura democrática» ha cambiado decisivamente en dos aspectos: primero, se dirige hacia la lucha por las consignas democráticas; segundo, está dispuesto a aplicar la política de frente único.

Esta es una victoria clara e indiscutible de la Oposición de izquierda.³ Comprobar si este giro de los estalinistas es serio y decisivo es ya otro problema. De todas formas el mismo hecho del giro depende en gran medida de nuestra política. Sin embargo, el viraje es ya un resultado directo de la crítica de la Oposición de izquierda (...).

La única fuerza progresiva en el seno del comunismo es la fracción de la Oposición de izquierda (...). De sus

1. T. 3402, publicado en el B. O., n.º 24, septiembre de 1931, p. 17 y en *The Militant*, el 26 de septiembre de 1931.

2. Se trata de una carta de Andrés Nin cuyo texto no conocemos. Por su parte, la prensa de la Oposición publicará la circular del comité central del P.C. español que anuncia el «giro».

3. En este punto existía un acuerdo total entre Trotsky y sus camaradas españoles; en su opinión los estalinistas españoles se habían visto obligados a realizar el giro bajo el fuego de su crítica y para aplacar el descontento en el seno de sus propias filas.

éxitos dependen los del comunismo en su conjunto y sobre todo los de la revolución española.

¿Cómo hemos de reaccionar ante el giro de los estalinistas españoles? Sobre esto tenemos una experiencia considerable, aunque a decir verdad, es más bien la experiencia de nuestros propios errores. Cuando los estalinistas franceses, en gran medida bajo la influencia de nuestras críticas, decidieron batirse en retirada y abandonar la política fantasmal del «tercer período», la antigua dirección de la Ligue⁴ declaró en seguida que el oportunismo ocupaba el lugar del aventurerismo y que la Oposición de izquierda debía continuar con sus críticas como si no hubiera pasado nada.

Nosotros criticamos en su día este tipo de política formalista, cuya consecuencia resultó ser que la Ligue dejó pasar una oportunidad extremadamente favorable para tejer lazos con el proletariado. Esperemos que este error no se repita en España.

En su breve carta, el camarada N. señala dos hechos que tienen un excepcional significado para la política de la oposición de izquierda en el actual período: El partido oficial ha dado, por lo menos de palabra, toda una serie de pasos en dirección a la política de los bolcheviques-leninistas; por otra parte la dirección de la Federación Catalana se hunde cada vez más profundamente en el oportunismo y el nacionalismo pequeño-burgués. El partido oficial hasta ahora ha hecho todo lo posible para que se identifique la política de la oposición de izquierda con los engaños de Maurín. Ahora tenemos una ocasión excepcional para aclarar todos los malentendidos.

La oposición de izquierda debe someter el giro del comité central del partido comunista español a un análisis serio —sin ingenua credulidad, pero también sin prejuicios sectarios. Debemos evaluar claramente todo lo que hemos avanzado. Donde subsistan diferencias, hay que delimitarlas sin indulgencia ni embellecimientos.

Cuanto más rápida y decisivamente reaccione la opo-

4. Aquí Trotsky hace alusión a la primera dirección de los B.L. franceses, sobre todo Rosmer y Pierre Naville que, a causa de la discusión sindical, acababan de ceder el puesto a Raymond Moli- nier y Pierre Frank.

sición de izquierda acercándose al partido, más redundará todo esto en beneficio de la propia oposición de izquierda, del partido y de la revolución española.⁵

5. De hecho los militantes de la oposición española llegarán en seguida a la conclusión de que el giro no era ni tan profundo ni tan serio y se referirán a él más bien como «pretendido giro».

EL PAPEL DE LAS HUELGAS EN UNA REVOLUCIÓN¹

(Carta al S. I., el 2 de agosto de 1931)

Esta carta tiene por objeto intercambiar algunas ideas respecto a la tumultuosa ola de huelgas que recorre España.² En mi segundo folleto sobre la revolución española, solamente indiqué una de las perspectivas posibles: el movimiento revolucionario se desarrolla impetuosamente, pero sin ninguna dirección justa, terminando en una explosión, que aprovechan las fuerzas contrarrevolucionarias para aplastar al proletariado.³ Como ya señalé en el otro folleto, esto no significa que la tarea de los comunistas sea frenar la movilización revolucionaria. Estoy seguro que no tendremos ninguna diferencia respecto a esto; sin embargo me gustaría analizar más profundamente esta cuestión, pues me parece de gran importancia práctica.

Para empezar es preciso que quede bien claro que esta explosión elemental y violenta de las huelgas es la expresión inevitable del propio carácter de la revolución, y, en cierto sentido, su base. La inmensa mayoría del proletariado español no tiene ni la más remota idea de lo que es la organización. Durante la dictadura nació una nueva generación de obreros que no tienen ni la más mínima

1. T. 3402, carta al S.I. publicada en el B. O., n.º 24, septiembre de 1931, pp. 17-18, y después en *Fourth International* en octubre de 1943.

2. Esta ola de huelgas, a menudo de carácter insurreccional, empezó en Sevilla extendiéndose por Andalucía y después por toda España, hasta las grandes huelgas de septiembre en Barcelona.

3. Ver más arriba, cap. A 11 «La Revolución española y los peligros que la amenazan».

experiencia política independiente. Pero la revolución despierta —precisamente esta es su fuerza— a las masas trabajadoras más atrasadas, más despreciadas, más oprimidas. Su despertar toma la forma de la huelga. Por medio de la huelga, las diferentes capas de las masas trabajadoras se dan a conocer, se relacionan entre sí, experimentan sus propias fuerzas y las de su enemigo. Una capa despierta y contamina inmediatamente a otra. La consecuencia de esto es que la huelga se hace absolutamente inevitable. Los comunistas no deben alarmarse, pues en esto consiste la propia fuerza creadora de la revolución. Únicamente por medio de estas huelgas, con todos sus errores, sus «excesos», sus «exageraciones» es como el proletariado se pone en pie, se une en un todo, y comienza a sentirse y a concebirse a sí mismo como una clase, como una fuerza histórica viva. Las revoluciones nunca han avanzado, bajo el látigo de un cochero. Excesos, errores, sacrificios, así es la naturaleza de la revolución.

Si el partido comunista hubiese dicho a los obreros: «Soy demasiado débil todavía para poder dirigiros, esperad un poco, no os apresuréis, no deis la señal de combate poniéndoos en huelga, ¡dejadme tiempo para crecer!», se hubiese cubierto de vergüenza para siempre, las masas al despertar hubiesen pasado por encima de su cabeza, y, en lugar de crecer, se hubiese debilitado aún más.

Prever correctamente un peligro histórico, no significa que pueda evitarse únicamente a base de razonamientos. No se pueden rechazar los peligros más que teniendo la fuerza necesaria. Para conseguir esta fuerza, el partido debe lanzarse con todas sus fuerzas hacia ese «movimiento elemental» o semielemental a punto de evolucionar; no para contenerlo, sino para aprender a dirigirlo, para adquirir autoridad y fuerza en el mismo seno de la lucha.

Sería erróneo pensar que el actual movimiento ha sido provocado por los anarco-sindicalistas.⁴ Estos están sufriendo una irresistible presión de la base. Al núcleo dirigente le gustaría poder frenar el movimiento. Algunos elementos, como Pestaña, están a punto de negociar entre bastidores con la patronal y la administración, cual es la mejor forma de acabar con las huelgas. Mañana muchos

4. Los comentarios de la época en *Comunismo* dejan entrever esa opinión.

de ellos se convertirán en verdugos de los obreros, predicando, como los mencheviques rusos, contra la «fiebre de huelgas», mientras disparan sobre ellos.

No hay duda que esto profundizará la división entre los anarco-sindicalistas. Cuanto más avance la línea revolucionaria, más se diferenciará de los síndico-reformistas. De esta izquierda surgirán inevitablemente putchistas, aventureros heroicos, terroristas individuales, etc.⁵

No es inútil repetir que no debemos alentar ningún tipo de aventurerismo. Hay que dejar bien claro que no va a ser el ala derecha, la que lucha contra las huelgas, la que más se acercará a nosotros, sino la izquierda, sindicalista revolucionaria. Será tanto más fácil acabar con todos los elementos aventureristas a medida que los sindicalistas revolucionarios se convenzan de que los comunistas no somos intelectuales, sino luchadores.

Se suele acusar al partido oficial de llevar una política aventurerista en lo relativo a las huelgas. No puedo juzgar por falta de información. La actuación del partido en el período anterior hace suponer que esta acusación probablemente tenga justificación. Precisamente debido a esto, es posible que después de quemarse los dedos gire bruscamente hacia la derecha. La peor desgracia sería que las masas obreras vieran en los comunistas, igual que Pestaña, a gentes que les gusta inculcar sus dogmas de arriba a abajo, en vez de elevarlos hasta ellos, de abajo a arriba.

Resumiendo: indudablemente sigue existiendo el peligro de unas «Jornadas de julio»⁶ aunque para los comu-

5. Dos meses más tarde, un artículo de Molins y Fábrega en *Comunismo*, n.º 5, octubre de 1931, titulado «Las dos tendencias cenetistas», ilustrará este análisis. Demuestra que Peiró, Pestaña y los demás dirigentes de la C.N.T. se han quitado la máscara con el «Manifiesto de los Treinta», revelando su verdadero rostro reformista. Su portavoz, *Solidaridad Obrera*, ataca violentamente a los «comunistas», en realidad el ala revolucionaria de los anarco-sindicalistas, que animan Juan García Oliver y Buenaventura Durruti. Este último define correctamente el papel de los dirigentes cenetistas que se han colocado al servicio de la paz social, amenazando a los burgueses republicanos, tipo Kerensky. Sin embargo al mismo tiempo afirma que el coronel Macià, líder del movimiento catalanista ¡es quien ha tenido en sus manos el destino de la revolución!

6. Es decir, los combates prematuros por el poder, sin dirección firme, que permiten a la contrarrevolución pasar al ataque, como en Rusia, en julio de 1917.

nistas el peligro más inmediato puede llegar a ser la argumentación abstracta, la necesidad de «parecer inteligentes», los razonamientos doctrinales, que los obreros revolucionarios considerarán con «graznidos pesimistas».

La oposición de izquierda no debe olvidar ni un sólo instante que los peligros inherentes al proceso revolucionario no pueden evitarse con una prudente vigilancia, sino únicamente con audacia, audacia y más audacia.

LOS SOVIETS Y EL PROBLEMA
DE LA «BALCANIZACIÓN»¹

(Carta a Nin, el 1.º de septiembre de 1931)

He recibido su carta del 25 de agosto. Usted sitúa el problema: ¿dónde llamar a los obreros, al partido o a la Federación?² Las condiciones locales hablan más bien de la Federación: las condiciones generales de España a favor del partido. Desde el punto de vista práctico, es decir desde el punto de vista de la correlación de fuerzas en un momento dado, el problema es delicado, pero pienso que nuestra posición de principio está clara: nosotros declaramos que somos una fracción del partido, una fracción de la Internacional comunista. Lo esencial de la lucha que llevan contra nosotros está en que somos «enemigos» de la U.R.S.S. y de la Internacional comunista. Incluso Maurín vive de las migajas que caen de nuestra mesa.

Si llamamos a los obreros a afiliarse a la Federación, nos comprometemos en el plano nacional e internacional. Y, ¿salimos ganando a escala de Cataluña?

A juzgar por los actuales resultados de la colaboración con la Federación, en mi opinión, nos traen más inconvenientes que ventajas. Toda la prensa de la Internacional

1. *The Militant*, 19 de diciembre de 1931.

2. Nin había escrito a Trotsky el 25 de agosto: «Tengo la posibilidad de crear organizaciones comunistas en varios pueblos. ¿Dónde debo afiliarlos? ¿Al Bloc o al partido oficial? Tengo muchas dudas sobre esta cuestión. Afiliarlos al partido oficial es difícil, pues no hay casi organización en Cataluña. Por otra parte las posiciones políticas del Bloc son tan falsas que no hace menos difícil aconsejar la afiliación a esta organización. Sin embargo, me inclino por esta última solución.»

comunista, con *Pravda* a la cabeza, nos hace responsables de la confusión oportunista de Maurín. Los artículos del camarada Mill³ en *La Verité*, también han contribuido en este sentido. Sin embargo fue necesario romper con la Federación y hemos salido con las manos vacías.⁴ En otras palabras, la colaboración con la Federación nos ha debilitado en el plano nacional e internacional, sin sernos útil en Cataluña. Ya es hora de hacer balance. En mi opinión debemos hacer un giro político radical, para no seguir confundiéndonos con Maurín —una confusión que ha actuado en provecho de Maurín y en detrimento nuestro. Lo más correcto sería llamar a los obreros a afiliarse a construir la fracción de los comunistas de izquierda, y a ingresar en el partido. Pero una política semejante exige que exista, por lo menos, un núcleo oficial de la oposición de izquierda en Cataluña. Si recuerda, llevo insistiendo en esto desde el mismo día de su llegada a Barcelona, ¡pero sin éxito!⁵ Hoy día no veo otra salida.

Maurín ha lanzado la consigna de ¡Todo el poder al proletariado! Creo que tiene usted toda la razón al pensar que Maurín lanza consignas de este tipo para asegurar un puente hacia los sindicalistas, y para aparentar una fuerza que realmente no tiene. Desgraciadamente, si las apariencias son muy apreciadas en política, son desastrosas en el terreno de la política revolucionaria.

¿Por qué no hay soviets en España? ¿Por qué? En una

3. Mill era el seudónimo de un militante judío de origen ruso (y no americano como dice Isaac Deutscher en el *Profeta Desterrado*, p. 93). Su verdadero nombre era Okun o Okhun, pero se hacía llamar tanto Mill como Pack Obin (sic).

El secretariado internacional le había enviado a España el día siguiente de la caída de la Monarquía, desde donde escribió dos artículos para *La Verité*, publicados el 24 de abril y el 8 de mayo, conteniendo vivos elogios a la Federación Catalana y a la *Agrupación* autónoma de Madrid, en cuyo seno consideraba que la oposición de izquierda tenía un lugar. Esta posición era totalmente contraria a la de Trotsky, pero estaba bastante cerca de la de Nin. No hubo rectificaciones ulteriores. La *alianza* de Mill con la oposición española debía jugar un papel primordial en las relaciones de esta última con Trotsky; ver, cap. A 35.

4. Entre los militantes «salidos» de la Federación Catalana —los amigos de Maurín niegan aún hoy día que se llevase a cabo ninguna expulsión— algunos constituyeron un núcleo de la oposición de izquierda en torno a Nin: El periodista Narciso Molins y Fábrega, Francisco De Cabo, Carlota Durán, Amadeo Robles.

5. Ver caps. A 2, A 5, A 8.

carta anterior expresé algunas ideas en este sentido. Las he desarrollado en un artículo, que le envío, sobre el control obrero en Alemania. *En el sentimiento de los obreros españoles*, la consigna de las *juntas* está ligada a la de los soviets y por esta razón les parece demasiado dura, demasiado decisiva, demasiado «rusa». Es decir, que la ven con diferentes ojos de como la veían los obreros rusos en la misma etapa. Nos encontramos frente a una paradoja histórica. ¿La existencia de soviets en Rusia actúa en el sentido de paralizar la creación de estos organismos en otros países que se encuentran en situación revolucionaria? En sus conversaciones con los obreros de todas las regiones de su país ha de dar a esta cuestión la máxima importancia.

De cualquier manera, si la consigna de las *juntas* (soviets) no llegase a tener eco, sería preciso concentrarnos en la de comités de fábrica. Ya he tratado este punto en el artículo que he mencionado antes. Podemos construir una organización soviética, a base de comités de fábrica, sin emplear la palabra soviet.

En mi opinión tiene toda la razón en la cuestión del control obrero. Renunciar al control obrero sencillamente porque los reformistas se pronuncian por él —aunque sólo de palabra— sería una enorme estupidez. Por el contrario, precisamente por esto, debemos agitar esta consigna con tanto más vigor, y obligar a los obreros reformistas a ponerla en práctica por medio de un frente único con nosotros y, sobre la base de esta experiencia, presionarles para que abandonen al Caballero y a otros faros.

En Rusia tuvimos éxito al crear soviets porque no éramos nosotros solamente los que nos reclamábamos de ellos, sino también los mencheviques y los social-revolucionarios, aunque evidentemente estos tenían otros objetivos.

En España no podemos construir soviets precisamente porque no los quieren ni los socialistas ni los sindicalistas. Esto significa que no se puede hacer frente único ni unidad de acción con la mayoría de la clase obrera sobre esta consigna.

Pero es el mismo Caballero quien, bajo presión de las masas, se ha visto obligado a adoptar esta consigna del control obrero, abriendo de esta forma las puertas a una política de frente único y de construcción de una organi-

zación que reúna a la mayoría de los trabajadores. Debemos agarrar el toro por los cuernos. Evidentemente Caballero intentará transformar el control obrero en control de los capitalistas sobre los obreros. Pero esta cuestión se relaciona con otro capítulo, la relación de fuerzas en el interior de la clase obrera. Si en la actual situación revolucionaria, conseguimos crear comités de fábrica en todo el país, el señor Caballero y compañía habrán perdido la batalla decisiva.⁶

Usted escribe sobre el riesgo que corremos de ayudar involuntariamente al liberalismo madrileño si nos contentamos con proclamar que la «balcanización» de la península ibérica es incompatible con los objetivos del proletariado. Tiene razón; si en mi anterior carta no señalé este peligro, ahora estoy dispuesto a hacerlo diez veces.

Las semejanzas entre las dos penínsulas deben ser expuestas de forma más matizada. Hace tiempo, la península balcánica estaba unificada bajo la dominación de los propietarios turcos, los generales y los cónsules. Las nacionalidades oprimidas soñaban con zafarse del yugo de sus opresores. Si opusiéramos nuestra negativa a la división de la península a las aspiraciones de las masas populares, nos convertiríamos en los lacayos de los pachás y los gobernantes turcos. Por otra parte, nosotros sabemos que los pueblos de los Balcanes, después de liberarse del yugo de los turcos, permanecieron bajo otro yugo durante décadas. Sobre esta cuestión, la vanguardia revolucionaria puede aplicar el punto de vista de la revolución permanente: la liberación del yugo imperialista, que es el problema clave de la revolución democrática, debe concluir en la Federación de Repúblicas Soviéticas, como forma de estado proletario.

Sin oponernos a la revolución democrática, todo lo contrario apoyándola sin reservas, incluso en el marco de la separación (es decir, sosteniendo la lucha, pero no las ilusiones) debemos agitar por nuestra posición independiente hacia la revolución democrática, recomendando, aconsejando, proponiendo la idea de la Federación

6. En 1923, durante los preparativos para la insurrección prevista en Alemania para el mes de octubre, Trotsky sostenía, en contra de Zinoviev, que los comités de fábrica podían jugar el mismo papel que los soviets en Rusia.

de Repúblicas Soviéticas de la península Ibérica, como parte constituyente de los Estados Unidos de Europa. Esta es mi concepción, expuesta de forma detallada. Es inútil decir que los camaradas de Madrid, y los camaradas españoles en general deben usar el argumento de la «balkanización» con una especial discreción.

A 24

¿FRACCIÓN AMPLIA O RESTRINGIDA?¹

(Carta a Nin, 27 de septiembre de 1931)

Querido amigo:

[En primer lugar me gustaría aclarar lo relativo a la cuestión debatida en la oposición de izquierda, ¿fracción amplia o restringida?] Conozco su opinión y la del camarada Lacroix. El camarada M. no me ha enviado aún el informe prometido.²

Debo admitir que aún no tengo del todo claro el funcionamiento de este debate. [Ayer, en Cataluña, según la conclusión que saco de sus cartas, el problema se situaba en los siguientes términos: ¿debemos llamar a los obreros a afiliarse al partido oficial o a la Federación Catalana?]

Según su última carta parece que la Federación Catalana expulsa de sus filas a los opositores de izquier-

1. Primera publicación íntegra en *The Militant*, el 14 de noviembre de 1931.

2. Evidentemente se trata del viaje de Molinier a España. El 20 de agosto Trotsky escribió al C.E. de la Ligue: «Me alegro mucho del viaje del camarada Raymond Molinier, con su energía y su devoción, sin duda será muy útil a los amigos de allá abajo.»

El 25 de agosto, haciéndose eco de la opinión expresada por Trotsky muchas veces, Nin le había escrito: «la tarea más importante para nosotros ahora es la publicación del semanario». En su primer viaje, Molinier le había dado algo de dinero para esto. Nin contaba con que esta ayuda seguiría. El 6 de septiembre precisaba: «Insisto en decir que nuestra tarea urgente es crear en Barcelona un semanario de Combate». Aseguraba a Trotsky que todo iría bien una vez arreglado el problema del dinero. «Ahora tenemos centro, jamás dudé que fuera necesario. Pero para conseguirlo hemos tardado un año.»

da, o sea, actúa de la misma forma que el partido oficial. Este hecho es absolutamente lógico. El ala derecha de los centristas, manifiesta en todos los países, empezando por la U.R.S.S., la misma hostilidad hacia los bolcheviques-leninistas; lo extraño sería que España fuese diferente en este sentido. Por el contrario, debido a la situación revolucionaria, todos los procesos históricos, incluidos los errores, llegan mucho más rápido a su conclusión lógica. Pero ¿se puede seguir llamando seriamente a los obreros a afiliarse a la Federación Catalana? ¿No podría concebirlo! Entendiéndose bien, podríamos intentar crear núcleos en el seno de la Federación Catalana, para reclutar el máximo de partidarios, en la perspectiva del inevitable derrumbamiento de la organización de Maurín. Podemos enviar individualmente a cierto número de camaradas con este objetivo. Pero ¿podemos llamar abiertamente a obreros que no son militantes del partido a entrar en la Federación Catalana? De ninguna forma. [Esto sería una falta muy grave, que no sólo debilitaría, sino que también deshonraría a la oposición de izquierda.]³

[Formalmente, la cuestión del partido oficial se sitúa en diferentes términos, ya que no hemos renunciado a la idea de ganarnos a la Internacional comunista y consiguiéndonos una de sus secciones. Siempre he observado la tendencia de numerosos camaradas a subestimar las posibilidades de desarrollo del partido comunista oficial en España. Ya le he escrito sobre esto más de una vez. En mi opinión, constituiría un grave error ignorar al partido oficial, considerarlo como una fuerza ficticia, darle la espalda. Por el contrario, deberíamos llevar una política de unificación respecto al partido oficial en España. Sin embargo esta tarea no es sencilla. Mientras sigamos siendo una fracción débil, en general, es irrealizable. Mientras no constituyamos una fuerza seria, no podremos consolidar en el seno del partido oficial, una corriente en favor de la unificación.

3. Ver más arriba, Cap. A 23. Nin había contestado el 18 de septiembre: «Naturalmente, a nivel de principios, tenéis razón. Habría que afiliarlos al partido. Pero la complejidad de nuestra situación exige una solución mixta. En Barcelona afiliaremos a todo el mundo al partido. En las provincias catalanas al Bloc. Por el momento es la única solución posible. En primer lugar porque sería imposible afiliarlos al partido, ya que no querrían hacerlo. En segundo lugar, no lo olvidéis, el partido no existe en Cataluña».

Los adversarios de la «fracción amplia» responden: pero si agrupamos en torno nuestro a gran número de obreros, nos convertiríamos inmediatamente en un segundo partido.⁴ Confieso que este argumento me deja estupefacto. Si para evitar el peligro de un segundo partido debiéramos razonar tan mecánicamente, los bolcheviques-leninistas hubieran desaparecido de la faz de la tierra. Esto es exactamente lo que quieren los estalinistas. El maltusianismo político, es, de todas las variedades del maltusianismo, la más contraria a la naturaleza. Una corriente política que tiene confianza en sus propias fuerzas no puede dejar de agrupar en torno suyo a la mayor cantidad de gente que le sea posible. Si la oposición de izquierda llegara a ser más fuerte que el partido oficial, esto nos daría oportunidad de luchar más eficazmente por la unidad de los comunistas, que ahora que la Oposición es débil. ¿No está claro?

Los partidarios de la «fracción restringida» responden que la oposición de izquierda no puede admitir en su seno más que a militantes conscientes. ¡Efectivamente! Pero ¿no ocurre lo mismo con el partido? Todo se reduce a esto: la oposición de izquierda no puede reclutar obreros, debe enviarlos al partido oficial para que allí se les enseñe que los trotskistas son «contrarrevolucionarios». Entonces, y sólo entonces, la Oposición tendrá el derecho de privarles de sus ilusiones, de reeducarlos respecto a las contagiosas calumnias de los estalinistas. Realmente no puedo llegar a comprender un mecanismo tan complicado. Pienso que la Oposición no tiene el derecho, sino también el deber de agrupar en torno suyo a todos los que se le acerquen, respondiendo a sus llamadas. Naturalmente al principio no serán bolcheviques-leninistas convencidos y conscientes. Pero este hecho lo único que hace

4. Esta idea había sido expresada por Nin en su carta del 18 de septiembre; y Trotsky, en una carta que le ruega que publique en el seno de la Oposición española, evita atribuírsela a él. Nin había escrito: «Hemos juzgado que es imposible e inadmisible afiliar estos grupos a la oposición y pedirles luego que se afilien al partido. En primer lugar no se trata de grupos de opositores, sino de comunistas recientes, entre los que hay algunos opositores. Incluso suponiendo que pudiésemos afiliarlos a todos a la Oposición —¿es deseable esto?— no debemos inclinarnos por esta solución. No serían admitidos en el partido oficial y de esta forma crearíamos las bases para la formación de un nuevo partido».

es imponernos seriamente la educación de nuestros seguidores. En el marco de esta educación habrá tiempo para explicar por qué nosotros estamos por un partido y los estalinistas por dos: Si la oleada hacia nosotros fuese demasiado tumultuosa —cosa que no hay lugar a temer— podríamos formar un núcleo de simpatizantes. En el interior de este círculo, sería necesario dejar bien claras las diferencias entre centrismo y leninismo. Cuando el círculo hubiese llegado, bajo nuestra dirección, a un cierto nivel, podría invitarse a representantes del partido oficial a exponer sus posiciones ante él. Se desarrollaría una discusión entre nuestros seguidores y los estalinistas. De esta forma, y no mediante medidas maltusianistas contra la reproducción, es como se puede conseguir una reconciliación seria entre la oposición de izquierda y el partido, y como se puede encontrar un camino más seguro hacia el partido unificado.

[La oposición de izquierda se convertiría en una secta si llegase a la conclusión de que su tarea consiste en *criticar* la actuación del partido oficial y de las organizaciones de masas del proletariado. La revolución española es un hecho. Ya se ha perdido demasiado tiempo, incluso por parte de la Oposición española. Dentro de un año seremos incapaces de reproducir la situación revolucionaria que ahora mismo estamos dejando escapar.

Precisamente en España es en donde la oposición de izquierda puede llegar a tener gran fuerza en un corto espacio de tiempo; la primera condición para esto es no tener miedo a llegar a ser una fuerza, sino aspirar a ello.]⁵

Eso es todo lo que puedo decirle por el momento sobre la cuestión en debate, teniendo en cuenta mis incompletas informaciones. Me gustaría recibir información complementaria.

5. Nin contestaría el 7 de octubre: «Otro día os escribiré sobre la cuestión de la "fracción amplia o restringida". He traducido su carta y la estamos traduciendo a nuestros grupos. Prefiero transmitirle, junto con mi opinión personal, la de todos los camaradas. De todas maneras quisiera decirle desde ahora que no comparto en absoluto su punto de vista, que me parece inspirado en una información insuficiente». Pero el 4 de noviembre señalaba: «Ninguna divergencia sobre la cuestión de la fracción "amplia". Entre nosotros no ha habido más que un malentendido».

ES HORA DE CONSTRUIR¹

(Carta a la redacción de *El Soviet*,
29 de septiembre de 1931)

Emprendéis la publicación de un semanario: es un serio paso hacia adelante. Esperemos que otros le sigan.

En España, como en el mundo entero, se han configurado tres fracciones en el movimiento comunista: la derecha, el centro y la izquierda. La derecha representa la combinación del comunismo con la socialdemocracia, el tradeunionismo o el sindicalismo, según las circunstancias nacionales.

En España, como en otros países, la representación oficial de la Internacional comunista está en manos de los centristas, es decir, en la gente que oscila entre el marxismo revolucionario y las diferentes corrientes del oportunismo «comunista». La fuerza del centrismo en la Internacional comunista reside en el hecho de que se apoya en el aparato de estado de la U.R.S.S. En las actuales circunstancias, el centrismo comunista no es solamente una corriente ideológica, sino también un poderoso aparato estatal burocrático. Con una política zigzagueante, confusa, contradictoria, apoyada no sólo en su autoidad, sino también en los medios materiales de la Internacional comunista, el centrismo ha producido en los años siguientes a la muerte de Lenin, grandes estragos en

1. *El Soviet*, n.º 1, 18 de mayo de 1931. Después de la aparición de *Comunismo*, la del semanario *El Soviet* respondía a las exigencias de Trotsky. Las dificultades financieras habían retrasado la realización del proyecto, que antes había hecho posible la ayuda monetaria y las promesas de Raymond Molinier, desde su paso por España.

la vanguardia mundial del proletariado, y ha provocado ya el fracaso de varias revoluciones. En España, el partido comunista, a causa de la burocracia centrista, se mostró despreciable al principio de la revolución. La burocracia estalinista impide que se la critique, dicta su errónea política a las secciones nacionales, y al actuar de esta forma impide la educación de la vanguardia revolucionaria, y la formación de un partido comunista fuerte, independiente y seguro de sí mismo. Este es el principal peligro que amenaza a la revolución española, que está avanzando poderosamente ante nosotros. Los grandiosos acontecimientos ocurridos en todo el mundo, y especialmente en el curso de la revolución española, han confirmado las posiciones principistas de los bolcheviques-leninistas (oposición de izquierda). El partido oficial español, desmentido a cada paso por el curso de la revolución, corrige sus errores por medio de parcheos, apoyándose en *nuestra* crítica, utilizando *nuestra* línea principista, ya que el centrismo, por sí sólo, es vacío y estéril.

Sin embargo, a la fracción de los bolcheviques-leninistas no le basta con tener una posición correcta sobre los principios: es preciso saber aplicar estos correctamente a los acontecimientos cotidianos. La estrategia revolucionaria necesita su correspondiente táctica.

La importancia de la publicación de vuestro semanario radica en que coloca a la oposición de izquierda española de cara a los acontecimientos corrientes y obliga a dar sobre ellos una respuesta revolucionaria consecuente. Esta es vuestra misión histórica bolcheviques-leninistas españoles. ¡Es imprescindible doblar, triplicar, decuplicar vuestros esfuerzos! Es necesario que la voz de los bolcheviques-leninistas resuene en todo el país, en todas las asambleas de masas. Vuestras tareas son grandiosas. La revolución no espera. ¡Ay de los que se retrasen! ¡Os deseo con toda mi alma que no os retraséis!²

2. Trotsky pensaba que de hecho ya había un retraso considerable, a causa de las vacilaciones de Andrés Nin.

LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA: UN PLAZO MAS¹

(26 de noviembre de 1931)

La revolución española ha creado las premisas políticas necesarias para una lucha inmediata del proletariado por la conquista del poder. La tradición sindicalista del proletariado español se ha manifestado como uno de los grandes obstáculos en el camino del desarrollo de la revolución española. Los acontecimientos han cogido de improviso a la Internacional comunista. Totalmente incapaz al principio de la revolución, el partido comunista ha seguido una política falsa en casi todos los problemas fundamentales. La experiencia española ha demostrado —recordémoslo una vez más— que la actual dirección de la Internacional comunista es un terrible instrumento de desorganización de la vanguardia revolucionaria en los países avanzados. El retraso de la vanguardia proletaria respecto a los acontecimientos; la dispersión, en el sentido político del término, de los heroicos combates de las masas obreras; los pactos tácitamente firmados entre los anarco-sindicalistas y la socialdemocracia, constituyen, en lo esencial, las condiciones políticas que han permitido a la burguesía republicana, aliada con la socialdemocracia, restablecer el aparato represivo y concentrar en el gobierno un poder considerable, golpeando cada vez más fuerte a las masas obreras, que estaban a punto de sublevarse.

1. *La Verité*, 12 de diciembre de 1931. Se trata de un resumen de «La llave de la situación mundial está en Alemania» que esboza un cuadro de la situación mundial.

Esto demuestra que el fascismo no es la única salida de la burguesía en su lucha contra las masas obreras. El actual régimen español se parece al llamado «kerenskismo», o sea el «último» (o el penúltimo) gobierno de «izquierda» que coloca la burguesía en su lucha contra la revolución. Sin embargo, la existencia de un gobierno de este tipo no demuestra necesariamente la debilidad en las filas del proletariado. Al no existir un partido revolucionario, la combinación de reformas a medias, de proclamas «izquierdistas», de gestos más «izquierdistas» todavía y de represión, puede ser más útil a la burguesía que el propio fascismo.

Es inútil decir que la revolución española aún no ha terminado. Todavía no ha sabido solucionar ni los problemas más elementales —cuestión agraria, Iglesia, problema de las nacionalidades—, aún está muy lejos de haber agotado la energía revolucionaria de las masas populares. La revolución burguesa no puede dar más de sí. En lo que concierne a la revolución proletaria, sólo se puede decir que la situación es pre-revolucionaria, nada más. Es muy posible que el progresivo desarrollo de la revolución española no sobrepasará este período durante un tiempo más o menos largo. Debido a esto, el proceso histórico, de alguna manera, abre un nuevo crédito al comunismo español.³

2. España ha dejado de ser la principal preocupación de Trotsky, dejando lugar a Alemania, con el ascenso del nacionismo y la política suicida de los principales partidos obreros. Durante dos años, Alemania ocupará la mayor parte del tiempo de Trotsky.

LOS ERRORES DE LA OPOSICIÓN ESPAÑOLA

(Cartas a Nin)

19 de noviembre de 1931

[Escribe usted sobre la «honrosa» suspensión de *El Soviet*, como la negativa a someterse a la censura formal del gobernador.¹ Creo que esta forma de plantear la cuestión es falsa de principio. Una organización revolucionaria no puede cerrar una edición como simple demostración política. Este gesto es típico de un demócrata, no de un marxista. Un marxista debe saber aprovechar al máximo las posibilidades legales, completándolas con las ilegales. Cuando no se tiene la suficiente fuerza como para destruir la censura, no hay nada «vergonzoso» en someterse a ella; es una cuestión de correlación de fuerzas, no de moral abstracta. Cerrar una edición sin sustituirla por otra ilegal significa sencillamente desertar. Y desde luego no veo nada «honroso» en esto.

¿Cómo habría que haber actuado? Exponiendo abierta y francamente la situación real a los obreros: La ayuda de los obreros no es suficiente, la ayuda prometida por los amigos² no acaba de llegar, nos vemos obligados a

1. Nin había escrito el 7 de noviembre al Secretariado Internacional: «la persecución por parte del gobierno a nuestro *Soviet*, nos ha permitido suspender la publicación de forma honrosa». Esta suspensión había sido anunciada por un panfleto —que no hemos podido encontrar— protestando por las exigencias de la censura. *El Soviet* había dejado de aparecer desde su tercer número, fechado el 29 de octubre de 1931.

2. En su carta del 7 de noviembre, Nin precisaba que Molinier no había cumplido sus promesas de ayuda financiera a *El Soviet*:

suprimir provisionalmente la publicación de *El Soviet* como semanario, pero esto es tan sólo un retroceso para luego saltar mejor. ¡Obreros, ayudadnos! Así es como yo creo que se debería haber informado de la momentánea suspensión del semanario.]³

28 de noviembre de 1931

[Sobres los errores más graves cometidos en la política española, nos hemos limitado a la correspondencia, a las tentativas de persuasión mutua, evitando trasladar nuestras discusiones, incluso las más amistosas, a la arena internacional. Las cartas de Mill⁴ desde España, totalmente confusas y oportunistas, han quedado sin respuesta pública, lo que me parece un error.

Por el contrario, el malentendido surgido a raíz de las finanzas,⁵ ha llegado a constituir una intriga internacional.

«las promesas han quedado en el aire y la situación económica es insostenible. La culpa de todo esto la tiene el camarada Molinier, que ha actuado de forma incalificable. Realmente un saboteador no podía haberlo hecho mejor». En junio, en una carta a los opositores de Verviers, Rosmer escribía: «podríamos haber jugado un papel capital en esta primera fase de la revolución española, ya que todo estaba de nuestra parte: entusiasmo revolucionario de las masas obreras y campesinas, descrédito de la dirección estalinista e incapacidad evidente de los anarcosindicalistas, que tienen decenas de miles de obreros detrás suyo, pero que si se les deja actuar, conducirán a la clase obrera a una nueva derrota. Por ello hubiera sido imprescindible *continuar ayudando a nuestros camaradas españoles*, de la misma forma que lo hicimos desde la caída de Primo de Rivera, trabajando estrechamente ligados a ellos. Tendríamos en España una Oposición de izquierda sólidamente ligada a las masas obreras, a la que se irían uniendo progresivamente todos los buenos elementos comunistas y sindicalistas instruidos por la experiencia» (Duplicado en «Carta de Rosmer a la federación de Charleroi», 7 de junio de 1931, *archivos Mougeot*.)

3. El cuarto número de *El Soviet* no aparecería hasta el 12 de mayo de 1932.

4. *La Verité*, 8 y 22 de mayo de 1931.

5. El 24 de noviembre, juntamente con la copia de una carta enviada al S.I. el 17 de noviembre de 1931, Nin escribió a Trotsky: «Sólo tengo que añadir la unanimidad de la Oposición española respecto al nefasto papel que juega Molinier en la Ligue francesa y en la Oposición internacional. Todos los informes que poseo —aparte de nuestra propia experiencia— me confirman en esta opinión». En este intervalo, su carta al S.I. había sido profusamente difundida entre las secciones nacionales, constituyendo un nuevo argumento para los adversarios de Molinier.

No voy a ocultarle que este incidente me ha producido una impresión desfavorable. Creo que debería usted explicarme su primera carta, retirar sus acusaciones absolutamente inadmisibles tanto en la forma como en el fondo e informarme si ha difundido internacionalmente su carta. En ese caso se podría considerar acabado el incidente y la necesidad de una polémica internacional desaparecería. (...)]

16 de diciembre de 1931

Me parece —por otra parte usted mismo lo confiesa— que no ha leído con la suficiente atención las tesis sobre la situación internacional, pues, de otra manera, su objeción sería incomprensible.⁶ Todo depende de la forma en que se defina el «kerenskismo», como el último gobierno burgués, después del cual la burguesía debe perecer necesariamente, o como el último gobierno de izquierda, el más a la izquierda, que puede poner la burguesía en la lucha por su régimen, y que puede salvar —puede no morir del todo— o dar lugar a un gobierno fascista. Todo depende de la correlación de fuerzas, y ante todo de la existencia de un partido revolucionario fuerte, que no existe en España.

En España hoy gobierna la coalición liberal-socialista. En mi escrito se dice que es el último o el penúltimo gobierno de «izquierda», es decir que abre la posibilidad de un gobierno más a la izquierda «socialista», que desde luego tampoco indicará necesariamente el fin de la burguesía. Recordemos que el gobierno socialdemócrata «soviético» alemán, o sea el gobierno más a la izquierda que puede existir, salvó a la burguesía.⁷ He desarrollado esta idea más extensamente en mi informe sobre Alemania...

6. A propósito de las tesis aquí reproducidas (ver cap. A 26) Nin había escrito el 7 de diciembre de 1931: «Usted dice que el actual régimen español puede ser comparado al "kerenskismo". No creo que sea así. El "kerenskismo" era la última carta de la burguesía. Anunciaba octubre. Azaña sólo anuncia a Lerroux, es decir, a Miliukov, al gran capital».

7. Ebert era, en noviembre de 1918, simultáneamente canciller del Reich, cargo que había recibido del anterior canciller, Max de Bade, y presidente del consejo de comisarios del pueblo, investido la tarde del 9 de noviembre por la asamblea berlinesa de los consejos de obreros y soldados.

(...) La Oposición internacional ha dado una importancia excepcional a la Oposición española, teniendo en cuenta nuestra debilidad. La crisis ha afectado indirectamente, pero de forma muy real a nuestros camaradas que tenían posibilidad de proporcionar apoyo financiero. El paro hace estragos por todas partes, en proporciones aterradoras. Entre los camaradas opositores alemanes, muchos están totalmente desprovistos de medios. La Oposición alemana no ha recibido ni la mitad de la atención que se ha dado a la Oposición española, a pesar que la actual situación en Alemania es incomparablemente más grave que la española. En estas condiciones es inadmisiblemente organizar un escándalo internacional porque dos o tres camaradas no han pagado puntualmente, debido a dificultades materiales, el apoyo que habían prometido.⁹ En este asunto hay algo que nos es ajeno, que no es ni revolucionario, ni proletario ni comunista.

Los camaradas españoles han cometido gran cantidad de errores, pérdida de tiempo, de meses. Muchos camaradas se daban cuenta de estos errores, los observaban inquietamente, acusándome de excesiva indulgencia. Hemos tenido mucha mayor paciencia con los camaradas españoles en cuestiones de una importancia política trascendental. ¡Y ellos a la primera dificultad financiera provocan un escándalo internacional!

Sólo encuentro una explicación para esto: los camaradas españoles han buscado oportunidad para apoyar indirectamente a Rosmer. Sin ningún dato de principio, es decir, sin correr el riesgo de defender una posición política escandalosa, los camaradas españoles —y usted está entre ellos— han aprovechado la primera ocasión, el primer incidente favorable o desfavorable para apoyar indirectamente a Rosmer. Esta es la única explicación psicológica de la actuación de los camaradas españoles.]

8. Parece que aquí Trotsky diluye la responsabilidad personal de Molinier. Efectivamente, este último no contaba con «suscripciones» sino con los recursos que debían procurarle sus «negocios». Más tarde, en 1935, uno de los motivos de su ruptura definitiva sería precisamente el hecho de que empleaba sus recursos financieros para presionar e imponer sus concepciones políticas a la organización.

17 de enero de 1932

[Mi impresión en cuanto al papel jugado por la Oposición española en los asuntos internacionales sigue siendo extremadamente desfavorable. Durante los tres años de mi estancia en el extranjero se ha operado un proceso de selección de los elementos verdaderamente revolucionarios de la Oposición, gracias a su separación de los filisteos, que sencillamente desertan. Los camaradas españoles no han tomado parte en este trabajo. No intervienen en los asuntos internacionales más que cuando se consideran implicados directamente, y, en ese caso, lo hacen de tal forma, que ayudan a los que desertan de nuestras filas.⁹

9. Ha sido lanzada la mayor acusación: el aislamiento de los opositores españoles les ha llevado a apoyar a todos los adversarios de la organización internacional, a los «filisteos» a los «desertores». El desacuerdo es profundo. Por otra parte, Lacroix escribe al S.I. y a Trotsky: «Protestamos contra la actividad fraccional del grupo Molinier-Frank, que hace imposible la vida, incluso al S.I. (...) Hay que señalar que hasta que comenzamos a criticar la actividad de Molinier en España, el camarada Trotsky mantenía relaciones constantes con nosotros (...). Pero desde que hemos empezado a criticar a Molinier hemos observado que, poco a poco, Trotsky dejaba de responder como antes a nuestras cartas e informes. Ahora casi no contesta (...). Cuando habla de la situación de nuestra organización, lo hace a través de los informes de Molinier. (Archivos Vereecken.)

BALANCE DE LA OPOSICIÓN ESPAÑOLA¹

(22 de diciembre de 1931)

La sección española ha realizado algunos progresos, ha llevado a cabo algunos contactos, que le permiten esperar nuevos éxitos. Sin embargo, es evidente que en la escala de los grandiosos movimientos de las masas españolas los éxitos de la Oposición son aún de poca importancia. La causa principal de esto es que la Oposición no existía antes de la revolución. Se fundó al calor de los acontecimientos y a lo largo de este proceso se ha perdido el tiempo en experiencias cuya inutilidad era manifiesta desde un principio (por ejemplo en Cataluña).

La extrema debilidad de la Oposición española al principio de la revolución se ha puesto de manifiesto en el hecho de que a pesar de la situación extraordinariamente favorable de su país, nuestros camaradas españoles no han conseguido publicar un semanario hasta fecha reciente. La ayuda del exterior no era suficiente o no ha llegado a tiempo. *El Soviet* de Barcelona ha sido suspendido. No se puede silenciar el hecho de que las razones aducidas por la Oposición española para explicar esta suspensión, eran absolutamente inadmisibles. En lugar de decir claramente: «Somos débiles, no tenemos medios, ayudadnos», los camaradas españoles han declarado que

1. Resumen de una carta enviada a todas las secciones de la Oposición de izquierda, publicada en un boletín interno de la C.L.A. en 1932. Aquí se encuentra lo esencial de los críticas de Trotsky en su correspondencia con Nin, bajo un aspecto muy atenuado y con un carácter evidentemente pedagógico, ya que estaba dirigida a todos los militantes.

rechazaban pasar por la censura. Cuando los revolucionarios no tienen la fuerza suficiente como para desembarazarse de la censura, deben, por una parte, adaptarse a la legalidad vigente, y por otra decir todo lo necesario en la prensa ilegal. Lo que nunca deben hacer es abandonar la escena invocando tanto la censura como su orgullo revolucionario, pues esta es una política para quedar bien, no la de un bolchevique.

Actualmente la revolución española ha entrado en la etapa que separa la fase burguesa de la proletaria. Es imposible prever el tiempo que va a durar. De cualquier forma, la Oposición española tiene ahora la oportunidad de realizar un trabajo de preparación más sistemático y mejor planificado. Es imprescindible educar cuadros sin perder un minuto. De cara a esto, el mensual *Comunismo*, es un arma imprescindible. Además es necesario crear un boletín de discusión serio. Es imposible intentar educar cuadros únicamente en base a las cuestiones nacionales. El hecho de que los camaradas españoles hayan dedicado tan poco tiempo a las cuestiones internacionales puede explicarse por la juventud de la Oposición y por el ritmo trepidante que han tomado los acontecimientos en el curso de la revolución española. Sin lugar a dudas esto explica el hecho de que haya sido tan escasa la intervención de la Oposición en las cuestiones internacionales, revisitando un carácter episódico, lo que de ninguna forma ha sido positivo.²

2. La respuesta del C.E. de la Oposición española, redactada y firmada por Lacroix, el 17 de enero de 1932 (*archivos Vereecken*). Contenía una viva reacción al conjunto de las críticas formuladas por Trotsky. Lacroix intenta justificar el escaso interés de la Oposición española ante las cuestiones internacionales, por falta de tiempo. Después retoma las acusaciones contra Molinier y Frank y reprocha a Trotsky que les defienda, mientras regatea desde entonces su ayuda a los camaradas españoles. No hace ninguna alusión a las críticas formuladas por Trotsky respecto a la política llevada en Cataluña con Maurín, ni sobre la desaparición de *El Soviet*. A partir de esta carta comienza el deterioro de las relaciones entre Trotsky y la Oposición española.

MALENTENDIDOS QUE DEBEN ACLARARSE¹

(Carta al comité central de la oposición de izquierda española, 7 de marzo de 1932)

Queridos camaradas:

En los últimos tiempos he recibido de España muchas cartas y documentos en los que se contienen algunos malentendidos entre los camaradas españoles y la mayoría de la oposición de izquierda internacional. Dado el caso, lo mejor es intentar aclarar los malentendidos a tiempo, para distinguir los que son temporales y menores de los que son importantes y afectan a los principios.

1. Los camaradas Lacroix y Nin han tenido un conflicto con el camarada francés Molinier, sobre una cuestión puramente práctica.² Pensaba y sigo pensando que los camaradas Lacroix y Nin están mal informados de la situación y han lanzado una acusación falsa al camarada Molinier. Por mi parte, me he apresurado a esclarecer este malentendido. He considerado resuelto el incidente, ya que no estaba en juego ninguna cuestión política o de principios.

La opinión de los camaradas Lacroix y Nin sobre el camarada Molinier son asunto personal suyo. No creo necesario insistir en este punto.

2. Debido a esto, el camarada Lacroix se confunde cuando piensa que tenemos divergencias respecto del camarada Molinier. No, la divergencia (suponiendo que no sea un simple malentendido) se refiere a la actitud de la

1. Esta carta fue llevada a Madrid por la delegación del S.I., *International Bulletin* de la C.L.A., n.º 17, abril de 1933.

2. Se trata de Raymond Molinier, y de sus promesas no llevadas a cabo de una ayuda financiera regular a *El Soviet*.

Oposición española sobre todas las cuestiones que discute la oposición de izquierda internacional, es decir, las cuestiones de principio fundamentales de la oposición de izquierda. Esto es lo único que me interesa.

3. La experiencia nos demuestra que existen en las filas de la oposición de izquierda de diferentes países, elementos que divergen totalmente con nosotros. El ejemplo de Gorkin,³ demuestra que no basta la simple aceptación de los principios de la oposición de izquierda. Las organizaciones y los revolucionarios se controlan en su propio trabajo, es decir, en la aplicación de los principios. Debido precisamente a esto es como ciertos acontecimientos sin importancia pueden aclarar crudamente la actitud de tal o cual persona, de tal o cual organización, en el sentido en que un síntoma aparentemente nimio a menudo revela una enfermedad grave. Voy a ponerles un ejemplo respecto a esto. Como ustedes sabrán ha aparecido en Alemania un partido socialista de izquierda, *Sozialistische Arbeiterpartei* (S.A.P.).⁴ Sus dirigentes aceptan la dictadura del proletariado y el sistema soviético. Urbahns, que antes estuvo con nosotros, se ha confundido al creer que este reconocimiento era la prueba del carácter comunista del nuevo partido. Sin embargo, los periodistas de ese partido tratan como «camaradas» a Otto Bauer⁵ y Léon Blum, conocidos mercenarios del imperialismo francés. Se me podrá objetar que el empleo de la palabra «camarada» no tiene importancia comparado con el reconocimiento de la dictadura del proletariado y el sistema soviético. Mi opinión es que el reconocimiento de la dictadura del proletariado y el sistema soviético no son más

3. Antiguo responsable del P.C. español, Julián García Gómez, llamado Gorkin, había sido excluido del P.C.F. por actividad fraccional (*l'Humanité*, 21 de diciembre de 1929). Traductor al español de la obra de Trotsky *La revolución desfigurada*, se solidarizó con la Oposición de izquierda, comenzando a colaborar regularmente en *La Vérité*. Sin embargo, tardó en volver a España. Fue acusado de no plegarse a la disciplina de la Oposición, sobre todo en sus trabajos literarios. En junio de 1932 sería expulsado de la Oposición de izquierda. Se adhirió entonces a la *agrupación* autónoma de Madrid, después a la Federación comunista ibérica, creada alrededor de la Federación catalana.

4. El S.A.P. había sido fundado durante una conferencia de la Oposición de izquierda del partido socialdemócrata alemán, el 4 de octubre de 1931.

5. Otto Bauer era el principal dirigente y teórico del partido socialdemócrata austriaco y del «austro-marxismo».

que palabras en la boca de los dirigentes del S.A.P., mientras que la pequeña expresión «camarada», deja ver perfectamente cuáles son sus reales sentimientos. Hay que darse cuenta que en política hay que saber orientarse por detalles tan insignificantes, antes de que ocurran acontecimientos más importantes que serían la prueba irrefutable.

4. Rosmer, Naville, Girard y los otros en Francia; Landau en Alemania y Overstraeten en Bélgica, estaban de acuerdo con todos los «principios» de la oposición de izquierda. Pero en la práctica no estaban de acuerdo con nada. Rosmer, Naville⁶ y los demás se opusieron sistemáticamente a las ideas de la oposición de izquierda, y a todas las tentativas que llevábamos a cabo para acercarlos al partido, al sindicato y a la organización internacional. Han impedido así el éxito de la oposición de izquierda.

La lucha contra ellos ha durado más de año y medio. En los diferentes países han apoyado a todo aquel que estuviese en desacuerdo con nosotros, construyendo paralelamente su propia fracción y paralizando nuestro trabajo. La ruptura con ese grupo, que estaba en desacuer-

6. Esta enumeración contiene algunos datos sorprendentes. La primera alusión a «Naville» puede referirse a Pierre Naville, que se había aliado con Rosmer en contra de Molinier, en el seno de la Ligue. «Girard» puede referirse a «Gérard», Francis Gérard, seudónimo de Gérard Rosenthal, ligado a Pierre Naville durante todo este período. Sin embargo, la segunda alusión no puede referirse más que a su hermano, Claude Naville, el cual había roto efectivamente con la Ligue en abril de 1931, para pasar a formar la Gauche Communiste, que publicaba el boletín *El Communiste*, que se reclamaba de Rosmer, hasta el punto de que normalmente se le llamaba «el grupo Rosmer».

7. En junio de 1931, la Gauche Communiste había tomado contacto con Kurt Landau, por medio de Etcheberri, introducido por Rosmer. Sin embargo, él no pertenecía formalmente al grupo. La Gauche Communiste mantenía relaciones amistosas con la Federación de Charleroi y el grupo griego Spartacus. Paul le Pape (Daniel Lévine), uno de sus dirigentes, colaboraba de vez en cuando en el *Rouge et Noir* de Van Overstraeten y en *La Batalla*. Entre abril y junio de 1932, Landau y Etcheberri propusieron a la Gauche Communiste la unificación de los grupos opositoristas que estaban en contra de Trotsky. Pero las conversaciones no llegaron a terminarse, ya que Daniel Lévine obtuvo de Trotsky la seguridad de que no se trataba de construir un «nuevo partido» como, según creía, lo deseaba Raymond Molinier. En esta época, Claude Naville acompañó a Landau a Berlín para intentar convencer a los alemanes de la «oposición de Wedding» de unirse a escala internacional. (Carta de Paul le Pape, 27 de noviembre de 1972.)

do con nosotros, ha sido inevitable, y yo no he dudado ni un sólo instante en consumarla, a pesar de que estaba íntimamente ligado a Rosmer por una amistad personal que duraba más de quince años.

5. Los camaradas de la Oposición española, ¿conocen el proceso de la lucha contra Overstraeten, Urbahns, Landau, Rosmer, Naville y los demás? No me refiero exclusivamente a los dirigentes, sino a toda la organización en su conjunto. Si los españoles no han sido informados de esta lucha habría que considerar este hecho como extrema debilidad. No podemos formar verdaderos revolucionarios sin dar a los jóvenes comunistas la oportunidad de seguir día a día la elaboración de la política revolucionaria; no sólo en el seno de la Oposición española, sino en el conjunto de las secciones de la Oposición internacional. Esta es la única forma de adquirir experiencia, de forjar y consolidar su conciencia revolucionaria. De hecho esta es la tarea más importante del régimen democrático del partido que nos esforzamos por establecer.⁸

6. Al preguntar si los camaradas españoles están informados del curso de las luchas ideológicas internacionales, me veo obligado nuevamente a referirme a pequeños incidentes, que tienen gran importancia desde mi punto de vista, en calidad de síntomas. Después que Landau abandonase él mismo nuestras filas, después de que Rosmer hubiese desertado de nuestra organización, ustedes seguían citando a los dos como colaboradores de su revista (*Comunismo*).⁹ Este hecho me ha sorprendido mucho. ¿Qué dirían ustedes si los periódicos de la Oposición francesa o alemana mencionaran a Gorkin entre sus colaboradores? Sería un gesto de poca consideración para con nuestros amigos españoles. He planteado esta cuestión a Lacroix y me ha contestado que no era más que un ma-

8. Lacroix, en nombre del C.E. español, había respondido a este reproche de Trotsky en una carta del 17 de enero de 1932, reconociendo que la Oposición española «no había tomado parte activa» en el debate internacional, invocando la represión y el trabajo práctico. Escribió: «No se nos puede criticar por no haber prestado una especial atención a los problemas internacionales de nuestra organización, incluso ahora no podemos intervenir en todas estas cuestiones; nuestro trabajo exige una actividad completa y, si queremos aprovechar las actuales circunstancias para construir una verdadera Oposición de izquierda, no tenemos ni un minuto que perder. (Archivos Vereecken.)

9. *Comunismo*, n.º 4, septiembre de 1931.

lentendido. Pueden ustedes estar seguros de que ni por un momento he intentado exagerar la importancia de este error. Sin embargo, he llegado a la conclusión de que nuestros amigos españoles no están aún lo suficientemente atentos a la vida de la Oposición internacional. Estarán ustedes de acuerdo en que de la misma forma que no se puede construir el socialismo en un sólo país, tampoco se puede llevar una política marxista en un solo país.

7. Han aparecido otros detalles que me han hecho temer que este asunto sea más serio de lo que en un principio me había parecido. Está especialmente claro en la cuestión de la constitución del Secretariado internacional. Este problema no data de ayer. Es una larga historia. Sobre esto hay innumerables textos, escritos sobre todo por mí. Me siento una vez más obligado a preguntar si estos textos son conocidos por los camaradas españoles. ¿Han sido traducidos al español?

Es cierto que yo mismo he encontrado algunos camaradas en las filas de la oposición de izquierda, que hablan peyorativamente de las luchas internas, calificándolas de enredos y maniobras. Estos camaradas no han aprendido nada de la escuela de Marx y Lenin. Si queremos estar preparados para las grandes luchas, debemos permanecer inflexibles en todas las cuestiones de principio, incluso en las de menor importancia. Suele ocurrir que los camaradas que califican falsamente de maniobras a las luchas sobre los principios, son los mismos que demuestran sus aptitudes de maniobreros cuando se les molesta. La falta de interés por las cuestiones de principio, así como la susceptibilidad exagerada en los problemas personales, son las características de muchos de aquellos que han ido a caer en las filas de la oposición de izquierda por casualidad.

8. Sin ninguna duda, uno de estos personajes llegados por casualidad es el camarada Mill. Debido a la falta de camaradas que hablasen ruso en otros países, la Oposición rusa se vio obligada a recurrir a Mill, a quien conocía escasamente, para representarla oficialmente en el Secretariado internacional.¹⁰ El camarada Mill aceptó este puesto. Yo mantenía una permanente correspondencia con el grueso volumen con todas las cartas que le he escrito.

10. Mill había nacido en Ucrania, cerca de Millerovo, el pueblo natal de Trotsky.

Las respuestas del camarada Mill me han demostrado no sólo que carece de la más elemental formación revolucionaria, que no comprende en absoluto el significado y la importancia de la organización, sino también que ni quiere ni puede llegar a aprender el ABC de la política comunista. Mill sabe repetir fácilmente las ideas generales sobre el socialismo en un solo país, pero cuando se trata de defender una línea política clara, cambia de postura bajo la influencia de una especie de temperamento irreprimible.

Durante muchos meses, el camarada Mill ha participado en la lucha contra Landau y Naville, y su dirigente Rosmer. Podría pensarse que Mill había comprendido el significado de esta lucha, que condujo a la ruptura con toda una serie de grupos y de personas.¹¹ Sin embargo esto no le ha impedido proponer por carta a Rosmer la formación de un bloque contra la dirección de la Ligue francesa y contra la Oposición rusa.¹² Si pretende juzgarse se-

11. Emigrado en principio en Palestina, había llegado a Francia y a través de la Ligue communiste, junto con otros militantes del «grupo de lengua judía» llamado corrientemente «grupo judío». Fue la alianza con el «grupo judío» la que le permitió a Molinier y Frank, tomar la dirección de la Ligue, apartando a Rosmer y P. Naville.

12. El 18 de agosto de 1931, Mill había dactilografiado una carta a Rosmer, en nombre del «comité del grupo judío» en la que decía fundamentalmente: «Es urgente e indispensable su intervención directa para que la Ligue salga del "impasse" a la que le ha llevado la dirección Molinier-Frank; para unir todas las fuerzas opositoras de Francia sobre la base de la experiencia de la Oposición francesa e internacional y para instaurar un régimen sano en nuestra organización. Hemos decidido hacer todo lo posible y apoyar toda iniciativa que puede actuar en el sentido de la regeneración de la Ligue francesa y de su periódico, *La Vérité*». (Boletín interno de la Ligue, n.º 4, 1931.) Señalemos en este mismo número, aparte de la respuesta de Molinier y Frank a este texto, una carta de Roman Well, uno de los hermanos de Sobolevicius, del que en esta época se ignoraba que era uno de los principales agentes de la G.P.U. infiltrado en las filas de la Oposición de izquierda: «¡No podemos permitir que se desgarran las fuerzas de la Oposición internacional de izquierda a causa de seguir ocupándonos de estériles suciedades personales!» Fue, sin duda, bajo la presión de estos dos agentes —según Frank, bajo la amenaza de chantaje sobre su familia que aún permanecía en la U.R.S.S.— cómo Mill comenzó a flaquear políticamente hasta el punto de empezar a negociar su vuelta a la U.R.S.S. a cambio de una parte de los archivos de Trotsky. Pero el proyecto fue descubierto. Mientras un grupo de responsables —Molinier y Naville— retenían a Mill en su casa, Frank iba a recuperar los documentos, que aún

riamente esta forma de actuar, sólo puede ponerse un nombre: *traición*. Un hombre capaz de semejantes cambios políticos, no merece ser reconocido como revolucionario. Camaradas, ¿estáis de acuerdo o no?

Para ganar tiempo, mantuve la correspondencia con el Secretariado internacional en ruso, a través del camarada Mill. El camarada Mill ha engañado sistemáticamente al secretariado escondiendo las cartas que contenían propuestas, puntualizaciones y críticas que no le convenían, al tiempo que se apoyaba en determinados pasajes aislados de su contexto, que podía utilizar en contra del secretariado.

10. La Oposición rusa ha roto con Mill. La sección francesa ha considerado inadmisibles su forma de actuar, la sección alemana le ha condenado enérgicamente, la sección belga ha condenado a Mill, y la italiana, por medio del camarada Souzo,¹³ miembro del S.I. ha condenado el bloque Mill-Rosmer. ¿Está al corriente de esto la Oposición española?, ¿sí o no? Espero que sí. Entonces, ¿cómo se explica el hecho de que el comité central de la Oposición española haya propuesto al camarada Mill para representarla en el secretariado internacional?

Una actuación de este tipo, reviste el carácter de declaración de enemistad política con las secciones rusa, francesa, alemana, belga y otras secciones nacionales, cuyas decisiones sobre este punto sin duda no tardarán en producirse. Está claro que ustedes creen que tienen una divergencia seria con nosotros; tienen no sólo el derecho, sino el más estricto deber de expresarlo tanto en palabras como en actos. En ese caso deben expresarse clara y abiertamente.

11. Su apoyo al camarada Mill me parece inexplicable además por las siguientes razones: El camarada Mill escribió desde España dos cartas en las que colocaba en

no habían sido enviados. Desenmascarado por los trotskistas, y, por añadidura, en situación ilegal en Francia, Mill volvió a Rusia, donde se perdió su rastro (los colaboradores de Trotsky buscaron en vano su foto para comprobar si no era uno de los acusados-comparsa del Proceso de Moscú). Seguramente no era un agente de la talla de Sobolevicius, sino un ser débil e influenciado que se desmoralizó rápidamente al ocupar un puesto para el que nadie le había instruido. En la prensa de la Oposición (*La Vérité*, 6 de octubre de 1932) apareció una nota redactada por Trotsky, firmada Gourov, desenmascarando a Mill como «agente estalinista».

13. Seudónimo de Alfonso Leonetti, miembro de S.I.

el mismo plano a la oposición de izquierda y a la de derecha, induciendo, de esta forma, a error, a toda la oposición de izquierda.¹⁴ Es difícil de imaginar una confusión más escandalosa, sobre todo viniendo de un secretario permanente. Cuando protesté por estas cartas, el camarada Mill me contestó que había sido mal orientado por el camarada Nin. ¿No queda claro con esto que Mill no ha hecho más que subrayar su total incapacidad para juzgar él mismo sobre las cuestiones políticas más elementales?

Yo propuse la redacción colectiva de una manifestación internacional sobre la revolución española.¹⁵ A pesar de mi insistencia, el camarada Mill no ha movido un dedo a favor de esta importante tarea, ya que había concentrado toda su atención en la lucha fraccional y las maniobras de pasillo contra las más importantes secciones de la Oposición internacional. Estos son los hechos. ¿Cómo se puede explicar entonces la desconfianza que habéis demostrado respecto a las secciones francesa, rusa, alemana, belga y otras de la oposición de izquierda? Para hacer algo como esto, debéis tener serias divergencias de principio. *Las nuestras* las acabo de exponer, y no es la primera vez. Espero con el mayor interés y con toda mi atención *vuestras* consideraciones de principio.

12. Me conformaría solamente con hacer alusión a otro episodio. Habéis votado en contra de la entrada en el secretariado internacional del representante de la oposición rusa, el camarada Markine,¹⁶ debido a que pertenece a la fracción Molinier-Frank, la misma que yo. Nosotros trabajamos en completa solidaridad con él. ¿Qué motivos tenéis para privar a la Oposición rusa de su re-

14. Alusión a las cartas de España firmadas J. Obin y Mill publicadas en 1931 en *La Vérité*.

15. Ver Cap. A-15.

16. Marquina, nombre de un marinero al cual rinde Trotsky un emocionado homenaje en *Mi Vida* —era el seudónimo de León Sedov, hijo y colaborador de Trotsky, editor del *Boletín* ruso. En una carta al S.I. y a Trotsky, Lacroix, en nombre del C.E. español, había pedido que la Oposición española fuese representada en el S.I. por Mill (*archivos Vereecken*). Para Trotsky, si los españoles sostenían a Mill, era contra Sedov. Cuarenta años más tarde, J. Andrade, en el prefacio a los escritos de Nin «Los problemas de la revolución española», p. 21, dice: «La composición del secretariado internacional, en el que dominaba la Oposición rusa, que prácticamente no existía, había provocado siempre nuestras reservas».

presentación en el secretariado internacional? Debéis tener razones de peso. Por favor, explicadlas. Les concederemos toda nuestra atención.

En su última carta, el camarada Lacroix me pidió que no insistiera sobre la cuestión del camarada francés M., con el cual había tenido la diferencia citada anteriormente. Estoy totalmente de acuerdo y creo que podemos dejar de lado los pequeños episodios de carácter personal que no tienen una significación política o de principio.

El camarada Lacroix dice en su carta que la conferencia internacional debe ser la que resuelva las cuestiones en discusión. Esto es cierto. Sin embargo, la conferencia internacional debe prepararse en todas las secciones nacionales por medio de la discusión de las diferencias políticas y organizativas. Debido a esto es por lo que me he dirigido a vosotros, queridos camaradas, a través de esta carta, de la que he enviado copia a las direcciones de todas las secciones nacionales. No dudo que gracias a la unión de todos nuestros recursos seremos capaces de resolver los malentendidos y de encontrar un lenguaje común con vosotros.

Saludos comunistas.

LEÓN TROTSKY

A 30

LOS DEBERES DE LA OPOSICIÓN ESPAÑOLA¹

(Carta a la conferencia de la oposición de izquierda española, 7 marzo 1932)

Queridos camaradas:

La propia convocatoria de la conferencia de la oposición de izquierda española constituye por sí misma un éxito indudable, del que os felicito sinceramente.

Lamento profundamente que las circunstancias os hayan impedido publicar a tiempo los proyectos de las resoluciones, y de dar así a los camaradas extranjeros la ocasión de participar en la discusión antes de la conferencia. Es por ello que, no teniendo la posibilidad de expresar más concretamente mis puntos de vista sobre las cuestiones que están en el orden del día para vosotros, me limitaré aquí a algunas breves anotaciones. Es perfectamente posible que su carácter elemental las haga superfluas. Sería el primero en alegrarme.

1. Me parece en primer lugar que, en los informes de las regiones, hay que precisar el lugar que los bolcheviques leninistas ocupan en el seno de las acciones y los combates auténticos de la clase obrera española. Es la cuestión central. Un grupo político que se mantuviera al margen del movimiento real y se consagrara a criticar a posteriori sería rechazado por la clase obrera. No dudo ni por un momento que la mayoría de los bolcheviques-leninistas de las diferentes regiones hayan tomado parte

1. B.I. sin fecha de la C.L.A., 1932. La carta precedente, dirigida al Comité Central, no estaba destinada a ser conocida por los delegados. Esta, datada del mismo día, constituía su mensaje a leer en el congreso: formula las mismas críticas, pero bajo una forma más diplomática.

en todos los movimientos de masas, incluso cuando no los consideraban como conformes a sus propios objetivos. Un revolucionario no critica desde fuera, sino desde el corazón mismo del movimiento. El 9 de junio de 1905, los bolcheviques marcharon con los obreros contra el zar para dirigir la propaganda republicana amplificando su éxito.

Es dudoso que sobre esta cuestión fundamental tengamos entre nosotros la menor divergencia. Sin embargo si planteo esta cuestión, es porque la experiencia de los otros países ha mostrado que ciertos elementos aislados están dispuestos a ligarse a la oposición de izquierda, elementos que, bajo el pretexto de una «crítica marxista», en realidad se escabullen ante la lucha revolucionaria. A los ojos de esos señores, el movimiento revolucionario no es nunca suficientemente «consciente», «maduro» y «noble» como para que ellos vayan a bajar a la calle con los obreros. Llegado el momento, deberemos depurar nuestras organizaciones, de las gentes que, en el momento crucial de la lucha, tienen tendencia a contemplar atentamente su ombligo.

Es por ello que aconsejo, en relación con el trabajo crítico de la Oposición, que en los informes de las regiones sea precisada su participación directa en la lucha. Un informe concreto sobre ello sería muy útil para toda nuestra prensa internacional.²

2. Otra cuestión sobre la que me gustaría llamar vuestra atención atañe al carácter internacional de nuestro trabajo. Los oportunistas como Maurín y sus émulos de Madrid³ han construido toda su política sobre las particularidades nacionales. Ignorarlas sería evidentemente

2. Trotsky reprochaba a Nin, y, de forma general, a los dirigentes de la oposición de izquierda en España, el ser «comentaristas» de la lucha de clases, y a sus informes, de nunca mencionar su propia intervención en las huelgas y demás acciones obreras. Recordemos que en el mes de enero precedente, había estado, bajo el impulso de los grupos activistas de la F.A.I., una huelga general en la cuenca minera del Alto Llobregat, que había revestido un carácter insurreccional y se había transformado rápidamente en una ola de agitación en toda Cataluña.

3. La agrupación comunista autónoma de Madrid, dislocada el año anterior como consecuencia de la adhesión de una parte de sus animadores al P.C. oficial, estaba renaciendo bajo el impulso de Luis Portela y de Julián Gorkin, políticamente próximos a Maurín, al que se unirían pronto gracias a la ampliación de la federación comunista catalano-balear en federación comunista ibérica.

la mayor estupidez. Pero, más allá de estas peculiaridades, debemos saber descubrir las fuerzas que explican los desarrollos internacionales, comprender que las particularidades nacionales dependen de la relación de fuerzas mundial. La enorme ventaja del marxismo y por consecuencia de la oposición de izquierda consiste en su aptitud para resolver en el plano internacional los problemas y las particularidades nacionales.

Para nuestra joven organización, es una tarea importante seguir con cuidado el trabajo de las demás secciones de la oposición de izquierda internacional, a fin de llevar a cabo siempre su trabajo conforme a los intereses del conjunto. Sin criterios internacionales, sin lazos internacionales regulares, sin control sobre el trabajo de una sección nacional, es imposible en nuestra época la formación de una verdadera organización revolucionaria proletaria.⁴

3. Alemania está ahora en el centro de la situación mundial. No dudo que vuestra conferencia consagrará toda la atención necesaria a los problemas candentes de la revolución alemana. Es una cuestión de una importancia inmensa y de una candente actualidad para la Oposición española. Cuanto más claramente planteen los bolcheviques-leninistas los problemas de la revolución española y los resuelvan,⁵ tanto más aplastante será el golpe que asestarán así al centrismo burocrático, y con mayor rapidez concentrará hacia ellos las simpatías y el apoyo de los obreros avanzados de España.

Limitándome a estas breves anotaciones, deseo de todo corazón el éxito de vuestra conferencia. ¡Adelante! Tenemos ante nosotros tareas inmensas y luchas difíciles. ¡Ojalá vuestra conferencia forje las armas decisivas para estas luchas!

Saludos comunistas.

L. TROTSKY

4. Esta afirmación constituye una crítica velada contra el «aislacionismo» de la sección española.

5. Durante todo este período, *Comunismo* concede a los problemas alemanes un amplio espacio, publicando con regularidad los escritos esenciales de Trotsky sobre esta cuestión.

UNIR TEORÍA Y PRÁCTICA¹

(A los editores del periódico para los jóvenes de la oposición de izquierda española, 13 junio 1932)

Queridos camaradas:

Me he enterado con alegría que emprendéis la publicación de vuestro propio periódico.² Una tendencia revolucionaria que nos educa a la juventud, aborta. En el mundo actual, el comunismo es la única tarea de gran amplitud que exige varias generaciones para su completa realización. La revolución proletaria exige continuidad. Asegurar esta continuidad es la misión de la juventud, es decir, vuestra misión. El marxismo muestra cómo hay que hacerlo.

La fuerza del marxismo reside en la unidad de la teoría científica y de la lucha revolucionaria. Sobre estos dos raíles debería avanzar la educación de la juventud comunista. El estudio del marxismo fuera de la lucha revolucionaria puede hacer ratas de biblioteca, no revolucionarios. La participación en la lucha revolucionaria sin el estudio del marxismo conlleva inevitablemente riesgo, incertidumbre y semiceguera. Estudiar el marxismo

1. T. 3397. Publicado en el n.º 1 de *Joven Espartaco*.

2. La 3.ª conferencia había decidido, a instancia de las otras secciones de la Oposición Internacional, hacer un esfuerzo particular en dirección a la juventud, y particularmente de los militantes de las JJ.CC. Jóvenes militantes, a los que dirigía Ernesto Tojo, habían recibido la misión de publicar un periódico con este fin: *Joven Espartaco*. La tentativa debía ser por otra parte de corta duración, ya que, algunos meses después, Ernesto Tojo se lanzaba al lado de Lacroix a una actividad fraccional, que financiará, de una manera paradójica, los fondos recogidos para la acción «jóvenes».

como marxista no es posible sino participando en la vida y en la lucha de la clase; la teoría revolucionaria es verificada por la práctica, y la práctica es verificada por la teoría. Sólo las verdades del marxismo que han sido adquiridas en la lucha penetran en el alma y la sangre.

Una carta de la Unión Soviética que he recibido hace algunos días afirma que a pesar de las persecuciones monstruosas, los arrestos y deportaciones, nuevas organizaciones y nuevos grupos de oposición de izquierda (bolcheviques-leninistas) se han formado en todos los centros industriales, particularmente en el seno de la juventud. Ninguna represión puede romper la continuidad revolucionaria mientras esta última se apoye sobre la teoría revolucionaria.

Espero con todo corazón que vuestro periódico cumplirá la tarea que le es propia: unificar teoría y práctica. No será fácil. Cometeréis errores; pero también nosotros, los viejos, que tenemos cierta experiencia revolucionaria, cometemos muy a menudo errores, más a menudo de lo que haría falta. Aprenderéis a través de vuestros errores. El segundo y el tercer paso serán más firmes que el primero.

Saludo calurosamente a los jóvenes comunistas proletarios de España en nombre de los miles y miles de nuestros camaradas de ideas, los bolcheviques-leninistas, que llevan la lucha en las fábricas y las minas y están dispersos en las prisiones y los campos de exilio de la burocracia estalinista.

Vuestro afectísimo,

L. D. TROTSKY

PARA UNA DISCUSIÓN ABIERTA EN ESPAÑA¹

(Carta a Nin, 13 junio 1932)

[Vuestra carta del 7 de junio² contenía una serie de malentendidos extraños:

1. Si algunas de vuestras cartas abordando ciertas cuestiones políticas a las que no he respondido se han extraviado, había simplemente que volver a plantear estas cuestiones, en lugar de perder el tiempo en consideraciones generales sobre el interés de una correspondencia entre nosotros. Ahora, repito mi propuesta: enumérese, por favor, estas cuestiones sobre las que no ha tenido respuesta mía; me impondré el responderle inmediatamente, como lo he hecho siempre en el pasado.

2. Escribe usted que me rehusó a ayudar a la Oposición española. No puedo responderle más que por un alzamiento de hombros. Le envió todos mis trabajos, cartas,

1. Carta a Nin, 13 junio 1932. Nuestra documentación presenta para este período lagunas evidentes. Está claro que inmediatamente después de la 3.ª Conferencia de la Oposición española tuvo lugar un intercambio de correspondencia, en marzo precedente, pero ni Trotsky ni Andrés Nin publicaron extractos.

2. La carta de Nin fechada el 7 de junio respondía a una carta de Trotsky, fechada el 29 de mayo, de la que ni siquiera tenemos extractos. Nin decía: «Su carta del 29 de mayo me ha sorprendido enormemente por su tono y contenido. Había hecho una tentativa sincera por retomar una correspondencia cuya utilidad para nuestro movimiento —cada día más importante— sería indudable. No he encontrado en Vd. la misma buena voluntad (...). Su colaboración directa nos es preciosa, pero, incluso sin ella —ya que la rehusa Vd.— consagramos hasta el presente todas nuestras energías a la tarea de crear, en España, una fuerza comunista de izquierda».

circulares, etc., es decir, todos los documentos que envió a todas las secciones nacionales. Ninguna me acusa de rehusarle mi apoyo. ¿Quizá quiere usted decir que en este momento, no me ocupo particularmente de los españoles? Es cierto, pero se explica por razones políticas objetivas. En el desarrollo de la revolución española, no veo, sobre el terreno, principios ni problemas nuevos. Durante estos últimos meses se han planteado en la U.R.S.S., en Alemania, en Oriente, problemas siempre nuevos, de una gravedad inmensa.³ Al repartir mi tiempo de trabajo, me dejo guiar por las ideas políticas. Todos los manuscritos consagrados a los asuntos alemanes se los he enviado al mismo tiempo que los enviaba a Alemania. Pienso que los problemas alemanes tocan de tan cerca a los camaradas españoles como los problemas españoles.

3. Finalmente, usted me escribe que yo le he dejado de «ayudar» después de que hayamos divergido de opinión sobre diferentes cuestiones y diferentes camaradas. Todo tiene límites, camarada Nin. ¿Así, Vd. cree que la apreciación que tengo sobre tal o cual camarada puede obligarme a modificar mis relaciones políticas con una organización revolucionaria? ¿Y a pesar de ello Vd. insiste en nuestra correspondencia, y afirma que es «muy útil»? En todo esto no entiendo absolutamente nada.

4. Repite una vez más que no tenemos entre nosotros divergencias políticas. Estaría contento de que fuese así. Pero, ya antes del incidente con los camaradas franceses que desde hace mucho ha perdido toda significación, le había escrito que sus cartas tenían un carácter puramente diplomático. Vd. se limita a abstracciones, banalidades, y no ha respondido nunca a mis preguntas políticas concretas. Si hojea las cartas que le he dirigido —consetrvo una serie completa de copias— se persuadirá sin esfuerzo que cada vez se puede descubrir, bajo un acuerdo formal, un desacuerdo esencial. Es por ello que pienso que mi ayuda a la Oposición española hubiera sido más eficaz

3. En enero se ha desarrollado en la U.R.S.S. la 12.ª Conferencia: las consecuencias de la colectivización forzada provocan fuertes alborotos en el aparato, en el que Riutin se esfuerza por reunir los residuos de las viejas oposiciones. La crisis se agrava en Alemania, donde se cuentan más de doce millones de parados, el progreso del nazismo se afirma, Hindenburg, elegido presidente de la República, acaba de llamar a la Cancillería a von Papen, que forma el ministerio «de los barones».

si, sobre esas cuestiones en litigio, hubiéramos intercambiado nuestras opiniones, no por cartas personales, que quedaban sin resultado práctico, como todo lo que ha pasado me ha convencido, sino por cartas, públicas o semipúblicas, por ejemplo en el Boletín español, a fin de que los camaradas españoles pudieran tomar parte en la elaboración colectiva de nuestra opinión sobre todas las cuestiones en litigio. Pienso que se puede y debe someter a una discusión de principio sería toda una serie de estas cuestiones, tanto españolas como internacionales, sin disimularse detrás de las simpatías o antipatías personales, porque creo que tal método, no sólo no es justo, sino que es inadmisibles en los medios revolucionarios, sobretodo entre marxistas.^{4]}

4. Trotsky responde aquí directamente a una frase de la carta de Nin del 7 de junio: «Quiero señalar una vez más que no hay entre nosotros divergencias políticas y que es muy lamentable que el que no compartamos su opinión sobre un militante (¿militante?) francés haya determinado una ruptura real cuya responsabilidad cae enteramente sobre Vd.»

«KORNILOV» Y ESTALINISTAS EN ESPAÑA¹

(20 septiembre 1932)

Como en el pasado, *Pravda* se calla sobre Alemania. Pero, para compensar, ha insertado el 9 de septiembre un artículo sobre España, instructivo al más alto grado. Cierto que no arroja más que una luz indirecta sobre la revolución española, pero en revancha aclara de forma luminosa las convulsiones políticas de la burocracia estalinista.

Este artículo dice: «Después de la derrota de la huelga general de enero, los trotskystas (aquí, la sucesión de los insultos de ritual L.T.) afirmaron que la revolución estaba vencida, y que había llegado el período de los fracasos.» ¿Es cierto? Si hay en España revolucionarios que, en enero de este año, se preparaban para enterrar la revolución, no tienen ni pueden tener nada en común con la oposición de izquierda. Un revolucionario no puede reconocer que la revolución ha terminado más que cuando los índices objetivos no dejan ya duda. Sólo lamentables impresionistas, y no bolcheviques-leninistas, pueden emi-

1. T. 3452, B.O., n.º 31 noviembre 1932, p. 25-28. *Comunismo* n.º 19, diciembre 1932, p. 11-14. Este artículo, fechado el 20 de septiembre de 1932, está escrito un mes y medio después del fracaso del pronunciamiento del general Sanjurjo, el antiguo jefe de la guardia civil bajo la monarquía, en Sevilla el 10 de agosto. Kornilov era el jefe militar que había intentado en septiembre de 1917 derrocar por la fuerza el gobierno provisional de Kerensky, y cuya tentativa había sido rota por los trabajadores, en cuya primera fila estaba el partido bolchevique.

tir pronósticos pesimistas sobre la única base del enfriamiento de los espíritus.²

En nuestro folleto *La revolución española y los peligros que la amenazan* hemos examinado la cuestión de la línea del desarrollo general de la revolución española y de sus posibles ritmos. La revolución rusa de 1917 tardó ocho meses en alcanzar su punto culminante. Pero no es obligatorio que la revolución española tenga lugar en tal plazo. La Gran Revolución francesa dio el poder a los jacobinos sólo al cabo de cuatro años. Una de las causas de la lentitud del desarrollo de la revolución francesa residía en que el propio partido jacobino se había constituido en el fuego de los acontecimientos. Son las mismas condiciones que en España: cuando la revolución republicana, el partido comunista estaba aún en mantillas. Por esta razón, entre otras, pensamos que la revolución española iba probablemente a desarrollarse a un ritmo lento a través de toda una serie de etapas, comprendida la etapa parlamentaria.

Recordábamos entonces que la órbita de la revolución conlleva altos y bajos. El arte de la dirección consiste, dicho sea de paso, en no lanzar la ofensiva en el momento en que la ola retrocede, y a no batirse en retirada en el momento del ascenso. Y para ello ante todo es necesario no confundir las oscilaciones de la «coyuntura» particular con la órbita fundamental.

Después de la derrota de la huelga general de enero, era evidente que nos encontrábamos ante un reflujo temporal de la revolución en España. Sólo charlatanes y aventureros pueden ignorar el reflujo. Pero hablar de liquidación de la revolución a propósito de un retroceso temporal, sólo pueden hacerlo cobardes y desertores. Los revolucionarios abandonan los últimos el campo de batalla. Quien entierra una revolución viva merece el pelotón de ejecución.

El retroceso y el estancamiento temporal de la revolu-

2. Nada en los artículos de *Comunismo* da un fundamento a las afirmaciones de *Pravda*. Todos los militantes habían podido, sin embargo, constatar un reflujo del movimiento después de la derrota de la huelga general de enero en Cataluña. Comparar este párrafo del artículo de Trotsky con la carta a Andrés Nin fechada el 14 de noviembre (ver cap. A-34) es interesante: ¿no se pregunta Trotsky si, efectivamente, Nin está reaccionando como un «lamentable impresionista»?

ción han dado un impulso a la contrarrevolución. Después de una derrota en una gran batalla, las masas se repliegan, se calman. Una dirección insuficientemente templada tiene a menudo tendencia a exagerar la amplitud de la derrota. Todo esta anima al ala extremista de la contrarrevolución. Tal es el mecanismo político de la tentativa monárquica del general Sanjurjo. Pero precisamente tal intervención en la arena del más mortal enemigo del pueblo despierta a la masa como un latigazo. No es raro que, en un caso semejante, la dirección revolucionaria sea cogida desprevenida.

«La rapidez y la facilidad con las que ha sido liquidada la tentativa del general,³ escribe *Pravda*, demuestran que las fuerzas de la revolución no están rotas. El ascenso revolucionario ha recibido un nuevo impulso de los acontecimientos del 10 de agosto.» Es completamente justo. Incluso se puede decir que es el único pasaje acertado de todo el artículo.

¿Se vio el partido comunista oficial cogido desprevenido por los acontecimientos? Si no se cree más que el testimonio de *Pravda*, se está obligado a responder afirmativamente. El artículo está titulado: «Los obreros derrotan al general.» Es bien evidente que, sin su intervención revolucionaria contra el golpe de estado monárquico, hubiera sido Zamora y no Sanjurjo quien hubiera estado obligado a marcharse al exilio. En otros términos, al precio de su heroísmo y de su sangre, los obreros han ayudado a la burguesía republicana a conservar el poder. Fingiéndose no darse cuenta, *Pravda* escribe: «El partido comunista conducía la lucha (...) contra el golpe de estado de derecha de tal manera que no dio ni siquiera la sombra de un apoyo al gobierno contrarrevolucionario actual.» Lo que intenta hacer el partido comunista es un problema; pero por el momento se trata sólo del resultado de sus esfuerzos. El ala de los propietarios monárquicos ha intentado derrocar al ala republicana, aunque los republicanos hayan hecho todo lo posible por no discutir con ellos. Pero el proletariado ha entrado en la escena. «Los obreros derrotan al general.» Los monárquicos par-

3. Los trabajadores de Sevilla, a iniciativa de la C.N.T., habían respondido inmediatamente con la huelga general a la proclamación por el general Sanjurjo del estado de guerra; hubo algunos combates en Sevilla y manifestaciones en Madrid.

ten para el exilio y la burguesía republicana conserva el poder. ¿Cómo, en presencia de tales hechos, se puede pretender que el partido comunista no ha dado «la sombra de un apoyo al gobierno contrarrevolucionario actual»?

¿Se deduce de lo dicho anteriormente que el partido comunista debía lavarse las manos en el conflicto entre los monárquicos y la burguesía republicana? Tal política hubiera sido un suicidio, como lo demostró la experiencia de los comunistas búlgaros en 1924.⁴ Interviniendo en un combate decisivo contra los monárquicos, los obreros españoles no podían rehusarse a ayudar momentáneamente a su enemigo, la burguesía republicana, más que en el caso en que hubieran sido suficientemente fuertes como para tomar ellos mismos el poder. En agosto de 1917, los bolcheviques eran mucho más fuertes que los comunistas españoles en agosto de 1932. Pero tampoco ellos tenían la posibilidad de conquistar por su propia cuenta el poder en el curso de la lucha contra Kornilov. Gracias a la victoria de los obreros sobre los kornilovistas, el gobierno de Kerensky duró dos meses más. Recordaremos una vez más que batallones de marineros bolcheviques aseguraban contra Kornilov la guardia del palacio de invierno de Kerensky.

El proletariado español se ha mostrado suficientemente fuerte para vencer el levantamiento de los generales, pero demasiado débil para tomar el poder. En estas condiciones, la heroica lucha de los obreros no podía no reforzar —provisionalmente por lo menos— al gobierno republicano. Sólo los sujetos sin nada en la sesera, que sustituyen el análisis por frases estereotipadas, pueden negarlo.

La desgracia de la burocracia estalinista es que no ve mejor en España que en Alemania las contradicciones reales que existen en el interior del campo enemigo, es decir, las clases vivas y su conflicto. El «fascista» primo de Rivera es reemplazado por el «fascista» Zamora, aliado a los «socialfascistas»... No es de extrañar que con tales teorías la intervención de las masas en el conflicto entre

4. En 1923, a los comunistas búlgaros les había parecido que debían permanecer neutros cuando la derecha, bajo Tsankov, desencadenó un golpe de estado contra el gobierno del líder campesino Stambulisky; algunos meses después, el gobierno Tsankov había liquidado al P.C. búlgaro.

los monárquicos y los republicanos hayan cogido a los estalinistas de imprevisito. Reaccionando según su justo instinto, las masas se lanzaron a la lucha, arrastrando con ellas a los comunistas. Después de la victoria de los obreros sobre los generales, *Pravda* se ha puesto a amontonar los restos de su teoría para volver a pegar sus pedazos, como si no hubiera pasado nada. Esa es la significación esencial de la estúpida fanfarronada según la cual el partido comunista no habría dado, parece, «la sombra de un apoyo» al gobierno burgués.

En realidad, no sólo el partido comunista ha dado al gobierno un apoyo *objetivo*,⁵ sino, como se puede dar cuenta leyendo este mismo artículo, no ha sido capaz de diferenciarse *subjetivamente* de él. En efecto, leemos: «No se ha conseguido en todas las células ni en todas las organizaciones provinciales mostrar suficientemente el rostro del partido comunista y oponerse a las maniobras de los socialfascistas y de los republicanos, demostrando así que el partido lucha no sólo contra los monárquicos, sino también contra el gobierno “republicano” que encubre a los monárquicos». Toda la literatura estalinista permite comprender lo que eventualmente significan expresiones como «no en todas las células», «no en todas las organizaciones». Están ahí para disimular la cobardía del proceso del pensamiento. Cuando, el 15 de febrero, Stalin admitió por primera vez que el kulak no era una invención de la oposición de izquierda, escribió en *Pravda*: «En algunos distritos, en algunas provincias», el kulak ha levantado la cabeza. Puesto que los errores sólo son debidos a los ejecutores, no pueden evidentemente aparecer más que en la suma de sus grupos en las diferentes provincias.

En realidad, si se limpia de la mentalidad de trampeo burocrático que la impregna, la cita que acabamos de reproducir significa que, en la lucha contra los monárquicos, el partido no supo «mostrar su rostro». No supo oponerse a los «social-fascistas» y a los republicanos. En otros términos, no sólo el partido ha dado un apoyo militar temporal al gobierno burgués y socialdemócrata, sino que ade-

5. La dirección del P.C. español había lanzado la consigna de «Defensa de la República». La Internacional comunista iba a condenar esta actitud como «oportunistas».

más no ha sabido reforzarse a su costa en el curso de la lucha.

La debilidad del partido comunista —que es el resultado de la política de los epígonos de la Internacional comunista— no ha permitido al proletariado adelantar la mano hacia el poder el 10 de agosto de 1932. Al mismo tiempo, se ha visto obligado a tomar parte, y ha participado en la lucha en calidad de ala izquierda del frente general temporal en cuya ala derecha se encontraba la burguesía republicana. La coalición en el poder, ella sí, no olvidó ni por un instante mostrar su propia «cara», frenando la lucha, maniatando a las masas, e, inmediatamente después de la victoria sobre los generales, ha pasado a la lucha contra los comunistas. Por lo que se refiere a los estalinistas españoles, si se cree el testimonio de los estalinistas rusos, no han sido capaces de demostrar que «el partido lucha no sólo contra los monárquicos, sino también contra el gobierno «republicano».⁶

Ahí está el nudo de la cuestión. En vísperas de estos acontecimientos, el partido embadurnaba a todos los enemigos con el mismo negro de humo. En el paroxismo de la lucha, él mismo se ha pintarrajeado con los colores del enemigo y temporalmente perdido en el frente de los republicanos y socialdemócratas. Sólo puede extrañarse de ello quien no ha comprendido el origen del centrismo burocrático. En teoría (si está permitido emplear aquí esta palabra) se asegura contra las desviaciones oportunistas rechazando de forma general efectuar cualquier diferenciación política o de clase: Hoover, Papen, Vandervelde, Gandhi, Racovsky,⁷ todos son «contrarrevolucionarios», «fascistas», «agentes del imperialismo». Pero todo vuelco brusco en el curso de los acontecimientos, todo nuevo peligro, obliga en la práctica a los estalinistas a luchar

6. Los principales dirigentes del P.C. español, el secretario general José Ballejos, Víctor Adame, Trilla y Vega, iban a servir de chivos expiatorios por estas desviaciones «sectario-opportunistas». Excluidos del buró político el 19 de agosto, lo serían del partido durante una reunión del ejecutivo. El equipo de José Díaz y Dolores Ibárruri (La Pasionaria) era entronizado en su lugar.

7. Hoover es el presidente «republicano» de los Estados Unidos, von Papen el canciller del Reich, representante de la nobleza y de la gran industria, antecesor del nazismo, Vandervelde el jefe del partido obrero belga, Gandhi el apóstol del nacionalismo indú y Christian Racovsky el principal representante, en la U.R.S.S. donde está deportado, de la oposición de izquierda.

contra uno de estos enemigos y a arrodillarse ante los otros «contrarrevolucionarios» o «fascistas».

Ante el peligro de guerra, los estalinistas votan en Amsterdam⁸ una resolución diplomática, prudente e inconsistente, del general von Schoenaich, de los francmasones franceses y del burgués indú Patel para quien Gandhi encarna el summum del ideal. En el Reichstag alemán, los comunistas declaran súbitamente que están dispuestos a votar por el presidente «socialfascista», a fin de impedir la elección de un presidente nacional-socialista, es decir que se colocan completamente en el terreno del «mal menor». En España, en el minuto del peligro, se muestran incapaces de oponerse a la burguesía republicana. ¿No es evidente que nos enfrentamos aquí, no a faltas ocasionales, sino al vicio orgánico del centrismo burocrático?

La intervención de las masas obreras en el conflicto entre los dos campos de explotadores ha dado un serio impulso a la revolución española. El gobierno Azaña se ha visto obligado a decretar la confiscación de las tierras de la nobleza española, medida de la que, algunas semanas antes, estaba tan alejado como de la Vía láctea.⁹ Si el partido comunista hubiera notado las diferencias entre las clases reales y sus grupos políticos, si hubiera previsto el curso real de los acontecimientos, si hubiera criticado y desenmascarado a sus enemigos sobre la base de sus faltas y de sus crímenes *reales*, entonces las masas habrían visto en la nueva reforma agraria del gobierno Azaña el resultado de la política del partido comunista y se habrían dicho: «Hay que marchar adelante con más energía bajo su dirección.»

8. La idea de un «Congreso mundial contra la guerra» había sido lanzada el 26 de junio de 1932 por un llamamiento de Henri Barbusse y Romain Rolland. El «comité de iniciativa» constituido por su organización reunía a intelectuales mundialmente conocidos, como Máximo Gorki, Einstein, Henrich Mann y John Dos Passos. El congreso se había celebrado en agosto en Amsterdam, con el apoyo activo del aparato de la I.C. y había adoptado posiciones claramente «pacifistas».

9. El historiador Gabriel Jackson escribe a este respecto: «El levantamiento de Sanjurjo renovó los impulsos jacobinos y revolucionarios en las Cortes y proporcionó una justificación para la confiscación de vastos dominios pertenecientes a los grandes de España, clase social y moralmente comprometida en el pronunciamiento derrotado». (*La república española y la guerra civil*, p. 79.)

Si el partido comunista alemán se comprometía clara y firmemente en el camino del frente único al que le llama el conjunto de la situación, y si criticara a los social-demócratas, no por su «fascismo», sino por su debilidad, sus dudas, su cobardía en la lucha contra el bonapartismo y el fascismo, entonces las masas aprenderían algo a través de la lucha en común y a través estas críticas, y se alinearían más claramente detrás del partido comunista.

Con la política actual de la Internacional comunista, las masas se convencen a cada nuevo giro de la situación, no sólo de que sus enemigos y adversarios de clase no hacen lo que los comunistas habían predicho que harían, sino además que en el instante decisivo el propio partido comunista da la espalda a todo lo que él mismo había enseñado. Es por lo que la confianza en el partido comunista no aumenta. Es por lo que también aparece en parte el riesgo de que la reforma agraria «a medias» de Azaña no aproveche más que a la burguesía, y no al proletariado.

En condiciones favorables, excepcionalmente propicias, la clase obrera puede vencer a pesar de una mala dirección. Pero condiciones particularmente favorables no se encuentran más que raramente. El proletariado debe aprender a vencer en condiciones poco favorables. Además, como lo atestigua la experiencia de todos los países y la de cada mes lo confirma, la dirección de la burocracia estalinista impide al comunismo utilizar estas condiciones favorables, reforzar sus filas, maniobrar tomando la iniciativa, distinguir entre los grupos enemigos o semi-enemigos y las fuerzas aliadas. En otros términos, la burocracia estalinista se ha convertido en el freno interno más poderoso en el camino de la victoria de la revolución proletaria.

Prinkipo, 20 septiembre 1922

A 34

RUPTURA PERSONAL

(Cartas a Nin)

20 septiembre 1932

[Hace algunas semanas le escribí pidiéndole que me dijese las cuestiones precisas que Vd. había planteado en las cartas tuyas que yo no recibí. A esta última carta, no he recibido respuesta. Fue expedida certificada, de la misma forma que la presente es enviada certificada.]

14 noviembre 1932

[De diferentes lados, he recibido la información según la que camaradas españoles —y, ante todo, Vd. personalmente— apreciaban la situación española en el sentido de que la revolución había terminado. No es necesario que le diga lo grave que es esta cuestión para la determinación de los principios políticos. Me parece absolutamente necesario clarificar totalmente esta cuestión. Sería preferible que el nuevo C.C.¹ precise su punto de vista sobre

1. Alusión al comité central elegido en marzo en la 2.^a conferencia de la oposición de izquierda española de la que Nin se había convertido en el secretario general. Habría podido imaginarse que la retirada de Lacroix, cuya carta del 17 de enero de 1932 constituía una verdadera declaración de guerra fraccional, habría creado mejores condiciones en las relaciones entre Trotsky y sus camaradas españoles. Pero la presencia en esta conferencia de un delegado de la Gauche Communiste de Francia, disidente, la decisión de la Oposición española llamarse igualmente «Izquierda comunista», los incidentes entre una parte de los delegados y los representantes del S.I. —decisiones en las que Lacroix había ju-

ello mediante una resolución especial: esto permitiría acabar de una vez con las falsas interpretaciones.² Por lo demás, quizá vuestro C.C. se haya pronunciado ya sobre este tema: en este caso, ¡tanto mejor!

gado un papel no despreciable— alteraban desde el comienzo las relaciones entre Trotsky y el nuevo C.C.

2. Nin iba a responder muy secamente el 25 de noviembre de 1932: «Ni la oposición como tal, ni yo personalmente, hemos dicho nunca que la revolución española había terminado. Es una monstruosidad inconcebible. Estimamos superflua la publicación sobre este asunto de una resolución del C.C., pues nadie aquí nos ha acusado de haber sostenido un punto de vista que está fundamentalmente opuesto a nuestra posición política». Estas cartas —la de Trotsky del 14 de noviembre de 1932, la de Nin del 25 de noviembre de 1932— ponen fin al intercambio de correspondencia directa entre los dos militantes. Más o menos al mismo tiempo estalla en la sección española «el asunto Lacroix».

LAS LECCIONES DE LA TRAICIÓN DE MILL¹

(13 octubre 1932)

El asunto Mill constituye uno de esos episodios que son, de forma general, absolutamente inevitables en el proceso de la selección y de la educación de nuestros cuadros. La oposición de izquierda sufre una terrible presión. Pero eso no es todo. No faltarán todavía casos de reagrupamientos y deserciones individuales. En esta carta querrían sacar del episodio Mill algunas lecciones que me parecen sencillas y que no se prestan a conflicto.

Lenin hablaba del izquierdismo como de una enfermedad infantil. Pero debemos acordarnos de que el izquierdismo no es la única enfermedad infantil, que hay más. Como todo el mundo sabe, los niños tienen dificultad para darse cuenta de la naturaleza de sus enfermedades e incluso para situarlas. Haces falta un grado particularmente elevado de madurez en dos grupos, en el mismo momento de su constitución, para ser capaz de definir con más o menos claridad los puntos esenciales de sus divergencias. A menudo, los grupos jóvenes, como los niños enfermos, se quejan de dolores en los brazos o en las piernas, mientras que el dolor se sitúa en el vientre. Los individuos o los pequeños grupos, insuficientemente endurecidos por una tarea tenaz y a largo plazo de organización y de educación, decepcionados porque el éxito no cae del cielo, no tienen en cuenta generalmente que la fuente de sus fracasos reside en ellos mismos, en su propia inconsistencia,

1. Publicado en *Internal Bulletin* de la C.L.A., n.º 6, 15 enero de 1933, bajo la firma de G. Gourov.

en su propia debilidad, su sentimentalidad pequeño-burguesa. Buscan fuera de ellos mismos la responsabilidad de su fracaso y la encuentran generalmente en los caracteres negativos de X o Y. Muy a menudo, acaban por concertar un bloque con Z, con el que no están de acuerdo en nada, contra Y con el que, según dicen, están de acuerdo en todo. Cuando revolucionarios serios se extrañan o se indignan de su actitud, comienzan a protestar de que una «intriga» se está tramando contra ellos. Este pernicioso camino, observado más de una vez en diversas secciones, ha sido seguido hasta el final en el episodio Mill, y es lo que le hace particularmente instructivo.

¿Cómo llegó a ser Mill miembro del secretariado administrativo? He hablado de ello en mi nota a la prensa.² Las condiciones objetivas exigían la presencia en el secretariado de una persona estrechamente ligada al centro de la Oposición rusa, capaz de traducir documentos del ruso, de mantener la correspondencia, etc. Prácticamente, Mill parecía el único candidato posible. Se declaraba completamente solidario de la Oposición rusa y tomó parte en la lucha contra Landau, Rosmer, etc. Todos nuestros camaradas se acuerdan de la manera en que, durante un conflicto absolutamente sin principios con el grupo dirigente de la Ligue francesa, Mill intentó de repente concluir un bloque con Rosmer que había ya abandonado las filas de la Ligue.

¿Qué significaba esto? ¿Cómo era posible que un militante responsable, en 24 horas, cambie su posición sobre una cuestión de gran importancia en nombre de consideraciones personales? El propio Mill continuaba afirmando que no tenía *ninguna clase de divergencia política con la Oposición rusa*, sólo que tal o cual camarada francés «no le gustaba».³ En otros términos, Mill debía recurrir a los mismos argumentos que los que condenaban la víspera en boca de Rosmer. Rosmer ha llegado a construir sobre la base de la oposición entre las ideas y los hombres una teoría puramente anecdótica que demuestra sin ninguna duda que había roto con la Internacional comunista,

2. Aparecido primero en B.O. n.º 31 de noviembre de 1932, este artículo titulado «Mill agente estalinista» fue reproducido enseñada en la prensa internacional.

3. Recordemos que Mill había comenzado por una puesta en cuestión de la persona de Molinier (ver cap. A-29).

nó porque él mismo se había elevado a un punto de vista histórico superior, sino porque en el fondo no había llegado a la comprensión de la política revolucionaria y del partido revolucionario.

La única conclusión que se puede sacar de esta enojosa conducta de Mill es la siguiente: para él, evidentemente, los principios no son de forma general importantes; las consideraciones personales, las simpatías y antipatías determinan mucho más que los principios y las ideas su comportamiento político. El que Mill pudiera proponer un bloque con un hombre al que había definido como no marxista, contra camaradas a los que había tenido por marxistas, mostraba claramente que no era digno de confianza, tanto en el plano moral como en el político, y que era incapaz de permanecer leal a la causa. Si hoy traicionaba en pequeña escala, mañana sería capaz de traicionar a mayor escala. Tal era la conclusión que todo revolucionario habría debido sacar del asunto.

La Oposición rusa que, más que cualquier otra sección, tenía la responsabilidad de la introducción de Mill en el secretariado, propuso inmediatamente su retirada de este organismo, pero ¿qué pasó? Esta propuesta natural, urgente, que correspondía al conjunto de la situación, se enfrentó a la resistencia de ciertos camaradas. En la primera fila se encontraban los camaradas de la sección española, que llegaron a creer posible proponer a Mill como representante de la sección española en el secretariado internacional. Al mismo tiempo, declaraban que no tenían divergencias políticas con la dirección de la oposición de izquierda internacional.

Esta iniciativa, perfectamente inesperada, provocó en el acto una impresión chocante en muchos de nosotros. Pues, nos preguntábamos, ¿por qué motivo los camaradas españoles seguían declarando a favor de Mill? Está claro. Ven en Mill un camarada que ha sido «cogido en la trampa» y se precipitan a defenderle. En otros términos, sobre una cuestión política de importancia excepcional, se dejan guiar por consideraciones que no son políticas, revolucionarias, sino personales y sentimentales.

Si Mill hubiera intentado concertar un bloque con el desertor Rosmer contra la Ligue francesa, los camaradas dirigentes españoles concertarían un bloque con Mill contra las secciones rusa, francesa y algunas más. ¡Esta es la confusión en la que se puede uno perder si se deja guiar,

en cuestiones importantes, no por consideraciones políticas revolucionarias, sino por impresiones, sentimentalismo y simpatías o antipatías personales!

El que Mill, «en búsqueda de trabajo» haya entrado en negociaciones con los estalinistas y finalmente haya emprendido el «desenmascaramiento» de la oposición de izquierda en la prensa⁴ muestra de manera definitiva que es un pequeño-burgués corrompido. Nadie en nuestras filas lo negará, ciertamente. Pero esto no basta: hay que comprender que el giro brutal de Mill hacia Rosmer no era en aquel momento más que el ensayo general de su actual giro hacia los estalinistas. El fundamento de estos dos actos de traición está en la misma incapacidad del pequeño-burgués perdido en el terreno de la política revolucionaria.

Si me detengo con tantos detalles sobre esta cuestión, no es en función de Mill, sino en función de la cuestión de la selección y de la educación de los cuadros de la oposición de izquierda. Este proceso está lejos de haber terminado, aunque sea precisamente en este terreno en el que tenemos en nuestro activo los éxitos más importantes.

La oposición de izquierda española está atravesando una crisis muy difícil. La dirección elegida en el último congreso ha estallado, aunque no se pueda encontrar ninguna base de principio para esta descomposición; en lo que concierne a todos los miembros del comité central, se nos remite a alguna razón *personal*, individual. Sin embargo, a ojos de quien en el pasado ha reflexionado seriamente en la posición del comité central de la Oposición española, estaba claro que la Oposición española iba entonces hacia una crisis.

De hecho, si los dirigentes de la Oposición española no han comprendido la importancia de principio de la lucha que llevábamos contra Rosmer, Landau, etc., si juzgaban posible aliarse con Mill contra los cuadros fundamentales de la Oposición internacional, si, al mismo tiempo, repetían que no tenían divergencias con nosotros, suprimiendo así toda eventual justificación de su forma de actuar, por

4. Según los documentos descubiertos en su casa, Mill había pedido a la embajada rusa un empleo en Kharkov y se había comprometido a proporcionar a cambio informaciones sobre las actividades de la Oposición.

todas estas razones no podíamos dejar de decirnos con inquietud: «Los dirigentes de la Oposición española apenas tienen suerte a la hora de dar a su sección una orientación correcta; pero, allí donde falta una orientación bien fundada, aparecen inevitablemente motivos y sentimientos personales.» Soldar juntos a gentes de formación, carácter, temperamento diferentes, no puede realizarse más que por medio de claros principios revolucionarios. De otra manera, la desintegración de la organización es inevitable. Sobre simpatías personales, sobre amistades y el espíritu de grupo no se puede construir más que el club de discusión sin vida tipo Souvarine, o un hospicio para inválidos políticos tipo Rosmer, y ni siquiera por mucho tiempo.

Por desagradable que sea, debo insistir de nuevo en un punto delicado, porque el interés de la causa lo exige: no se pueden construir sanas relaciones sobre las impresiones y lo convencional.

Cuando preguntábamos en nuestras cartas a los camaradas dirigentes españoles por qué consideraciones políticas y de organización se dejaban guiar tomando la defensa de Mill contra las secciones rusa, alemana, francesa, belga, etc., recibimos el siguiente tipo de respuesta: «Tenemos el derecho de expresar nuestra opinión», «Nos negamos a recibir órdenes», etc. Y esta respuesta inesperada nos pareció un síntoma extremadamente alarmante.

Admitamos que uno de nosotros tenga realmente una tendencia a distribuir órdenes. Habría que resistir a esta tendencia, y, cuanto más vigorosa sea, más habrá que resistir. Pero la necesidad de luchar de la forma más resuelta contra tales costumbres de simple mando, no habría sin embargo liberado a nuestros camaradas españoles de la de establecer una base *política* para su intervención fraccional en favor de Mill contra la aplastante mayoría de las secciones. Una petición de explicaciones de principios por tal o cual acción no constituye de ninguna manera una tendencia a dar órdenes. Todo militante de la oposición de izquierda tiene el derecho de plantear a los organismos responsables la pregunta ¿«por qué»? Librarse del peso de una respuesta concreta contentándose con afirmar el derecho de cada cual de tener su opinión, es reemplazar las obligaciones revolucionarias mutuas por lugares comunes semiliberales, semidemocráticos. Después de tal respuesta, no puede uno dejar de pregun-

tarse de nuevo: «Algunos camaradas dirigentes españoles no tienen desgraciadamente un terreno común suficientemente sólido con la Oposición internacional. De ahí se deriva su falta de atención hacia la historia de la oposición de izquierda, de las luchas que ha atravesado, de la selección de cuadros que está realizando; de ahí se deriva igualmente su tendencia a dejarse guiar por impresiones personales, estimaciones psicológicas, criterios individuales; de ahí igualmente su afirmación de la "libertad" de opinión en lugar de una base marxista para esta opinión.»

Es inútil decir lo lejos que está de nosotros la idea de comparar a Mill con cualquiera de nuestros camaradas españoles. Pero sigue habiendo un hecho, que los camaradas dirigentes españoles no han comprendido a tiempo por qué atacábamos a Mill de forma intransigente y por qué exigíamos que los demás hicieran lo mismo. Esperamos que ahora al menos esta sería lección pueda conducirnos a reunirnos y no a continuar discutiendo.⁵

5. No hemos encontrado huellas de una explicación de los dirigentes de la Oposición española sobre el asunto Mill, después de que este último fuese desenmascarado.

DESPUÉS DE LA REUNIÓN DE COPENHAGUE¹

(16 de diciembre de 1976)

El resultado más importante del viaje a Copenhague² ha sido indudablemente el encuentro de militantes de la oposición de izquierda de numerosos países. La primera intención era reunir una docena de camaradas de los países más próximos a Dinamarca para tomar las medidas de seguridad necesarias. De hecho, han podido venir 24 camaradas —de los que dos han sido detenidos, y, entre ellos, los responsables de varias secciones. Si se cuentan los simpatizantes, había en total treinta personas.

Stalin ha informado por radio a la policía capitalista de la celebración de Copenhague de una «conferencia trotskysta»: era una mentira. Como se ha producido de forma accidental, el viaje a Copenhague ha cogido necesariamente desprevenida a la oposición de izquierda. El trabajo preparatorio de la conferencia estaba entonces en sus comienzos. No se podía en absoluto adoptar en Copenhague una plataforma ni tesis programáticas. Incluso las secciones europeas estaba lejos de estar todas representadas, y no todos los delegados presentes tenían un man-

1. T. 3481. *Bulletin International* de la O.C.G., n.º 19 diciembre 1932, pp. 1-3. Se trata del extracto de un texto comunicado a todas las secciones, que da la señal de la batalla política en el conjunto de la Oposición.

2. Trotsky había sido invitado a Copenhague por los Estudiantes socialistas de Dinamarca a pronunciar una conferencia sobre la revolución rusa, con ocasión del 15.º aniversario de ésta. Embarcó el 14 de noviembre, llegó a Copenhague el 23, salió el 2 de diciembre y desembarcó en Prinkipo, después de bastantes tribulaciones, el 12 de diciembre.

dato. No hubo, pues, conferencia, y de la forma en que se presentaban las cosas, desgraciadamente no podía haberla.

Sin embargo, es inútil decir que los camaradas que han venido han aprovechado plenamente la posibilidad ofrecida de conocerse y discutir, en debates informales, los problemas más urgentes y candentes. La reunión imprevista, improvisada, de dos docenas de bolcheviques-leninistas de siete países europeos será considerada como una realización importante en la historia de nuestra fracción internacional.

La oposición de izquierda ha crecido mucho. Sus cuadros conocen su historia en los diferentes países, saben orientarse por sí mismos de forma independiente, en las cuestiones teóricas y en las políticas, y, tanto colectiva como individualmente, encarnan una experiencia política considerable. Las entrevistas, que han durado varios días, han cohesionado a nuestros camaradas, hecho que tendrá consecuencias fructuosas para todo nuestro futuro trabajo. Sin caer en un optimismo oficial podemos afirmar con seguridad que todos los que han participado en estas consultas han marcado con un nuevo aumento de confianza.

La Oposición española.

Sólo una cuestión ha ensombrecido esta consulta: la situación de la oposición española. Si se han podido señalar algunos matices en el interior de la oposición de izquierda internacional hacia los males y los errores de la Oposición española, han sido totalmente rechazados a un segundo plano durante la consulta, para dejar sitio a una común preocupación. El conjunto de los participantes ha estado totalmente de acuerdo con la idea de que debemos llevar con nuestros camaradas españoles una discusión franca y completa, y que, esta vez, la discusión no debe limitarse sólo a los dirigentes de la Oposición: sólo a condición de que todos los miembros de las secciones estén al corriente de las cuestiones en litigio, la Oposición española podrá ser llevada al buen camino.

Por nuestra parte sería criminal cerrar por más tiempo los ojos sobre la situación real, o buscarle paliativos: si no conseguimos, mediante una franca discusión, clarificar completamente y a tiempo, todas las cuestiones en litigio —y se han acumulado demasiadas— entonces la presión

de los acontecimientos puede empujarnos a campos opuestos.

La sección española no estaba, desgraciadamente, representada en la consulta.³ En el último minuto, circunstancias claramente accidentales lo obstaculizaron, pero tomo la libertad de expresar mi convicción de que, si los dirigentes españoles no se hubieran encerrado ellos mismos en su propio horizonte y si hubieran manifestado más interés por su organización internacional, habrían conseguido sin dificultad encontrar la manera de presentarse en la consulta de Copenhague.

Sin embargo, la gran desgracia de la Oposición española es que sus dirigentes hayan mantenido obstinadamente a su organización al margen de la vida interna y de las luchas internas de las otras secciones, y le hayan prohibido así el acceso a una experiencia internacional irremplazable. En la medida en que la sección española, por su posición oficial, ha sido, en definitiva, obligada a intervenir en las cuestiones internacionales, sus dirigentes, sin tener en cuenta ni la experiencia de las demás secciones, ni la opinión pública de su propia organización, se han dejado guiar por relaciones personales de simpatía o antipatía. Demasiado a menudo —debemos decirlo francamente— han substituido un análisis marxista de la situación y de las divergencias por consideraciones pequeño-burguesas psicológicas y sentimentales. Este fue el caso con la federación catalana de Maurín, en que la confianza de varios camaradas de Barcelona en «relaciones personales amistosas» ha estado mucho tiempo por delante de una lucha de principios contra el nacionalismo pequeño-burgués y ha frenado así el desarrollo de la oposición de izquierda en el curso del período más decisivo. Fue el caso del asunto Landau, que, de forma sorprendente, *Comunismo*, mencionaba entre sus colaboradores después

3. En una carta al plenum internacional de la oposición de izquierda, el ejecutivo de la Izquierda Comunista señala: «Desde su viaje a Copenhague, la actitud del camarada Trotsky ha cambiado porque no hemos enviado un delegado, lo que ha interpretado como un signo de nuestra indiferencia hacia la organización internacional» (B.I. de la I.C.E., 15 julio de 1933, n.º 2, p. 19). Varios antiguos miembros de la Izquierda Comunista Española, políticamente solidarios de Nin en esta época y aún hoy, no nos han ocultado que, según ellos, una discusión directa habría podido, tanto entonces como más tarde, contribuir a la necesaria clarificación.

de que hubiera demostrado su incapacidad, hubiera sido puesto en minoría y hubiera finalmente abandonado la oposición de izquierda. Fue así a propósito de las divergencias en el interior de la sección francesa, en la que los camaradas españoles reconocían en privado que las ideas y los métodos de Rosmer no valían nada, pero le apoyaban en público, directamente o no, porque le preferían a sus adversarios. Fue así en el caso de Mill, a quien los camaradas dirigentes españoles creyeron posible elegir para representarles en el S.I. después de que hubiese sido mostrada claramente su nulidad política. En todos estos casos, no hemos oído, ni de Madrid ni de Barcelona, ni siquiera la sombra de una explicación a nivel de los principios o de la política.⁴

De manera no menos aguda y dolorosa aparecen los mismos rasgos en la vida interna de la organización española. La crisis que acaba de estallar ha tomado por sorpresa no sólo a la Oposición internacional, sino también a la sección española. Los miembros del comité central han dimitido uno tras otro. Toda la dirección se ha encontrado concentrada de hecho únicamente en las manos de Lacroix. Entonces, para sorpresa general, ha resultado que Lacroix no estaba ya en el C.C., e incluso, de hecho, que, por el momento, estaba fuera de la Oposición, mientras que la dirección había pasado a Barcelona.⁵ ¿Por qué? ¿En qué

4. Ver caps. A 29 y A 35. La frase deja suponer que Trotsky no había recibido respuesta a las preguntas que había planteado en su carta del 3 de marzo de 1932.

5. Según el *Boletín interior*, n.º 2, que puntualiza sobre esta crisis en julio de 1933, todo habría comenzado en la sesión del comité central de noviembre de 1932. Lacroix, que por petición propia, y por «razones de salud», había sido reemplazado por Nin en el puesto de secretario general, había atacado violentamente la política seguida desde la 3.ª Conferencia, y luego, en términos muy exaltados, presentado su dimisión del comité central. Entonces había sido decidida la transferencia del comité ejecutivo de la izquierda comunista de Madrid —donde el local de la organización era también el domicilio de Lacroix y de su padre— a Barcelona donde residía Nin. Lacroix se había lanzado inmediatamente a una actividad fraccional cuyo aspecto más espectacular había sido sacar para él los materiales —ficheros, direcciones, material, etc.— depositados en el local, así como la designación de «comités» formados por sus partidarios. El ejecutivo dirigido por Nin había respondido privando a Lacroix y a los que le apoyaban de toda responsabilidad. La «corriente Lacroix» —media docena de militantes entre los que estaban Ernesto Tajo, viajante de comercio, de Galicia, editor de *Joven Espartaco*, Manuel Fernández Grandizo (G. Munis), un militante

consisten las divergencias? ¿Cuál es el fundamento de la crisis? Nadie lo sabe, al menos fuera del estrecho círculo de los iniciados.⁶ Tal régimen es absolutamente inadmisibles en una organización revolucionaria, y no puede conducir más que a derrotas. Absteniéndose de participar en la lucha sobre cuestiones de principio, sustituyendo apreciaciones personales por divergencias políticas, los camaradas españoles acaban por ser ellos mismos víctimas de inevitables conflictos personales y de «revoluciones de palacio».

Tales arbitrariedades subjetivas en materia política serían completamente imposibles si el C.C. de la sección española trabajara bajo el control de su propia organización. Pero no es el caso. Presentando su propia defensa, varios dirigentes de la Oposición española han subrayado más de una vez la insuficiencia del nivel teórico y político de sus miembros.⁷ Esta objeción no se mantiene en pie

de Llerena (Extremadura)— había comenzado la publicación de un *Boletín interior*, que de hecho era un órgano de su fracción. No poseemos la primera carta de Trotsky sobre este asunto. La carta del C.E. al plenum internacional mencionado anteriormente la resume en estos términos: «La víspera del viaje a Copenhague, el nuevo C.E. o mejor, el camarada Nin, recibió una carta en la que Trotsky manifestaba su sorpresa por la forma que había revestido la aparición de la crisis y expresaba al mismo tiempo que sería posible entenderse con la nueva dirección» (*ibidem*, n.º 2, p. 19). Pierre Frank se acuerda de haber escrito durante la conferencia de Copenhague un texto reprochando a Nin «no haber combatido políticamente a Lacroix», de haberle dejado «aislarse por actitudes insostenibles» y de tener la responsabilidad de que Lacroix hubiera sido llevado a plantear su dimisión sin «la menor claridad política» (carta del 3 de enero de 1973).

6. Parece que la designación de Nin para secretario general fue extraña a la brusca decisión de Lacroix de lanzarse a una batalla fraccional. A pesar de los numerosos incidentes acaecidos anteriormente con Trotsky y el S.I., el «grupo Lacroix» intentaba afirmarse mediante una sonora autocrítica dando la razón a Trotsky y al S.I. por todas las críticas pasadas y acusando a la nueva dirección (Nin) de haberse comprometido, a partir de la 3.ª Conferencia, en la creación de un «segundo partido» rompiendo de hecho con la actitud de «oposición» y lucha «por el enderezamiento» del P.C. El nuevo C.E. afirmaba que estas divergencias se reducían a cuestiones de personas, los rencores de Lacroix; en mayo de 1933 los partidarios de Lacroix eran expulsados por haber utilizado para fines fraccionales los fondos de la organización destinados al sector «jóvenes» y haberse apropiado del fichero de los abonados.

7. Alusión a un texto proveniente de los españoles, pero del que no hemos encontrado ningún rastro.

ni por un momento. El nivel de una organización revolucionaria se eleva tanto más rápidamente cuanto más se lanza a la discusión de *todas* las cuestiones, y cuanto menos se dedican sus dirigentes a pensar, actuar y comportarse como guardianes para con su organización.

La primera condición de la democracia en el partido consiste en asegurar la *información* de todas las partes. Hay que comenzar por los textos internacionales sobre la Oposición española; el C.C. debe obligarse a comunicarlos a todos los miembros de la Oposición; todo bolchevique-leninista español debe estudiar, meditar y apreciar, no sólo la experiencia con Mill, sino también la esencia de la crisis del propio C.C. Así los militantes españoles de la Oposición aprenderán infinitamente más que en una docena de artículos abstractos sobre el centralismo democrático y sobre las relaciones correctas entre «seres humanos» (...).

Nuestros camaradas españoles no han utilizado, tampoco en este terreno,⁸ la experiencia de la izquierda internacional. En su última conferencia, de forma completamente inesperada, se han pronunciado por la participación en las elecciones de forma independiente. De lo que hemos dicho anteriormente, aparece con claridad suficiente que no nos inclinamos, aquí tampoco, hacia el fetichismo. En ciertas circunstancias, la oposición de izquierda puede y debe presentar sus propios candidatos. Sin embargo, tal iniciativa no debe resultar de una persecución errónea de la «independencia», sino de la real correlación de fuerzas y debe ser aclarada en la agitación: no se trata para nosotros de quitar mandatos al partido oficial, sino de desplegar la bandera del comunismo allí donde el partido no está en estado de hacerlo. Está claro, en la actual relación de fuerzas, candidaturas independientes de la Oposición no pueden constituir más que excepciones, y no la regla.

Pero las particulares condiciones de España, ¿justifican quizá la táctica de la Oposición española, es decir, una orientación real hacia un segundo partido?⁹ Admitá-

8. Se trata de la eventual participación de candidatos de la oposición de izquierda como tal en las elecciones legislativas.

9. Los dirigentes de la sección española han negado siempre con firmeza esta acusación que tenían por una deformación de su posición.

moslo. Entonces, ¿por qué nuestros camaradas españoles no han intentado aclarar para nosotros estas condiciones y enriquecernos con su experiencia? ¿Creen verdaderamente que no se pueden comprender las condiciones españolas fuera de España? En tal caso, convendría preguntarse para qué tener una organización internacional.

G. GOUROV

SOBRE LA SECCIÓN ESPAÑOLA DE LA OPOSICIÓN DE IZQUIERDA¹

(22 de diciembre de 1932)

La revolución española ha creado condiciones objetivas extremadamente favorables para un desarrollo rápido del comunismo. Pero la ausencia de cuadros mínimamente formados ha hecho extremadamente difícil lo mismo para la oposición de izquierda que para el partido oficial, el sacar provecho de esta situación verdaderamente histórica. Aunque, por el número de sus miembros nuestra sección española supera a toda una serie de otras secciones —lo que hay que atribuir enteramente al ascenso revolucionario²— la cohesión ideológica de la organización y el carácter de su dirección ofrecen un cuadro muy poco satisfactorio.

Para comprender sus causas, es necesario al menos establecer las faltas capitales cometidas por los cuadros dirigentes de la Oposición española.

En Cataluña, donde el proletariado ofrece un medio natural para un crecimiento rápido de la influencia de los bolcheviques-leninistas, los camaradas dirigentes han per-

1. T. 3305. *Internal Bulletin* C.I.A., n.º 11, 31 de marzo de 1933. Este largo desarrollo consagrado a la sección española está sacado del texto redactado por Trotsky el 22 de diciembre de 1932 para la pre-conferencia de la oposición internacional de 1933. Una nota precisaba que debía ser puesto en conocimiento de todas las secciones, pero no publicado como el resto del texto. Figura en los archivos con fecha de marzo de 1933; la fecha real de su redacción nos ha sido proporcionada por Jean Van Heijenoort.

2. Los militantes de la oposición española no iban a apreciar esta afirmación que les quitaba todo mérito en la construcción de su organización.

dido su tiempo de una forma imperdonable. En lugar de avanzar con fuerza bajo su propia bandera, aunque fuese bajo la forma de un pequeño núcleo, durante los meses más críticos de la revolución, han jugado al escondite con los principios, han hecho diplomacia y se han arrastrado a remolque del nacionalismo pequeño burgués del provinciano charlatán Maurín.

Las cosas no han ido mejor en las otras regiones de España donde la oposición de izquierda, ignorando al partido oficial y reemplazando la educación marxista de los cuadros por un sentimentalismo revolucionario, no ha sabido trazar durante mucho tiempo el límite necesario que la separase de los grupos de derecha.

El resultado menos perjudicial no ha sido que los camaradas dirigentes, cediendo a la influencia de los peores aspectos de la tradición revolucionaria española, hayan dado la espalda a la experiencia internacional, y, declarándose de palabra solidarios de la oposición de izquierda, hayan apoyado en los hechos, directa o indirectamente a todos los confusionistas y a todos los desertores (Landau,³ Rosmer, Mill, etc.).

En la cuestión «fracción o partido independiente», la sección española ha adoptado en su última conferencia una posición por lo menos equívoca pronunciándose a favor de listas independientes a las elecciones parlamentarias y otras.⁴ Esta posición, contraria a la línea política de la oposición de izquierda, no había sido en absoluto

3. El 1.º de septiembre de 1931, después de la publicación en *Comunismo* de un artículo de Paul Sizoff (seudónimo de Michel Collinet), el comité ejecutivo de la oposición española había publicado el siguiente comunicado: «El C.E. de la O.I. española condena de la forma más enérgica las maniobras que llevan a cabo contra la Oposición, Sizoff, Gourget y cía. Desde el primer momento el C.E. se ha colocado sin dudar al lado del S.I., con quien está plenamente de acuerdo en lo que se refiere a la lucha por la depuración de las filas de la oposición de izquierda internacional. El C.E. de la O.I. española aprueba las críticas muy severas, pero justas, que León Trotsky ha dirigido contra el grupo de Landau en Alemania, y se declara plenamente de acuerdo con las medidas tomadas contra él.» Pero, algunos meses después, los dirigentes de la oposición española recibían a Collinet en Madrid, y le admitían en su conferencia nacional, lo que iba a provocar un vivo incidente con los delegados del S.I.

4. Decisión tomada en la 3.ª Conferencia, recordémoslo, a propuesta de Nin, apoyado por Fersen, pero combatido por Lacroix y Andrade.

preparada desde un punto de vista práctico: se ha quedado en una manifestación platónica, no menos nociva sin embargo.

En el camino que les aleja de los bolcheviques-leninistas, los dirigentes de la Oposición española han ido tan lejos que han estimado posible modificar el nombre mismo de su organización. Eligiendo llamarse en adelante «Izquierda Comunista» —un título visiblemente falso desde el punto de vista teórico—, los camaradas españoles se han opuesto así a la oposición de izquierda internacional y, con esta denominación, se han acercado simultáneamente al *Leninbund*,⁵ al grupo de Rosmer,⁶ etc. Ningún revolucionario serio podrá creer que un paso tan importante haya sido dado por azar, sin objetivo político. Al mismo tiempo, ningún marxista podrá aprobar una política que no declara francamente sus intenciones, sino que recurre a astucias diplomáticas y anda con rodeos en las cuestiones de principios.⁷

Al exigir la participación en la conferencia internacional de todos los grupos que se reclaman de la oposición de izquierda —los que nos han abandonado así como los

5. El *Leninbund* (Liga Lenin) había sido constituido en Alemania en marzo de 1928, agrupando a todos los opositores «de izquierda» con el modelo de la oposición unificada del 26-28 en la U.R.S.S. Pero los «zinovievistas» Ruth Fischer y Maslow la habían abandonado en marzo. La Liga, dirigida por Urbahns, había estado cerca de la Oposición, pero había roto con Trotsky a principios de 1930, habiendo constituido la minoría trotskysta, con Anton Grylewicz, la oposición de izquierda alemana y habiendo Urbahns, por su parte, renunciado a luchar por el «enderezamiento» del K.P.D.

6. Alusión al grupo de la Gauche Communiste que publicaba en París *Le Communiste*, que animaban, con Claude Naville, Michel Collinet (Paul Sizoff), Aimé Patri (Ariat), Paul Le Pape (Daniel Lévine). Rosmer estaba muy próximo a ellos, y ellos se reclamaban de él, pero no formó nunca parte formalmente del grupo.

7. Los opositores españoles negaban ferozmente que el cambio del título de su organización hubiera tenido la significación política que le atribuía Trotsky. El 2 de septiembre de 1932, afirmaban: «No tenemos nada que ver con los grupos de Rosmer y Landau.» Sin embargo, en el mes de abril, Naville había tomado contacto con Landau en París, y al mismo tiempo, Michel Collinet había ido a España donde había estado con Lacroix y Andrés Nin con quien mantenía, después, una correspondencia regular. Según el testimonio de Paul Le Pape, en 1933 Landau durante un viaje a Perpignan, tomó contacto con uno de los representantes de la izquierda comunista española. Las sospechas de Trotsky no estaban completamente injustificadas y *Le Communiste* de octubre de 1932 lo confirmaba.

que hemos expulsado—, la sección española demuestra hasta qué punto estaba y sigue alejada del desarrollo real de la izquierda internacional y cuán poco ha asimilado su lógica interna.⁸

Acusando a las otras secciones de tener una política falsa en materia de organización⁹ y ni siquiera intentando fundar —al menos un poco— sus acusaciones, los camaradas españoles han llegado de golpe a demostrar el carácter erróneo de sus propios métodos. La lucha que estalló bruscamente entre los dos grupos en el seno del comité central condujo a la sección española al borde de la escisión, y, en esta circunstancia, la organización se ha encontrado desprevenida, pues ninguno de los dos grupos que se enfrentan ha sido capaz hasta ahora de formular los principios de base de esta lucha que sin embargo es muy dura.¹⁰

8. En su puntualización del 4 de septiembre el ejecutivo español había precisado: «Hemos defendido la idea de que se permita a todos los grupos expulsados o que se han separado de la organización en razón de divergencias con la dirección de la sección de su país o la dirección internacional presentar su defensa ante la Conferencia. Pero no hemos defendido nunca la idea de una conferencia internacional en la que los grupos expulsados o que nos han abandonado podrían intervenir al mismo título que las organizaciones legítimas.»

9. No poseemos textos anteriores provenientes de la sección española que traten este punto. Los opositores reprochaban en general al S.I. métodos que calificaban de «burocráticos», a Trotsky, intervenciones permanentes y su apoyo a Molinier. Juan Andrade resume bastantes posiciones que nadie niega, escribiendo: «Consideráramos que la orientación y la táctica política del momento no estaban determinadas por la deliberación de las secciones, sino que eran definidas a través de un artículo de Trotsky que tenía casi el carácter de un mandato imperativo para toda la Liga. La parte que tomaba Trotsky en las crisis internas de las secciones, sobre todo la sección francesa, crisis que bajo la apariencia de divergencias políticas no eran, la mayor parte de tiempo, más que conflictos de personas, no nos parecía ni conveniente ni digno de su misión, sino resultado de su deseo de conservar una organización que fuese fiel a su persona» (Andrade *op. cit.*, p. 21). En función de este análisis los españoles habían protestado contra la transferencia del S.I. a Berlín donde residía León Sedov, representante de la «sección rusa», y sostenido poco afortunadamente contra él al otro ruso, Mill.

10. Bajo su petición, a fin de poder someterse a una intervención quirúrgica demasiado tiempo retrasada, Lacroix, en la 3.ª Conferencia en marzo de 1932, había abandonado el puesto de secretario general a Andrés Nin. Menos de seis meses después, emprendía una violenta batalla fraccional. El S.I. había decidido que «el grupo

La sección española no puede desarrollarse sobre su actual base ideológica. Dándose perfecta cuenta de que la corrección de los errores pasados, y la constitución en España de una organización firme en los principios y soldada de forma revolucionaria no pueden ser obtenidos más que mediante el proceso de un trabajo largo y sistemático, la preconferencia propone las medidas inmediatas siguientes:

a) Todos los documentos internacionales más importantes sobre las cuestiones litigiosas deben ser traducidos al español y puestos en conocimiento de todos los miembros de la sección. Hay que dejar de disimular los hechos. Lo que se ha dicho anteriormente concierne sobre todo al asunto Mill, en el que los dirigentes de la sección española no sólo apoyaron a un individuo manifiestamente sin principios contra la organización internacional, sino que, incluso ahora, a fin de defender sus errores pasados, se permiten insinuaciones inadmisibles hacia la Oposición internacional.

b) Los dos grupos en lucha en el C.C. deben renunciar a una escisión sin principios de la organización, tomando todas las medidas para que la discusión de las cuestiones litigiosas pase por canales normales, con la participación de todos los miembros de la Oposición sin excepciones.

c) La discusión interna debe ser llevada en un boletín cuya redacción debe asegurar una imparcialidad absoluta hacia los dos grupos en lucha.

d) Hay que poner en el orden del día todas las cuestiones de principio que atañan a la izquierda internacional y no permitir que posiciones políticas claras sean reemplazadas por simpatías o insinuaciones de orden personal.

Nin» y el «grupo Lacroix» fueran igualmente representados en la preconferencia internacional que tendría que regular las modalidades de funcionamiento de la sección española. El C.E. de la I.C.E. había protestado enérgicamente contra la igualdad de trato impuesta así entre organizaciones y hombres regularmente elegidos —el C.E. y el propio secretario general— y un grupo fraccionista al que tenía por «escisionista». El S.I. había retrocedido entonces y dado sólo una voz consultiva al representante del «grupo Lacroix» en la preconferencia.

e) Una discusión profunda debe preparar la nueva conferencia nacional.¹¹

La preconferencia encarga al secretariado seguir con una particular atención el desarrollo interno de la sección española, a fin de ayudar a llevar a cabo todas las medidas decididas y todas las que sean adecuadas, en una coordinación completa con las tareas y los métodos de la oposición de izquierda.

11. Las decisiones de la preconferencia sobre este punto no fueron nunca aplicadas. Primeramente, porque al C.E. se le hacía doloroso volverse atrás reintegrando responsables cuyo comportamiento juzgaba «criminal», luego, porque el boletín de Lacroix iba a publicar las resoluciones adoptadas en una traducción que les hacía decir exactamente lo contrario de lo que en realidad había sido decidido. Debía rectificar tras el aviso del S.I. invocando su ignorancia de la lengua francesa en que había sido redactada la resolución, pero el C.E. vio en esta falsificación la prueba de la mala fe de sus adversarios y de la imposibilidad de aplicar una resolución de compromiso: se negó finalmente a cualquier reparto de responsabilidades a la cabeza de las publicaciones internas. De hecho, el «grupo Lacroix», descompuesto por las iniciativas de su principal dirigente, se disolvía por sí mismo en abril. Sus principales representantes —excepto Lacroix— seguían en la organización: en octubre del mismo año, Ernesto Tojo, cuyas actividades en el sector «jóvenes» había servido de apoyo a las iniciativas de Lacroix reclutaba en Andalucía a varios militantes de las juventudes socialistas, entre ellos J. Quesada y Julio Cid.

LAS DIVERGENCIAS CON NIN NO DATAN DE AYER¹

El camarada Nin ha estado permanentemente en lucha con la dirección de la Oposición Internacional y con las direcciones de todas las secciones, negando la existencia de divergencias teóricas o políticas. En su correspondencia conmigo, suele referirse a este tema frecuentemente, pero sin ninguna precisión.

Realmente, mi correspondencia con el camarada Nin, que dura ya por espacio de dos años, no ha sido más que una constante polémica, a pesar del tono amistoso. Esta polémica englobaba la mayoría de las cuestiones relativas a la vida y la actividad de la Oposición internacional. Es cierto que el camarada Nin siempre aceptaba las premisas fundamentales, pero, llegado el caso, siempre se negaba a sacar las consecuencias necesarias. Durante mucho tiempo ha estado retrasando la construcción de la Oposición española. Ha hecho todo lo posible para enfrentarla y aislarla de la Oposición internacional.

Siento no poder reproducir toda la correspondencia: sería un volumen demasiado grande. Dos camaradas que me ayudan en mi trabajo se han ocupado de entresacar

1. Este texto fue publicado en el *Bulletin International*, de la oposición comunista de izquierda, editado por el S.I. de la oposición de izquierda (bolcheviques-deninistas), n.º 2-3, abril de 1933, p. 32. Se trata del prefacio de los extractos de la correspondencia mantenida entre Trotsky y Nin reproducida aquí. La selección de esta abundante correspondencia había sido hecha por Pierre Frank y Jan van Heijenoort, a petición de Trotsky.

los pedazos más importantes.² Es lamentable perder el tiempo en un trabajo semejante. Lo único que lo justifica es el hecho de que los camaradas españoles tendrán la oportunidad de conocer mejor la historia de las divergencias, y la Oposición internacional podrá ayudar a la Oposición española a seguir el camino correcto.

Prinkipo, 21 de febrero de 1933

L. Trotsky

2. La publicación de los extractos de la correspondencia mantenida con Nin había sido decidida por Trotsky en función de la crisis que atravesaba entonces la sección española. Lacroix acababa de afirmar (B.I. n.º 2-3, abril 1933, pp. 56-59), que Trotsky y el secretariado internacional, por lo general habían tenido razón en sus divergencias con la sección española. Algunos consideran que esta publicación tenía por objeto ayudar a Lacroix contra Nin. En un informe sobre el «caso Lacroix» (*Boletín interior*, n.º 2, 15 de julio de 1933) el C.E. de la izquierda comunista española escribió: «Cuando el camarada Trotsky publicó los extractos de sus cartas con el camarada Nin, el C.E. señaló la inoportunidad de su publicación, que conducía a fomentar una lucha sin principios» (p. 9). Este texto, que fue publicado sin duda en el *Boletín interior* español, no parece que fuera publicado en los boletines de las demás secciones. Señalemos que los españoles no critican la selección, o sea, el significado de los extractos, sino su «inoportunidad».

A PROPÓSITO CON LA CORRESPONDENCIA CON NIN¹

Buyuk Ada, 25 de marzo de 1933

Querido camarada Lacroix:

Mi correspondencia con el camarada Nin no tenía un carácter personal, sino político. Ya que en cada nueva etapa se volvían a repetir las mismas divergencias, he creído necesario poner a disposición *de todos los miembros de la sección española* los extractos más importantes de mi correspondencia con Nin. No va a ser posible ningún progreso de nuestra sección española sin la formación de una opinión colectiva educada de una forma marxista.

La comunicación de esta correspondencia no tiene por objeto ayudar a un grupo contra otro, sobre todo porque las ideas y los métodos que critiqué al camarada Nin son también los vuestros. La lucha entre vuestros dos grupos ha revestido un marcado carácter personal. La única forma de atenuarla e inscribirla en el marco de una discusión normal, consiste en ligar las divergencias actuales con las pasadas, sobre la base del método marxista. Sobre esta base, y únicamente sobre ella, me sentiría satisfecho de colaborar, tanto con usted, como con el camarada Nin.²

Con mis mejores saludos comunistas.

Leon Trotsky

1. *Boletín interior* de la I.C.E., n.º 2, 15 de julio de 1933, p. 11.

2. Por medio de esta carta —cuya copia había sido enviada a Nin y al C.E.— Trotsky impedía de hecho a Lacroix y a sus cama-

radas utilizar las antiguas divergencias entre Nin y Trotsky, en provecho propio. De esta forma respondía a una de las preocupaciones del C.E. Señalemos, sin embargo, que el S.I. al publicar en un boletín interno los textos de Lacroix, en los que afirmaba que Trotsky, en lo esencial, había tenido razón contra Nin y los camaradas españoles, y al dejar de publicar los textos enviados a este fin por el C.E. de la izquierda comunista, se exponía a las críticas que le acusaban de hacer el juego a Lacroix, en contra de Nin y la dirección elegida en la 3.ª Conferencia.

EL «GRUPO DE NIN» LLEVA UNA LUCHA
SIN PRINCIPIOS¹

(A todos los miembros de la Oposición de izquierda española)

24 de abril de 1933

Queridos camaradas:

Acabo de recibir hace unos días la copia de la respuesta escrita del comité central de la comisión de organización relativa a la convocatoria del congreso antifascista nacional.² Esta carta, fechada el 5 de abril de 1933, constituye un documento que debe hacer reflexionar a todo miembro de la Oposición español, si es que realmente camina hacia el comunismo.

¿Qué significado tiene el Congreso antifascista nacional e internacional? La Oposición de izquierda (bolcheviques-leninistas) ha explicado esta cuestión a fondo en los documentos y artículos relativos al congreso de Amsterdam, contra la guerra,³ así como en numerosas declara-

1. T. 3540. El procedimiento inhabitual de dirigirse a los militantes sin pasar por los responsables de las secciones, según Trotsky se justificaba por la crisis de la oposición española.

2. A continuación del congreso de Amsterdam, el «congreso internacional contra la guerra y el fascismo» había sido convocado sucesivamente en Praga y después en Copenhague. Había sido precedido de congresos nacionales. No hemos podido encontrar la carta del comité central que critica aquí Trotsky.

3. *La Vérité* había lanzado una campaña contra el congreso de Amsterdam, que pretendía llevar a cabo un «frente único» contra la guerra y el fascismo, con las corrientes pacifistas, encarnadas por Barbusse y Romain Rolland, pero que al mismo tiempo escondía el rechazo de un verdadero frente único con los socialistas. La oposición internacional de izquierda, a pesar de combatir los objetivos fijados por el congreso, había mandado una representación,

ciones de otras partes. La burocracia estalinista ha conseguido aislar a la vanguardia comunista del proletariado por medio de su política de mentiras, que hace absolutamente imposible la formación de un frente único obrero contra el fascismo y la guerra. Para disimular su incapacidad, la Internacional comunista organiza de vez en cuando hipócritas mascaradas de tal frente único. Los grupos obreros, divididos se reúnen bajo la protección de personajes sin influencia, pacifistas, demócratas de izquierda, etc. A este tipo de conferencias o congresos —que en realidad no son más que teatro— se los presenta como el «frente único de las masas».

Nosotros tomamos parte en el congreso de Amsterdam para *desenmascarar* la comedia y llamar la atención de los trabajadores comunistas sobre la vía justa. Inútil es decir que nuestra postura ante el próximo congreso antifascista no es la misma.

El comité central de Barcelona⁴ también ha tomado en esta cuestión una postura contraria a la de los bolcheviques-leninistas. La carta del 5 de abril declara solemnemente a la comisión de organización que la Oposición de izquierda se une al «frente único» como si realmente se tratase de esto, en vez de una burla del frente único. La carta del comité central de Barcelona, al repetir frases hechas del tipo de «realizaremos el frente único a pesar de nuestras divergencias» ayuda a los estalinistas a enmascarar la realidad.

Sin embargo, esta idea elemental, que es acertada cuando se refiere a las organizaciones de masas del proletariado pierde todo su significado cuando se refiere a personalidades burguesas, pacifistas, demócratas del mundo literario, etc.

La carta del comité central de Barcelona dice: «el pacifista puede ser tanto o más enemigo de la guerra que el

luchando en vano porque se discutiera lo que ellos consideraban que eran los verdaderos problemas. Durante algunos minutos Raymond Molinier fue su portavoz.

4. Esta expresión se refiere a la nueva dirección designada después de la salida de Lacroix, que indica una cierta reticencia a reconocer a este comité central como la *dirección* de la oposición española. Según *Comunista*, n.º 18, noviembre de 1932, p. 29, el nuevo comité ejecutivo de la izquierda comunista española comprendía a Andrés Nin, secretario general, José Metge, Molins y Fábrega, Fersen y el secretario administrativo Goni.

comunista revolucionario. Es perfectamente lógico que esta gente se encuentra en un frente único contra sus enemigos». Es difícil de creer que esta frase ha sido escrita por alguien que se considera marxista, que tenga alguna idea de la política leninista, de los cuatro primeros congresos de la Internacional comunista, por no hablar de los diez años de trabajo de la Oposición de izquierda internacional y sobre todo de su declaración respecto al congreso de Amsterdam.⁵ ¿Cómo puede ser peor enemigo de la guerra un pacifista que un comunista revolucionario? La teoría marxista y la experiencia nos demuestran que el pacifismo es un arma del imperialismo, que los pacifistas claman contra la guerra en los tiempos de paz, inclinándose sin decir una palabra, presionados por su aislamiento y su importancia ante el militarismo, convirtiéndose frecuentemente en sus lacayos. Lo mismo ocurre en el terreno de la lucha contra el fascismo.

El significado de la política de frente único consiste en que acerca a los trabajadores socialdemócratas y sindicalistas a los trabajadores comunistas (y al comunismo) en el proceso de la lucha común contra el enemigo de clase. En lo que concierne a tal o cual personaje burgués, la cuestión es muy secundaria, los mejores, apoyarán a los trabajadores cuando se lleve una correcta política de frente único, cuando esta política vaya unificando a las masas. Ignorar la política de masas, yendo a la zaga de individuos célebres constituye la peor clase de aventurerismo y de charlatanería política.

En vez de denunciar la propia idea de la colaboración entre los burócratas estalinistas y estas personalidades burguesas, el comité central de Barcelona expresa su convicción de que la comisión de organización tiene la misma concepción que él sobre las tareas del congreso y que debido a esto acepta «con alegría» una «colaboración leal».⁶ ¿Qué es esto? ¿Astucia diplomática? Si se

5. *La Vérité*, 5 de septiembre de 1932.

6. En realidad los militantes de la Oposición intentaron expresarse en el congreso de Pleyel denunciándolo. Se enfrentaron a una mayoría decidida a no dejarles hablar y que no dudaba del recurso a la violencia. Alfonso Leonetti (Feroci, Guido Saracena), que penetró en el salón con un carnet de prensa perfectamente en regla, fue expulsado de su sitio y brutalmente apaleado por el servicio de orden.

Comunismo reproducirá las mismas conclusiones del congreso que *La Vérité*.

trata de esto no puede más que confundir a nuestros amigos y a todos los que están de acuerdo con nosotros. ¿Por qué se lanzan los marxistas a semejantes maniobras diplomáticas en cuestiones de este tipo, en las que se precisa la mayor claridad? No, la conclusión a la que se llega es que el comité central de Barcelona ha tomado una postura contraria al marxismo en la cuestión más seria de la política proletaria.

La lucha de los dirigentes de la Oposición española contra las posiciones y los principios de la Oposición de izquierda internacional no datan de hoy. Sin intentar exagerarse podría decir que los dirigentes españoles no han tomado una posición correcta sobre ninguna de las cuestiones importantes, españolas o internacionales, durante los tres años últimos.

Se pueden admitir errores, son inevitables en una organización joven. Sin embargo, lo que hace falta es que la organización y sobre todo sus dirigentes, saquen las lecciones de sus errores: así es como se avanza. Pero la desgracia es que los camaradas que actualmente constituyen el comité central de la Oposición española, no permiten a la Oposición discutir las cuestiones en litigio, substituyendo conscientemente las divergencias de principio por ataques personales y bajas y vanas acusaciones.

Evidentemente, la lucha entre el grupo del camarada Nin y el de Lacroix tiene su importancia, pero es cien veces más importante la lucha que llevan el camarada Nin, Fersen y otros contra la izquierda Internacional en su conjunto, adoptando continuamente posiciones contrarias a los principios fundamentales del marxismo. En cualquier lucha de fracción hay conflictos y acusaciones personales recíprocas: es inevitable. Pero al revolucionario cuya posición está determinada por episodios puramente personales, acusaciones, simpatías y antipatías, no es serio. Ese es el método característico de los radicales pequeño-burgueses, incapaces de alzarse al nivel de los principios marxistas. Hasta el presente, las intrigas pequeño-burguesas han envenenado la cumbre de la Oposición española, le han impedido seguir el camino correcto, paralizando el desarrollo de toda la organización a pesar de que las condiciones objetivas son extraordinariamente favorables. Si los militantes de base de la Oposición de izquierda española, los verdaderos bolcheviques-leninistas, quieren salir de este atasco, necesitan, ante todo,

barrer la suciedad de las querellas personales examinando el fondo de las divergencias políticas. Es necesario estudiar a fondo la historia de estas divergencias. Sobre todo hay que colocar en el centro de la discusión el documento sin principios del comité central del 5 de abril de 1933. Es preciso que todos los opositores españoles comprendan que la causa de todas las divergencias entre Barcelona por una parte y París, Bruselas, Berlín, Viena, Nueva York, etc., por otra, tiene sus raíces en el hecho de que el comité central de Barcelona mantiene una postura antimarxista, obstinándose en permanecer en ella.

Por medio de esta carta me dirijo a todos los miembros de la sección española, ya que mis esfuerzos durante tres años por llegar a una comprensión recíproca con los camaradas dirigentes, no ha conducido hasta ahora a nada.⁷

Con saludos comunistas

G. Gourov

7. No tenemos ningún documento que nos permita seguir la discusión entre Trotsky y los seguidores de Nin. Sin embargo es indudable que esta carta indica que se estaba cerca del momento de la ruptura.

SOBRE LA FORMA DE ACTUAR INADMISIBLE DEL CAMARADA NIN¹

10 de agosto de 1933

Queridos camaradas:

Las últimas cartas y documentos provenientes del co-

1. T. 3580. Este texto de uso interno, es una carta dirigida a todas las secciones de la oposición internacional. Fue publicada en el *Boletín interior*, n.º 4, del 5 de septiembre de 1933, pp. 7-9. El título es el mismo que le puso el S.I. El comité ejecutivo de la Gauche Communiste la hizo preceder de la siguiente indicación, entre otras: «la mayoría de nuestros camaradas conocen ya esta carta, ya que el S.I. fiel a sus métodos disolventes y desleales, se ha servido de sus agentes Arlen y Vela —que no son miembros de nuestra organización— para hacerla llegar hasta nuestros grupos». Arlen era el nombre de un oficial que había militado brevemente en la Oposición y Mariano Vela era el nombre de un estudiante madrileño al que estaba ligado. Según parece, después de un cierto tiempo, los dos habían expresado —incluso antes que Trotsky— críticas contra la orientación independentista de Nin y sus camaradas, y que el S.I. por lo menos pensó en apoyarles en la medida en que parecían más dignos de fe que Lacroix, «convertido» demasiado recientemente. En el mismo boletín se hace alusión a la correspondencia que Arlen y Vela mantenían directamente con el S.I., uno de cuyos representantes, Pietro Tresso, llamado Blasco, antiguo dirigente del P.C. italiano, había contactado con Tojo, del grupo de Lacroix. El S.I. enviaba a Arlen y Vela la copia de los documentos dirigidos al C.E. español, utilizándolos para difundir sus propios documentos. En el mismo número una respuesta del grupo de Madrid —donde residían Arlen y Vela— calificaba a estos últimos de «dos crctinos extranjeros con sentimientos de proletarios revolucionarios». De cualquier forma, la actitud extremadamente hostil del C.E., que había desautorizado a Fersen, su representante en la pre-conferencia, negándose a aplicar las decisiones de esta última, justificaba a los ojos de Trotsky esta declaración de guerra interna a la mayoría de la sección española.

mité central de la sección española² dirigida por el camarada Nin, provocan una sensación que es difícil no calificar de indignación. El tono de las cartas es asombroso: las acusaciones más duras lanzadas a izquierda y a derecha, expresiones ofensivas empleadas sin sombra de justificación, y que acaban convirtiéndose a menudo en simples injurias. Este tono demuestra cuán lejos están Nin y sus amigos³ del espíritu de camaradería revolucionaria y del más elemental sentimiento de responsabilidad personal. Sólo las personas privadas de toda disciplina interior pueden escribir en términos semejantes, sobre todo, contra la organización, que en el fondo de ellos mismos, consideran ajena y hostil.

Las acusaciones lanzadas por el grupo de Nin han sido desmentidas decenas de veces. El representante de este grupo estuvo en la preconferencia; allí pudo exponer sus deseos y mantener sus acusaciones⁴. ¿Cuál ha sido el resultado? *La política de Nin y sus amigos fue condenada por todas las secciones de la oposición de izquierda internacional, sin excepción.*⁵ Se podría haber pensado que este hecho por lo menos haría a Nin y a sus amigos un poco más prudentes. Por el contrario, duplican, triplican sus injurias dirigidas y concentradas contra la Oposición internacional en su conjunto.

Por ahora sólo pienso abordar un punto: el grupo de Nin se atreve a acusar a la Oposición internacional de haber excluido de sus filas indebidamente a Rosmer, Lan-

2. Lo esencial de estos textos se encuentra en los *Boletines internos* 3 y 4 de la Gauche communiste, que no hemos podido encontrar. Sin embargo, según los textos posteriores, queda claro que Trotsky hace alusión aquí al proceso hecho por el C.E. de los «métodos burocráticos» del S.I., sus «intrigas» con Lacroix-Tojo y posteriormente Arlen y Vela, de la acusación según la cual estos últimos conservaban los archivos de la izquierda comunista, con el consentimiento del S.I., de la falta de principios de este último en las luchas fraccionales, etc.

3. En su respuesta, el C.E. de la I.C.E. encontraba inadmisibles que Trotsky empleara la expresión «Nin y sus amigos» para expresar la dirección elegida en la conferencia nacional de la oposición española, afirmando que esto revelaba una actitud fraccional inaceptable. (*Boletín interior*, n.º 4, 5 de septiembre de 1933, p. 9).

4. No hemos podido disponer de un balance de los debates de la preconferencia, sino únicamente el texto de la declaración del delegado español, Fersen. (*Boletín interno* del O.G.I., editado por el S.I. de la O.G. (B.-L.), n.º 2-3, abril de 1933).

5. El C.E. se contentó con responder: «Todos los camaradas, sin excepción, están confundidos.»

dau y otros.⁶ Los hechos y los documentos demuestran lo contrario. Rosmer intentaba alejar de la Ligue a los camaradas que, según su opinión, eran indeseables,⁷ pero quedó en minoría muy reducida; después de esto, *abandonó* la Ligue.⁸ Personalmente he mantenido correspon-

6. Fersen se había expresado de forma más matizada en la preconferencia afirmando que «la sección española, sin negar la existencia de errores y desviaciones, más o menos importantes» por parte de Rosmer o de Treint, no había llegado «a encontrar una línea de demarcación en el terreno de los principios» entre la oposición de izquierda internacional y «ciertos grupos». La resolución de Madrid, mencionada en la nota 1, se refiere vivamente a Frank y Molinier, delegados del S.I. en la conferencia, acusándoles de haber intentado, sin suficiente información y con los métodos más bajos, arrancar a los delegados una declaración en contra del grupo de Rosmer. Después del mentís de *Comunismo* en septiembre, desolidarizándose con la «Gauche communiste» francesa y con el grupo Landau, el órgano de la Gauche communiste *Le Communiste* escribiría: «Podríamos haber dicho que el camarada Lacroix, que no ignoraba nada de nuestras divergencias con la Ligue communiste francesa y el S.I., nos había propuesto, tres días antes de la conferencia, tomar la palabra en nombre de la oposición de izquierda francesa (cosa que no pudo llevar a cabo a causa de la llegada de los delegados «oficiales» Molinier, Frank, Pierre Naville... y de la retirada de Lacroix). Podíamos haber contado el tono de la petición de estos delegados «oficiales» de nuestra expulsión de la sala de sesiones, donde había comenzado la discusión de la carta del S.I. (*Le Communiste*, n.º 8, 1.º de octubre de 1932). Esta versión del incidente nos ha sido confirmada por una carta de Pierre Frank del 3 de enero de 1973: «Hubo un conflicto entre nuestra delegación y la unánime dirección española por el hecho de que habían invitado en pie de igualdad a nosotros y a Collinet, que era delegado del grupo de Rosmer.» Por su parte, M. Collinet ha confirmado su presencia en Madrid algunos días antes de la apertura de la conferencia, en la que finalmente fue admitido como oyente. Los textos del C.E. de la I.C. que hemos consultado no hacen alusión al viaje de Collinet, ni a su presencia en la conferencia, ni el texto de Madrid a esta disputa de representatividad.

7. En su obra, *Alfred Rosmer et le mouvement révolutionnaire international*, pp. 379 y ss., Christian Gras, basándose en la correspondencia contenida en los archivos Mougeot, afirma que Rosmer deseaba ante todo eliminar de toda responsabilidad a Raymond Molinier al que consideraba peligroso y aventurero. El C.E. de la I.C.E., en una carta no fechada, publicada en su *Boletín interior*, n.º 2, de 1933, precisa que estaba dispuesto a reconocer los errores de Rosmer, pero que de ninguna forma iba a reconocer que sus adversarios en la Ligue francesa, sobre todo Molinier, eran, como decía Trotsky «los elementos vivos y revolucionarios del movimiento» Nin, Andrade y los demás mantenían un juicio tan severo sobre Molinier como el de Rosmer, que Trotsky no compartiría hasta 1935, a partir de su ruptura definitiva.

8. Christian Gras (*op. cit.*, p. 373) escribe: «En noviembre de 1930, cuando llegan las cartas de Trotsky favorables a Molinier,

dencia con Nin de forma permanente a propósito de este incidente. Le informé de todas mis iniciativas para impedir que Rosmer diera un paso tan claramente erróneo, que no surgía de consideraciones revolucionarias, sino de caprichos personales.⁹ A pesar de su amistad con Rosmer, Nin me escribió: «la razón no está del lado de Rosmer». A mis insistentes preguntas por escrito para saber si podía emprender alguna iniciativa suplementaria para impedir que Rosmer diera ese paso erróneo, Nin no me propuso nada, reconociendo que ya se habían dado todos los pasos.¹⁰ Lo mismo respecto a Landau. Que se sepa, nadie propuso expulsarle,¹¹ únicamente se le pidió que

Rosmer se aparta de la Ligue.» La fecha es exacta. Sin embargo Alfonso Leonetti nos ha contado que desde que los «tres» del P.C. italiano tomaron contacto con Rosmer, este último no sólo no les habló de su ruptura con la Ligue y la oposición internaional, sino que por el contrario les contactó con Trotsky.

9. Aquí el resumen raya en la caricatura. Trotsky había escrito exactamente a la Federación de Charleroi, que animaba León Lesoil: «El camarada Rosmer ve como posible su alejamiento del movimiento a causa de asuntos que atañen incluso al orden personal. Con una actitud semejante al movimiento en su conjunto, ¿qué hay de extraño en que nuestras divergencias de principio parezcan secundarias e incluso inexistentes? (Carta del 28 de junio de 1931, *Archivos Mougeot*).

10. Efectivamente esta es la impresión que se saca de las cartas de Nin, tal como fueron publicadas por Trotsky. Nin no cuestionó la selección, y por consiguiente la verosimilitud de los extractos. Por otra parte, numerosas cartas intercambiadas entre los dos hombres permanecen hasta ahora inaccesibles al investigador.

11. No es exacto que «nadie» intentara expulsar a Landau. Efectivamente, el mismo Trotsky escribía el 17 de febrero de 1931: Es inútil decir lo lejos que estoy de responsabilizarme de la actividad del camarada Well. Por el contrario he estado en desacuerdo con él, más de una vez, y cuando creía que cometía errores importantes, no me callaba mi opinión (...). Durante las explosiones de una cólera injustificada Well emprendía el método de Landau, *no viendo otra salida que la escisión* (subrayado por nosotros, P. B.). La consigna «expulsar a Landau» es falsa, peligrosa y dañina. («La crisis de la oposición de izquierda alemana» *Boletín Internacional* de la oposición comunista de izquierda, n.º 6, abril de 1931, edición francesa). A decir verdad, Well no lanzó esta consigna de expulsar a Landau desinteresadamente, a pesar de que se alinee cuidadosamente con las posiciones de Trotsky en los últimos tiempos de la crisis. Efectivamente se sabe que el pseudo R. Wells y su hermano, conocido en aquella época como Sénine, eran en realidad agentes de la G.P.U., que serían desmascarados a finales de 1932. De origen lituano, su verdadero nombre era Sobolevicius; posteriormente los dos hermanos harán carrera en el espionaje ruso en los EE.UU., bajo los nombres de Jack Sobre y Robert Soblen.

tomara parte en la conferencia democrática convocada por la sección alemana. Yo presenté una resolución conciliadora en tono y en contenido a la cual Nin se adhirió por escrito «enteramente y sin reservas». Después se sabe que Landau «expulsó» a la mayoría del comité central de la sección alemana y se negó a participar en la conferencia en la que estaría condenado a permanecer en minoría.

Como miembro del Buró internacional de entonces, Nin ha participado en el conjunto de nuestra política, ante la cual tiene una total responsabilidad. Y ahora, sin aportar ni hechos ni documentos hace recaer la responsabilidad de Rosmer y Landau sobre la Oposición de izquierda internacional, olvidando o callando sus propias responsabilidades. ¿Cómo calificar una actuación semejante?

Admitamos por un instante que Nin ha llegado más tarde a la conclusión de que nuestra actuación respecto a Rosmer, Landau y los otros, era equivocada. Entonces hubiera debido decir: *Hemos cometido tal y tal falta, debemos corregirla de tal y tal forma. Este hubiera sido un camino totalmente legítimo. Sólo hay que decir claramente cómo corregir las faltas.* Los grupos de Rosmer¹² y Landau tienen sus propias publicaciones, y desarrollan sus puntos de vista, que, en determinadas cuestiones esenciales, se separan cada vez más de los nuestros. Si se hubiera avanzado en la cuestión de Rosmer y Landau, no como una maniobra, sino con un fin práctico, o sea, cómo hacer volver a esos grupos al seno de la Oposición internacional, el deber del camarada Nin hubiera consistido en dar una apreciación de sus puntos de vista y sacar la conclusión: ¿Son compatibles con los de los bolcheviques-leninistas? ¿Exige determinadas concesiones por nuestra parte, y en concreto cuáles; o, por el contrario, Rosmer y Landau tendrán que renunciar a sus puntos de vista y sus métodos para unirse a la Oposición de izquierda? Una actuación de este tipo, sería, de principios, y al mismo tiempo, práctica, habría abierto la posibilidad de una discusión y quizás de dar algunos pasos en la práctica. La actual forma de actuar de Nin demuestra

12. Christian Gras ha demostrado que la expresión «grupo Rosmer» para designar a los militantes agrupados en Francia alrededor del periódico *Le Communiste*, no correspondía en absoluto a la realidad.

que no le importan los avances prácticos: no necesita más que un pretexto artificial para lanzar sus insinuaciones contra la Oposición de izquierda internacional.

Todo esto es aún más triste ya que el camarada Nin necesita una actuación desleal para disimular sus propias vacilaciones políticas, así como toda una serie de faltas que han impedido a la Oposición de izquierda española conquistar el lugar que las condiciones de la revolución posibilitaban. Actualmente, a consecuencia de la política radicalmente falsa del camarada Nin, la Oposición española no crece, por el contrario, se debilita.¹³ Desgraciadamente, la discusión política con el camarada Nin no ha dado ningún resultado: siempre se esconde, hace diplomacia, no dice ni sí ni no, sino lo que es peor,

13. Alusión a la crisis abierta por Lacroix y a sus consecuencias en la oposición española a continuación de una encarnizada lucha fraccional de varios meses. El C.E. de la Gauche communiste reaccionaría rápidamente a esto, ya que hacía responsables de la agudeza de la crisis al S.I. y por lo menos parcialmente a Trotsky, ya que ellos habían contribuido a envenenarla. El texto de Lacroix publicado en el B.I. internacional de abril de 1933 afirmaba: «Trotsky y el S.I. siempre tienen razón contra nosotros, salvo en los asuntos sin importancia.» Las decisiones de la preconferencia —a la que había asistido un delegado de Lacroix—, la correspondencia del S.I. con Tojo, después con Arlen y Vela, habían confirmado, si no el apoyo de Lacroix —de quien Trotsky y el S.I. desconfiaban— sí por lo menos la explotación de la crisis por parte del S.I. Sin embargo el asunto se enrarecería aún más. El órgano del P.S.O.E., *El Socialista* publicó el 29 de agosto de 1933, bajo el título de «Vuelta al marxismo», una carta de Lacroix solicitando su admisión en el partido socialista, abjurando de su «izquierdismo» y que fue considerada como un gesto innoble por parte de sus antiguos camaradas. Según el C.E. español, Lacroix había intentado antes reincorporarse al P.C. (*Comunismo*, 29 de octubre de 1933). La marcha en semejantes condiciones del antiguo secretario general constituía un duro golpe tanto para la autoridad de Trotsky, como para la de la oposición española en su conjunto. En *La Batalla*, 26 de octubre de 1933, se recogían las informaciones de *Comunismo* bajo el título de «La derrota del trotskismo». Maurín calificaba a García Lavid (Lacroix) como «el hombre de confianza de Trotsky», el «verdadero organizador del trotskismo en España» para concluir: «En el plano doctrinal, el trotskismo está mucho más cerca de la socialdemocracia que del comunismo.» Este giro político parecía estar más ocasionado por el carácter de Lacroix, que por su evolución política. Militante socialista, comisario de división durante la guerra civil, reconocido por los oficiales de la división Líster, según varias opiniones, habría sido ahorcado en 1939, a pocos centenares de metros de la pradera francesa. Georges Vereecken, en un manuscrito inédito, defiende la tesis de que Lacroix era un «agente» estalinista.

a los argumentos políticos de los camaradas, responde con insinuaciones personales.

Le ruego que ponga esta carta en conocimiento de todas las secciones, empezando por la española. Quisiera que fuera enviada a todos nuestros amigos de América del Sur: cuanto antes se enteren de la falsedad y el peligro de la política de Nin, más estrechamente se unirán a nuestra organización internacional y podrán trabajar con más éxito en el plano nacional.

Saludos comunistas.

L. T.

P. S. Ya había escrito esta carta cuando mis amigos me enviaron dos documentos del camarada Nin y otros, en respuesta a la carta de los camaradas Shachtman y Frank.¹⁴ El camarada Nin descubre una intriga y una comedia en el hecho de que ésta haya sido escrita en Prinkipo. Deja entender que estoy escondido tras los firmantes de la carta. ¿Por qué había de hacerlo? Desde luego no por miedo a Nin y a sus cómplices, pues ya me he expresado muchas veces —espero que sin equívocos— sobre la política de Nin. Mi correspondencia con él es accesible a los camaradas.

No tengo el más mínimo interés en ocultar que yo creo que la actividad de Nin es nefasta. ¿Por qué habría de esconderme tras Shachtman y Frank? Incluso si la

14. No hemos podido conseguir el texto de esta carta publicada en el n.º 3 del *Boletín interior*. Frank era el brazo derecho de Molinier y uno de los principales dirigentes de la Ligue francesa; Max Schachtman, uno de los principales trotskistas norteamericanos. Su texto —una carta dirigida a las secciones—, de la que no hemos podido conseguir la respuesta, era un acta de acusación a los dirigentes españoles. Según un camarada que prefiere guardar el anonimato, la cólera de los amigos de Nin se explicaba por el hecho de que Schachtman, antes de dirigirse a Prinkipo, había estado con Nin y le había prometido apoyo. Jean Van Heijenoort, ataca esta hipótesis, que considera inverosímil y nos señala (carta del 26 de diciembre de 1972) que el texto en cuestión había sido redactado por Pierre Frank en octubre de 1932, bajo forma de proyecto, pero que su envío se había retrasado a causa de su viaje a Copenhague. Shachtman lo había firmado en Prinkipo y de esta forma fue enviado con estas dos firmas. En su respuesta relativa a la participación de Trotsky en la redacción de esta carta, el C.E. de la I.C.E. se limita a declarar: «Ya que Trotsky lo dice, como no tenemos pruebas de lo contrario, nos lo creemos.» Pero algunas líneas más abajo añade que Shachtman es un hombre «sin principios», «intrigante pueril que carece del más mínimo sentido de la responsabilidad política» y que debería haber sido expulsado como «perturbador y diletante».

NO MAS COLABORACIÓN EN LA CONFUSIÓN¹(Protesta dirigida a *Adelante*, 3 de octubre de 1933)

iniciativa de la carta hubiera partido de mí, esto no cambia el contenido de la carta. Lo importante son los hechos y los argumentos de la carta, que son aplastantes para Nin. La verdad es que la iniciativa de la carta, así como su redacción pertenecen exclusivamente a los camaradas que la han firmado. No he conocido el texto de la carta hasta que la he leído. ¿Con qué derecho, Nin y sus cómplices, presentan a Shachtman y Frank, como incapaces de emitir un juicio sobre estas artimañas y de expresarse por iniciativa propia? Si Nin tiene alguna duda sobre la autenticidad de esta carta que se dirija a las secciones americana y francesa. Estoy seguro de que recibirá una respuesta clara, aunque poco reconfortante para él.

Nin intenta defender sus insinuaciones personales citando una afirmación mía —poco personal por otra parte— según la cual la política se hace a través de las personas.¹⁵ Se olvida que a través de las personas no sólo se hace la buena política, sino la mala, y que toda política selecciona a las personas que le corresponden y las educa.

15. El C.E. de la I.C.E. respondió: «Por grandes que sean vuestras cualidades y vuestra experiencia política, no pueden más que producir documentos lamentables cuando intentan justificar lo injustificable y defender lo indefendible.» Respecto a las injurias: «Camarada Trotsky, le aseguramos que no hemos utilizado y nunca utilizaremos la injuria. Nuestras acusaciones se basan en hechos concretos, probados y verificables en cualquier momento» (*Boletín interior*, n.º 4, p. 9). Por su parte, Nin respondía a Trotsky por medio de la declaración siguiente: «Para satisfacer a los camaradas que se preguntaban por qué dejaba sin respuesta las acusaciones lanzadas contra mí por el camarada Trotsky, declaro que esta actitud, en la que pienso permanecer inquebrantable, responde al firme deseo de no hacer el juego a una grosera maniobra que no busca otro objetivo que el de provocarme, para conferir un carácter personal a nuestras divergencias con la dirección internacional, oponiéndome a la organización. El camarada Trotsky y el S.I. podrán discutir con la sección española y su C.E., que no es un círculo (tertulia) de amigos, ni una camarilla de epígonos, sino un órgano legítimamente elegido por la organización, cuyo punto de vista representa y de la que goza de su confianza» (*ibidem*, p. 13).

He recibido de España la noticia de la aparición de *Adelante*, en la que aparece mi nombre entre los colaboradores, junto al de Karl Radek y Préobrajensky.² Nadie me ha invitado a colaborar en *Adelante*, por lo tanto, no he tenido la oportunidad de dar mi consentimiento. En cuanto a Préobrajensky, que está exiliado, la utilización abusiva de su nombre sólo puede perjudicarlo. El poco respetable nombre de Karl Radek da a esta lista un carácter totalmente fantástico e inexplicable.³

1. D. 4111. En noviembre de 1933, el Bloque obrero y campesino catalán de Maurín, comenzó la publicación en Barcelona del diario *Adelante*, que dirigía el antiguo animador de la agrupación comunista autónoma de Madrid, Luis Portela. El semanario *La Batalla*, durante la campaña de lanzamiento del nuevo diario, había anunciado que *Adelante* publicaría artículos de las principales personalidades del movimiento comunista, expulsados o no, opositores de derecha o de izquierda. Según la tradición del movimiento obrero español, de origen anarquista, no se trataba de la colaboración voluntaria de las personalidades mencionadas, sino de la copia, anunciada con antelación, de sus artículos publicados en otros lugares. Nin insistió para que Trotsky redactase inmediatamente el texto siguiente.

2. Tanto Radek como Préobrajensky habían sido compañeros de Trotsky en la lucha de la oposición de izquierda de 1923, posteriormente en la oposición unificada. Como tales habían sido deportados a finales de 1927, pero habían capitulado el 14 de julio de 1929, junto a Smilga.

3. Se advierte la diferencia en el tratamiento a los dos hombres. Préobrajensky, aún en el exilio, según las informaciones de Trotsky no había llegado tan lejos en el camino de las capitulaciones ante Stalin. Trotsky acusaba sobre todo a Radek de haber denunciado a la G.P.U. a Jakob Blumkin, que le había contado su

Debido a lo que acabo de mencionar, me veo en la obligación de rogarle que cese de utilizar mi nombre.⁴

3 de octubre de 1933.

León Trotsky.

visita a Trotsky, y que fue fusilado. De hecho *Adelante*, publicaría un telegrama de Radek y Preéobranjensky proclamando su rechazo a «colaborar en un periódico al lado de renegados comunistas, como Brandler, Thalheimer, Trotsky, Souvarine, etc.»

4. Los dirigentes del Bloc, no tuvieron en cuenta este incidente y continuaron publicando, tanto en *Adelante* como en *La Batalla*, traducciones de artículos de Trotsky, sin indicación de origen.

Segunda parte

LA LUCHA POR LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO PARTIDO EN ESPAÑA

La posición de los viejos «oposicionales» que se proponen ahora construir un nuevo partido y una nueva Internacional —tarea que moviliza con entusiasmo la sección española— es ciertamente precaria dada la debilidad relativa de sus ligazones con las amplias masas, así como su número reducido, en una coyuntura que evoluciona rápidamente en favor de la contrarrevolución. El tiempo está contado, y todos parecen tener conciencia de ello. Sin embargo, la inminencia del peligro fascista generalizado después de la victoria hitleriana facilita en cierta medida su tarea: la política de la Internacional comunista que ha fracasado tan estrepitosamente es la que han denunciado infatigablemente durante años. La historia les da la razón, al menos negativamente, y hay militantes comunistas que se convencen de ello, como lo muestra, por ejemplo, la adhesión a la Izquierda Comunista de un cierto número de militantes del P.C. y de las juventudes comunistas de Madrid.

Sin embargo, la historia no se detiene, al contrario, acelera. 1933 no es sólo el año de la victoria contrarrevolucionaria en Alemania. Marca en España mismo, a través del fin sin gloria de las Cortes constituyentes y las elecciones legislativas de noviembre, el principio de los «años negros» de la reacción, el bienio negro. Los incessantes retrocesos de la burguesía republicana en el poder con Manuel Azaña, su impotencia frente a las tentativas de la reacción, su miedo atroz ante la acción de las masas obreras y campesinas a las que no duda en reprimir san-

grientamente mientras perdona a los generales putchistas, han acabado por destruir hasta los cimientos la alianza entre republicanos y socialistas que había ejercido el poder desde la caída de la monarquía, y estos últimos deciden ir solos a la batalla electoral antes que cargar definitivamente con el descrédito caído sobre el gobierno de coalición, a los ojos de las masas trabajadoras, por su política de claudicación permanente.

La victoria electoral de la derecha es clara, incluso si por el momento a los republicanos de izquierda les sucede una coalición de centro-derecha. Reagrupados en la C.E.D.A. bajo la dirección de José María Gil Robles, grupos monárquicos y conservadores de derecha y extrema derecha, sostenidos por la acción como francotiradores de las organizaciones más abiertamente fascistas que constituirán la Falange, no disimulan su gusto por las soluciones «corporativas», ponen en cuestión el derecho de la clase obrera de poseer sus propios organismos de clase y hasta las libertades y derechos democráticos que permiten el combate de la clase obrera. Almiradores de Hitler Mussolini y Salazar, están dispuestos a jugar provisionalmente, y sólo en apariencia, el juego parlamentario que puede ofrecerles el acceso al poder y permitirles superar sin combates demasiado arriesgados la inevitable resistencia de las masas. Este es el punto de vista de Trotsky, así como el de los militantes de la Izquierda española.

El dato político más importante es que, como consecuencia de la tragedia alemana y como reacción a la amenaza de la extensión a otros países de la dictadura fascista, se dibuja en toda Europa occidental un profundo movimiento defensivo, de aspiración a la unidad, de la clase obrera. Este movimiento de las masas, su voluntad, expresada quizá confusamente pero indudable en su determinación, sacude hasta sus fundamentos a los viejos partidos socialistas colocados con la espalda en la pared por la amenaza a su propia existencia que supone el ascenso del fascismo. La propaganda y la agitación de los bolcheviques-leninistas españoles continúan más que nunca centradas en la necesidad de realizar contra el fascismo el frente único obrero, la unidad de combate de la clase y de sus organizaciones. Y esta orientación les acerca de nuevo al Bloque obrero y campesino de Maurín, él también convencido por la experiencia alemana de la necesidad vital de realizar el frente único. En este sentido,

un primer paso es realizado con la constitución, en Cataluña —donde el Bloque dispone de una base sólida, incluso en algunos sindicatos excluidos de la C.N.T.— de una «Alianza Obrera» que constituye una fuerza y un ejemplo. De ahora en adelante esta consigna de Alianza Obrera concentra y encarna en España la aspiración a la unidad: se dibuja una fuerte corriente «aliancista» incluso en el interior de la C.N.T., donde representa la doble reacción obrera contra el apoliticismo anarquista tradicional y contra las delirantes prácticas putchistas de la F.A.I. y sus insurrecciones periódicas llevadas a cabo en nombre de las «acciones ejemplares» de las «minorías activas». La iniciativa tomada en Cataluña por el Bloque obrero y campesino y la Izquierda Comunista encuentra un amplio eco en Asturias, donde las tradiciones de unidad obrera son poderosas, donde bloquistas y «bolcheviques-leninistas» están enraizados en la clase y donde, a pesar de las instancias de la burocracia confederal, la C.N.T. asturiana, entrando en la Alianza obrera con la U.G.T. y el conjunto de las otras organizaciones obreras —salvo el P.C., que rehúsa—, va a dar realidad al frente único obrero y permitir, algunos meses después, la insurrección obrera que frena las amenazas fascistas y modifica profundamente la relación de fuerzas.

La discusión personal entre Trotsky y Nin está terminada; de ahora en adelante se desarrolla una discusión política entre el Comité Ejecutivo de la Izquierda comunista de España y el secretariado internacional del Movimiento para la IVª Internacional de la que no hemos encontrado sino huellas fugitivas. En 1933, por primera vez, el S.I. ha sido reforzado, resultado paradójico de la victoria hitleriana y de la emigración de numerosos militantes. Al viejo Leonetti, al que se llama en adelante «Martín», se unen sucesivamente un joven alemán de los

* En efecto, en un principio el PC se mantuvo al margen de la Alianza Obrera, no sin cierto recelo, pero después de su innegable éxito en Cataluña, y de que cundiera el ejemplo (en Madrid se formó otra Alianza Obrera en mayo del 34, agrupando a los sectores sindicales, socialistas y comunistas más emprendedores) en septiembre de 1934, el PC de España decidió ingresar en la Alianza Obrera, sin duda para no quedar fuera de los acontecimientos, y por cierto, «Comunismo» (n.º 38) reconoció este viraje como válido, en función de la necesidad de crear un bloque único contra la reacción entonces en auge.

Sudetes, Erwin Wolf, uno de los principales animadores de la Oposición alemana, E. Ackerknecht, llamado Erwin Bauer, y sus compatriotas, Otto Schüssler, llamado Oscar Fischer, y Adolf Klement, llamado Rudolf, a quien se confía el secretariado administrativo. Sobre todo, Leon Sedov —Markine—, llegado de Berlín, asegura el enorme trabajo de los «asuntos rusos» sin dar la espalda a las otras secciones. En 1934 Schüssler recibe un nuevo destino y Bauer se va, pero dos nuevos refuerzan el S.I., el abogado francés Jean Rous —Clart—, uno de los dirigentes de su sección, competente y hábil, y la vieja dirigente «zinovievista» del P.C. alemán, Ruth, Fischer-Dubois. En el S.I., Martín es encargado de las relaciones con España. La elección es juiciosa y muestra la voluntad de no romper. Martín está ligado a Nin, al que ha conocido y con el que ha militado en Moscú, luego en Roma, en la clandestinidad. Ha conservado hacia Rosmer una fiel amistad, y no ha estado nunca comprometido en una polémica contra el grupo francés que se reclama de él; por fin, su hostilidad a Rayfond Molinier es bien conocida.

Consciente de las necesidades del momento y de la gravedad del peligro, los dirigentes de la Izquierda comunista española sin embargo están sorprendidos por la brutal revisión que operan en el interior del partido socialista dirigentes como Largo Caballero, hasta entonces firme partidario de la política reformista más abierta y que tiene tras de sí decenios de colaboración con la burguesía en su calidad de secretario general de la U.G.T. En efecto, en el curso de la campaña electoral de 1933, el viejo líder comienza a sacar el balance de la coalición gubernamental con los republicanos y a emplear una fraseología de clase, incluso revolucionaria. Después de la victoria de las derechas, el conflicto tiene una violencia extrema en el interior del partido socialista: un ala izquierda, cuyos portavoces son, además de Largo Caballero y su estado mayor de intelectuales, Araquistáin, Alvarez del Vayo, Carlos de Baráibar, y las juventudes socialistas que anima un joven, Santiago Carrillo, hace saber que está decidida por todos los medios, incluso la insurrección, a oponerse a la llegada al poder de la derecha. La izquierda comunista reacciona con la mayor desconfianza. Esteban Bilbao, en diciembre de 1933, reconoce que «el partido socialista comienza a balbucear las primeras letras del alfabeto proletario», pero recuerda que «la rea-

lidad del P.S. continúa siendo el aparato burocrático podrido y la masa oscurantista de sus pertenecientes». ¹ En enero de 1934, el ejecutivo se vuelve, sin embargo, hacia los militantes socialistas «que se orientan sinceramente hacia la vía revolucionaria», asegurándoles que «la condición previa de la eficacia de esta radicalización es la escisión del partido», sin la que «la corriente revolucionaria que existe indudablemente en las filas del partido estaría condenada a la impotencia». ² Desde la prisión de Madrid, Fersen señala que el origen de la crisis del partido socialista se encuentra en la ofensiva de la burguesía contra las posiciones reformistas. Pero pone en guardia a las masas y los militares contra las posibles ilusiones: «No debemos engañarnos a nosotros mismos ni engañar a nadie en lo que concierne a la radicalización del sector dirigente del socialismo conducido por Largo Caballero. Pretende hacernos creer que el reformismo y la colaboración de clases han dejado de ser su objetivo y que desde hoy se orienta hacia el camino de la revolución (...). Este ala izquierda del socialismo, conducida por burócratas experimentados, está realizando una maniobra de gran envergadura. Pretende mediante sus amenazas intimidar a la burguesía y —lo que es más importante— absorber al movimiento revolucionario apareciendo como su vanguardia (...). Las zonas más atrasadas y las más ingenuas —la mayoría— del partido socialista, de la U.G.T. y de las juventudes depositan esperanzas en la nueva tendencia, y la radicalización del socialismo produce una fuerte impresión hasta en el seno de las otras organizaciones revolucionarias.» La conclusión, pesimista, no ofrece ninguna perspectiva a los que ven ahora en el ala izquierda socialista un instrumento de lucha: «¿Cómo alimentar ilusiones en lo que puede hacer este ala izquierda cuando es en su composición misma un conglomerado de lo más confuso?» ³ Dos meses después, el mismo Fersen vuelve sobre el asunto: «¿Qué hace el P.S.? Aparentemente se orienta hacia la revolución, rompe con los partidos burgueses, tra- ba lazos entre las organizaciones obreras, anuncia la revo-

1. Esteban Bilbao, «El proletariado ante el fascismo», *Comunismo*, n.º 30, noviembre-diciembre 1933, p. 208.

2. I.C.E. «Las elecciones y la situación política española», *Comunismo*, n.º 31, enero 1934, p. 18.

3. L. Fersen, «La actitud del Partido Socialista y la situación política», *Comunismo*, n.º 32, febrero 1934, pp. 70-74.

lución como algo inmediato e inminente, tan inminente e inmediato que ya han sido tomadas medidas contra el levantamiento (...). ¿Ha llegado el movimiento obrero al punto de jugarse el todo por el todo? Ningún partido revolucionario juega con la revolución, pues conoce el enorme significado que ello conlleva. No juegan a la revolución sólo los locos, sino también los charlatanes que la temen más de lo que la desean. Es el caso del partido socialista, no se ha vuelto todavía loco.»⁴ Para Farsen, hay que proponer al partido socialista como prueba y ensayo de la claridad de su actitud política, una campaña legal de defensa de las libertades y los derechos democráticos.

De hecho, el desarrollo del ala izquierda del partido socialista parece servir ahora de marco al ascenso de la clase obrera misma, y, en el mes de abril, Esteban Bilbao vuelve a plantear el problema en términos y con preocupaciones nuevas. El asunto no puede según él reducirse a una simple maniobra, y la atracción ejercida sobre la clase por la nueva corriente de izquierda de los socialistas se ha convertido en un hecho que implica una toma de posición distinta de las afirmaciones de un escepticismo de principios: «El partido socialista se ha dado cuenta (la realidad entra por todos los poros de la piel) de que la burguesía va esta vez hacia la eliminación completa de todo lo que ha creado la evolución histórica en el movimiento obrero. Y como, en definitiva, el partido socialista es parte integrante y se alimenta de este mundo obrero, está igualmente amenazado por este peligro de aniquilamiento. Pues no se trata para el P.S. de servir a la burguesía usando su influencia calmante sobre el proletariado: la burguesía le ha hecho saber que, no sólo no le pagará este servicio, sino que una necesidad superior le obligaba a ejecutar a su viejo servidor. En esta macabra situación, el partido socialista, aterrado, grita: «¡Hay que hacer la Revolución», como el condenado a muerte, al pie del cadalso clama: «¡No quiero morir!» Y, en función de estos temores, el partido socialista emprende un virage radical volviéndose hacia posiciones revolucionarias.» Lo importante es en realidad el movimiento de las masas que se aferran a sus viejas organizaciones para confiarlas la realización de sus aspiraciones revolucionarias: «Ya, el sólo hecho de

4. L. Ferson «Lo primero a exigir es una actitud clara del socialismo», *Comunismo*, n.º 33, marzo 1934, pp. 112-117.

hablar de revolución concentra ahora hacia el partido socialista la casi totalidad del proletariado y de las masas populares. Todas las miradas se vuelven hacia él, todos los brazos se tienden, todas las voces le aclaman, todos los corazones le abrazan de entusiasmo ante la mágica conjuración de la palabra redentora caída de los labios del partido socialista.» Los revolucionarios deben aprovechar esta cuestión, pues es una cuestión de vida o muerte, y el partido socialista no puede llevar a cabo las obligaciones de las que está cargado. Esteban Bilbao responde: «El que el P.S. haya llegado (...) a reconocer la necesidad de la revolución no quiere decir que corresponde al P.S. mismo el afrontar la situación a la cabeza del proletariado. Esto no le es posible. Si por desgracia la hora del desenlace llegara sin que la clase obrera haya llegado a dotarse de una dirección apropiada, con, por todo bagage dirigente, el contenido del partido socialista, ¡tanto peor para la clase obrera, y tanto peor para el propio partido socialista!»⁵

Pero Esteban Bilbao no parece haber convencido a sus camaradas, puesto que el órgano de la Izquierda Comunista del mes siguiente, en una editorial haciendo alusión a las tomas de posición o a los interrogantes que se abren en las juventudes socialistas, se determina exclusivamente en relación a la actitud de los dirigentes y a sus eventuales maniobras: «El problema es planteado en las J.S. de manera puramente negativa y con una sinceridad dudosa, pues forma parte de las protestas contra el reformismo.» La conclusión es brutal: la IV.ª Internacional no será un «arca de Noé» y no consentirá nunca el «caos interno...»⁶ Y aparentemente en contra de las perspectivas prudentemente abiertas por Esteban Bilbao, José Luis Arenillas consagra en agosto en *Comunismo* un largo artículo a «La crisis del partido socialista». Recordando los verdaderos motivos de la «radicalización» del ala Largo Caballero, admite la ligazón entre su actitud y el movimiento de la clase: «Lo que es cierto, es que el partido socialista ha recuperado su influencia. Las masas creen en las palabras revolucionarias de sus jefes, porque expresan sus deseos y aspiraciones.» Pero «esta tendencia sincera que puede ser

5. Esteban Bilbao, «Algunas consideraciones sobre la situación», *Comunismo*, n.º 34, abril 1934, pp. 163-167.

6. *Comunismo*, n.º 35, mayo 1934.

constatada en un vasto sector del partido socialista debe lógicamente concretizarse bajo forma positiva y distinta de su organización para ser eficaz (...). Los obreros socialistas (...) si son marxistas, (...) deben dar la espalda a Caballero».⁷

Tal es, aparentemente, la posición que adoptan en aquel momento los dirigentes del Bloque, que los dirigentes de las juventudes socialistas —cuya organización es inexistente en Cataluña— intentan seducir para unir a ellos los jóvenes del Bloque, y que plantean el problema oponiendo una perspectiva de «unificación» a la de una eventual «entrada». Pero no es esta la concepción de Fersen que, en *Comunismo* de septiembre de 1934, ataca la posición negativa defendida por José Luis Arenillas: «Sin alimentar ilusiones sobre lo que puede hacer un partido en función de su composición y de sus ideales, no hay que caer sin embargo en el negativismo obtuso en el que se hundan los adversarios de la socialdemocracia. La cuestión está en saber si estaría dispuesto a defender su existencia, a no transigir con el fascismo. Los socialistas austriacos nos han mostrado esta determinación, y el socialismo español lo está demostrando de manera bastante mejor, hasta ser en las circunstancias actuales el único partido que ofrece algunas garantías. La determinación no basta si no está acompañada de la seriedad (...). En los momentos actuales —que pueden ser decisivos— el partido socialista es el único que ofrece garantías no sólo de determinación, sino de seriedad.»⁸ El desacuerdo está latente entre los dirigentes españoles del movimiento por la IV.^a Internacional. Corresponde a la discusión que ha sido lanzada en el terreno internacional, pero a propósito de Francia, por Trotsky.

En abril de 1934, un informe de la actividad del secretariado internacional del movimiento por la IV.^a Internacional hacía ya una severa crítica de la sección española, escribiendo principalmente: «Se tiene profundamente vergüenza de recibir de bastantes países en los que se han producido grandes acciones (Cuba, España, Austria) análisis críticos, pero ningún informe sobre la actividad de los camaradas en lucha, sobre sus éxitos y sus fracasos. Sólo

7. José Luis Arenillas, «La crisis del partido socialista español», *Comunismo*, n.º 38, septiembre 1934, pp. 56-59.

8. L. Fersen «La situación política actual», *Comunismo*, n.º 38, septiembre 1934, pp. 56-59.

extirpando hasta la raíz estas costumbres llegaremos a cumplir nuestras tareas y a alcanzar nuestro objetivo: convertirnos en el núcleo del nuevo partido y una nueva Internacional comunista. Es una cuestión vital para nosotros vencer el estado de espíritu de oposición pura, de crítica, que, en una cierta época, bastaba para la actividad de nuestras organizaciones, pero que está hoy superado, que es reaccionario y paralizante. Para nosotros se ha convertido en una cuestión vital el desembarazarnos del estado de espíritu «atentista»».

En junio, Trotsky hace propuestas para la entrada, en Francia, de los militantes trotskystas en el interior de la S.F.I.O., la política del «entrismo». Para él, la crisis en el interior de la socialdemocracia internacional es el resultado directo de la crisis del Estado democrático de la burguesía: «A medida que la burguesía pierde la posibilidad de gobernar apoyándose en la opinión pública de los explotados, los líderes de la socialdemocracia pierden la posibilidad de dirigir la opinión pública de su propio partido. Sin embargo, los líderes reformistas —diferentes en esto de los líderes de la burguesía— no tienen a su disposición un aparato de coacción. He ahí por qué, a medida que desaparece la democracia parlamentaria del Estado burgués, la democracia interna del partido socialista se convierte cada vez más en una realidad.»⁹ La marcha de la burguesía hacia el fascismo, la lucha a muerte que el partido socialista está decidido a llevar contra él, constituyen los factores de las contradicciones del aparato socialdemócrata en las que se precipitan las masas, acentuando su disociación. Trotsky, vuelto hacia sus propios camaradas —en primer lugar, no lo dudemos, los dirigentes españoles— subraya el «error de los camaradas que, en su apreciación del partido socialista, se orientan por fórmulas estereotipadas de ayer, «reformismo», «II.^a Internacional», «el apoyo político de la burguesía», etc.». Hay que aplicar, escribe, una reflexión dialéctica al partido socialista «que comparte la suerte del Estado democrático, solamente que marchando en el sentido contrario», y hay que añadir que,

9. Informe sobre la actividad del secretariado internacional (abril 1934) en el *Bulletin Interieur* de la Ligue Communiste, n.º 8, 1.º julio 1934.

10. «La evolución del partido socialista S.F.I.O.» (10 de julio de 1934), *La Vérité*, 17 agosto 1934.

«en buena parte gracias a la experiencia de Alemania y Austria, la evolución del partido socialista llega incluso a sobrepasar la del estado».¹¹ La situación es tal que, no sólo es imposible limitarse a un análisis a nivel de las «maniobras» del aparato, sino que hay que orientarse en relación a una crisis profunda, capaz de liberar fuerzas considerables: «La mayoría del partido debe radicalizarse inevitablemente, la diferenciación interna debe entrar en una nueva fase.» Pero no se trata de esperar pasivamente, de comentar la evolución como observadores exteriores y doctos. Hay que «acercarse a los obreros socialistas, no para darles clases desde lo alto, sino para instruirse cerca de los obreros avanzados...»¹²

La construcción de la IV Internacional, según Trotsky, pasa, en España como en Francia, por este acercamiento a los obreros avanzados, la vanguardia potencial y real a la vez, que no es posible, prácticamente, según él, más que por la entrada en el partido socialdemócrata. A estos camaradas presentan numerosas objeciones, aparentemente sólidas, pero que tienen en común, según él, partir sólo «de lo que es deseable y no de lo que es»: «Adaptar los métodos de la lucha a la situación y a sus propias fuerzas, es la exigencia elemental del realismo (...). El carácter irreconciliable de los principios no tiene nada en común con la petrificación sectaria que pasa sin darles atención ante los cambios de la situación y del estado de espíritu de las masas (...). La situación general (...) plantea al movimiento obrero consciente una tarea a breve plazo: o bien el proletariado, en el curso de los seis próximos meses, quizá un año, aplasta el fascismo, y da un paso adelante gigantesco, o bien él mismo será aplastado y toda Europa se convertirá en la arena de la tiranía fascistas y de la guerra (...). Hay que modificar la relación de fuerzas. Hay que entrar en la masa (...). No renegamos. Constatamos únicamente, honestamente, que nuestra organización es demasiado débil, para pretender en la práctica un papel independiente en los combates que se anuncian. Y al mismo tiempo, no queremos quedar al margen (...). Nos convertiremos en una fracción; a cambio, recibiremos el contacto constante con decenas de miles de obreros, el derecho a participar en la lucha y en la dis-

11. *Ibidem.*

12. *Ibidem.*

cusión, y, lo que es particularmente necesario para nosotros mismos, la posibilidad de verificar nuestras ideas y nuestras consignas en la acción de masas (...). Si, por nuestras ideas, llegamos a fecundar el núcleo proletario del partido socialista, tendremos una posibilidad nueva e inapreciable de actuar sobre el núcleo proletario del P.C. de tal manera que pueda constituirse una poderosa sección de la IV.^a Internacional.» «Ante una situación tal como la que he caracterizado de una forma breve anteriormente, quien grita: "Nunca me adheriré a la socialdemocracia. ¡Traición! ¡Claudicación!", etc., no es más que un pobre sentimental, que quizá conoce las fórmulas marxistas herborizadas, pero que se para con terror ante los árboles vivos y sobre todo ante el bosque (...). Si la fusión [de los partidos comunista y socialista] no se realiza y los estalinistas intentan desorganizar el partido socialista por sus métodos habituales (zigzag, demagogia, corrupción, incluso individual) sólo nuestras ideas y nuestros métodos pueden inocular al núcleo revolucionario del partido socialista la fuerza de resistir a la descompensación completa.»¹³

Pero los dirigentes de la izquierda comunista están lejos de seguir a Trotsky en su análisis: «ven en él, como Landau, la prueba de una "claudicación" ante la socialdemocracia. Comunismo continúa comentando una situación en la que los militantes de la izquierda comunista no parecen tener ninguna perspectiva de intervención. Una vez más, engañados por la coyuntural debilidad del partido oficial en España, los dirigentes españoles no parecen haberse dado cuenta de las posibilidades que tenía en las manos para desviar la corriente revolucionaria que se está formando en el partido y las juventudes socialistas». Así, Andrade escribe, en septiembre de 1934: «El estalinismo está en plena descomposición y liquidación (...). Los partidos estalinistas disminuyen cada día y pierden toda autoridad sobre las masas obreras.» Y describe en estos términos las perspectivas de un desarrollo «objetivo»: «En el seno de los viejos partidos socialdemócratas comienzan a manifestarse tendencias progresistas que revisten la forma de una corriente centrista. Para nosotros, y de manera dialéctica, el estalinismo no es sino un centrismo.

13. Extractos de las cartas de Trotsky a los bolcheviques-leninistas franceses.

Las dos alas de los dos partidos tienden a confundirse a costa del estalinismo que renuncia poco a poco a todas sus características pasadas.»¹⁴

Cuando se reúne, el 15 de septiembre, el comité central de la izquierda comunista, el informe de Farsen es aprobado por unanimidad: opone una inadmisibilidad categórica a las propuestas de Trotsky de entrada en el partido y las juventudes socialistas. El último número de *Comunismo* lo explica sumariamente: «La realización en Francia del frente único, limitado a los comunistas y socialistas y dejando fuera a nuestra sección francesa, ha conducido a algunos camaradas, entre los que se encuentra nuestro jefe político, a considerar que la táctica a seguir, teniendo en cuenta las ilusiones creadas por el pacto de los socialistas y los estalinistas, es entrar como fracción, con su propio órgano, en el partido socialista francés. Los defensores de esta solución creen poder llegar así a influenciar de forma más eficaz, a las masas trabajadoras. La reunión de nuestro comité central ampliado ha adoptado una resolución que define la posición española sobre este problema. Conociendo el punto de vista de la inmensa mayoría si no de la totalidad de nuestra organización, podemos anunciar por adelantado que es absolutamente opuesto al que defiende, con más firmeza que nunca y su pasión de siempre, nuestro camarada Trotsky. Las corrientes favorables a la unidad que se han creado en ciertos países, como consecuencia de la acción nefasta del estalinismo, no pueden de ninguna manera conducirnos a la confusión organizativa. La garantía del futuro reside en el Frente único, pero también en la independencia de organización de la vanguardia proletaria. En ningún caso podemos, por una ganancia circunstancial, fundirnos en un conglomerado amorfo, abocado a romperse al primer contacto con la realidad. Por triste y penoso que sea, estamos resueltos a permanecer sobre las posiciones de principio que nos ha enseñado nuestro jefe, incluso con el riesgo de tener que hacer, separados de él, una parte del camino que conduce a la victoria.»¹⁵

Algunas semanas después, como consecuencia de la entrada en el gobierno de los ministros de la derecha, el

14. Emilio Ruiz (Juan Andrade), «El ingreso del estalinismo en las Alianzas obreras y su campaña contra el trotskysmo» *Comunismo*, n.º 38, septiembre 1934, pp. 60-65.

15. *Comunismo*, n.º 9, octubre 1934.

partido socialista, cuya existencia está efectivamente en juego, da la señal de la insurrección a la que se había preparado secretamente desde hacía algunas semanas, en esta eventualidad. En Barcelona, donde la C.N.T. se opone ostensiblemente al movimiento y llama a los trabajadores a romper la huelga, la dirección de la Alianza obrera —de la que Maurín y Nin son los principales dirigentes— se deja por añadidura convencer por los catalanistas, que temen tanto la revolución como la represión, y el movimiento insurreccional se malogra. En Madrid, se ha reducido a una simple huelga, no habiendo sido dada finalmente por el partido socialista la señal de los combates armados. En Asturias, sin embargo, donde la Alianza obrera, como hemos visto, comprende a todas las organizaciones sindicales y políticas de la clase obrera, el alzamiento alcanza proporciones considerables. Durante más de una semana, los trabajadores, con sus «alianzas», son dueños de la provincia que el gobierno deberá reconquistar con la ayuda de sus tropas especiales, Marroquíes y Legión extranjera, y sobre la que desencadena una severa represión.

El octubre asturiano es ciertamente una derrota, pero de las que, lejos de cortar el aliento, lo alimentan con su ejemplo. La unidad realizada en Asturias, la consigna del frente único «U.H.P.»* encuentran un amplio eco, y los trabajadores de España entera toman conciencia de que poseen los medios de imponer su voluntad. En cuanto al partido socialista, demuestra con esta insurrección la justeza de la apreciación de los que toman en serie su determinación a combatir, al mismo tiempo que los temores de los que le sabían incapaz de vencer y de asumir hasta el final un comportamiento revolucionario responsable. Al margen de las Alianzas obreras salvo en Cataluña, la izquierda comunista permaneció casi al margen de los acontecimientos; en Cataluña, va de la mano del Bloque obrero y campesino bajo la dirección de Maurín.

* En el Pleno Nacional de la C.N.T. de Regionales, iniciado en Madrid el 23 de junio del 34, la regional asturiana se presentó con un pacto unilateral firmado por la U.G.T., defendiendo su posición aliancista ante la recriminación de las demás regionales. Sería esta conjunción de fuerzas de las dos rivales sindicales, la Alianza proletaria, lo que daría lugar a la U.H.P. (Unión de Hermanos Proletarios), que propiciaría finalmente la Huelga General Revolucionaria de octubre en Asturias.

a su organización una solución que parece constituir un acercamiento a la posición defendida por Fersen, una fórmula de compromiso que va en el sentido de las propuestas anteriores de Trotsky: fusión en Cataluña con el Bloque obrero y campesino, y, en los demás sitios, entrada individual en el partido y las juventudes socialistas con vistas a constituir una fracción que lucharía en su interior por la fusión con el «partido revolucionario único» de Cataluña... Por supuesto, esta propuesta es considerada como aceptable por el secretariado internacional —que la aprueba el 22 de mayo de 1935, a la vez que se inquieta por el deterioro de las relaciones con las J.S.—, pero va a ser combatida en las propias filas de la izquierda comunista por los militantes de Madrid y Bilbao. Reforzados recientemente por la adhesión de una veintena de jóvenes cuadros obreros de la zona sur de las juventudes comunistas de la capital, los militantes madrileños temen que la solución preconizada por el comité ejecutivo conduzca rápidamente a la dispersión, por no decir al estallido de la organización, y, en el mejor de los casos, a la ruptura entre los militantes de Cataluña y los del resto de España. Combaten pues las propuestas del C.E. y plantean la creación, mediante la fusión con el Bloque obrero campesino, de un nuevo partido a escala de todo el país. El voto definitivo del comité central en este sentido no hace más que ratificar su victoria política en la base. Desde julio de 1935 la suerte está echada y los acuerdos de unificación que van a conducir en septiembre a la constitución del partido obrero de unificación marxista (P.O.U.M.) por la fusión del Bloque obrero y campesino y la izquierda comunista, concluidos.

Pero Fersen no se doblega. Con Esteban Bilbao —desde hace bastante tiempo convencido de la necesidad del entrismo—, G. Munis —en estrecho contacto con las J.S. de Madrid—, el joven Jesús Blanco, uno de los provinciales de las J.S. y media docena más de militantes, anuncia su intención de entrar en el P.S. para intentar realizar con sus solas fuerzas la tarea que juzgan necesaria más que nunca. Para la izquierda comunista es una nueva escisión que arrastra a dos de sus mejores cabezas teóricas. El S.I. se indigna de que el acuerdo con el B.O.C. haya conducido a la supresión del derecho de fracción de los trotskistas en la organización unificada: pide a los españoles dar marcha atrás. En nombre del C.E., Nin rehúsa con

altívez toda sugestión en este sentido, así como toda tentativa de un acercamiento con el grupo Fersen, descada por el S.I.; este último no insiste.

De hecho, ni Trotsky ni el S.I. han aprobado los pasos que han llevado a los trotskistas españoles a rehusar totalmente la entrada en la socialdemocracia, y a preferir, en definitiva, la fusión con los maurinistas, sobre los que tienen, desde comienzos de los años 30, una apreciación sin indulgencia. Pero, sin embargo, no hacen de la entrada en el P.O.U.M. —ni de la nueva negativa total al «entrismo»— un caso de ruptura.

Mediante tales fusiones parciales, incluso al precio de una renuncia temporal a su afiliación oficial al movimiento por la IV.^a Internacional, los trotskistas americanos y holandeses están avanzando, en el Workers Party y el R.S.A.P., en la vía de la construcción de partidos revolucionarios en sus países respectivos. Trotsky va a presionar pronto a sus camaradas franceses para que abandonen la S.F.I.O. para emprender la construcción —urgentemente— de la fuerza revolucionaria independiente que, según él, se impone en adelante. También, cuando la creación del P.O.U.M., se contenta con expresar en una carta a Sneevliet —de la que hace mandar una copia a España— sus inquietudes respecto a la firmeza de sus camaradas sobre la cuestión de la IV.^a Internacional. El S.I. envía a Rous a España en misión de información: después de largas discusiones con Nin, vuelve con un informe mesurado, y, en conjunto, tranquilizador. Fuera de Cataluña, los trotskistas constituyen verdaderamente ellos solos el nuevo partido, y éste no ha perdido de vista la necesidad del trabajo político en dirección de la izquierda socialista y sobre todo de sus juventudes: los dirigentes de la izquierda comunista han aceptado por otra parte el volver a tomar contacto con sus camaradas «entrados» —o a punto de entrar— en el partido socialista y se plantean una coordinación del trabajo. Los estatutos del P.O.U.M. no reconocen el derecho de fracción, pero los trotskistas, cuya fisiónomía es reconocida, tendrán la posibilidad de agruparse, en particular bajo la forma de «grupo de amigos», especie de tendencia oficiosa. Sobre todo, afirman que los maurinistas se han pronunciado de hecho por la IV.^a Internacional, «menos el número», y que ellos mismos se dan como tarea ganar al P.O.U.M. a la IV.^a Oficialmente, no hay pues ya «sección española» de la Liga Comunista

Internacional, pero Nin asegura a Rous que «esta desaparición momentánea debe ser considerada como una etapa en el camino de la constitución del partido revolucionario de la sección española de la IV.^a». Informado de la fundación del P.O.U.M., Trotsky responde al S.I.: «El nuevo partido está proclamado. Que conste. En la medida en que pueda depender de factores internacionales, deberemos hacer todo lo posible para ayudar a este partido a ganar en fuerza y autoridad. Ello no es posible más que en el camino del marxismo consecuente e intransigente. En este camino, estoy dispuesto, así como, estoy seguro, todos los camaradas del S.I., a la colaboración que se nos pedirá.»¹⁸ Las reservas son evidentes, pero los puentes no son cortados entre Trotsky y los trotskistas entrados en el P.O.U.M.

18. Carta de Crux citada por Rous en su informe sobre España de 1935 (*Archivos Jean Rous*).

ENSEÑANZAS DE LA DERROTA DE OCTUBRE DE 1934¹

La importancia del parlamentarismo en las condiciones de crisis total del sistema social del capitalismo es tan evidente, que los demócratas vulgares en el movimiento obrero no encuentran un argumento para defender sus petrificados prejuicios. Con mayor razón, está dispuestos a asirse a todos los fracasos y a todas las derrotas sufridas en el camino revolucionario. El desarrollo de su pensamiento es el siguiente: si el parlamentarismo puro no ofrece salida, con la lucha armada no se mejora la situación. La derrota de las insurrecciones proletarias en Austria y en España son ahora para ellos, por supuesto, el argumento preferido. De hecho, en la crítica del método revolucionario, la inconsistencia teórica y política de los demócratas vulgares aparece aún más claramente que en su defensa de la podrida democracia burguesa.

Nadie ha dicho que el método revolucionario asegure automáticamente la victoria. Lo decisivo no es el método en sí mismo, sino su aplicación correcta, la orientación marxista de los acontecimientos, una organización poderosa, la confianza de las masas conquistada a través de una larga experiencia, una dirección perspicaz y firme. El resultado de un combate depende del momento y de las condiciones del conflicto, de la relación de fuerzas. El

1. Este texto, consagrado a la enseñanza de los combates armados en Austria y España, en 1934, está sacado de «Où va la France?» (*Le Mouvement communiste*, pp. 446-470). A falta de otro texto de Trotsky consagrado a la insurrección española de octubre de 1934, recogemos este, con algunos cortes.

marxismo está lejos de pensar que el conflicto armado es el único método revolucionario, una panacea que puede emplearse en cualquier ocasión. En general, el marxismo no conoce fetiches, ni parlamentarios ni insurreccionales. Todo vale, en su lugar y en su tiempo. Hay algo que puede decirse desde el principio: Por el camino parlamentario el proletariado socialista nunca y en ningún lado ha conquistado el poder, ni siquiera ha estado cerca. Los gobiernos de Scheidmann, Hermann Müller, Mac Donald² nada tenían en común con el socialismo. La burguesía no ha permitido a los socialdemócratas y laboristas que llegaran al poder más que con la condición de que defendieran el capitalismo contra sus enemigos. Ellos han cumplido escrupulosamente esa condición. El socialismo parlamentario, contrarrevolucionario, no ha llegado a realizar en ningún sitio un gobierno socialista; por el contrario, ha logrado formar renegados despreciables, que explotaron el partido obrero para hacer una carrera ministerial (...).

Por otra parte, la experiencia histórica demuestra que el método revolucionario puede conducir a la conquista del poder por el proletariado: Rusia en 1917, Alemania y Austria en 1918, España en 1930. En Rusia había un poderoso partido bolchevique que, durante largos años, preparó la revolución y que supo tomar el poder sólidamente. Los partidos reformistas de España, Alemania y Austria no prepararon ni dirigieron la revolución, sino que la sufrieron. Espantados por el poder que había caído en sus manos contra sus deseos, lo cedieron benévolutamente a la burguesía. De este modo minaron la confianza del proletariado en sí mismo y, aún más, la confianza de la pequeña burguesía en el proletariado. Prepararon las condiciones del crecimiento de la reacción fascista, de la que acabaron siendo víctimas.

La guerra civil, hemos dicho siguiendo a Clausewitz, es la continuación de la política pero por otros medios. Esto significa que el resultado de la guerra civil depende sólo en un cuarto (por no decir un décimo), de la marcha de la propia guerra civil, de sus medios técnicos, de la dirección puramente militar, y en los restantes tres cuadros (si no nueve décimos) de la preparación política. ¿En qué

2. Los socialdemócratas alemanes Scheidmann y Hermann Müller y el laborista Mac Donald, habían dirigido gobiernos de mayoría socialista en un marco parlamentario.

consiste esta preparación política? En la cohesión revolucionaria de las masas, en su liberación de las esperanzas serviles de la clemencia, la generosidad, la lealtad de los esclavistas «democráticos», en la educación de cuadros revolucionarios que sepan desafiar a la opinión pública burguesa y que sean capaces de demostrar frente a la burguesía, aunque no sea más que una décima parte de la implacabilidad que ésta muestra frente a los trabajadores. Sin este temple, la guerra civil, cuando las condiciones la impongan —y siempre terminarán por imponerla— se desarrollará en condiciones más desfavorables para el proletariado, dependerá en mayor medida del azar; después, aún en el caso de una victoria militar, puede que el poder escape de las manos del proletariado. El que no vea que la lucha de clases conduce inevitablemente a un conflicto armado, es un ciego. Pero no es menos ciego, quien frente al conflicto armado, no ve toda la política previa de las clases en lucha.

En Austria no ha sido el método de la revolución el derrotado, sino el austro-marxismo; en España, el reformismo parlamentario sin principios (...) pero en el fondo las causas de la derrota son las mismas. El partido socialista español, como los «socialrevolucionarios» y los mencheviques rusos, compartió el poder con la burguesía republicana para impedir a las masas llevar la revolución hasta su fin. Durante dos años, los socialistas en el poder ayudaron a la burguesía a desembarazarse de las masas mediante migajas de reformas agrarias, sociales y nacionales. Los socialistas emplearon la represión contra las capas más revolucionarias del pueblo. El resultado fue doble. El anarcosindicalismo, que con un apolítica correcta del partido obrero, se hubiera fundido como la cera en el fuego de la revolución, en realidad se reforzó y atrajo a las capas más combativas del proletariado. En el otro extremo, la demagogia social-católica explotó hábilmente el descontento de las masas frente al gobierno burgués-socialista. Cuando el partido socialista se hubo comprometido suficiente, la burguesía le hechó del poder y pasó a la ofensiva en toda línea. El partido socialista se vio obligado a defenderse en condiciones extremadamente desfavorables, que él mismo había preparado con su política anterior. La burguesía tiene ya un apoyo de masas a la derecha. Los dirigentes anarcosindicalistas, que en el curso de la revolución cometieron todos los errores propios

de esos confusionistas profesionales, se negaron a apoyar la insurrección dirigida por los «Políticos traidores».³ El movimiento no tuvo un carácter general, sino esporádico.⁴ El gobierno dirigió sus golpes sobre todos los cuadros del tablero. La guerra civil, impuesta por la reacción, terminó con la derrota del proletariado.⁵

A partir de la experiencia española, no es difícil sacar una conclusión en contra de la participación socialista en un gobierno burgués. La conclusión, en sí misma, es indiscutible, pero absolutamente insuficiente. El pretendido «radicalismo austro-marxista» no vale más que el ministerialismo español. La diferencia es técnica y no política. Ambos esperaban que la burguesía les entregara «lealtad por lealtad». Y ambos han llevado al proletariado a sendas catástrofes. En España y en Austria, la derrota no la sufrieron los métodos de la revolución, sino los métodos oportunistas en una situación revolucionaria.⁶ ¡No es lo mismo!

Octubre 1934

3. En Cataluña, la principal causa del fracaso fue la negativa de los anarcosindicalistas de la C.N.T. a unirse a la huelga general. Un dirigente de la C.N.T. incluso llegó a hablar por la radio, para llamar a los trabajadores a no unirse al movimiento. Por el contrario en Asturias, la C.N.T. había firmado un pacto con la U.G.T. y otras organizaciones obreras «un pacto de alianza obrera» bajo el impulso sobre todo de José María Martínez.

4. Estallaron tres núcleos de desigual importancia: Barcelona, donde el papel dirigente fue llevado por los comunistas del Bloque obrero campesino, la izquierda comunista, la U.G.T., y el pequeño partido socialista; pero donde la actitud de la C.N.T. y la ambigüedad de los catalanistas en el gobierno, provocaron su rápido hundimiento; Madrid, donde toda la iniciativa cayó sobre los socialistas, y donde tuvieron lugar enfrentamientos, aunque limitados, y en Asturias, en donde la unidad, llevada a cabo en el seno de la Alianza Obrera, permitió una insurrección general, instaurando por espacio de unos días una verdadera «dictadura del proletariado» en la zona minera.

5. El balance es abultado: 3.000 muertos, 7.000 heridos, más de 40.000 luchadores obreros detenidos y meses de terror bajo una feroz represión policial, entre la que se encuentra el asesinato de un periodista por oficiales, por haber revelado su actuación, el valenciano Luis de Sirval. Sin embargo, la insurrección asturiana inspiraría a toda la clase obrera española la consigna de frente único: «Unión de hermanos proletarios.»

6. Desde la prisión, en Madrid, Fersen, escribía el 12 de noviembre estas líneas de crítica que prolongaban el análisis de Trotsky: «Mientras que el partido socialista se disponía a combatir energicamente al fascismo, guardaba hasta el último momento una salí-

da de emergencia para refugiarse en la solución democrática. Aquí es donde hay que buscar las causas inmediatas y concretas del fracaso de la revolución del 5 de octubre. Aquí está la explicación, no el hecho de que la insurrección se hubiera producido demasiado tarde, como en Viena, constituido un acto de traición por parte de la organización que era responsable.» («La derrota de octubre en España» *New International*, diciembre de 1934, p. 136). Respecto a los métodos del partido socialista añadía: «en la actuación del partido socialista para la preparación de la lucha armada, la mayor preocupación era asegurar la retirada por si presentaba la ocasión, en vez de tomar las medidas para asegurar la victoria si se presentaba el combate. Toda esta táctica se explica por la preocupación de contener a las masas». (*Ibidem*, p. 137.) En la misma revista, J. L. Arenillas, expresa consideraciones semejantes.

LOS BOLCHEVIQUES-LENINISTAS ESPAÑOLES Y LA INSURRECCIÓN DE OCTUBRE DE 1934¹

(Extractos de cartas)

1 de noviembre de 1934²

Aún no he recibido los documentos relativos a los recientes acontecimientos españoles en general y al papel jugado por nuestra sección en particular.³ Pero el curso general de los acontecimientos es suficiente para sacar la conclusión de que nuestros camaradas españoles deberían haberse afiliado al partido socialista desde el mismo momento en que la diferenciación interna comenzaba a preparar a este partido para la lucha armada. Nuestra situación en el proletariado español sería hoy mucho más ventajosa⁴ (...).

1. Extractos de cartas de Trotsky publicadas en los boletines internos relativos a los grandes problemas del momento, sobre todo al giro «entrista» y las oposiciones que surgieron en las filas de la oposición internacional.

2. Carta al S.I. y a todas las secciones. *Boletín Interno* de la G.B.L., n.º 4, enero de 1935, dedicado a las posibilidades de extensión del «giro» francés respecto a los ejemplos austriacos, español y belga.

3. Esta observación confirma que el texto precedente (B 1) fue redactado antes de que Trotsky recibiese ninguna noticia detallada sobre la insurrección de octubre en España.

4. Esta queja se convertirá en el «leitmotiv» de las cartas de Trotsky. De hecho, dada la brevedad del tiempo transcurrido desde la proposición de entrada en el partido socialista y la insurrección de octubre, es poco probable que los militantes de la izquierda comunista hubieran podido jugar un papel decisivo, vista la disposición de los dirigentes socialistas. Sin embargo, es cierto que la decisión de entrar antes de octubre no hubiera dejado a los bolcheviques-leninistas españoles en la situación de aislamiento que al parecer sufrieron.

15 de diciembre de 1934⁵

(...) Peor es la pasividad de nuestra sección española (salvo gloriosas excepciones) de cara a importantes acontecimientos.⁶ Siempre hemos criticado a los dirigentes de la sección española, impregnados de una actitud propagandística y expectante. Todos los camaradas podrían y deberían releer las discusiones internacionales con la dirección española. Lo más significativo es que los camaradas españoles han mostrado una actitud francamente hostil al giro francés.⁷ Esto no es más que la confirmación

5. Carta al S.I. y a la sección belga, *Boletín interno* de la G.B.L., n.º 4, enero de 1935. Dedicado a las perspectivas de entrada de las juventudes leninistas belgas en la Joven Guardia Socialista, etapa hacia la aplicación en Bélgica del «giro francés».

6. Ignoramos a quien se refiere Trotsky cuando habla de «gloriosas excepciones». Los dos artículos publicados en *New International* en diciembre de 1934, redactados por L. Fersen y José Luis Arenillas al día siguiente de la insurrección de octubre no hacen alusión a ninguna actuación particular de la izquierda comunista; el segundo se limita a mencionar la participación en la Alianza obrera de Cataluña. Esta puede ser una explicación del débil papel que le otorga Juan Luis Arenillas cuando escribe: «Fundamentalmente, la revolución española fue un movimiento sectario apoyado sobre los militantes del partido socialista. Se basó en comités secretos, en lugar de basarse sobre los sectores más avanzados de la clase, sobre los oficiales en vez de los soldados.» (*New International*, diciembre 1934, p. 139). En una carta dirigida en julio de 1935 a un militante americano, Juan Andrade, contesta a este texto mencionando el importante papel jugado en Asturias por Ignacio Iglesias y José Loredo Aparicio, refugiados en Bélgica después del fracaso de la revolución (*International News*, vol. I, n.º 1, 1935, pp. 4-5).

7. La propuesta de Trotsky a sus camaradas franceses de entrar en la S.F.I.O. había provocado una ola de indignación. En Francia, Pierre Naville se había negado a entrar intentando mantener una «Ligue Communiste» independiente, antes de acabar entrando, junto con su grupo, en la S.F.I.O.

Otro grupo, animado por Lhuillier, se había separado, afiliándose a la Unión Communiste, proveniente de una escisión anterior, y que acabó entrando también en la S.F.I.O. El principal dirigente de la sección alemana, miembro del S.I. Ackerknecht, llamado E. Bauer, se pasó al S.A.P. En la sección americana, Hugo Cehler, se puso a la cabeza de una oposición que denunciaba esta «capitulación ante la socialdemocracia». La sección holandesa, tras Sneevliet y la sección belga, que en su mayoría seguía a Vereecken, condenaban el «entrismo». Para todos estos opositores, la posición de la sección española y sobre todo la de Andrés Nin, que gozaba de gran prestigio, constituía un precioso apoyo. Estos grupos y tendencias tenían inclinación a acercarse a Landau, que estaba formulando las mismas críticas desde el exterior. Señalemos que Martín (A. Leonetti) se oponía al entrismo y cuando sus camaradas italianos pro-

de que la «intransigencia»⁸ en este punto no es sino la máscara de la pasividad puramente propagandística y periodística. No nos cansamos de repetir que la peor de las faltas cometidas por todas las secciones es la de la sección española al no adherirse a tiempo al partido socialista desde el inicio de la preparación de la lucha armada.

28 de febrero de 1935⁹

Mire hacia España, querido amigo. Durante las sacudidas revolucionarias, la dirección de nuestra sección española se ha distinguido, durante todo este período, por su doctrinaria pasividad. Muchos de nuestros camaradas han luchado ferozmente de forma individual. Pero la sección española en su conjunto se ha distinguido más por su crítica «objetiva» que por su actividad revolucionaria. Sin ninguna duda, constituye el ejemplo más trágico de toda la L.C.I. Observe como es precisamente esta sección la que hasta ahora permanece absolutamente intransigente frente al giro «oportunista» francés.¹⁰

pusieron entrar en el partido socialista italiano, él se negó a hacerlo, presentando su dimisión al S.I. Sin embargo Trotsky insistió en no romper con él, permitiéndole no entrar. Esto fue lo que hizo Martin —decididamente hostil a lo que él llamaba el «retorno a Barnum»— que permaneció en el S.I.

8. En la discusión sobre la entrada de los B.L. franceses en la S.F.I.O., Trotsky llamaba «intransigentes» en tono de burla, a los adversarios de este giro.

9. «Centrist combinations and Marxist Tactics», carta al camarada polaco V. *International Information Bulletin*. W.P.U.S., 1935, n.º 1, reproducido en *Writings of Leon Trotsky 1934-1935*, pp. 199-206, V. era contrario a la entrada en la S.F.I.O. y partidario de la entrada en el Buró de Londres.

10. Parece que por estas fechas los dirigentes de la sección española estaban intentando —como lo demuestra la carta de Andrade en la nota 6— organizar una fracción internacional con los adversarios del giro. Sneevliet, Vereecken (aunque con matices) y Landau apoyarían más tarde al P.O.U.M. contra Trotsky.

B 3

EL P.O.U.M. Y LA IV.ª INTERNACIONAL¹

(Carta al R.S.A.P., 18 de octubre de 1935)

Camaradas:

El último número de *La Batalla* contiene el manifiesto del congreso de unificación del Bloque obrero y campesino y la izquierda comunista.² Sólo voy a señalar un párrafo en el que habla de la afiliación internacional. El nuevo partido se proclama adherente a la Unión Socialista Revolucionaria (I.A.G.).³ Esto es normal en España, igual que lo fue en Ho-

1. Una copia de esta carta, redactada en francés, nos ha sido enviada por Jean Rous. Fue dirigida al holandés Sneevliet. Una nota manuscrita, firmada «Ad». (Adolph, pseudónimo de Rudolf Klement, secretario administrativo del S.I.) señalaba que había sido enviada una copia a «España». Este es el único escrito de Trotsky contemporáneo a la fundación del P.O.U.M. que hemos podido encontrar.

2. Se trata de *La Batalla* del 11 de octubre de 1935. El manifiesto se titulaba «El Partido Obrero de Unificación Marxista al proletariado español».

3. El I.A.G. (*Internationale Arbeitsgemeinschaft*) había sido constituido a partir de la conferencia internacional de agosto de 1933 de los partidos socialistas revolucionarios. El I.A.G. reunía a los partidos que opinaban que la creación de una nueva internacional no podía ser más que la consecuencia de un «proceso histórico» oponiéndose pues —a partir de febrero de 1935— a los partidarios de la construcción de la IV.ª Internacional. Estaba formado fundamentalmente por el S.A.P., escisión de izquierda de la socialdemocracia, que unía a cierto número de viejos comunistas como Paul Frölich y Walcher, el partido socialista sueco, el I.L.P. británico, los maximalistas italianos, el grupo Doriot, la Federación Comunista Ibérica de Maurín. A la cabeza, con funciones de coordinación, estaba un «Buró internacional para la unidad de los socialistas revolucionarios», con sede en Londres —de aquí el nombre abreviado de «Buró de Londres»— y cuyo secretario era el dirigente del I.L.P. Fenner Brockway.

landa,⁴ ya que en los dos casos la mayoría ya había pertenecido al I.A.G. antes de la fusión. Sin embargo, en el manifiesto, el razonamiento de la adhesión es de lo menos convincente. El documento afirma que esta organización internacional «trabaja objetivamente por la reconstrucción de la unidad revolucionaria sobre nuevas bases».⁵ ¿Qué significa esto de «objetivamente»? Se puede decir que el proletariado se encuentra forzado «objetivamente» a situarse en el camino de la revolución: con esto se sobreentienden las leyes del desarrollo del capitalismo. Pero, ¿cómo se puede hablar de la misma necesidad «objetiva» para pequeños grupos propagandistas? El sentido de su existencia es su esfuerzo objetivo, pero ¿cuál es su programa? ¿Cuáles son sus objetivos? El papel que pueden jugar en el movimiento obrero está determinado por estos criterios subjetivos.

Precisamente son estas cuestiones decisivas las que permanecen sin contestación. Únicamente se nos habla de «unidad revolucionaria sobre nuevas bases». ¿Cuáles, las del S.A.P. o las de los marxistas revolucionarios, las de la IV.^a Internacional? Sobre esta cuestión está teniendo lugar una encarnizada lucha en el seno del partido holandés. Cuanto más tiempo siga evitando el partido español la discusión de las fórmulas exactas, más apasionado y destructor será el inevitable conflicto entre las tendencias opuestas.

Personalmente no podemos más que insistir en la necesidad de la precisión teórica y política, en interés del porvenir del nuevo partido español.⁶

4. Los dos partidos holandeses R.S.P. y O.S.P. adheridos al I.A.G. se habían fusionado en marzo de 1935. En noviembre del mismo año el nuevo partido, R.S.A.P., decidía adherirse al buró del movimiento por la IV.^a Internacional.

5. La frase entrecomillada por Trotsky, cita del manifiesto del P.O.U.M., revela un grave error de traducción. El texto dice realmente «cuyo objetivo es trabajar» y no «que trabaja objetivamente por». De estas traducciones de Nin había dependido Trotsky durante años para los documentos españoles, ya que no conocía esta lengua, aunque se «defendía» con un diccionario. Por otra parte, esta falta de traducción es significativa de la desconfianza de Trotsky hacia la política internacional del P.O.U.M.

6. Un mes más tarde, contestando a una pregunta relativa al buró de Londres, Trotsky mencionó al P.O.U.M. entre sus miembros diciendo: «la dirección no tiene perspectivas internacionalistas, aunque en sus filas hay una considerable proporción de miembros que están por la IV.^a Internacional». (*Writings of Leon Trotsky 1935-1936*, p. 72).

Tercera parte

EL P.O.U.M.

¿RODEO EN LA VÍA DEL PARTIDO?

La unificación entre el Bloque obrero y campesino y la izquierda comunista se realiza en septiembre de 1935, pero en esta época había entrado en los hechos desde hacía varios meses. Las condiciones en las que es así creado el P.O.U.M. no facilitan la tarea del historiador, ya que los pasos decisivos, el acercamiento político que ha permitido la cohabitación de militantes de dos organizaciones hasta entonces separadas por vivas polémicas y por reales divergencias sobre problemas no despreciables han sido realizados inmediatamente después de la insurrección de octubre, bajo el régimen de estado de sitio, es decir, en una clandestinidad casi total.

Trotsky ha clasificado al Bloque y a los partidos de Maurín en la tendencia «de derechas», bujarinista, del movimiento comunista, a la que hay que vincular igualmente al K.P.O. de Brandler y Thalheimer, al grupo americano de Lovestone y, de forma fugaz, a los elementos reunidos en Francia alrededor de Boris Souvarine.¹ El periodista estalinista Michel Koltsov ha hablado igualmente a propósito de la constitución del P.O.U.M. de «bloque trotsko-bujarinista».² La fórmula es sumaria, indudablemente, incluso si Maurín admite de buen grado haber sufrido más fuertemente la influencia de Bujarin que la de Trotsky.³ Primero, porque a pesar de las relaciones mantenidas por

1. El matrimonio de Joaquín Maurín con la hermana de Boris Souvarine ha contribuido sin duda a acreditar esta versión.

2. M. Koltsov, *Diario de España*, p. 13.

3. J. Maurín, *Revolución y contrarrevolución en España*, p. 3.

Maurín con estos grupos, el Bloque no se organizó nunca en el seno de la oposición internacional de derechas constituida por ellos, y que tenía por su parte, al lado de innegables convergencias, reales desacuerdos con ellos; luego, porque, en el contexto español, la fisonomía política del grupo Maurín se modificó de forma notable durante los años del bienio negro, y quizá no fuera exagerado decir que el P.O.U.M. constituyó la unificación de un grupo que no había sido nunca totalmente bujarinista y que lo era cada vez menos y de un grupo que había sido realmente trotskysta pero que dejaba de serlo.

El núcleo de las divergencias entre Maurín y Nin provenía del origen mismo de sus grupos. Habiéndose definido la izquierda comunista en relación a la Unión Soviética, a la estalinización del partido ruso y de la internacional, a la lucha de la oposición de izquierda y al propio Trotsky, se había determinado hasta entonces en relación a los problemas de la revolución mundial. La Federación Catalana y Maurín mismo se habían separado en el momento del tercer periodo ultraizquierdista de la Internacional, en una oposición a la política de la Internacional comunista en España, y se habían rehusado a tomar posición sobre la Unión Soviética. Es así como a finales de 1933 aún, Maurín se rehusaba a atribuir a los dirigentes rusos la responsabilidad del «retroceso de la revolución» y la «liquidación efectiva de la política revolucionaria de la I.C.», añadiendo: «Trotsky en el poder habría podido actuar de otra manera.»⁴ El mismo año, la F.C.I. había elegido una vez más no tomar posición sobre las cuestiones internas de la Unión Soviética, contentándose sobre este asunto con la designación de una «comisión de estudio». De ahí la desconfianza de Trotsky que veía en esta actitud política la preocupación por arreglarse una apertura en dirección a la burocracia estalinista, incluso «provincialismo», ya que los dirigentes del Bloque le parecían no determinarse más que en función de la situación que conocían a nivel, no de España, sino sólo de Cataluña, sin querer plantear ni resolver las cuestiones con una amplitud completamente diferente de la que estaban planteadas ante el movimiento comunista mundial.

Se vuelve a encontrar el mismo problema en lo que

4. *La Batalla*, 9 noviembre 1933.

se refiere al carácter de la revolución española. Maurín estima que las derrotas de la Internacional y de la revolución desde 1917 son debidas a la aplicación mecánica del «modelo» de la revolución rusa, y que la revolución española presenta rasgos originales, ya que, por las particularidades históricas de la sociedad española, es en realidad una cuádruple revolución, económica, política, religiosa y «nacional». Este análisis explica la importancia otorgada por él a la cuestión nacional, yendo hasta la voluntad de «separatismo» en Cataluña y a una posición de principio análoga para las demás «nacionalidades» españolas. Igualmente en virtud de este análisis que diferencia las tareas a realizar por la revolución española, Maurín en 1931, rechazando como una trasposición exótica la consigna de «dictadura del proletariado», se pronunció por la realización de la «revolución democrática» bajo una «Convención nacional» dirigida por los elementos avanzados del Ateneo de Madrid, y que aún en 1934 continuaba atribuyendo un papel revolucionario a la pequeña burguesía republicana, particularmente en Cataluña, en la que es decisiva para la «revolución nacional». En fin Maurín, que rechaza la fórmula de los «soviets» como extraña al proletariado español, a sus tradiciones y su mentalidad, busca en España la «forma» específica de poder y, a partir de 1931, se pronuncia por el «segundo poder» que consiste virtualmente a sus ojos el sindicato, promete su apoyo a un «gobierno sindicalista» y reclama la «toma del poder» por la C.N.T.⁵ La Batalla comentó la insurrección anarquista de enero de 1932 en estos términos: «Los obreros han tomado el poder sin existencia previa de soviets. El mito soviético ha sido destruido por la efímera comuna del Alto-Llobregat.»⁶

En fin, las divergencias son particularmente importantes sobre la cuestión que Trotsky y, hasta al menos 1935, los trotskystas españoles, tienen por decisiva, la de la Internacional. Maurín y el Bloque se pronunciaron firmemente contra la fundación e incluso la simple perspectiva de la IVª Internacional, de la que predice en septiembre de 1933 que sería un fracaso si se llegara a intentar, en la medida en que la historia demuestra según él que

5. *La Batalla*, 3 septiembre y 26 de noviembre 1931. (Entreviu de Maurín a *La Nación* de Buenos Aires.

6. *Ibidem*, 4 febrero 1932.

ninguna internacional ha podido ser constituida sin la existencia previa de un partido poderoso, al menos en un país, y sin revolución victoriosa. La posición de su organización es que «la unidad proletaria no puede realizarse —lo ha demostrado la experiencia— ni en la IIª ni en la IIIª Internacional». El modelo de «unidad proletaria internacional» ha sido realizado sólo con la Iª Internacional. «Hay que reconstruir la Internacional. La IIIª Internacional ha constituido la antítesis necesaria de la IIª, que era la tesis. Ha llegado el momento de hacer la síntesis de este proceso dialéctico»,⁷ en una Internacional que respetará las «autonomías nacionales» y no impondrá mecánicamente modelos, pero el resultado no será alcanzado más que al término de una larga experiencia, a través del estallido de los marcos tradicionales y la construcción, sobre sus restos, de partidos nacionales que constituyen ellos mismos ya síntesis a este nivel.

Tales son en líneas generales las divergencias que se paran hasta 1933 a trotskystas y maurinistas. La polémica llevada contra Maurín en Comunismo no va a la zaga, en el terreno de la viveza y de la elección de epítetos, a la que Trotsky ha llevado contra Maurín. En octubre de 1933, un artículo de la redacción de Comunismo califica a este último de «polítiquero de pueblo», y de «grosero cacique político», o aún de «cacique provinciano».⁸

Pero a pesar e todo se produce, precisamente a partir de este año, 1933, una evolución en las posiciones del «Bloque obrero y campesino» y de su dirección, en particular Maurín. Se acentúa con el desarrollo de la lucha por la Alianza obrera, el ascenso del movimiento obrero, la insurrección de octubre de 1934. Comenzó (Maurín) a partir de 1933 a sacar las lecciones de los primeros años de la República. En el terreno del «catalanismo» primero, puesto que el congreso de 1933 afirma: «El problema de la libertad de Cataluña, traicionado primero por la Lliga de Cambó, luego por la Esquerra de Macià, pierde de hecho y definitivamente el aspecto de una lucha de todo el pueblo catalán contra el imperialismo español y se convierte en un problema de la clase obrera». Aunque la ambigüedad subsista en 1933, ya no se trata de «separatismo» y, en 1935, después de la marcha a la Esquerra de

7. *Ibidem* 18 mayo 1932.

8. *Comunismo*, n.º 29, octubre 1933, p. 152.

uno de los lugartenientes de Maurín, Jaime Miravittles, los aspectos «catalanistas» del Bloque pasan a un segundo plano, sin que por otra parte haya sido dada una verdadera explicación política, que se puede entrever, sin embargo, en 1933 por el pase a la organización maurinista de opositores comunistas no catalanes, se trata de Portela y Gorkin, o de los militantes de Asturias como Benjamín Escobar, José Prieto o Marcelino Magdalena. La experiencia del fracaso de la república burguesa, la estrepitosa incapacidad de la burguesía para llevar a cabo la revolución democrática conduce asimismo a Maurín a rectificar su teoría primitiva de las «cuatro revoluciones». En su obra escrita inmediatamente después de la insurrección de octubre de 1934, el dirigente catalán propone la fórmula de «revolución democrático-socialista» que constituye en su espíritu —y parecerá a los militantes trotskystas como Nin, y Jean Rous— como un paso hacia la teoría de la «revolución permanente», puesto que las tareas democráticas y las tareas socialistas son presentadas en ella como indisolublemente ligadas en el mismo proceso revolucionario orgánico que conduce a la «dictadura del proletariado» y a la resolución de todas las tareas históricas bajo su dirección. Renunciando igualmente a consignas como «la C.N.T. al poder» o «gobierno sindical» —demasiado estrechamente inspiradas por una situación propiamente catalana y desmentidos estrepitosamente por la evolución de la central anarco-sindicalista—, Maurín saca de la experiencia de 1934 la conclusión de que en España la forma específica del poder proletario no podría ser más que la Alianza obrera, en la medida en que representa a la vez a todo el proletariado y al conjunto de sus organizaciones, políticas y sindicales. Ve, pues, en las alianzas obreras un instrumento no sólo de lucha, por la realización del frente único obrero, sino de toma y ejercicio del poder, una forma «española» —y no exótica como los soviets— que respeta la tradición del país y el papel de las organizaciones sindicales, y permite, por la síntesis que constituye, no oponer entre sí a las organizaciones, ni la clase a las organizaciones, como lo harían inevitablemente formas de tipo soviético.⁹ En fin, el giro de los partidos comunistas a partir de 1934-35 ha-

9. J. Maurín, *Revolución y contrarrevolución en España* constituye el manifiesto de esta posición.

cia la alianza con los partidos burgueses y la «burguesía nacional» le lleva a endurecer seriamente su actitud hacia el estalinismo y lo que comienza a llamar la «burocracia soviética». El lazo que le parece evidente entre la política «de Estado» de Stalin y la política oportunista de la Internacional comunista cuyas faltas históricas recuerda, tanto la alianza en China con el Kuomintang de Tchang Kai-chek como la política de rechazo del frente único frente a Hitler. Sin disimular sus divergencias con Trotsky, toma firmemente posición contra la campaña de calumnias que se le dirige, rinde homenaje al que califica como «uno de los mayores revolucionarios que ha producido jamás el proletariado», publica en *La Batalla* a partir de 1935 numerosos artículos de Trotsky sacados de la prensa internacional del movimiento por la IVª Internacional.¹⁰

En estas condiciones y en este contexto se opera, en la lucha común por el frente único obrero en el interior de las Alianzas obreras, particularmente en Cataluña, el acercamiento entre militantes del «Bloque obrero y campesino» y de la Izquierda comunista, que conducirá a la unificación de las dos organizaciones, en un período en que los lazos están singularmente distendidos, en los dos sentidos, entre Trotsky y los que se consideran aún como los trotskystas españoles.

El P.O.U.M., constituido por la unificación de la Izquierda comunista y del Bloque, se presenta como «un partido de unificación» o más bien el primer elemento de tal partido. Aunque ciertas fórmulas ambiguas y ciertas presentaciones hechas de sus tesis puedan dar lugar a esta interpretación, no toma posición por la unidad orgánica de los partidos existentes, sino que pretende realizar el primer paso de la unificación de los núcleos marxistas que existen en los partidos obreros tradicionales que llama a reemplazar, en cierta manera, reuniendo los elementos revolucionarios llamados, por la lógica de su posición, a efectuar la escisión de los elementos oportu-

10. El 13 de septiembre, *La Batalla* publica, de Trotsky: «El proletariado ante la guerra» y el 4 de octubre, «Quién defiende a la U.R.S.S. y quién ayuda a Hitler». Joaquín Maurín consagra el 1.º de mayo un artículo importante a la cuestión Trotsky: «No soy trotskysta, pero...». Sin embargo, *La revolución traicionada*, traducida al español por Andrade, no será publicada, por la oposición de los dirigentes del P.O.U.M. en 1936.

nistas de sus organizaciones. En relación al movimiento propio de la clase obrera, piensa que el llamamiento a sus aspiraciones unitarias y el valor de ejemplo del comienzo de unificación realizado por su propia constitución pueden traducirse en el desarrollo rápido de una organización que, sobre una clara base de clase, no deja de tener la ambición de ser el «partido único» de la clase obrera para su revolución. Andrés Nin escribe, la víspera de la fundación del P.O.U.M.: «En los partidos actuales y entre los miles de trabajadores que se mantienen al margen de estos últimos esperando que aparezca la fuerza política capaz de inspirarles la confianza necesaria, existen actualmente los elementos necesarios para crear un partido cuya fuerza sería decisiva y que modificaría el curso de estos acontecimientos en el sentido de la victoria proletaria. El reagrupamiento de todos estos elementos, la coordinación de su acción, constituyen la tarea más urgente del mundo.» Añade: «La radicalización de las masas obreras de nuestro país, la irresistible evolución hacia la izquierda de una parte del partido socialista, particularmente las juventudes, y en fin la necesidad de sacar a la revolución española del callejón sin salida al que le han llevado los partidos de la pequeña burguesía, imponen de manera imperiosa la creación de un partido obrero de masas cuya eficacia se medirá precisamente por su grado de identificación con los principios del marxismo revolucionario (...) Estamos absolutamente convencidos de que este primer paso constituirá un poderoso estimulante para los obreros revolucionarios de todo el país, que plantearán imperiosamente el problema de la unidad en el seno de sus propias organizaciones y que, en breve plazo, nadie podrá oponerse a lo que es la ferviente aspiración del proletariado español sin atraerse la más profunda hostilidad de la clase obrera, que consideraría como traidores a su causa a los que se dedicasen a mantener la división actual».¹¹

A partir de esta línea política unitaria, el P.O.U.M. traza sus perspectivas de unidad sindical: en una primera etapa, va a esforzarse por reunir a los sindicatos «autónomos» o excluidos de las diferentes centrales a fin de constituir con ellos una organización por la unidad sin-

11. Nin, «Hacia una nueva etapa de la Alianza obrera». *La Batalla*, 23 agosto 1935.

dical, la fusión de todas las organizaciones sindicales en una central única. Este primer paso se realizará, con la celebración, el 2 y 3 de mayo de 1936, en Barcelona, de una «conferencia de unidad sindical» que reagrupaba a delegados de unos 70.000 sindicados, esencialmente en Cataluña, y que funda la Federación obrera de unidad sindical (F.O.U.S.) de la que es secretario general Andrés Nin. En la misma perspectiva el P.O.U.M. repite incansablemente la consigna de organización de las Alianzas obreras que, conforme al análisis anterior de Maurín, considera como el embrión del futuro poder revolucionario proletario. En el curso de una polémica contra el dirigente de las J.S. Leoncio Pérez Martín, Andrés Nin escribe: «La revolución es imposible sin la movilización de las masas obreras a través de las luchas parciales, sin la creación de organismos que, como los soviets en Rusia y las Alianzas obreras en nuestro país, reagrupen a estas masas, sin distinción de partidos y de organizaciones sindicales, y se transformen en instrumentos de la insurrección hoy y en la forma concreta del poder proletario mañana».¹³

En el plano internacional, la nueva organización conserva la afiliación al Buró de Londres de la vieja organización maurinista, lo que implica, pues, por parte de los trotskistas que se adhieren a ella, el abandono —al menos oficial— del movimiento internacional por la IVª Internacional. Por otra parte, en conjunto, y aunque no fuera más que por la relación numérica entre las dos organizaciones, son las posiciones y análisis de Maurín los que prevalecen en la organización unificada. ¿Cómo explicar esta decisión que representa desde cierto punto de vista una ruptura con las concepciones defendidas en el pasado por los trotskistas españoles? Juan Andrade propone, años después, una explicación coherente. Los trotskistas españoles quieren romper su aislamiento y encontrar un lugar en una organización en que su acción sea más eficaz; después de haber rehusado la solución de entrada en el P.S. —en las condiciones propuestas por Trotsky, equivalía, según Andrade, a una verdadera disolución—, deciden unificarse con «los más cercanos, es

decir, los más aptos para ser influenciados por nuestras concepciones», sobre todo considerando el hecho de que «la mayoría de los militantes bloquistas estaba formada por trabajadores animados por un real espíritu de clase, aunque influenciados en general por el oportunismo de sus dirigentes».¹⁴

La constitución del P.O.U.M. —a pesar de las ambigüedades y de las incertidumbres señaladas—, constituía un elemento de importancia en la coyuntura española e incluso internacional. En efecto, algunos meses antes se ha desarrollado el 7.º Congreso de la Internacional comunista del que Maurín escribe que «ha girado alrededor del Frente Popular, es decir, de la conjunción permanente del movimiento obrero con los partidos burgueses que aceptan una política internacional sobre la base del pacto franco-soviético». Y el futuro secretario general del P.O.U.M. hace este juicio que parece deber hacer de su organización el campeón de la lucha contra la política de colaboración de clases llevada a través del Frente Popular cuando escribe: «La IIIª Internacional ha dejado de ser la Internacional de la izquierda del socialismo que era la que se proponían realizar Lenin y Trotsky. Objetivamente, los partidos comunistas, la Internacional comunista misma, han dejado de ser la izquierda del socialismo para aliarse a la derecha de la derecha».¹⁵ Extrañándose de la aprobación, por el órgano de la Izquierda socialista, Claridad, de las decisiones del 7º Congreso, Nin la califica de incongruente, y subraya que «la táctica que combaten en las filas socialistas los socialistas de izquierda es fundamentalmente la que acaba de adoptar la Internacional Comunista en su reciente congreso».¹⁶ Pues el estalinismo se esfuerza también, a su manera, por explotar la aspiración obrera a la «unidad» y se multiplican los signos del eco que sus llamamientos comienzan a encontrar en la Izquierda socialista. El diálogo —una apretada discusión— continúa sin embargo, y en las propias columnas de La Batalla, el secretario general de las juventudes socialistas Santiago Carrillo llama a los militantes del Bloque y de la Izquierda comunista a entrar en el P.S. asegurándoles que no se convertirían en rehenes

12. La Batalla, 1.º mayo 1936.

13. Nin, «La Alianza obrera y los socialistas», La Batalla, 20 septiembre 1935.

14. Andrade, op. cit., p. 7.

15. La Batalla, 25 agosto 1935.

16. Nin, «Una incongruencia», La Batalla, 30 agosto 1935.

de la derecha reformista: «Hoy es de dominio público, escribe, que se desarrolla en el interior del partido socialista una lucha que no puede resolverse más que por la eliminación de los unos o de los otros, de los marxistas o de los reformistas. El restablecimiento de la unidad es ya imposible, porque las masas ven claramente cuáles son sus problemas». ¹⁷ El P.O.U.M., por boca de Maurín, responde que se rehúsa a cualquier «entrada» pero que está dispuesto a una «unificación» que hace pues, de la escisión en el partido socialista, el previo a un nuevo reagrupamiento revolucionario. ¹⁸ Importantes sectores de las juventudes socialistas, contrariamente a la posición de sus dirigentes, van a adherirse al punto de vista del P.O.U.M. sobre las Alianzas obreras y reclamar la constitución de una «Alianza obrera nacional». Los dirigentes del P.O.U.M. juzgan irrealizables los proyectos estalinistas de fusión entre las juventudes comunistas, adheridas a las posiciones reformistas del Frente Popular, y las juventudes socialistas que «han roto con el reformismo y comenzado a marchar hacia el marxismo revolucionario».

Trotsky se inquieta: desde abril de 1935, el S.I. ha notado que había signos inquietantes, en las juventudes socialistas, de una influencia y de posibilidades de maniobra por parte del P.C. Sobre todo, el viaje de Rous no ha abierto perspectivas. Se informa que a las críticas de Trotsky sobre la plataforma internacional del P.O.U.M., Nin había respondido, entre bastidores, que se podía perfectamente ser «partidario de la IVª, sin decirlo». Bilbao y Fersen, después de haber «guardado cola» a las puertas del partido socialista, como escribe, no sin malicia, Maurín, parecen en camino de asimilación y no darán ya ninguna noticia de ellos a la organización internacional. Y lo mismo pasa con los viejos B.L. convertidos en dirigentes del P.O.U.M., incluso si su base sigue —se verá sobre todo en Madrid en julio de 1936— muy ligada a Trotsky y a la IVª. Trotsky no ha condenado la constitución del P.O.U.M., pero sus camaradas han cometido, a sus ojos, el error más importante al rehusar el entrismo cuando aún estaban a tiempo: así como lo había previsto, el estalinismo está trabajando, desorganizando la Izquierda socialista que los trotskystas no han fecundado. Para él,

17. La Batalla, 2 agosto 1935.

18. Ibidem.

el P.O.U.M. no es más que el viejo Bloque, a penas modificado por la entrada de militantes que se rehúsan a constituir en él una fracción y que han cortado todo contacto con su organización internacional: para él, sus antiguos camaradas «vegetan» en el Bloque, un partido de algunos miles de militantes, mientras que el estalinismo desvía el enorme potencial revolucionario que representaban las decenas de miles de jóvenes socialistas. Pero elige callarse primero.

Romperá el silencio con la noticia de la firma del pacto electoral de las izquierdas por el representante del P.O.U.M., Juan Andrade. Decisión preñada de consecuencias para el joven partido, que denunciaba con ardor los proyectos de colaboración de clases revestidos con el nuevo manto del Frente Popular, y hacia la que está lejos de haberse dirigido directamente. En noviembre, cuando aparece la posibilidad de elecciones próximas, La Batalla, deja entrever la posibilidad de alianzas circunstanciales con las izquierdas republicanas, pero añade firmemente que no podría tratarse más que de un «pacto puramente circunstancial» y de ninguna manera «el Frente Popular que hoy preconiza Moscú». ¹⁹ El P.O.U.M. se dirige a los partidos socialista y comunista, el 4 de noviembre, para proponerles la alianza electoral de los partidos obreros. Rechazada la propuesta, insiste de nuevo en la constitución de un «frente obrero» que discutiría en tanto que tal con el frente republicano por una alianza obreros-republicanos en las elecciones con vistas a un programa cuyo punto esencial estaría constituido por la amnistía de los 30.000 obreros presos desde octubre de 1934. Pero, a pesar de las protestas de su ala izquierda, el aparato del partido socialista dirigido por Prieto ha tomado directamente contacto con los partidos republicanos y han redactado conjuntamente un programa extremadamente moderado —radical-socialista— que es presentado como un todo intangible a las demás organizaciones obreras, y que el partido comunista acepta sin rechistar. El P.O.U.M. es puesto entre la espada y la pared. Si quiere permanecer fiel a su denuncia de la política de colaboración de clases y de la perspectiva «Frente Popular» que encadena a los partidos obreros a un programa burgués, debe re-

19. Ibidem.

20. La Batalla, 15 noviembre 1932.

nunciar a participar en una campaña que agita a España entera, o presentar contra el Bloque de las derechas y el de las izquierdas una candidatura de partido capaz de asegurar la victoria de las primeras sin garantizarle ninguno de los elegidos cuya presencia en las Cortes juzga necesaria para su propio desarrollo: así está hecha la ley electoral. Su comité central se reúne el 5 de enero, y en él, el informe sobre la «cuestión electoral» es presentado por Andrés Nin. A su propuesta, la resolución final es adoptada por unanimidad. Después de haber recordado que la ley electoral ha sido concebida de tal forma que favorezca a las grandes coaliciones y prohíba cualquier representación parlamentaria a un partido obrero de reciente formación y no preponderante, afirma la necesidad, para un «partido obrero revolucionario», de conquistar posiciones parlamentarias a fin de efectuar en las Cortes un trabajo de oposición revolucionaria que no pueden de ninguna manera hacer la socialdemocracia ni el P.C. oficial». Subraya que, sin embargo, la influencia del P.O.U.M. es suficiente para poder, en ciertas regiones, hacer inclinar la balanza de un lado y del otro. En consecuencia, anuncia la adhesión del P.O.U.M. a la coalición obreros-republicanos que presentará en todas las partes del país un programa y un candidato únicos.²¹

Trotsky califica esta decisión de «traición». Ve en ella una claudicación pura y simple ante el programa del Frente Popular —aunque la coalición no lleva oficialmente este título, que le será dado retrospectivamente— y barre con rabia y desprecio las justificaciones dadas por La Batalla a propósito de las disposiciones de la ley electoral, así como los argumentos sobre el peligro de aislamiento frente a las ilusiones de las masas que esperan primero de la victoria electoral de la izquierda la amnistía y la liberación de los presos políticos. No está tampoco convencido por la afirmación del P.O.U.M., desde inmediatamente después de las elecciones, de que su participación en el acuerdo estaba limitada a la duración de la campaña y que retoma toda su libertad y sobre todo la de criticar la política de Frente Popular. Contra él, treinta años después, Juan Andrade subraya que no hubo en el P.O.U.M. ninguna oposición a esta firma. Añade incluso: «La base obrera del partido, que constituía la inmensa

mayoría de los militantes, consideró la decisión (...) como una victoria de amor propio que imponía a los estalinistas nuestro reconocimiento». Subraya que la política del P.O.U.M. sobre esta cuestión «respondía así esencialmente al sentimiento unánime de los trabajadores españoles por afrontar el desarrollo de la ofensiva de los militares y de la contrarrevolución».²² Pero ninguno de estos argumentos responde a la crítica fundamental de Trotsky.

Si el rechazo de los trotskistas españoles a practicar el entrismo, luego su unificación con los maurinistas en el seno del P.O.U.M., no habían provocado ningún estallido y ni siquiera una polémica pública, la firma por el P.O.U.M. del pacto electoral de las izquierdas, los calificativos lanzados por Trotsky contra sus viejos camaradas y discípulos —y sobre todo la acusación de «traición»— marcan una ruptura espectacular, en la que Trotsky no consigue la unanimidad de los partidarios de la IVª Internacional. Sneevliet y el R.S.A.P. en Holanda, Vereecken y su grupo «Spartakus» en Bélgica, se niegan a dar la misma condena. Sobre todo, la liberación de la Unión Soviética de Víctor Serge aporta un serio refuerzo a los amigos del P.O.U.M., pues Serge ha conocido y frecuentado a Andrés Nin en la Unión Soviética: juntos, formaron parte de la comisión internacional de la oposición de izquierda de 1926 a 1928. No tiene del Frente Popular, de la forma de combatirlo y desenmascararlo, la misma concepción que Trotsky, y se encuentra naturalmente próximo a Sneevliet y de Vereecken. Durante meses, Trotsky va a intentar convencer a sus camaradas de lo que llama la «traición» de Nin y Andrade, de su «actitud criminal» hacia el Frente Popular, mientras escribe, como si lanzase una botella al mar, a «un amigo español» para decirle lo que son hoy en España, en vísperas de la explosión revolucionaria inevitable, «las tareas de los bolcheviques leninistas». El drama está en que ya no existen.

21. La Batalla, 17 enero 1936.

22. Andrade, op. cit., p. 28.

LA TRAICIÓN DEL
«PARTIDO OBRERO DE UNIFICACIÓN MARXISTA»
ESPAÑOL¹

(22 enero 1936)

La organización española de los «comunistas de izquierda», que fue siempre una organización confusa, ha acabado, después de bastantes oscilaciones a derecha e izquierda, por unificarse, sobre la base de un programa centrista, con la federación catalana de Maurín, en el

1. Este texto constituye el primer texto público consagrado a España por Trotsky desde su artículo sobre el movimiento de Sanjurjo y los comentarios de *Pravda* en 1932. Después de su ruptura personal con Nin en 1932, en 1933 había estallado el conflicto con la organización española. Pero, contrariamente a lo que a menudo ha sido dicho y escrito, la fusión de la izquierda comunista en el seno del P.O.U.M. no había consagrado la ruptura, como lo atestiguan las entrevistas de Barcelona entre Andrés Nin y Jean Rous en septiembre de 1935. Sin embargo, desde esta fecha, los antiguos B.-L. españoles no habían dado señales de vida, y Trotsky debería enterarse por la prensa de la noticia de la firma por Andrade, en nombre del P.O.U.M., del programa electoral de las izquierdas. Este desarrollo podía parecer inesperado. El 4 de noviembre, en *La Batalla*, el P.O.U.M. se dirigía a los partidos obreros proponiéndoles el principio de una «Alianza obrera nacional» en las elecciones. El 22, sin excluir la posibilidad de un «acuerdo puramente circunstancial» con los burgueses republicanos, *La Batalla* recordaba la adhesión del P.O.U.M. al «frente obrero» y afirmaba que no podía en ningún caso unirse a la fórmula del «Frente Popular» preconizada hoy por Moscú. Pero la victoria de Prieto sobre Caballero en el partido socialista y su determinación de llegar a un acuerdo con los republicanos, el deseo del P.C.E. de ir lo más rápidamente hacia un «Frente Popular» iban a colocar al P.O.U.M. con la espalda en la pared. En el comité central del 5 de enero de 1936, luego de un informe presentado por Nin, una resolución unánime comprometía al partido en lo que llamaba «el frente obrero-republicano», fórmula que recubría la aceptación pura y simple del texto elaborado entre socialistas y republicanos con vistas

seno del partido de «unificación marxista» (!).² Inducidas a error por este nombre, algunas de nuestras publicaciones han escrito de este nuevo partido que se acercaba a la IVª Internacional.³ Nada es más peligroso que exagerar sus propias fuerzas sobre la base de una imaginación

a las elecciones. La resolución del C.C. insistía sobre la necesidad para el P.O.U.M. de obtener una representación parlamentaria, subrayaba que la ley electoral le quitaba toda esperanza de conseguirlo yendo sólo a la batalla, recordaba finalmente que, en la hipótesis de una «candidatura del partido, el P.O.U.M. corría el riesgo de hacer triunfar a los candidatos de derechas». «Sin considerar como decisivos para el curso general de la política los resultados electorales», la resolución subrayaba que «las elecciones tendrían un sentido altamente político» ya que se resolvería en ellas, ante todo, «la cuestión de la amnistía» de los 30.000 obreros arrestados después de la insurrección de octubre en Asturias. Andrade, firmante del pacto electoral en nombre del P.O.U.M., Nin ponente sobre esta cuestión ante el C.C. del P.O.U.M., los dos antiguos dirigentes de la izquierda comunista tenían pues una responsabilidad evidente, a ojos de Trotsky, en esta iniciativa política.

El artículo de Trotsky no parece haber conocido una amplia difusión. Apareció inicialmente en *New Militant*, semanario trotskysta americano, el 15 de febrero, y en Francia sólo bajo la forma de una traducción en el *Bulletin Interieur* del G.B.L., n.º 7-8 de mayo de 1936, pp. 6-8.

2. El título exacto del nuevo partido era «partido obrero de unificación marxista».

3. La constitución del P.O.U.M. era bien acogida no sólo por los grupos o militantes que habían roto ya con Trotsky y la organización internacional para la IVª, como Kurt Landau y Alfred Rosmer, o el belga Vereecken, sino por compañeros de camino como Víctor Serge, que volvía de la U.R.S.S. a principios de 1936, y también por militantes responsables de secciones del movimiento para la IVª Internacional como el holandés Sneevliet. En Francia, *Revolution*, órgano de las juventudes socialistas revolucionarias, en aquella época igualmente portavoz de los bolcheviques leninistas, escribía el 7 de octubre de 1935: «Desde octubre, por la fusión de la izquierda comunista y el Bloque obrero y campesino, ha sido creado el nuevo partido obrero de unificación marxista. Este partido propone el reagrupamiento revolucionario sobre nuevas bases a fin de tener en cuenta, no sólo el octubre asturiano, sino toda la experiencia del movimiento obrero mundial. El nuevo partido lucha por la nueva Internacional por su órgano *La Batalla* que, en la ilegalidad, tira 10.000 ejemplares. *La Batalla* abre sus columnas a los militantes de las juventudes socialistas de España y de la izquierda socialista con vista a la discusión sobre los problemas de la unidad revolucionaria. Dirigimos nuestro mejor saludo al nuevo partido marxista español. Esperamos que se convierta mediante la claridad revolucionaria y el vigor en la acción en el instrumento de la victoria del proletariado español.» (Para la correspondencia oficial sobre la fundación del P.O.U.M., ver anexos I e y I f, en vol. II.)

demasiado crédula. La realidad no tarda nunca en aportar una cruel desilusión.

Los periódicos nos informan que en España el conjunto de los partidos de «izquierda», tanto burgueses como obreros, han constituido un bloque electoral sobre la base de un *programa común*, que, por supuesto, no se distingue en nada del programa del «Frente Popular» francés ni de todos los demás programas charlatanescos del mismo género. Hallamos en él «la reforma del tribunal de garantías constitucionales» y el mantenimiento riguroso del «principio de autoridad»(!), «la emancipación de la justicia de toda preocupación de orden político o económico» (¡la emancipación de la justicia capitalista de la influencia del capital!), y otras cosas del mismo género. El programa constata el rechazo, por los burgueses republicanos que participan en el bloque, de la nacionalización de la tierra, pero, «en revancha», al lado de las habituales promesas baratas para los campesinos (créditos, revalorización de los productos de la tierra, etc.), proclama (como uno de sus objetivos) el «saneamiento (!) de la industria», y la «protección de la pequeña industria y del comercio»; sigue el inevitable «control de los Bancos»; sin embargo, puesto que los republicanos burgueses, según el texto de este programa, rechazan el control obrero, se trata del control de los bancos... por los propios banqueros por el intermediario de sus agentes parlamentarios tipo Azaña y sus semejantes. En fin, la política exterior de España deberá seguir «los principios y los métodos de la Sociedad de Naciones».⁴ ¿Y qué más?

Han firmado, debajo de este vergonzoso documento, los representantes de los dos grandes partidos burgueses de izquierda,⁵ el partido socialista, la Unión General de Trabajadores, el partido comunista (¡evidentemente!), la Juventud socialista —¡desgraciadamente!—, el «partido sindicalista» (Pestaña)⁶ y finalmente el «partido obrero

4. Las expresiones entre comillas elegidas por Trotsky para facilitar su demostración figuran efectivamente en el texto del programa firmado por el P.O.U.M.

5. Se trataba de la izquierda republicana de Manuel Azaña y de la Unión republicana de Martínez Barrio. Trotsky no menciona aquí la *Esquerra catalana* de Companys, que firmó un poco más tarde.

6. Fue en abril de 1933 cuando el viejo dirigente de la C.N.T. Ángel Pestaña fundó el partido sindicalista, coronando así una

de unificación marxista» (Juan Andrade). La mayoría de estos partidos se han encontrado en la cabeza de la revolución española durante los años de su ascenso y han hecho todo lo que han podido por traicionarla y agotarla. La novedad consiste en la firma del partido de Maurín-Nin-Andrade. Los antiguos «comunistas de izquierda» españoles se han convertido sencillamente en la cola de la burguesía e «izquierda». ¡Es difícil imaginarse caída más humillante!

Hace algunos meses fue publicado en Madrid un libro de Juan Andrade, *La burocracia reformista y el movimiento obrero*, en el que son analizadas, mediante citas de Marx, Engels, Lenin y otros autores, las causas de la corrupción de los burócratas obreros. Juan Andrade me ha dirigido su libro dos veces, las dos veces con dedicatorias muy calurosas, en las que me llamaba su «jefe y maestro». Este gesto, que en otras circunstancias seguramente no hubiera podido más que alegrarme, me obliga ahora a declarar con tanta mayor firmeza que no he enseñado nunca, jamás he enseñado a nadie, la *traición política*. Y la conducta de Andrade no es otra cosa que una *traición al proletariado en provecho de una alianza con la burguesía*.⁷

larga evolución hacia la derecha. Iba a ser, a este título, elegido diputado de Cádiz sobre la base del programa común de las izquierdas.

7. Los dirigentes del P.O.U.M. no han dejado nunca de estar preocupados por la respuesta a estos argumentos. Inmediatamente después de las elecciones, Andrés Nin escribía que para el P.O.U.M. se había tratado «de cerrar el paso a la reacción vaticana, a los siniestros héroes de la represión de octubre, de obtener la amnistía para los 30.000 presos» (Nueva Era, n.º 8, febrero 1936). En aquella época, el P.O.U.M. había hecho conocer ya su hostilidad al mantenimiento del acuerdo, y denunciaba la política de Frente Popular (algunos autores hacen notar que el término de «Frente Popular» no figuraba en el acuerdo de las izquierdas, pero el propio P.O.U.M. lo ha empleado para designarlo). El manifiesto del P.O.U.M., en vísperas de la guerra civil iba más lejos en la justificación: «El Frente Popular fue una necesidad histórica —provocada por los pasados errores de los partidos socialista y comunista que liquidaron después de octubre las Alianzas obreras y dejaron a los republicanos la dirección de las masas durante el período electoral— y tenía un doble objetivo: expulsar del poder a la reacción y liberar a los 30.000 detenidos» (*La Batalla*, 17 julio 1936). Después de más de un año, Gorkin retoma los argumentos contenidos en la resolución del 5 de enero, concluye que actuar de otra forma hubiera sido «un imperdonable error táctico», y

No es superfluo recordar a propósito de esto que los «comunistas de izquierda» españoles, como lo indica su propio nombre, han endurecido sus rasgos para aparecer, en cada ocasión propicia, como revolucionarios intransigentes. En particular, han condenado severamente a los bolcheviques-leninistas franceses por su entrada en el partido socialista: ¡nunca y en ningún caso! Entrar de forma temporal en una organización política de masas para luchar implacablemente en sus filas contra sus jefes reformistas bajo la bandera de la revolución proletaria, es oportunismo, pero concertar una alianza política con los jefes del partido reformista sobre la base de un programa que se sabe deshonesto y que sirve para engañar a las masas y a encubrir a la burguesía, ¡eso es valentía! ¿Es posible envilecer y prostituir más al marxismo?

El «partido de unificación marxista» pertenece a la fa-

explica: «Hemos adoptado la táctica realista que respondía a las circunstancias; hemos entrado, limitándonos a la campaña electoral, en el Frente Popular, que nos ha permitido dirigirnos a las masas y hacer ante ellas la crítica del "frente-populismo" en nombre de la lucha de clases» (*La Batalla* 20 abril 1937). Juan Audrade, 35 años después, firma que firmando el programa en cuestión el P.O.U.M. respondía primeramente al deseo unánime de las masas, compartido incluso por los «antipolíticos» de la C.N.T.-F.A.I. que se abstuvieron de lanzar su tradicional llamamiento al boicot (Prefacio de A. Nin *Los problemas de la revolución española*, p. 28).

Sin embargo, esta apreciación de Trotsky iba a levantar un clamor. En un texto escrito en agosto de 1937, Kurt Landau iba a escribir: «Condenar a camaradas como "traidores" era un crimen político imperdonable. Puede imaginarse fácilmente de qué métodos se serviría Trotsky si dispusiese del poder y no sólo de la pluma. De la calumnia a la liquidación de los "traidores" no hay más que un paso, muy pequeño. Creemos que Trotsky, en esta cuestión, ha roto definitivamente con los principios de la moral revolucionaria preconizada por el movimiento obrero» (Junio 36, 26 mayo 1939). Señalemos sólo que el militante austríaco fue el único, en las filas del P.O.U.M., que hizo la amalgama entre el empleo de un calificativo y el uso de la represión. Vereecken, que defendió al P.O.U.M. en el seno del movimiento para la IVª Internacional, escribía por su parte en respuesta a Trotsky: «Objetivamente, la participación electoral del P.O.U.M. en el Frente Popular era una traición, pero *cualquier error o falta política lo es*. Tal traición no tiene nada de común con las traiciones de los individuos o de los grupos que se unen, conscientemente, al campo contrario. Evidentemente es muy difícil discernir el punto en que la traición objetiva se vuelve traición subjetiva. Es por ello que es una torpeza el poner, sin pruebas irrefutables, el calificativo de traidor sobre militantes revolucionarios o un movimiento». («La Revolución española...» *Bulletin Interieur* del P.S.R. belga n.º 9, 1937, p. 36.)

mosa asociación de Londres de los «partidos socialistas revolucionarios» (ex I.A.G.).⁸ La dirección de esta última se encuentra actualmente entre las manos de Fenner Brockway,⁹ secretario del *Independant Labour Party*.¹⁰ Hemos escrito ya que, a pesar de los prejuicios pacifistas anticuados y verosímelmente incurables de Maxton y otros, el I.L.P. ha tomado en la cuestión de la Sociedad de Naciones y de sus sanciones una posición revolucionaria honrada, y todos nosotros hemos leído con satisfacción una serie de excelentes artículos sobre ello en el *New Leader*. En las últimas elecciones parlamentarias, el *Independant Labour Party* se ha negado incluso a apoyar en el terreno electoral a los laboristas, precisamente porque estos últimos sostenían la Sociedad de Naciones. En sí, esta negativa constituía un error táctico: allí donde el *Independant Labour Party* no podía presentar sus propios candidatos, debía apoyar a los laboristas contra los conservadores. Pero a pesar de todo es un detalle. En cualquier caso, quedaba excluido cualquier «programa común» con los laboristas. Los internacionalistas debían ligar el apoyo electoral (a los laboristas) con la denuncia de la manera en que los social-patriotas británicos se arrastran ante la Sociedad de Naciones y sus «sanciones».

Nos permitimos plantear a Fenner Brockway la siguiente cuestión: ¿qué admite exactamente la «Internacional» de la que es secretario? La sección inglesa de esta «Internacional» rechaza un simple apoyo electoral a candidatos obreros, si son partidarios de la Sociedad de Naciones. La sección española acuerda un bloque con partidos burgueses sobre un programa común de apoyo a la Sociedad de Naciones. ¿Es posible ir más allá en el dominio de las contradicciones, de la confusión, de la bancarrota? Aún no hay guerra, y las secciones de la «Internacional» de Londres tienden ya hacia direcciones diame-

8. Ver cap. E 3, n.º 3.

9. El diputado del *Independant Labour Party* británico, secretario del Buró de Londres, Fenner Brockway (hoy, Lord Brockway) era uno de los «blancos» favoritos de Trotsky.

10. Inmediatamente después de la revolución rusa, la mayoría del I.L.P. se había rehusado a adherirse a la Internacional comunista y rechazado las 21 condiciones. El Bloque obrero y campesino de Maurín era resueltamente hostil a la creación de una Internacional nueva; forzosamente artificial a sus ojos, se había pronunciado por una reunificación de la IIª y IIIª internacionales que habría permitido realizar su «síntesis».

tralmente opuestas. ¿En qué se convertirán, pues, cuando se produzcan los acontecimientos decisivos?

Pero volvamos al partido español de «unificación marxista», con la burguesía. Los «comunistas de izquierda» españoles —Andrés Nin, Juan Andrade, etc.— han rechazado más de una vez nuestra crítica de su política conciliadora invocando nuestra incompreensión de las «condiciones particulares» de España. Argumento habitual de todos los oportunistas, pues el primer deber del verdadero revolucionario proletario consiste en traducir las condiciones *particulares* de su país al lenguaje internacional del marxismo, comprensible también al interior de las fronteras de su propio país.* Pero actualmente no hay necesidad de estos argumentos teóricos. El bloque español de las cimas de la clase obrera con la burguesía de izquierda no tiene en sí mismo nada de «nacional», pues no difiere en nada del «Frente Popular» en Francia, Checoslovaquia, Brasil o China. El «partido obrero de unificación marxista» no hace sino llevar a cabo servilmente la política que el 7.º Congreso de la Internacional comunista ha impuesto a todas sus secciones, con entera independencia de sus «particularidades nacionales». La verdadera originalidad de la política española consiste esta vez únicamente en el hecho de que al bloque con la burguesía se ha adherido también la sección de la Internacional de Londres... ¡Peor para ella! Por lo que se refiere a nosotros, preferimos la claridad.¹¹ Sin duda alguna se hallarán en España verdaderos revolucionarios para desenmascarar despiadadamente la traición de Maurín, Nin, Andrade y consortes, y colocar los elementos de una sección española de la IV.ª Internacional.

* En busca de justificaciones para su política, Maurín-Nin invocan el sistema electoral español que hace extremadamente difíciles las candidaturas independientes para el joven partido (ver la resolución del C.C., *La Batalla*, n.º 234). Pero este argumento está desprovisto de valor. La *técnica* electoral no puede justificar la *política* de traición que constituye el lanzamiento de un *programa común* con la burguesía. (*Nota de Trotsky.*)

11. Algunos días después, el Secretariado Internacional publicaba la siguiente puntualización: «El Secretariado Internacional, registrando la ruptura de hecho consumada con él por la Izquierda Comunista española cuando se fusionó con el Bloque obrero y campesino (Maurín) sobre una base típicamente centrista (tra-seología revolucionaria que oculta su contenido oportunista), estimando que este último paso llevado a cabo por la Izquierda comunista española no era más que la consecuencia fatal de una

larga serie de divergencias con la Liga de los Comunistas Internacionalistas (B.-L.) en el curso de la revolución española, ha decidido, de acuerdo con los miembros del plenum, aplazar toda medida organizativa a fin de hacer aparecer por la experiencia de los hechos el verdadero contenido oportunista del P.O.U.M. Tan pronto como tuvo conocimiento de las primeras informaciones concernientes a la adhesión del P.O.U.M. al bloque electoral de las izquierdas, el S.I. decidió desolidarizarse públicamente de tal política. El S.I. estima que hoy, en presencia de la adhesión del P.O.U.M. al bloque electoral de las izquierdas y de las consideraciones «electoralistas» invocadas por los dirigentes del P.O.U.M., tal experiencia se revela plenamente reveladora, y sus previsiones se ven confirmadas: que en estas condiciones, hay que denunciar públicamente la actitud de los miembros de la Izquierda comunista que han amparado esta operación de traición. Hace un llamamiento a los obreros revolucionarios españoles y a todos los militantes que han permanecido fieles a la Liga de los comunistas y a su política para fundar la sección española de la IVª Internacional». (*Bulletin interieur* del G.B.L. n.º 7-8, mayo 1936, p. 11.) De hecho, no había en España militantes dispuestos a seguir a Trotsky en esta empresa. Habían sido menos de media docena, el año precedente, los que intentaron entrar al partido socialista y a las J.S. con Esteban Bilbao y Fersen, quienes desde esta fecha habían roto toda relación con el Secretariado Internacional, que no reconocía, por otra parte, ninguna «sección española» y no se decidirá a ello más que en noviembre de 1936.

¿QUÉ DEBEN HACER LOS BOLCHEVIQUES LENINISTAS EN ESPAÑA?¹

(Carta a un amigo español, 22 abril 1936)

La situación en España es de nuevo revolucionaria.

La revolución española se ha desarrollado con un ritmo muy lento. Los revolucionarios se han beneficiado así de un plazo relativamente importante para reunir alrede-

1. T. 3913. Esta carta fue publicada por primera vez en *New Militant* el 2 de mayo de 1936, luego en el B.I. del G.B.L., n.º 7-8 de mayo 1936, p. 8-10. Los antiguos miembros de la I.C.E. y del P.O.U.M. consideran generalmente que el amigo español que era el destinatario era Arlen, ya mencionado más arriba a propósito de la crisis de 1933. Se sabe de forma general que Trotsky tenía por Arlen cierta estima y es probable que en otro tiempo hubiera podido pensar en él para hacer contrapeso a la orientación de Nin. Esta convicción extendida entre los antiguos militantes, no está apoyada en nada preciso: en una carta del 10 de enero 1972, Enrique Rodríguez nos ha precisado que ningún militante del P.O.U.M. —entre ellos él mismo— había oído nunca hablar de esta carta antes de sus años de emigración y, verosímelmente, su publicación en el tomo III de los *Escritos*. Enrique Rodríguez nos ha sugerido que la carta de Trotsky podía estar dirigida, no a Arlen, sino a Luis García Palacios. El antiguo secretario general de las juventudes comunistas, pasado a la oposición de izquierdas en 1932, después de una breve estancia en la *agrupación* autónoma de Madrid, había sido partidario de la formación del P.O.U.M., pero, como la mayoría de los militantes de Madrid salidos de la I.C.E., aceptaba mal la ruptura definitiva con Trotsky y los partidarios de la IVª Internacional. Un poco antes del mes de abril le habría dirigido una carta, «una carta-mensaje de adhesión entusiasta y personal», a la que Trotsky habría respondido con este texto. Enrique Rodríguez nos ha precisado que esta iniciativa de Luis García Palacios había provocado en Madrid una viva reacción de algunos elementos del P.O.U.M., como Luis Portela, pero que Maurín había cerrado el incidente. Joaquín Maurín, al que hemos consultado, no tiene ningún recuerdo de este episodio.

dor de ellos a la vanguardia a fin de estar a la altura de sus tareas en el momento decisivo. Hoy, debemos decir abiertamente que los «comunistas de izquierda» españoles han dejado pasar completamente este plazo muy favorable y que no se han mostrado en nada mejores a los traidores socialistas y «comunistas». ¡Sin embargo no les había faltado advertencias! Tanto más grande es la responsabilidad de un Andrés Nin, o de un Andrade. Con una política justa, la izquierda comunista hubiera podido encontrarse hoy, como sección de la IVª Internacional, a la cabeza del proletariado español. En lugar de ello, vegeta en la organización confusionista de un Maurín, sin programa, sin perspectivas, sin ninguna importancia política. La acción de los marxistas en España comienza por la condena del conjunto de la política de Andrés Nin y Andrade, que era y sigue siendo, no sólo errónea, sino criminal.

¿Qué significa la destitución del presidente Alcalá Zamora?² Significa que la evolución política ha entrado de nuevo en una fase aguda. Zamora constituía, por decirlo así, el polo estable de las cimas dirigentes. Aunque en condiciones diferentes, jugaba el papel que representó por cierto tiempo un Hindenburg en Alemania, en la época en que la reacción —incluidos los nazis— por una parte, y la socialdemocracia por la otra depositaban en él sus esperanzas. El bonapartismo de los tiempos modernos es la expresión de la exacerbación extrema de las contradicciones de clase en un período en que no han conducido aún

2. El 7 de abril de 1936, por 238 votos contra 5 —absteniéndose el grueso de la derecha—, las Cortes pronuncian la deposición del presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, católico y conservador que había combatido a la izquierda mientras se esforzaba por moderar a la derecha en el curso del *bienio negro*. Se puede comparar la posición de Trotsky sobre esta cuestión a la que desarrolla, en *La Batalla* del 1.º de mayo el antiguo militante de la I.C.E. José Luis Arenillas: «La destitución del presidente de la República ha sido una farsa, montada con la complicidad de todos los partidos "de izquierda", a fin de dar prestigio al Parlamento y de desviar la atención de las masas de sus verdaderos problemas de clase». Señalemos que Joaquín Maurín, el único diputado del P.O.U.M., votó el 15 de abril la confianza al gobierno Azaña. Pero los electores del P.O.U.M. votaron, simbólicamente, por la elección del presidente de la república, en favor del socialista Ramón González Peña, que había sido una de las víctimas más ilustres de la dura represión consecutiva a la insurrección obrera de Asturias.

a la lucha *abierto*. El bonapartismo puede encontrar su punto de apoyo en un gobierno cuasi-parlamentario o en un presidente «por encima de los partidos»: no depende más que de las circunstancias. Alcalá Zamora era el representante de este equilibrio bonapartista. La exacerbación de las contradicciones ha llevado a los campos a intentar primero utilizarlo, luego a desembarazarse de él. No habiéndolo conseguido en su tiempo las derechas, ahora es el Frente Popular quien lo hace. Pero ello significa el comienzo de un *período revolucionario agudo*. La profunda efervescencia de las masas, las incesantes explosiones de violencia, muestran que los obreros de las ciudades y el campo, igual que los campesinos pobres, engañados tan a menudo, empujan con todas sus fuerzas hacia la solución revolucionaria. Frente a este poderoso movimiento, ¿cuál es el papel del Frente Popular? El de un *freno* gigantesco, contruido y manejado por traidores y empedernidos canallas. ¡Y todavía ayer, Juan Andrade firmó el programa particularmente infame de este Frente Popular!

Después de la destitución de Alcalá Zamora, será Azaña, quien, de la mano del nuevo presidente de la República,³ tendrá que asumir el papel de polo bonapartista estable, es decir, tratar de elevarse por encima de los dos campos a fin de dirigir mejor las armas del Estado contra las masas revolucionarias que le han alzado al poder. Pero las organizaciones obreras permanecen enteramente prisioneras en las redes del Frente Popular. En estas condi-

3. Azaña, que había sido presidente del consejo durante el primer *bienio*, y cuya política había abierto el camino a la reacción, se había aproximado a los partidos obreros al final del *bienio negro* y había sido uno de los artesanos de la formación del bloque electoral de las izquierdas, igual que Prieto por el lado socialista. Había sido llamado apresuradamente a la presidencia del consejo por el presidente Alcalá Zamora inmediatamente después del éxito electoral de las izquierdas y de las manifestaciones que habían desencadenado en todo el país. Después de un interín asegurado por el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, iba a suceder a Alcalá Zamora, el 10 de mayo. *La Batalla* escribía de él, el 10 de mayo, que en realidad era «el candidato de las derechas». Señalemos que el periodista socialista Javier Bueno, el antiguo director del periódico de Oviedo *Avance*, uno de los más ardientes defensores de la política de Alianza Obrera, también célebre víctima de la represión de después de octubre de 1934, había igualmente atacado violentamente, en el periódico de Largo Caballero, *Claridad*, la candidatura de Azaña a la presidencia de la República.

ciones, las convulsiones de las masas revolucionarias —sin programa y sin dirección digna de su confianza— corren el riesgo de abrir de par en par la puerta a la dictadura contrarrevolucionaria.⁴

El que los obreros empujen en dirección a la revolución está probado por el desarrollo de todas sus organizaciones, en particular la del Partido Socialista y de las juventudes socialistas. Hace dos años, planteamos la cuestión de la entrada de los bolcheviques-leninistas en el partido socialista. Los Andrés Nin y Andrade rechazaron esta propuesta con el desprecio de filisteos conservadores: querían ante todo su «independencia», porque les aseguraba su tranquilidad y no les comprometía a nada. La adhesión al partido socialista en España habría conducido sin embargo, en las condiciones dadas, a resultados infinitamente mejores que en Francia, por ejemplo —a condición sin embargo que se hubieran conseguido evitar los enormes errores cometidos por los camaradas de la dirección francesa, por supuesto. Luego, Nin y Andrade se fusionaron con el confusionista Maurín para correr con él tras el Frente Popular.* Entretanto, los obreros socialistas, que aspiran a la claridad revolucionaria, han sido víctimas de estafadores estalinistas. La fusión de las dos organizaciones de juventud significa que los mercenarios de la Internacional comunista van a burlar y destruir las mejores

4. El 16 de junio, en las Cortes, el jefe parlamentario de la derecha, José Calvo Sotelo —que estaba personalmente comprometido en los preparativos de la insurrección militar— enumeraba 170 destrucciones y 251 tentativas de destrucción o incendio de iglesias, 269 muertos y 1.287 heridos en riñas, batallas en las calles, o asesinatos, 133 «huelgas generales» y 218 huelgas parciales, estadísticas altamente fantásticas, pero cuya razón de ser era evidentemente proporcionar a los facciosos pretextos para «restablecer el orden» por el levantamiento militar.

(*) El giro de *La Batalla* hacia el Frente Popular no puede inspirarnos ninguna confianza. No se puede decir el lunes que la Sociedad de Naciones es una banda de ladrones y el martes invitar a los electores a votar por el programa de la S.D.N., para explicar el miércoles que no se trataba la víspera más que de una manobra electoral y que se va a volver a tomar su verdadera programa. El obrero serio debe preguntarse: ¿qué van a decir esta gente el jueves o el viernes? Maurín parece la encarnación del pequeño-burgués revolucionario, ágil, versátil, y superficial. No estudia nada, comprende poco y siembra la confusión.

energías revolucionarias.⁵ Y los «grandes» revolucionarios Andrés Nin y Andrade se mantienen al margen para llevar con Maurín una propaganda perfectamente inoperante en favor de la «revolución democrático-socialista», es decir, en favor de la traición socialdemócrata.**⁶

5. La fusión entre las juventudes socialistas y las juventudes comunistas se había efectuado, a partir de una conferencia común el 1º de abril de 1936, sobre la base de las recomendaciones de una «comisión de unificación», sin que se hubiera celebrado el menor congreso previo de las dos organizaciones. La nueva organización de las juventudes socialistas unificadas (J.S.U.) se alineaba inmediatamente sobre posiciones estalinistas. Trotsky, a diferencia de sus camaradas españoles, no estaba sorprendido por ello: únicamente los trotskystas podían, según él, vacunar a la izquierda socialista contra el estalinismo, y ellos se habían negado a hacerlo. Solano, dirigente de la organización de jóvenes del P.O.U.M., la J.C.I., escribía: «En el momento de la fusión, las juventudes socialistas mantenían posiciones marxistas revolucionarias en contraste manifiesto con las juventudes comunistas oficiales que actuaban conforme a las reglas del más vergonzoso de los oportunismos (...). La "unificación", sin embargo, se ha realizado. Las juventudes socialistas han absorbido orgánicamente a las juventudes comunistas. Pero sólo orgánicamente. Desde el punto de vista de la doctrina y de la táctica, la nueva organización de juventudes es una organización, si no estalinista, fuertemente estalinizada». Añadía, sin embargo, esta nota optimista: «La gran mayoría de los jóvenes socialistas son marxistas revolucionarios. La "unificación" va a sorprenderles por su carácter de fusión oportunista». (*La Nueva Era*, junio 1936, p. 118 y 120.)

(**) Marx escribía en 1876 que el término de «socialdemócrata» no era correcto: no se puede colocar al socialismo bajo el control de la democracia. El socialismo —o el comunismo— nos basta; la «democracia» no tiene nada que ver ahí. Desde entonces, la revolución de Octubre ha demostrado con vigor que la revolución socialista no puede efectuarse en el marco de la democracia. La revolución «democrática» y la revolución socialista se encuentran en lados opuestos de la barricada. La IIIª Internacional ha confirmado esta experiencia y la ha teorizado. La revolución «democrática» está hecha ya en España. Resucita con el Frente Popular. Azaña, con o sin Largo Caballero, personifica en España la «revolución democrática». La revolución socialista se hará en el curso de una lucha implacable contra la «revolución democrática» con su Frente Popular. ¿Qué quiere decir esta «síntesis» de «revolución democrático-socialista»? Nada. Sólo un galimatías ecléctico.

6. Este «veredicto» era evidentemente tenido por demasiado severo por buen número de militantes y simpatizantes de la época, por no hablar de los Sneevliet, Vereecken, Víctor Serge y los Rosmer que lo rechazaban fervientemente. Es así como *New Militant*, a petición, indicaba, de «numerosos lectores» había debido publicar el 11 de abril el texto íntegro del programa electoral de las izquierdas que Trotsky había reprochado al P.O.U.M. de firmar, en su artículo aparecido el 15 de febrero en *New Militant*. Y en

Nadie puede prever el aspecto que revestirá en España el próximo período. La corriente que ha llevado al poder a la banda del Frente Popular es en todo caso demasiado potente como para poder retroceder en breve plazo y para abandonar a la reacción el campo de batalla. Los elementos auténticamente revolucionarios disponen aún de cierto plazo, verosímilmente bastante breve, para tomar conciencia, para reunirse, para preparar el futuro. Y esto concierne en primer lugar a los partidarios de la IVª Internacional. Sus tareas son claras como la luz del día:

1. Condenar y denunciar implacablemente ante las masas la política de *todos* los dirigentes que forman parte del Frente Popular.

2. Comprender a fondo y exponer claramente ante los ojos de los obreros avanzados el lamentable papel jugado por la dirección del «partido obrero de unificación marxista», en particular el de los antiguos «comunistas de izquierda» como Andrés Nin, Andrade, etc.

3. Reunirse alrededor de la bandera de la IVª Internacional sobre la base de la «Carta abierta».⁷

el mismo periódico, con fecha del 6 de junio, en un artículo sobre el «balance del Frente Popular en España», Alfredo Rojas mostraba que alimentaba aún la esperanza de ver a los antiguos B.-L. llevar a cabo una rectificación. Después de haber criticado una vez más la política y las dudas del P.O.U.M. y tratado a Maurín de «tendero», escribía, en efecto: «Hasta ahora, el grueso de la antigua oposición de izquierda no ha roto como esta pandilla estéril; pero la escisión que se está desarrollando en el partido socialista deberá por fin galvanizar a todos los que son aún capaces de pensamiento político». El comentarista de *New Militant* se equivocaba. En efecto, en esta época, según Joaquín Maurín (carta personal del 18 de mayo de 1972) Francisco Largo Caballero había propuesto al dirigente del P.O.U.M. la entrada de este último en las filas del partido socialista, con el objetivo, sin duda, de reforzar en él su propia tendencia entonces en descenso. Y, siempre según Maurín, en el comité ejecutivo del P.O.U.M. en el que rindió cuentas de esta propuesta, Andrés Nin había sido el más ardiente adversario de esta eventual «entrada». En respuesta a nuestras preguntas, Joaquín Maurín nos ha indicado (carta del 6 de agosto 1972) que tenía la intención de redactar un artículo sobre Largo Caballero, dando cuenta particularmente de estos contactos de primavera de 1936.

7. La «Carta abierta para la IVª Internacional» de agosto de 1935 había sido firmada por el R.S.A.P. de Holanda, el *Workers Party* de los Estados Unidos y el del Canadá, el G.B.L. francés de la S.F.I.O. y el Secretariado Internacional de la Liga Comunista Internacional (B.-L.). Daba las indicaciones siguientes para la construcción de las secciones nacionales: «Sería funesto intentar es-

4. Adherirse al partido socialista y a las juventudes unificadas, a fin de trabajar allí como fracción en el espíritu del bolchevismo.⁸

5. Crear fracciones y células en los sindicatos y otras organizaciones de masas.

6. Dirigir lo esencial de su atención hacia los movimientos espontáneos o semiespontáneos, estudiar sus rasgos generales, es decir, preocuparse de la temperatura de las masas, y no de la de las bandas parlamentarias.⁹

tablecer un itinerario único para todos los países. Según las condiciones nacionales, según los grados de descomposición de las viejas organizaciones obreras, según, en fin, del estado de sus propias fuerzas en el momento dado, los marxistas (socialistas-revolucionarios, internacionalistas, bolcheviques-leninistas) pueden aparecer bien como organizaciones independientes, bien como fracciones en uno de los viejos partidos o sindicatos. Evidentemente, en el momento y en la arena que sea, este trabajo de fracción no es nunca más que una etapa hacia la creación de nuevos partidos de la IV^a Internacional, partidos que pueden nacer por el agrupamiento de los elementos revolucionarios de las viejas organizaciones, o por la acción de formaciones independientes. Pero en la arena y métodos de que se trate, están obligados a presentarse con todos sus principios y con claras consignas revolucionarias. No juegan al escondite con la clase obrera, no disimulan su objetivo, no reemplazan la lucha de principios por la diplomacia y las combinaciones». (*La Vérité*, 23 agosto 1935.)

8. No había, ni podía haber en esta fecha, «fracción trotskysta» en el P.S. y las J.S. El grupo Fersen había estallado estrepitosamente, habiéndose integrado en el P.S. su principal inspirador donde no jugaba ningún papel, y dándose, además, a la bebida. G. Munis había vuelto a Méjico. Jesús Blanco iba a adherirse al P.O.U.M. poco antes del comienzo de la guerra civil y convertirse rápidamente en uno de los principales dirigentes de la J.C.I. madrileña. A pesar de su toma de posición a favor del «entrismo», no parece que, en el intervalo, haya entrado (y salido) en las J.S. Esteban Bilbao debía permanecer aislado durante numerosos meses, sin tan siquiera la sombra de una organización. Existían en Madrid y en Gerena, al menos, militantes B.-L. en las juventudes socialistas a comienzos de 1936. Por lo que se refiere a los madrileños, Yvan Craipean escribe en *Révolution*, órgano de las J.S.R., en julio de 1936, que los militantes que se reclaman del trotskysmo han sido expulsados al día siguiente de la unificación después de una apremiante intervención de Santiago Carrillo en persona. Los andaluces Julio Cid y José Quesada abandonaban las J.S. en el mismo momento. Señalemos por fin, que un militante americano —verosímilmente, Harry Milton— enumerando las fuerzas B.-L., habla en una carta de abril de 1937 del «grupo de mejicanos de Madrid». (*Archivos Jean Rous.*)

9. Trotsky expresa aquí la idea subyacente a todo su análisis, pero nunca desarrollada completamente antes de 1937, de que los

7. Estar presentes en todas las luchas, a fin de darles una expresión clara.

8. Insistir siempre para que las masas constituyan sus comités de acción elegidos *ad hoc* (juntas, soviets) y ampliarlos cada vez más.

9. Oponer el programa de la conquista del poder, de la dictadura del proletariado y de la revolución social a todos los programas híbridos, al estilo Caballero o Maurín.

Este es el único camino real de la revolución proletaria. No existe otro.

revolucionarios deben fijar su línea política determinándose en relación al movimiento de las masas y no a las posiciones de los estados mayores y de los aparatos.

¿ES POSIBLE UN ACERCAMIENTO A NIN?¹

(Extractos de cartas a Víctor Serge)

3 junio 1936

Querido Víctor Lvovitch:

(...) Si he comprendido bien tu carta de París, está Vd. descontento de nuestro comportamiento hacia Andrés Nin, comportamiento que Vd. encuentra «sectario». Vd. no conoce y no puede conocer la historia política y personal de estas relaciones.

Puede imaginar sin mucho esfuerzo cuanto me alegró en su día la venida de Nin al extranjero. Durante varios años, he mantenido correspondencia con él de una manera regular. Algunas de mis cartas eran verdaderos «tratos»: se trataba de la revolución viva en la que Nin podía y debía jugar un papel activo. Pienso que mis cartas a Nin durante dos o tres años podrían contituir un volumen de varios centenares de páginas: ello basta para mostrarle la importancia que concedía a Nin y a las relaciones amistosas con él. En sus respuestas Nin afirmaba muchísimo su acuerdo teórico, pero evitaba absolutamente los problemas prácticos. Me planteaba cuestiones abstractas sobre los soviets, la democracia, etc., pero no decía ni una palabra de las Huelgas Generales que conmovían Cataluña.

1. *Archives Víctor Serge*, Musée Social. Publicamos estos extractos con la amable autorización de Colette Chambelland y Jean Maitron, que preparan la edición de la correspondencia de Serge. La primera carta de este dossier, escrita por Trotsky en cuanto recibió la noticia de la salida de la U.R.S.S. de Víctor Serge; está fechada el 24 de abril.

Por supuesto, nadie está obligado a ser un revolucionario. Pero Nin estaba a la cabeza de la organización bolchevique-leninista en España, y por ello mismo, había tomado serias responsabilidades de las que en la práctica se escabullía, mientras me echaba por carta arena a los ojos. Crea, querido amigo, que en estas cuestiones, tengo cierto olfato. Si se me puede acusar de algo con respecto a Nin, es de haber alimentado demasiado tiempo ilusiones sobre él, y de haberle dado por ello la posibilidad de cultivar bajo la bandera del bolchevismo-leninismo, una pasividad y una confusión de las que ya hay suficientes en el movimiento obrero español, quienro decir, en sus cumbres. Si hubiera habido en España, en lugar de Nin, un revolucionario obrero serio, como Lesoil o Vereecken,² hubiera sido posible durante estos años de revolución llevar a cabo allí una obra grandiosa.

Empujado por la ambigüedad de su posición, Nin sostenía sistemáticamente, en cada país, a todos los que, por una razón o por otra, emprendían la lucha contra nosotros y acababan generalmente en puros y simples renega-

2. León Lesoil había nacido en Bélgica en 1902. Alistado voluntariamente, soldado en Rusia en 1916, se había vuelto comunista durante la revolución. Uno de los fundadores del P.C. belga, miembro de su Comité Central en 1921, dirigente de la fracción de Charleroi, había sido expulsado en 1927 y se había convertido en uno de los dirigentes de la oposición de izquierda belga. Dirigente —elegido— de la huelga de los mineros de Charleroi en 1932, este hombre de carácter independiente —había conservado relaciones amistosas con Rosmer durante estos años— se había pronunciado en 1932 por el entrismo en el partido obrero belga donde se había convertido, con Walter Dauge, en uno de los principales animadores de la tendencia «acción socialista revolucionaria», que en aquella época estaba a punto de ser expulsada. Georges Vereecken, nacido en 1896, chófer de taxi, era igualmente un veterano del comunismo belga, miembro del P.C. desde 1922, de su comité central desde 1925. Había sido expulsado en 1927 y era desde entonces uno de los dirigentes de la oposición de izquierda, miembro del Secretariado Internacional. Trotsky le apreciaba mucho personalmente desde que su paso por Francia, durante su viaje a Copenhague, le había permitido conocerle. Pero se había declarado adversario resuelto del «entrismo» desde el verano de 1934, y, refusingo en 1935 la entrada de sus camaradas, había fundado el grupo «Spartacus». Las dos alas estaban acercándose e iban a fusionarse en octubre de 1936 en el nuevo «partido socialista revolucionario». Trotsky, aún juzgando a Vereecken como «sectario», y porque tenía por él estima y amistad, contaba con convencerle y volverle a ganar a sus puntos de vista.

dos. ¿Cómo se produjo la ruptura? Nin proclamó que estaba absolutamente en contra de la entrada táctica de nuestros camaradas en el partido socialista francés; luego, después de amplias vacilaciones, declaró que los franceses tenían razón y que había que actuar de la misma manera en España. Pero, en lugar de ello, se alió a la organización provisional de Maurín, que no tiene ninguna perspectiva pero que le permite llevar una existencia tranquila. Nuestro secretariado internacional le escribió una carta con críticas. Nin respondió rompiendo las relaciones y publicó algo sobre este asunto en un boletín especial.³

Si no temiera abusar de su tiempo, le enviaría el paquete de mi correspondencia con Nin: he guardado copias de todas mis cartas. Estoy seguro de que, como otros camaradas que han tomado conocimiento de esta correspondencia, Vd. me acusaría de haber dado pruebas de una excesiva paciencia, de un «espíritu de conciliación» y no de sectarismo (...).

5 junio 1936

(...) En mi última carta, hay olvidos. Comencemos por Nin. Si Vd. piensa que es capaz de volver con nosotros, ¿por qué no intenta hacerlo volver? No alimento personalmente ninguna esperanza de ver a Nin ser de nuevo un revolucionario, pero puedo equivocarme. Verifíquelo Vd. por sí mismo si lo juzga necesario. No podría sino aprobar este comportamiento.⁴

3. Estos documentos, principalmente la resolución del C.E. de la I.C.E., de abril de 1935 preconizando el entrismo en el P.S. y las J.S. a excepción de Cataluña, la carta del S.I., firmada por Martín, y la respuesta de Nin, han sido publicados en los boletines internos de la I.C.E.

4. En el curso del debate en el C.C. del P.S.R., en noviembre de 1936, Vreecken debía afirmar: «L.D. a puesto el dedo en la llaga y ha escrito que el P.O.U.M. había traicionado a la clase obrera. Evidentemente no hay nada que objetar a ello. Serge estaba en relación con L.D., Nin y los anarcos. Mantenía correspondencia con el «Viejo». En una carta del «Viejo» a Víctor Serge, el «Viejo» dice en suma que se había expresado demasiado violentamente» (*Boletín interno* del P.S.R. n.º 1). Hemos buscado en vano en las cartas de Trotsky a Serge el pasaje que permitiría una tal interpretación. Este es el que mejor se prestaba a ello: Serge puede pensar que, desde el momento en que Trotsky aprueba su idea de intentar con Nin una nueva orientación, es que admite

Por supuesto, no habría que esperar de Nin promesas verbales (de las que es muy pródigo), sino actos bien precisos. En este momento, Nin es el aliado de los encarnizados enemigos de la IV.ª Internacional que ocultan su odio pequeño-burgués al marxismo revolucionario tras frases vacías sobre divergencias «organizativas», como si gente sería pudiera romper con revolucionarios y aliarse a los oportunistas a causa de divergencias secundarias.⁵

Si Nin quiere volver con nosotros, tiene que desplegar abiertamente en España la bandera de la IV.ª Internacional. Los pretextos que invoca para negarse a ello son del mismo género que los que Blum invoca a propósito de la lucha de clases, que, según él, aún siendo una cosa buena de forma general, no está adaptada a nuestra época. La política de Blum consiste en una colaboración de clases, mientras que, en el plano «teórico», reconoce la lucha de clases. Nin reconoce de palabra la IV.ª Internacional, pero, de hecho, ayuda a Maurín, Walcher, Maxton y sus otros aliados a llevar contra la IV.ª Internacional una lucha encarnizada, completamente del mismo tipo que la que los pacifistas estilo Longuet y Ledebour⁶ llevaron contra los internacionalistas revolucionarios partidarios de la III.ª Internacional (...).

«en suma» haber estado demasiado violento. Pero Georges Vereecken, interrogado por nosotros, mantiene que existe otra carta, aunque ella no figure en el dossier de los archivos. En apoyo de su afirmación, el hecho de que en este debate, Erwin Wolf, portavoz del S.I., deje pasar su afirmación sin discutirla. Por otra parte, en la sesión del Buró ampliado del movimiento para la IV.ª Internacional, en Amsterdam, en enero de 1937, Sneeveliet, de vuelta de Barcelona, declara que Nin quería conocer «la carta de L.D. a Víctor Serge corrigiendo sus faltas». Allí tampoco es desmentido, mientras están presentes miembros del S.I. (Ver 2.º vol. anexo III.)

5. Alusión al hecho de que el P.O.U.M. era miembro del Buró de Londres, pero también a que Nin encontrase justo que los partidarios de la IV.ª, en tanto que tales, formasen parte de este buró.

6. Jean Longuet en el partido socialista en Francia, Georg Ledebour, en el partido socialdemócrata alemán y luego en el partido independiente U.S.P.D., habían formado parte del ala «centrista», llamada también «pacifista», «longuetista» o «reconstructores». Uno y otro, adversarios de la derecha durante la guerra, habían combatido la escisión y rehusado el unirse a la Internacional comunista, oponiéndose a la adhesión de sus partidarios respectivos.

30 julio 1936

Examinemos una vez más la cuestión de Nin. Algunos —entre los que se encuentra Rosmer— consideran mi vigorosa crítica de su política como sectarismo. Si es así, todo el marxismo no es más que sectarismo, pues es la doctrina de la lucha de clases, y no de la colaboración de clases. Los actuales acontecimientos de España muestran particularmente hasta qué punto era criminal el acercamiento de Nin a Azaña:⁷ los trabajadores españoles van a pagar ahora con miles de vidas la cobardía reaccionaria del Frente Popular que continuó manteniendo con el dinero del pueblo un ejército mandado por los verdugos del proletariado.⁸ Aquí no se trata, mi querido Víctor Lvovitch, de ligeros matices, sino de la esencia misma del socialismo revolucionario. Si Nin hoy se rehace de nuevo y comprende cuánto se ha desacreditado ante los trabajadores, le acogeremos como a un camarada, pero no podemos permitir el amiguismo en política.

De las enmiendas que Vd. ha hecho a mis tesis sobre el ascenso revolucionario,⁹ he retenido la idea de que se desprenderían grupos importantes por la izquierda de los partidos socialista y comunista (yo hacía alusión a ello, pero de forma sucinta). Desgraciadamente no he podido retener las demás, pues las creo erróneas. Notable historiador de la revolución rusa, Vd. se rehúsa, no se por qué, a aplicar sus lecciones esenciales a otros países. Todo lo que Vd. dice del Frente Popular es aplicable a la unión de los mencheviques y S.R. con los cadetes (los radicales rusos). Ahora bien, nosotros hemos llevado contra este Frente Popular una lucha implacable y sólo gracias a esta lucha hemos vencido.¹⁰

7. Alusión a la firma por el P.O.U.M. del programa electoral de las izquierdas.

8. El general Franco, que había dirigido la represión contra la insurrección obrera en 1934, simplemente había sido desplazado por el gobierno de Frente Popular, informado, sin embargo, de su papel en el complot, y ejercía un mando en Canarias.

9. Estas tesis, adoptadas en julio en la llamada conferencia de Ginebra, iban a aparecer en el n.º I de *Quatrième Internationale*, bajo el título «*El ascenso revolucionario*». Hay que admitir, pues, que en el momento en que eran discutidas en el movimiento internacional Trotsky había dirigido un ejemplar a Víctor Serge.

10. No poseemos la o las cartas de Serge, que no conservaba copias. Se puede suponer, por el contexto, que tenía sobre el Fren-

Sus propuestas prácticas sobre España son excelentes y responden completamente a *nuestra* línea.¹¹ ¡Pero intente encontrar, fuera de nuestra «sectaria» organización, una decena de hombres capaces de aceptar sus propuestas, no de palabra, sino en los hechos! El hecho de que Vd. haga excelentes propuestas *prácticas* prueba a mis ojos que tenemos claramente un terreno común, y esperaré impacientemente a que haya confrontado sus ideas a priori con la experiencia política viva y a que saque las conclusiones necesarias. No dudo ni por un momento que esas conclusiones serán las mismas que las nuestras, formuladas *colectivamente*, en *diferentes* países, según la experiencia de *grandes* acontecimientos (...).

Reciba un cordial saludo.

Vuestro

L. Trotsky

te Popular una posición más matizada que Trotsky y que veía en él «aspectos positivos» como los B.-L. que reclamaban un «Frente Popular de combate».

11. No cabemos con certeza de qué propuestas prácticas se trata. Sin embargo, el 8 de agosto, Víctor Serge había dirigido a León Sedov, para el S.I., una carta en la que proponía iniciativas para una «reconciliación» y una «alianza» con los anarquistas, por una declaración muy clara sobre la significación de la democracia obrera en el marco de la dictadura del proletariado. Víctor Serge hace alusión a ello en sus *Carnets* (p. 44): «Tuve con Trotsky una correspondencia sobre los anarquistas españoles de los que León Sedov decía «destinados a apuñalar la revolución». Pensaba que jugarían un papel capital en la guerra civil y aconsejé a Trotsky y a la IVª Internacional publicar una declaración de simpatía hacia ellos, en la que los marxistas revolucionarios se comprometieran a combatir por la libertad. L.D. me dio la razón, me prometió que se haría, pero no se hizo nada en este sentido». Escribiendo estas líneas, Víctor Serge ignoraba la carta escrita por Trotsky el 16 de agosto. (Ver 2.º vol., cap. D4.)

MAURÍN Y NIN, REHENES DEL FRENTE POPULAR¹

(Carta al R.S.A.P., 16 julio 1936)

(...) Paso ahora a España. En una de sus últimas cartas, el camarada Sneevliet,² en nombre de la dirección,³ ha puesto bajo su protección al partido de Nin y Maurín contra mis ataques, que serían, parece, exagerados o demasiado

1. Publicamos con este título un extracto de una carta dirigida por Trotsky el 16 de julio de 1936 a la dirección del partido obrero socialista revolucionario (R.S.A.P.) holandés. (*Bulletin interieur international*, editado por el S.I. para la IVª Internacional, n.º 3, mayo 1938.) Este partido había sido constituido el 3 de marzo de 1935 por la fusión del partido socialista revolucionario (R.S.P.) y del partido socialista de izquierda holandés (O.S.P.). Su principal dirigente —por otra parte diputado— era el veterano comunista Henrik Sneevliet, igualmente dirigente de una central sindical «de izquierda», el N.A.S. El R.S.A.P. se había adherido al buró para la IVª Internacional en noviembre. Las divergencias con Trotsky eran numerosas e importantes.

2. Trotsky debía escribir en el momento de la ruptura con Sneevliet dos años más tarde: «El único reproche que pudiéramos hacernos —y yo no me excluyo— es el mismo que en el caso de Nin; hemos sido demasiado pacientes, demasiado indulgentes, demasiado tolerantes hacia la actitud del camarada Sneevliet. Siempre es difícil en tales casos decir en qué momento era necesario pasar a la lucha abierta. Creo que había llegado el momento con la intervención de Sneevliet en la cuestión española. Su actitud en esta cuestión constituía una traición abierta a los principios más elementales del marxismo revolucionario y de todas nuestras decisiones. Él y sus semejantes han inspirado al P.O.U.M. un poco más de confianza en su propia confusión, un poco más de desconfianza hacia el marxismo revolucionario. El resultado, ya se conoce».

3. La dirección del R.S.A.P. —y la del N.A.S., que dependía estrechamente de él— estaba alrededor de Sneevliet. La dirección de las juventudes tendía, por el contrario, hacia Trotsky.

severos. Esto me parece no sólo injustificado, sino incluso incomprensible. Nuestra lucha contra Maurín no data de ayer. Toda su política ha sido nacionalista-provinciana y pequeño-burguesa reaccionaria en su esencia misma. Es lo que he constatado públicamente varias veces desde el comienzo de la revolución.⁴ Nin, a través de las oscilaciones que le son propias, lo ha reconocido igualmente.⁵ El programa de la revolución «democrático-socialista» es un hijo legítimo del espíritu de Maurín;⁶ corresponde en lo esencial al programa de un Blum, no de un Lenin. Por lo que se refiere a Nin, en el curso de la revolución, ha revelado lo que es en realidad, un diletante, completamente pasivo, y que no tenía la menor intención de participar realmente en la lucha de las masas, de ganarlas, de conducir las a la revolución, etc. Se ha contentado con articulitos criticones contra los estalinistas, los socialistas, etc.⁷ Eso es hoy una mercancía muy barata. Durante las huelgas generales de Barcelona, me escribía cartas sobre todas las cuestiones imaginables, pero no decía una palabra ni de la huelga general ni del papel que él juega en ella.⁸ En el curso de estos años, hemos intercambiado centenares de cartas. Intentaba siempre obtener de él, no consideraciones literarias vacías a propósito de cualquier cosa, sino indicaciones prácticas para la lucha revolucionaria. A estas preguntas concretas, siempre respondía: «Sobre ello,

4. Ver más arriba «Sobre la declaración del Bloque obrero y campesino», cap. A-14.

5. Ver «A dónde va el Bloque obrero y campesino?» *Comunismo*, 14 septiembre 1931. Nin explicaba principalmente como conclusión: «Maurín (...), que se esfuerza por adoptar una línea intermedia entre el estalinismo y la oposición comunista de izquierda, no se pronuncia ni por la posición del primero, ni por la actitud del segundo, pero (...) la política tiene horror al vacío, y, por consiguiente, obligado a adoptar una posición definida, toma el camino de la pequeña burguesía radical. (...) El punto de vista de Maurín no puede llevar a otra cosa que a desviar a las masas de sus verdaderos objetivos y a reforzar sus ilusiones en la posibilidad de una revolución democrática profunda realizada por la pequeña-burguesía».

6. Ver en *Revolución y Contrarrevolución en España*, p. 222 sq. el programa y la justificación del término de «democrático-socialista» para la «segunda revolución», por Maurín.

7. Ver estos artículos en *Los problemas de la revolución española*.

8. Ver obra citada.

le responderé en la próxima carta.» Pero, durante estos años, esta «próxima carta» no me llegó nunca.

La mayor desgracia de nuestra sección española ha sido que un hombre con su nombre, un cierto pasado y la aureola de mártir del estalinismo, se haya encontrado a su cabeza, la haya dirigido constantemente en una dirección equivocada y la haya paralizado. La magnífica juventud socialista ha llegado espontáneamente a la idea de la IV.^a Internacional.⁹ A la insistencia que hemos puesto para que toda nuestra atención sea dirigida hacia la juventud socialista, no se ha respondido más que por evasivas.¹⁰ Nin estaba profundamente preocupado por la «independencia» de la sección española, es decir, de su propia pasividad, de su agradable tranquilidad política; no quería que acontecimientos importantes vinieran a turbar su actividad crítica de diletante. La juventud socialista se ha pasado entonces casi entera al campo estalinista.¹¹ Las gentes que se llamaban «bolcheviques-leninistas» y que han observado tranquilamente, o, por decirlo mejor, provocado esto, deberían ser estigmatizados para siempre como traidores a la revolución. Cuando la bancarrota de Nin se había vuelto evidente hasta los ojos de sus propios

9. Es un hecho que no había militantes «B.-L.» constituidos como fracción en las juventudes socialistas. Parece probable que el trabajo llevado a cabo en común en la época de las «Alianzas obreras» haya valido a los trotskistas cierto prestigio en las filas de las J.S. Una interesante discusión ha tenido lugar a finales de 1933 entre Federico Melchor, en *Renovación*, y Andrade, bajo el seudónimo de Jar, en *Comunista*. Bajo el título «La IV.^a Internacional», Melchor se interroga sobre la «reconstrucción del movimiento internacionalista sobre una base marxista» y concluye: «El tema de la IV.^a Internacional nos interesa y es por ello que nos expresamos sobre este asunto». Pero el dirigente socialista expresa sobre todo reservas en relación a la construcción de una nueva Internacional y parece preferir la perspectiva de la reconquista, epuración y fusión de las organizaciones obreras existentes.

10. En *Comunismo* de septiembre de 1934 había aparecido, en las notas editoriales, el texto que expresaba el rechazo de la Izquierda comunista a practicar la política entrista preconizada por Trotsky.

11. En la fecha en que Trotsky redacta este texto, los simpatizantes de los bolcheviques-leninistas en la J.S.U. han sido ya expulsados, bajo la conminación del ala estalinista. Santiago Carrillo, Melchor y otros antiguos dirigentes de la J.S. que mantienen enérgicamente los puntos de vista estalinistas y se pronuncian por la unidad orgánica, no han dado aún su adhesión al P.C. pero pueden ser considerados ya como compañeros de viaje muy seguros.

partidarios, se unió al filisteo nacionalista catalán Maurín, rompiendo todo lazo con nosotros, declarando que «el secretario internacional no entiende nada de los asuntos españoles». En realidad es Nin quien no comprende nada, ni de la política revolucionaria, ni del marxismo.

El nuevo partido se encontró pronto a remolque de Azaña. Pero decir de ello: «No es más que un pequeño acuerdo electoral, pasajero y técnico», es algo que me parece absolutamente inadmisibile. El partido ha firmado el más miserable de todos los programas, el del Frente Popular de Azaña,¹² y, con ello, firmado su propia sentencia de muerte por años. Pues, a cada tentativa de crítica del Frente Popular —y Maurín y Nin ahora hacen desesperadamente tentativas en ese sentido— los burgueses radicales, los socialdemócratas y los comunistas replicarán inevitablemente: «¡Pero si vosotros mismos habéis participado en la constitución del Frente Popular y habéis firmado su programa!» Y si estos señores intentan eludir el golpe mediante una evasiva viciosa del tipo: «¡Por nuestra parte no era más que una maniobra técnica!», no harán más que hacerse más ridículos. Estas gentes estarán en adelante paralizadas, incluso si, de forma fortuita, llegasen a manifestar una voluntad revolucionaria, lo que no es el caso. Los pequeños crímenes y las pequeñas traiciones que, en periodo normal pasan casi desapercibidas, encuentran en el momento de la revolución un eco poderoso. No hay que olvidar nunca que la revolución crea condiciones acústicas completamente particulares.

De ninguna forma puedo comprender cómo se puede buscar circunstancias atenuantes a los traidores españoles mientras se intenta minusvalorar en el *Nieuwe Fakkel*¹³ a nuestros amigos belgas que, con gran valentía, luchan contra el enorme aparato del P.O.B.¹⁴ y contra los estalinistas, y han obtenido ya importantes resultados (...).

12. Ver el texto «La traición del partido obrero de unificación marxista». Cap. C I.

13. Órgano central del R.S.A.P. dirigido por Sneevliet.

14. En el marco del «giro francés», los B.-L. belgas habían decidido entrar en el partido obrero belga. Una minoría dirigida por Vereecken —políticamente próxima a Sneevliet—, se había negado a seguirles y se encontraba organizada separadamente en el seno del grupo Spartakus. Después de la salida de los trotskistas del P.O.R., las dos organizaciones iban a reunirse de nuevo en octubre en el seno del partido socialista revolucionario.

INDICE

Advertencia	7
Fuentes	13
Lista de siglas, abreviaciones y explicaciones de uso corriente en estos textos	17
Introducción	23
PRIMERA PARTE: LA LUCHA POR EL ENDEREZAMIENTO DEL P.C.E.	31
A 1. Las tareas de los comunistas en España (Carta a <i>Contra la Corriente</i> , 25 mayo 1930)	52
A 2. La crisis revolucionaria madura (Extractos de cartas a Andrés Nin)	60
A 3. En España: la consigna de los soviets (Carta a la oposición china, 8 enero 1931)	67
A 4. La revolución española y las tareas de los comunistas	69
A 5. Hay que organizar a la oposición de izquierda (Extractos de cartas a Andrés Nin, enero-abril 1931)	96
A 6. Decir lo que es (Carta a <i>Comunismo</i> , 12 abril 1931).	107
A 7. Los diez mandamientos del comunista español	109
A 8. El peligro del confucionismo (Extractos de cartas a Nin)	114
A 9. Por la unidad comunista en España (Carta al buró político del P.C. de la U.R.S.S.)	120
A 10. La cuestión catalana (Extractos de cartas a Nin y a Lacroix)	123

A 11.	La revolución española y los peligros que la amenazan	127	A 32.	Para una discusión abierta en España (Carta a Nin, 13 junio 1932)	238
A 12.	La situación en Cataluña (Extractos de cartas a Nin)	154	A 33.	«Kornilov» y estalinistas en España (20 septiembre 1932)	241
A 13.	La importancia de las consignas democráticas (Prefacio, 9 junio 1931)	160	A 34.	Ruptura personal (Cartas a Nin)	249
A 14.	Sobre la declaración del bloque obrero y campesino (12 junio 1931)	162	A 35.	Las lecciones de la traición de Mill (13 octubre 1932)	251
A 15.	Por un manifiesto de la oposición sobre la revolución española (Carta al S.I., 18 junio 1931)	167	A 36.	Después de la reunión de Copenhague (16 diciembre 1932)	257
A 16.	Por la ruptura de la coalición con la burguesía (Carta al S.I., 24 junio 1931)	172	A 37.	Sobre la sección española de la oposición de izquierda (22 diciembre 1932)	264
A 17.	Después de las elecciones a cortes (Carta al S.I., 1.º julio 1931)	177	A 38.	Las divergencias con Nin no datan de ayer	270
A 18.	El confusionismo de Maurín y de la Federación Catalana (Carta al S.I., 8 julio 1931)	182	A 39.	A propósito con la correspondencia con Nin	272
A 19.	La cuestión nacional en Cataluña (Carta al S.I., 13 julio 1931)	187	A 40.	El «grupo de Nin» lleva una lucha sin principios (A todos los miembros de la oposición de izquierda española)	274
A 20.	El caso Rosmer (Cartas a Nin)	190	A 41.	Sobre la forma de actuar inadmisible del camarada Nin	279
A 21.	¿Un giro de los estalinistas? (Carta al S.I., 30 julio 1931)	197	A 42.	No más colaboración en la confusión (Protesta dirigida a <i>Adelante</i> , 3 octubre 1933)	287
A 22.	El papel de las huelgas en una revolución (Carta al S.I., 2 agosto 1931)	200	SEGUNDA PARTE: LA LUCHA POR LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO PARTIDO EN ESPAÑA		289
A 23.	Los soviets y el problema de la «Balcanización» (Carta a Nin, el 1.º septiembre 1931)	204	B 1.	Enseñanzas de la derrota de octubre de 1934	307
A 24.	¿Fracción amplia o restringida? (Carta a Nin, 27 septiembre 1931)	209	B 2.	Los bolcheviques-leninistas españoles y la insurrección de octubre de 1934 (Extractos de cartas)	312
A 25.	Es hora de construir (Carta a la redacción de <i>El Soviet</i> , 29 septiembre 1931)	213	B 3.	El P.O.U.M. y la IV.ª Internacional (Cartas al R.S.A.P., 18 octubre 1935)	315
A 26.	La revolución española: un plazo más (26 noviembre 1931)	215	TERCERA PARTE: EL P.O.U.M. ¿Rodeo en la vía del Partido?		317
A 27.	Los errores de oposición española (Cartas a Nin)	217	C 1.	La traición del «Partido Obrero de Unificación Marxista» español (22 enero 1936)	330
A 28.	Balance de la oposición española (22 diciembre 1931)	222	C 2.	¿Qué deben hacer los bolcheviques-leninistas en España? (Carta a un amigo español, 22 abril 1936)	338
A 29.	Malentendidos que deben aclararse (Carta al comité central de la oposición de izquierda española, 7 marzo 1932)	224	C 3.	¿Es posible un acercamiento a Nin? (Extractos de cartas a Víctor Serge)	346
A 30.	Los deberes de la oposición española (Carta a la conferencia de la oposición de izquierda española, 7 marzo 1932)	233	C 4.	Maurín y Nin, rehenes del Frente Popular (Carta al R.S.A.P., 16 julio 1936)	352
A 31.	Unir teoría y práctica (A los editores del periódico para los jóvenes de la oposición de izquierda española, 13 julio 1932)	236			